

*Nada
que no
deseases*

TESSA COOPER

Nada que no deseas

TESSA COOPER

© Tessa Cooper

1ª edición: septiembre de 2018

ASIN: ISBN: 978-1724665508

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Maquetación: Tessa Cooper

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o

parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tramitación en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

A J., de más infinito a menos infinito, siempre.
A L., por enseñarnos a querer más allá del infinito.

Sujetarás mi mano
y entenderás todo
lo que no puedo decirte.

Si tengo suerte,
habrá un día y un lugar
en el que me besarás y
nos abrazaremos, justo,
en ese momento.

If I'm Lucky.
Stacey Kent.

Sinopsis

Roberto no quería sentir y, mucho menos, enamorarse. Permitir que alguien llegase a su corazón, podría tener consecuencias desastrosas. Pero conoció a Tessa, y lo que consideraba válido hasta entonces, empezó a dejar de serlo. Sus ideales se agrietaron y se asustó, porque cuando estaba con ella, cualquier cosa era posible.

A Tessa, su parte analítica, le dijo que Roberto no era de fiar. Pero aun así, después de un par de encuentros fortuitos, una cita que no era tal cosa, y otra que sí, aceptó cenar en su casa. Y se enamoró. Pero se sintió engañada, y se juró que jamás volvería a ser tan tonta.

Después de aquella noche, los dos hicieron todo lo posible por evitarse. Pero ya se sabe, el destino, aparte de caprichoso, puede llegar a ser muy cínico, y los volvió a juntar. Aunque esta vez, se aseguraría de que los acontecimientos fueran fieles a sus planes.

Tabla de contenido

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

Capítulo 1

Roberto tenía claro que la morenaza que le sonreía lo acababa de golpear con el carro de la compra en la cadera con un solo objetivo: sexo. Y no. No era un tipo engreído. Pero conocía bien las reglas del juego, y que lo mirase a los labios pasándose la lengua por los suyos no dejaba lugar a dudas. Durante un segundo contempló la posibilidad de aceptar la oferta y chasqueó la lengua con fastidio. No podía. Y era una lástima. Porque bien merecía un poco de su tiempo. Sin embargo, se encontraba en los días en los que permitía que sus emociones fluyeran y se recreasen en lo que sabía que jamás tendría y, para qué engañarse, una parte de él anhelaba. No era buena idea incumplir el primer día la única regla que se autoimponía. De hecho, en los diez años que hacía que llevaba a cabo aquella purga personal, jamás la había roto. No empezaría ahora. Un tanto resignado, le dijo que no le había hecho daño, sonrió y siguió su camino. Tiempo tendría hasta el domingo para encontrar una mujer con la que, después de follar, compartir sus emociones. Eso sí, por tiempo limitado.

Ya fuera del supermercado, dudó si dirigirse hacia algún lugar donde encontrar lo que buscaba o dar un paseo por el parque. Echó hacia atrás los hombros, respiró hondo y liberó el aire, tomándose su tiempo. Quizá la conclusión a la que acababa de llegar fuese precipitada. Pero intuía que cada vez le costaba más zambullirse en esos días. Consternado, sacudió la cabeza, se apartó de un manotazo la maraña pelirroja en la que se había convertido su pelo en los últimos meses, y que ahora le tapaba la vista, y, con la intención de evaporar esa idea, echó a andar en dirección a la masa verde que tenía

enfrente mientras abría el paquete de galletas que acababa de comprar.

Dejar Londres le había costado mucho más de lo que creyó posible. Cuando reorganizaron la empresa y vieron que la mejor opción era que él ocupara el puesto de Barcelona, no lo dudó ni un segundo. Tampoco podía decir que ahora se arrepintiera de haber aceptado. Pero echaba de menos a su hermana, que se metía en todo y lo hacía rabiar, pero, a la vez, le daba sentido a sus días. Otra cosa era su sobrina: lo que sentía por ella era auténtica devoción y, en ese caso, no sabía cómo llevaría su ausencia. Por el momento, bastante mal. Según su hermana, cada día se verían por videoconferencia. No se lo creía ni ella. Lo bueno de todo aquello es que estaría cerca de su padre. Hacía mucho que no vivían en la misma ciudad, ni tan siquiera en el mismo país, y, aunque toda la familia se veía con frecuencia, reconocía que lo echaba muchísimo de menos.

Además, hacía tiempo que le rondaba por la cabeza qué hacer con la casa de sus abuelos. Cuatro años atrás la había reformado y, cuando empezaba a creer que jamás tendría la oportunidad de vivir en ella, apareció la ocasión. Siempre creyó que regresar a aquel lugar le iría bien. Todos sus recuerdos eran buenos. Así que no podía ser de otra forma. Y de hecho, no lo había sido. En solo dos días ya se había convertido en su hogar. Algo que no podía decir del piso en el que había vivido los últimos seis años.

Y el clima. Eso también importaba. Porque, después de vivir con el sol en el cielo casi todos los días del año durante algo más de una década, regresar a Londres había sido todo un suplicio. Claro que se había acostumbrado, tiempo tuvo para adaptarse, pero no era lo mismo. Ahora volvería a disfrutar de la playa y de los chiringuitos.

Se adentró en la arboleda. Conocía cada rincón, se había subido en casi todos los botes del lago artificial y, de pequeño, nadie era más rápido que él recorriéndolo en bicicleta. Pero ahora que lo miraba a plena luz del día, los

recuerdos de su infancia, que hasta ese instante no lo habían asaltado, lo golpearon con fuerza. Tan solo hacía cuarenta y ocho horas que había regresado y, casi con total seguridad, más de diez las había pasado allí. Eso sí, siempre a primera hora de la mañana o última de la tarde. Momentos que le ofrecían una visión muy distinta a la que observaba ahora: padres que jugaban con sus hijos en la zona infantil; otros que les enseñaban a montar en bicicleta o que subían con ellos en uno de los botes del lago; familias enteras merendando en el césped, e, incluso, algún que otro perro haciendo caso omiso a sus dueños, que lo llamaban para que dejase de perseguir a un corredor o una paloma. Si aquella era la actividad en pleno febrero, no quería ni imaginar cómo sería en la época estival.

Se sentó bajo un sauce, en uno de los bancos frente al lago que años atrás había compartido con su abuelo, y, de forma inconsciente, se pasó una mano por el corazón.

Tenía que tomárselo con calma.

Después de todo, aquella semana, tan distinta a cualquier otra, no había hecho más que empezar.

Tessa, en cuanto notó la vibración del móvil en el brazo, supo que la había cagado. Frenó en seco, flexionó las piernas, dejó caer las palmas de las manos sobre las rodillas y, con la vista clavada en el asfalto, empezó a respirar a un ritmo más pausado. Ir a correr al parque después de trabajar siempre la relajaba. Quizás, ese día, demasiado.

Aquel viernes de febrero, a primera hora de la mañana, Juan le confesó que se casaba. La noticia no es que la pillara por sorpresa, al menos, no del todo. Se había pasado el último año maquinando excusas para que él y Sara, la

diseñadora que habían contratado para reformar el vestíbulo de la empresa, se vieran dentro y fuera del trabajo: primero, lo convenció de que su despacho estaba anticuado; después, se las arregló para que Sara aceptara encargarse también de la casa de su jefe. Para cuando se iniciaron las obras, ya no la necesitaban. Lo que no se esperaba era que Juan decidiera también jubilarse. ¡Lo echaría tanto de menos!

Lo que sí le sorprendió fue que, por la tarde, Sara se presentara en la oficina y, además de invitarla a la boda, le pidiera ayuda con la preparación. Estaba emocionada. No solo eso. Estaba eufórica. Con lo mucho que le gustaba a ella organizar cosas. Lo que fuera. No lo dudó ni un solo segundo: entre lágrimas, aceptó encantada.

La insistencia del móvil la devolvió a la realidad. Era Marta, su mejor amiga, y a la que acababa de dejar plantada. ¿Por qué se sumía en sus pensamientos hasta el punto de olvidarse de lo más esencial? Algo le decía que jamás lo sabría. Arrepentida, descolgó el aparato:

—Te compensaré —aseguró con vehemencia. Por respuesta, silencio—. Lo juro.

Una estridente risa provocó que se quitara en el acto los auriculares de los oídos. Por un segundo dudó que opción prefería, si el silencio que presagiaba una muerte lenta o el sonido histérico que auguraba algo parecido a la locura.

Se incorporó, sacó el móvil del brazaletes y se lo llevó a la oreja justo en el instante en que Marta dejaba de comportarse como si estuviese poseída.

—*Joder, Tessa, que por un momento me he visto en una casa victoriana, con un marido de esos que no se quita el traje ni para dormir, e hijos. Muchos hijos. ¡Me ha dado un escalofrío y todo! Porque, evidentemente, no me hacía ni caso, y me pasaba el día recordándole que estaba casado* — soltó su amiga de carrerilla y sin respirar.

Sacudió la cabeza y miró al cielo.

—Tienes demasiada imaginación.

—*¡Eh! No me critiques. Que sigo enfadada. Al fin y al cabo, tú sí que te has olvidado de mí.* —Su tono distaba mucho del de una mujer enfadada.

—En eso tienes toda la razón. Pero no seas tonta, sabes que me importas. Y mucho —respondió con guasa mientras se retiraba el aparato de la oreja. Otra risotada.

—*Vale. Te perdono. Te has ido a correr y te has olvidado de mí, ¿verdad?*

—Sí. Juan y Sara se casan y me han pedido que los ayude con la boda —gritó más que otra cosa.

—*¡Vaya! Estás de subidón. Enhorabuena por la parte que te toca.*

—Graciasss. —Tessa echó a andar mientras sonreía.

—*Yya le estás dando vueltas.*

—Me conoces demasiado. —Dejó el parque atrás y cruzó el paso de peatones—. En cuarenta minutos estoy en el bar.

—*No. Déjalo. A los diez minutos sabía que no vendrías. Voy de camino al cine.*

—Serás...

—*Fantástica. Soy fantástica. ¡Nos vemos mañana!* —Y colgó.

Tessa miró el móvil. La acababa de dejar con la palabra en la boca. Se encogió de hombros y pensó que, en parte, se lo merecía.

Levantó la cabeza y se fijó en los edificios que había a su lado. Sin darse cuenta había cogido el camino opuesto al de su casa. Pensó en si dar marcha atrás para atravesar el parque o si era más rápido rodearlo. Mejor lo segundo. Después de todo, ya no tenía prisa.

No pudo dar dos pasos más. Una masa peluda que salía de un edificio la derribó y empezó a lamerle la cara con su lengua llena de babas.

—*¡Corner! ¡Corner! ¡No!*

Tessa consiguió abrir los ojos en el momento en que le sacaron el perro de

encima. Aún en el suelo, se pasó con asco la manga de la camiseta por la cara.

Percibió el instante exacto en el que la luz de la farola menguaba gracias a la sombra de un hombre que se interpuso entre ambas; levantó la vista y un rostro serio, pero con los ojos más verdes que había visto en su vida, la observaba preocupado.

—Hola. —Sonrió, y él se relajó.

—Hola, ¿estás bien? —Una voz ronca y una dentadura perfecta. Para morirse.

—Creo que sí. —Él le ofreció una mano. Ella se la dio. Tiró de Tessa con tanta fuerza que, cuando estuvo erguida, observó que sus pechos estaban demasiado cerca. Dio dos pasos hacia atrás, confundida—. Tu perro es muy efusivo.

—Lo siento. No sé qué ha ocurrido. *Corner* jamás se comporta así. —El pelirrojo de melena despeinada la miraba con fijeza mientras sujetaba con fuerza la correa del animal, que parecía querer derribarla de nuevo.

—Déjalo. No importa. Me gustan los animales.

Buscó al perro, un labrador color canela que la contemplaba con gesto alegre. Le acarició la cabeza, y su cola se convirtió en un ventilador.

—No te tires encima de la gente. Puedes hacerle mucho daño a alguien. — Se agachó para quedar a la altura de *Corner*. Recibió un nuevo lametazo por respuesta—. ¡Para! —dijo entre risas mientras se incorporaba.

—Creo que le gustas mucho. —El joven sonrió y se pasó la mano por el pelo.

—Tendría un perro si mi piso no fuera tan pequeño. Y si no me pasara todo el día en el trabajo, y si tuviera con quién dejarlo cuando voy a ver a mis padres... Son demasiados y *si*. De pequeña siempre tuve animales: un perro, un gato, un hámster, un periquito. Bueno, el gato llegó el último, después del hámster. A mi padre no le gustan los roedores y le ponía nervioso que lo

dejara suelto por el comedor. —Se encogió de hombros—. Al día siguiente de morir *Pérez*, trajo a *Garras*. —Él se sorprendió al escuchar el nombre del felino—. Sí, mi padre fue muy gráfico. —Se dirigió a *Corner* y aseguró—: Por lo visto, tengo un nuevo amigo.

—Espero que sean dos. Me llamo Roberto. —Le tendió de nuevo la mano. Tessa se la quedó mirando, pero no levantó la suya—. No muerde.

—¿Qué?

—Mi mano. Que no muerde. —La movió a los lados, como si quisiera demostrar, de verdad, que era inofensiva. Cuando acabó, le retiró un mechón de pelo que le caía sobre el rostro y se lo colocó tras la oreja.

—Yo soy Tessa.

—Encantado de conocerte, Tessa. *Corner* y yo somos nuevos en el barrio.

—¡Ah! Pues... ¡bienvenidos!

—Gracias. —Roberto titubeó—. Dime, ¿te apetecería cenar con nosotros un día de estos? ¿Hoy?

La observaba como si fuera capaz de saber lo que pensaba con solo fijar su vista en ella. Intentó no parecer nerviosa. El perro era de fiar; el dueño... aún no lo sabía.

—Lo siento. Ya tengo planes. —Era mentira. Y él se dio cuenta. Lo supo cuando lo vio arquear las cejas y dar un paso hacia ella con una sonrisa lobuna que no le cabía en el rostro.

—¿Mañana?

—Ocupado. —Entonces fue ella la que sonrió. Si quería jugar al gato y al ratón, también sabía.

—¿El domingo? —Otro paso. Demasiado cerca.

—Lo siento, Roberto, Pero yo no soy de esas. —Un cosquilleo muy agradable le recorría el cuerpo. Quizá tendría que replanteárselo.

—No sé a qué te refieres —dijo muy seguro de sí mismo.

—Estoy convencida de que sí. —Se esforzó en no reír.

Roberto, que era más alto que ella, se agachó y le susurró al oído:

—No lo estés.

Una especie de mareo la invadió, y se esforzó en mantener el equilibrio.

Se recordó que no era de esas.

—Creo... En fin. Ya nos veremos.

Tessa siguió su camino. No miró atrás. Acababa de comportarse como una mojigata, pero es que era cierto: no salía con el primer tío que se le ponía a tiro, por muy atractivo que este fuera. Mierda. ¿Y si solo quería ser su amigo? Una risa nerviosa emergió de entre sus labios. Y un cuerno. Quería algo más. Seguro. Un pensamiento cruzó su mente y abrió muchos los ojos, horrorizada. ¿Se había comportado como una diva? Bajó la vista y repasó su cuerpo. ¡Menuda estupidez! Había tomado la decisión correcta. Aunque, si era así, ¿por qué no estaba segura?

Tessa se incorporó de golpe, miró el reloj de la mesilla de noche y comprobó lo que se temía: se había quedado dormida. Saltó de la cama, se puso lo primero que encontró y salió disparada al baño. Se lavó la cara al estilo gato, se recogió la melena oscura en una cola alta, cerró la puerta del piso y corrió escaleras abajo como alma que lleva el diablo.

Ya en la calle, sus pasos, muchos más rápidos que los de cualquier otro día, contrastaban con la tranquilidad que reinaba a su alrededor. Se notaba que era sábado y que, en el barrio, mucha gente no trabajaba. Intentó pensar en positivo, creer que no era para tanto. Pero ¿a quién quería engañar? Sabía muy bien que aparecer por el mercado a partir de las diez de la mañana era un auténtico suicidio. Eran las once. No saldría de allí hasta pasadas las doce, y a

la una había quedado con Marta para comer. No podía llegar tarde. Esta vez, seguro que no se lo perdonaría.

En diez minutos llegó a su destino.

Cruzó la puerta y las voces de los dependientes, tan animados como siempre, sobresalían del gran murmullo general. Miró al niño que estaba subido en la moto de su derecha y que le pedía un euro a su madre con voz lastimera. Le vino a la mente la imagen de ella en la misma situación; su madre pocas veces cedía, y le deseó al pequeño mejor suerte que la suya. Sorteó, con paciencia, varios grupos de personas a medida que avanzaba entre las paradas. Dejó espacio para que una señora que andaba con muletas se moviera con comodidad. Tan pronto como hizo hueco, unos niños, espada en mano, se batieron en duelo por el honor de una princesa. La niña, que los seguía de cerca, refunfuñaba con los brazos cruzados: no necesitaba que nadie la salvara, quería luchar. Tessa rompió a reír mientras la mujer la felicitaba por su espíritu combatiente.

Cuando llegó a la pescadería y vio la marea humana que esperaba su turno, se vino abajo. Su congelador estaba vacío. No se podía ir sin comprar, pero tampoco dejar plantada a Marta. Cogió su número e hizo un cálculo rápido: doce personas delante. Le tocaría ir al súper y comprar congelado.

Se giraba para irse cuando una voz conocida sobresalió del resto. Dio media vuelta y buscó al dueño. Roberto estaba pidiendo.

Ni lo pensó. Se acercó a él entre empujones y le echó imaginación a su problema.

—¡Cariño! Menos mal que llego a tiempo. Te he llamado al móvil y no me lo has cogido, aunque no me extraña; aquí hay mucho ruido. Mi madre acaba de llamar, me ha encargado pescado.

Roberto la miró entre divertido y sorprendido; por un segundo, tuvo miedo de que la delatase. Después sonrió y le rodeó la espalda con el brazo.

—Hola, cielo. Pues sí, llegas a tiempo.

La pescadera, que no había perdido ni un solo detalle de lo sucedido, le guiñó el ojo a Tessa y, con complicidad, le preguntó si quería lo de siempre. Ella afirmó con la cabeza, y la oronda mujer se puso manos a la obra.

—Gracias —murmuró, con la vista fija en un rape que tenía enfrente.

—De nada. Creo que ya puedo soltarte. —La dejó ir y, más cómoda, buscó su mirada.

—Menuda suerte encontrarte. He quedado para comer con una amiga a la una y no puedo llegar tarde.

—Pues me alegro de poder ayudar.

Lo miró intrigada. No sabía si lo decía en serio o si se burlaba de ella.

—¿No me crees?

—Por supuesto. —Y levantó una mano para ponerle un mechón de pelo, que se le había escapado de la cola, tras la oreja.

—Bien. —Sus ojos regresaron al rape.

Roberto no perdió detalle de todo lo que le preparaban: una merluza, un bacalao, un kilo de sardinas, dos de boquerones, tres sepias, un lenguado y un kilo de mejillones. Ella hizo ver que no se daba cuenta de cómo, a cada minuto, su rostro se crispaba.

Pagaron, cada uno lo suyo, y salieron a la calle.

Echaron a andar hacia el parque sin tan solo comentarlo. Llevaban un rato sin hablarse y, por extraño que pareciese, en ese instante no se sentía incómoda.

—Ayer no te pregunté, pero ¿estás casada o algo por el estilo?

Se paró en seco y lo miró perpleja.

—¡No! ¿Qué te hace pensar tal cosa?

Roberto, que intentaba aguantarse la risa, contestó:

—Llevas comida para un regimiento.

Miró las tres bolsas que sostenía entre las manos y se echó a reír. Él no aguantó más y la imitó.

—Cierto. Pero la culpa es de mi madre. —La miró con cara de no entender ni una sola palabra—. Verás, ella solo come pescado y, por ende, mi padre y yo, también. Aunque a veces nos fugamos y nos comemos un buen chuletón. Por supuesto, ella finge no saberlo.

—Pero, si ya no vives con ellos, ¿por qué no comes lo que te apetece? —
Reanudaron la marcha.

—Soy tonta, Roberto. Siento que traiciono a mi madre cada vez que me llevo un pedazo de carne a la boca. ¿Ridículo? ¡Evidentemente! Pero así es. Si te digo que cada vez que mi padre y yo nos descarriamos nos pasamos dos meses enviándonos mensajes diciéndonos que no es para tanto, te juro que no te engaño.

Roberto se rio con ganas y Tessa lo miró embobada. Empezaba a caerle bien. Mentira. Era mucho más que eso.

—Anda, dame una de las bolsas. —Le hizo caso—. ¿De dónde eres? Ayer entendí que tus padres viven lejos.

—¡Oh! ¿Me escuchabas? Yo que te vi más interesado en traspasarme con la mirada que en mis palabras...

—No es personal. Reacciono así cuando algo me interesa.

—Gracias por llamarme «algo». Has cumplido uno de mis sueños más ocultos.

—Lo sabía. Por eso lo he hecho.

Se miraron con complicidad. Y ese gesto le debió de dar carta blanca, porque, para cuando quiso darse cuenta, la yema de los dedos de Roberto se paseaba de sus mejillas al puente de la nariz.

—Aquí nos separamos —balbuceó y, sin saber muy bien cómo, señaló el paso de peatones que tenía a su derecha.

No le hizo caso.

—Es curioso. Yo soy pelirrojo y no tengo una sola peca en el rostro. En cambio, tú eres morena y tienes aquí unas que son preciosas. —Seguía acariciándola, y se sentía mejor que en toda su vida.

—Me tengo que ir. —En breve sería incapaz de articular palabra.

—Vale. Lo entiendo. —Roberto dejó de tocarla, se apartó y le devolvió su bolsa de pescado—. Yo corro por las mañanas. Quizá coincidamos algún día.

—Pues como no nos veamos por el barrio... Yo salgo a correr por las tardes, sobre las siete. —De golpe, se puso muy nerviosa.

—Bien. Hasta otro día.

—Adiós.

Y se quedó allí plantada. Viendo cómo se alejaba y entraba en su casa. Preguntándose qué se suponía que era lo que entendía Roberto. Y, aún peor, ¿a qué se refería con ese «vale»?

Capítulo 2

Aquella misma tarde, Roberto la localizó en el otro extremo del lago. Apoyó su cuerpo en el tronco de un sauce, cruzó los brazos, las piernas y se deleitó con la vista. La distinguió de entre el resto de corredores por su cola de caballo —morena, con las puntas rubias—, que oscilaba impetuosa de un lado a otro al ritmo de sus pasos, mientras sus extremidades se coordinaban a la perfección. Vestía una camiseta de manga larga de color rojo, a juego con las mallas que cubrían sus piernas, y que se degradaba hasta llegar al negro al alcanzar los puños y los tobillos.

Tragó saliva.

Jamás una chica tan normal le había fascinado tanto. Tenía un cuerpo atlético, eso era cierto, pero al mismo tiempo gozaba de una belleza tan neutra que la convertía en una mujer de lo más común. Sus pechos eran pequeños, y recordó que su culo era respingón. En ese instante descubrió que tales cualidades lo atraían.

Sorprendente.

La observó cuando pasó frente a él sin perder detalle. Justo en el instante en el que un mechón de pelo se soltó de su agarre, notó cómo sus dedos se removían inquietos; querían colocárselo tras la oreja. Joder, conseguiría una cita con ella aunque le fuese la vida en ello. Contuvo sus ganas de salir tras Tessa, que estaba tan concentrada que ni tan siquiera se fijó en él, y pensó que la vería dar otra vuelta al lago. Después de todo, verla mascullar la canción que escuchaba le hizo gracia, y no tardó en esbozar una sonrisa de pura satisfacción. Ya tenían algo en común.

—¿Te piensas quedar ahí toda la tarde? —Sus labios dejaron de curvarse cuando ella se dio media vuelta para hablar con él mientras corría. Desconcertado, corrió hasta alcanzarla. Ella se quitó los auriculares.

—Hola. Creía que no me habías visto. —Siguieron corriendo.

—Al principio pensé que se trataba de un depravado que me observaba oculto entre los árboles, pero luego me di cuenta de que tan solo eras tú: el chico que mira con fijeza cuando algo le interesa. —Le brindó un gesto burlón y no pudo más que reír.

—Me lo tengo merecido. Pero dime, ¿qué me ha delatado?

—¡Oh! No te preocupes. —Hizo un ademán—. No eres tú. Soy muy buena en temas de seguridad. Mi padre se gana la vida en ese campo y me ha enseñado cuanto debo saber para sobrevivir.

—Quizá me arrepienta, pero ¿me puedes poner algún ejemplo? —Esa chica era algo más que peculiar.

—Bueno, está lo típico: mirar a los lados antes de cruzar, no hacerlo si el semáforo está en rojo aunque no venga ningún vehículo; no beber si vas a conducir, no drogarse bajo ningún concepto; mirar de vez en cuando por el retrovisor para ver quién, o qué, tienes detrás; no meterte en el mar cuando está prohibido; no hablar con desconocidos. Vaya, lo común. ¡Ah! Y no aceptar caramelos de extraños ni dejar tu bebida fuera de tu vista.

—Algo me dice que hay más.

Tessa asintió con la cabeza.

—Con cinco años empecé con las clases de defensa personal. En un bar o restaurante siempre me siento de cara a la puerta de entrada o, en su defecto, lo más cerca posible a esta o a una salida de emergencia; localizo el baño y los extintores en cualquier establecimiento. Cuando viajo, me informo del hospital más próximo y del número de la policía si es que voy a otro país y, siempre siempre, informo al Ministerio del Exterior de mi paradero. —Se

encogió de hombros y miró a Roberto—. Ya ves, de lo más normalito.

—No creo que sean malos consejos, siempre y cuando no se conviertan en una obsesión.

—Reconócelo, es raro —susurró, divertida, entrecerrando los ojos.

—Poco común. —Ella rio, y a Roberto le gustó ese sonido. Alcanzaron el embarcadero y las maderas crujieron bajo sus pies—. ¿Sabes? Cuando era pequeño, venía todos los domingos con mi abuelo a pasear en barca. Me parece increíble que, a día de hoy, sigan siendo las mismas —afirmó, con la vista clavada en un bote de color azul y el número setenta pintado en color blanco en la parte trasera.

—Creí que eras nuevo en el barrio. —Ralentizaron el paso hasta iniciar un paseo tranquilo.

—Nací en Londres, pero parte de mi vida la he pasado en Barcelona. Mis abuelos paternos son de aquí. Y tú, ¿de dónde eres?

—¡Ah! Eso explica tu acento. Yo soy de Menorca.

—¡Vaya! Eso explica el tuyo.

Los dos rieron, y Roberto se pasó la mano por el pelo, echando hacia atrás unos mechones pelirrojos.

—Y dime, ¿cómo liga una adolescente que no puede hablar con desconocidos en una isla repleta de turistas?

—Tenía un truco —susurró aproximándose a él, y su olor a coco lo descolocó por un instante—. Verás, esa norma era muy estricta en cuanto a chicos se refiere, así que... hablaba con sus madres, hermanas, abuelas o amigas. Una vez que me lo presentaban y todo parecía normal, tenía vía libre. Y tú, ¿cómo lo hacías?

—¿Yo? —Se hizo el ofendido.

—Sí. Tú. —Tessa levantó las cejas un par de veces y señaló su cabellera—. El color de tu pelo no es muy popular, sobre todo en la infancia y

preadolescencia. Tienes unos ojos increíbles, pero si fueras rubio, o moreno, sería mucho mejor. No sé, ¿qué quieres que te diga?, los pelirrojos están poco cotizados.

—Deberías saber que solo el dos por ciento de la población es pelirroja, y casi toda tiene los ojos marrones. Así que yo rompí el molde dos veces.

Lo miró con desconfianza y, después, una carcajada de lo más hipnótica los envolvió.

—No me puedo creer que ese fuera tu argumento —afirmó con dificultad. Las risas aún le llenaban la boca.

—No en concreto, pero sí, me vendía muy bien.

—¿Y cómo se te ocurrió?

Dejaron el camino que rodeaba el lago y se encaminaron hacia la salida opuesta a la casa de Roberto. Eran casi las ocho y, poco a poco, el parque se había quedado vacío, a excepción de algún perro con su dueño y algún corredor rezagado.

No perdía detalle de cómo Tessa miraba el suelo y empujaba, con cada paso, las hojas que encontraba en el camino. Tuvo la impresión de que decidía si confiar en él.

—Había una chica.

—Cómo no.

—Me gustaba mucho y la invité al baile de fin de curso. Tenía catorce años. Ella aceptó. En el último momento me dejó tirado por el chico malo del colegio, un rubio de ojos azules.

—¿Ves? Ya te lo decía. ¿Y qué ocurrió?

—Mandó a su amiga a darme calabazas. Al final conseguí que Mary me dejara besarla; lo hizo por compasión y porque mi historia del gen excepcional le pareció creíble. Aunque más tarde me enteré de que ella también estaba colada por James, el chico malo, así que supongo que también

necesitaba que la consolaran.

—Menuda historia.

—Ya lo creo. Aunque lo más increíble es que James y Carol siguen juntos. Tienen tres hijos, y cada Navidad me envían una postal de felicitación.

—Eso sí que es impresionante.

—Cierto.

—Bueno, nuestros caminos se separan. —Llegaron a la acera y Tessa señaló un paso de peatones—. Me ha gustado hablar contigo, siempre es... diferente. Hasta otro día.

Se dio media vuelta, pero Roberto la cogió por el brazo, obligándola a girarse.

—¿Cenamos juntos? —Los ojos de Tessa estaban muy abiertos, con una expresión que jamás le había visto en su rostro. Contuvo la respiración.

Sí. Pronto sería suya.

—Ya te lo dije: no soy de esas, Roberto.

—No sé a qué te refieres.

Se mordió el labio inferior. Roberto se la acercó hasta que sus pechos se rozaron; ella tuvo que levantar la cabeza para sostenerle la vista.

—Podrías ser un psicópata que tiene adiestrado a su perro para que se tire encima de la primera chica que pasa frente a su puerta.

Supo que pretendía bromear, aunque su gesto siguiese igual de serio.

—O solo alguien interesado en conocerte mejor. —Levantó un dedo e hizo lo que le reclamaba desde que su mechón se había soltado de la cola: le acomodó el pelo tras la oreja. Notó cómo se estremecía con su contacto y eso lo hizo vibrar por dentro—. Además, ya hemos tenido una cita. A partir de ahora, todo debería ser más fácil —afirmó con los ojos clavados en sus labios.

—¡Oh! No. Eso sí que no. —Tessa se deshizo de su sujeción y dio un paso

atrás—. Yo sé muy bien cuándo tengo una cita, y esto no lo ha sido.

—Me dijiste dónde y a qué hora encontrarte. Así que sí, esto ha sido una cita.

—No. No lo ha sido.

—Aceptaré que esto no ha sido una *no* cita, solo si tú aceptas tener una *sí* cita.

—Eso es estúpido.

Roberto se dio cuenta de que Tessa apretaba los labios para evitar sonreír.

—Solo si no consigo lo que pretendo. —Se acercó de nuevo a ella.

—Hoy he quedado con mis amigas y mañana ya es domingo. Entre semana no salgo, así que tendrá que ser el próximo viernes.

—De eso nada. Mañana, en el club de *jazz* que hay junto al mercado. A las nueve. El concierto empieza a las diez y dura una hora; estarás en casa antes de las once y media.

Los labios de Tessa se curvaron y su rostro se suavizó.

—Vale.

—Muy bien. —Se pasó las manos por el pelo.

—Hasta mañana.

—Adiós.

Roberto vio a Tessa alejarse mientras su corazón bombeaba con fuerza. Mierda. Debía tener cuidado.

Las luces de neón del Chicago Jazz llamaron su atención nada más girar la esquina. Era la primera vez que pasaba por allí con el local abierto, y su aspecto mejoraba de forma considerable. Las letras que configuraban el nombre del lugar en azul, y el saxo amarillo a su lado, ganaban mucho cuando

centelleaban tras la cristalera que había junto a la entrada.

Aceleró el paso.

Una vez dentro, Tessa se frenó en seco y miró pasmada a su alrededor mientras la voz de Billie Holiday se colaba en sus oídos a un volumen que consideró perfecto. ¿Cómo se le había pasado por alto aquel lugar? El techo era blanco, las paredes, negras. Las columnas eran del mismo gris que la barra, donde unas luces de neón azules bailaban tras ella entre las botellas y las copas que servía un chico negro con las rastas más largas que había visto en su vida. Las mesas y las sillas no podían ser más oscuras, aunque estuvieran rayadas por el uso; el escenario era una explosión de color: negros, grises, azules, rojos y amarillos se fundían a la perfección sobre los instrumentos para que no le quitaras la vista de encima. En un lateral, las palabras *Wall of the fame*, en un rojo llameante, indicaban el lugar donde encontrar decenas de fotografías de músicos y cantantes actuando en el local.

Buscó a Roberto y lo encontró sentado en una esquina, justo enfrente del escenario, con la vista perdida en el móvil.

—Hola. ¡Este sitio me encanta! —Se acababa de quitar el abrigo cuando él se levantó y, cogiéndola por la cintura, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla, alargando el momento en el que sus labios rozaron su piel más de lo debido. ¿Alguien se puede derretir con un simple beso? Pues sí.

—Sabía que te gustaría —susurró cerca de sus labios, y se sentó de nuevo.

Tessa lo miró con suspicacia; su rostro era el de un niño travieso que esperaba una reprimenda. Desde luego, sabía jugar sus cartas. Recobró la compostura justo en el momento en el que él señaló la salida de emergencia que tenían a su derecha.

—¡Oh! Gracias. —Se sentó.

—No hay de qué. El baño está al fondo a la derecha.

—Típico.

Una camarera se acercó para tomarles nota. Tras pedirle dos bocadillos vegetales y un par de bebidas, desapareció.

—Entonces, ¿no conocías este sitio? —Tessa negó con la cabeza—. ¿Te gusta el *jazz*?

—Se podría decir que sí. Aunque no es lo que escucho. ¿Sabes? Llevo casi ocho años en el barrio y ni se me había pasado por la cabeza entrar.

—¿Te viniste a vivir a Barcelona para estudiar? —Roberto arrugó la frente, como si de pronto recordara que se le había pasado algo por alto—. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

Acababan de dejarles las bebidas sobre la mesa, y Roberto le dio un sorbo a su Coca-Cola.

—Veintiséis.

—Treinta y dos.

Sus labios se tensaron al disimular una sonrisa. Lo miró a los ojos y le espetó:

—Vaya, pues no eres tan mayor.

La carcajada de Roberto no se hizo esperar. Contra todo pronóstico, se acodó en la mesa. Con un dedo, le colocó el pelo tras la oreja para después acariciarle el lóbulo.

—Es la primera vez que te veo con la melena suelta. Me gusta.

Contuvo la respiración y consiguió separarse de él sin parecer estúpida, y es que cada vez que hacía eso la desconcertaba. ¿Por qué creía que podía tocarla cuando le daba la gana? Es más, ¿por qué lo permitía? Mierda. Mejor no contestar a eso; apenas sabía nada de él y, aun así, jamás se había sentido tan cómoda con nadie.

La camarera llegó con los bocadillos. Un respiro.

—Y dime, ¿quién actúa esta noche?

—Los domingos tocan los alumnos de último curso y los profesores de la

escuela de música del barrio. Tienen un buen nivel, la verdad. Siempre que paso unos días en Barcelona intento venir a verlos.

—¿Estas de paso? —Roberto pareció sorprenderse—. Bueno, no sé. Ayer me dijiste que ibas al parque con tu abuelo. Quizá solo has venido a pasar unos días con él.

—No. Me he trasladado a vivir aquí.

Los labios de Roberto se curvaron, y Tessa se dio cuenta de que, como siempre, su rostro había sido demasiado expresivo.

—¿Qué? —Intentó disimular.

—Por tu sonrisa, cualquiera diría que te ha gustado que un anciano como yo no regrese pronto a Londres.

Se removió, incómoda, mientras él esperaba una respuesta con un aire de satisfacción que decidió fulminar:

—¿Eres así con todo el mundo o solo conmigo? —refunfuñó.

—No soy un tipo engreído, Tessa. Solo fiel a lo que me interesa. Y, en este momento, no querría estar en ningún otro lugar del mundo ni, mucho menos, en compañía de otra persona. —Se le acercó y le pidió al oído—: Créeme.

El estómago se le contrajo. Le gustaba el sonido de su voz y el cosquilleo que sentía cada vez que las puntas del pelo de Roberto rozaban su piel.

Él se separó y bebió de nuevo de su vaso, a la espera de su reacción. Vale, sabía jugar muy bien sus cartas, porque aquello había estado pero que muy bien. ¡Joder! Seguro que su cara ya iba por libre y él ya sabía lo que opinaba.

—Sigo pensando que podrías ser un psicópata adiestraperras —le aseguró, mordiendo su bocadillo.

Los músicos subieron al escenario. Un hombre de unos cincuenta años, de pelo cano, presentó, uno a uno, a sus compañeros, y empezaron a tocar. A Tessa le impresionó la voz aguda del cantante, un chico que no tendría más de veintidós años y al que, si cerrabas los ojos, por su tono, le sumarías treinta

más. Echó la espalda hacia atrás, sin acabar de creérselo. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que todas las mesas se habían llenado y que no era la única que estaba en estado de *shock*. Se fijó en el pianista: sus dedos volaban entre las teclas, mientras su cabeza colgaba de su cuello, muerta, tan cerca de las manos que las rozaría de un momento a otro. Movi6 sus ojos hasta el trompetista, que tenia los párpados bajados, la frente arrugada, e hinchaba los carrillos para después soltar el aire con auténtica vehemencia. A su lado, una chica de pelo rizado tocaba el contrabajo con tanta emoción que su cuerpo se movía en una cadencia de lo más sensual al ritmo de las notas.

Se giró hacia Roberto.

—Son increíbles.

—Lo sé.

Siguió con la inspección a la banda y descubrió que el que más le fascinaba era el saxofonista. Quizá era su vena romántica, pero se lo imaginó tras una ventana tocándole a la luna, con unos tejanos desgastados como única vestimenta, y una chica tras él envuelta en una sábana. Se le escapó una risita. ¡Estaba fatal!

—También es pelirrojo. —La voz de Roberto la sobresaltó, lo miró, y se puso roja como un tomate—. Podría aprender a tocar —se burló.

En esa ocasión fue Tessa la que se le acercó y, en un susurro, le confesó:

—Solo fantaseaba. ¿Acaso tú no lo haces?

Tessa se quedó inmóvil, a la espera de que él se moviera, de que sus labios rozasen su frente. Roberto le cogió el mentón y le levantó la cara hasta que sus ojos se encontraron.

—Continuamente.

Levantó una mano, paseó la yema de sus dedos por sus pecas y el puente de la nariz. Cuando creía que Roberto la besaría, se separó de ella para seguir mirando al escenario.

Como estaba previsto, a las once en punto el concierto finalizó. Roberto pagó la cena y salieron a la calle.

El frío de finales de febrero no invitaba a quedarse plantados en la acera a conversar, así que empezaron a caminar hacia el parque.

—Otro día podemos repetir. Tocan de maravilla.

Tessa lo miró de reojo. Él permanecía callado, con la vista clavada en el suelo y las manos en los bolsillos.

—Claro.

Llegaron en silencio hasta el cruce donde sus caminos se separaban.

—Bueno. Me voy a casa. —Balanceó los brazos a los lados a la espera de que él propusiera acompañarla, pero no lo hizo.

—Buenas noches, Tessa. —Se le acercó y le dio un beso rápido en la mejilla.

—Buenas noches.

Roberto se giró y echó a andar hacia su piso mientras Tessa contenía sus ganas de correr tras él y deshacerse de la necesidad de besarlo que la carcomía por dentro. ¿En serio que, después de tanto insistir, no le pedía otra cita?

Cuando el despertador sonó a las siete de la mañana, lo apagó de un manotazo.

Estaba cansada. Solía acostarse pronto y, al final, entre que había llegado a su casa a las once y media y que le estuvo dando vueltas durante un rato a la despedida tan extraña que habían protagonizado Roberto y ella, se durmió casi a la una de la madrugada.

Abrió los ojos y miró el techo de su habitación; aquella era la última

semana de Juan antes de su jubilación y sería dura. Lo quería como a un padre y, por mucho que su hijo fuera bueno en su trabajo, jamás sería lo mismo. Retiró la funda nórdica en diferentes tonalidades de lila, a juego con las cortinas de la habitación, y se sentó en la cama. Respiró hondo y, entre bostezos, se acercó hasta la ventana y miró a la calle. A esa hora los coches ya transitaban con fluidez, y el parque empezaba a despertarse con las pisadas de los primeros corredores que lo visitaban. ¿Sería Roberto uno de ellos?

Eliminó esa idea de la cabeza de un plumazo y, a rastras, se dirigió al baño.

—¡Mierda! —gritó, llevándose las manos al pecho para evitar que el corazón se le saliera.

—¡Joder! —Marta estuvo a punto de resbalar en la ducha por el susto.

Las dos amigas se miraron con ganas de matarse.

—¿Qué te parece si me avisas cuando te quedas a dormir? —Tessa se quitó el pijama y lo tiró al suelo.

—Me entretuve más de la cuenta en el bar de Lucas con un compañero abogado al que me encontré allí. Hoy tengo que estar en el juzgado a las ocho, así que dormir aquí era la mejor opción. Y no quise llamarte y molestar. *Ya tú sabes...* —se burló, arqueando las cejas mientras se escurría la melena rubia y corría la mampara para salir.

—Pues déjame una nota encima de la mesa del comedor. Es mejor eso que matarnos mutuamente de un ataque al corazón.

—Cierto. ¿Qué tal la cita?

Tessa le relató la noche mientras se duchaba, y su amiga se secaba el pelo sin perder detalle de sus palabras.

—Un día tenemos que ir. En serio, tocan genial.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero vamos a centrarnos. Ese tío te acaricia cada vez que le da la real gana y, cuando surge el momento, ¿no se lanza a besarte?

No lo entiendo. En mi dilatada experiencia no me ha pasado jamás.

—De los tíos con los que has salido, el único digno de mención es Dani. Y al final te destrozó. No creo que tus referentes sean buenos.

—Lo sé, pero leo mucho. Hazme caso, eso es raro.

Tessa, que ya se había duchado, torció el gesto.

—No sé. La verdad es que eso me da igual. Lo que no entiendo es por qué no propuso quedar otro día. —Se encogió de hombros, resignada—. En fin, ¿qué tal ese abogado de anoche?

—¡Uff! Un pelmazo. Solo me habló de la ley de protección de datos y de un caso que tiene entre manos. Aún no sé cómo no acabé en estado catatónico en el taburete de la barra.

—¡Qué animal eres!

Marta abrió la puerta del baño para salir.

—Cuando quieras te lo presento, aunque tú eres tan correcta que hubieses aceptado pasar la noche con él solo por lástima. —Enfiló el pasillo y entró en la única habitación individual del piso, en la que solía dormir, al menos, un par de veces al mes. Marta, y su otra amiga Laura, habían compartido piso con ella hasta hacía poco. Y mientras Laura se había llevado todas sus pertenencias, a excepción de un pijama, Marta seguía conservando un armario repleto de ropa y calzado—. Tessa la siguió con el cepillo redondo enroscado en el pelo.

—Yo no hago esas cosas. Pero ¿es un decir o te lo propuso?

—«Nena, ¿acabamos en mi casa?» —dijo Marta, con voz ronca, mientras levantaba un poco el labio superior y movía la cabeza a los lados—. Vamos, un gilipollas.

Tessa se rio y abrazó a su amiga, que se acababa de poner un traje de chaqueta gris que le quedaba de muerte.

—El mercado está muy mal: tíos que solo hablan de su trabajo, hombres

que no concretan una segunda cita... Hace tiempo que te lo digo: no lo tenemos fácil.

Marta abrió el armario y sacó unos zapatos negros con un tacón de diez centímetros; se encaramó a ellos y se puso el abrigo.

—¿Y desde cuándo esperas a que hagan algo por ti? Después de la primera noche, todo es más fácil. Si es que te lo has pasado bien, claro.

Tessa rio. Esas fueron las palabras de Roberto después de su no cita.

—No lo sé.

—Mmm... —Marta examinó el rostro de su amiga—. Estás decepcionada.

—No me caes bien. —Salió de la habitación y se dirigió al baño mientras Marta se moría de la risa.

Empezó a secarse el pelo, pasándose el cepillo con ímpetu por la melena.

—¡No te pongas así! No ocurre nada por estar coladita por un guiri descafeinado. Además, después de toda una vida, ya era hora. ¿No crees?

—Si tú lo dices...

El móvil de Marta empezó a pitar.

—¡Mierda! O me voy ya, o no llego al juzgado. —Se acercó hasta su amiga y, tras darle un beso en la mejilla, la amenazó—: Esta conversación no se acaba aquí.

Miró la hora, las siete y media. Se había entretenido con Marta y, ahora, si quería llegar antes de las ocho a la oficina, no le quedaba más remedio que correr.

Se acabó de arreglar dándole vueltas a la boda de Juan y Sara —desde el sábado por la tarde, cuando tuvo su primera no cita, no había pensado más en ello—. Se fue hasta la cocina, intentando recordar si conocía a alguien que le pudiera echar una mano con el tema de las carpas. Se preparó un bocadillo de queso fresco para el trabajo y cogió la fiambarrera con la comida; lo metió todo en una bolsa de Betty Boop que tenía solo para eso y la dejó encima de la

mesa del comedor.

Corrió hasta la habitación, se colocó su abrigo verde y cogió el bolso.

Cuando estaba a punto de salir, se dio por vencida; era inútil pensar en la boda.

¿Por qué Marta siempre tenía razón?

A tan solo cinco minutos de su casa se encontraba el bar de Lucas. No era uno de esos sitios elegantes, de moda o temáticos. Solo era un bar de barrio. Uno de esos de toda la vida; en el que el propietario conocía bien a sus clientes y se preocupaba por ellos. Donde los asiduos conocían las alegrías y las miserias de los demás y donde, para fastidio de Tessa, servían unas raciones de jamón ibérico que pondrían nerviosa a su madre.

Al cruzar la puerta, Lucas le dio la bienvenida desde la barra con la mano mientras charlaba con uno de los habituales acerca del último partido de fútbol: un Real Madrid–Barça que habían jugado la noche anterior y que, para indignación del propietario, perdieron los merengues. Tessa le devolvió el saludo con una sonrisa.

El local tenía dos espacios, uno a la derecha, donde se ubicaba una barra alargada con sus taburetes, frente a unas sillas tapizadas en un verde oscuro y mesas más bajas de lo normal; y, después, una zona más amplia donde había dos niveles separados por una baranda de color marrón oscura que hacía juego con las mesas y las sillas. Las paredes y el techo eran de piedra, y el ambiente estaba iluminado con unas lámparas de hierro forjado que desprendían una luz amarillenta.

Se paró frente a la barra y miró hacia las mesas. No vio a sus amigas por ninguna parte.

—¡Estamos aquí! —De entre el montón de cabezas sobresalieron las perennes uñas rojas de Laura.

—¡Ufff! Estoy agotada. Estos días están siendo muy intensos en el trabajo. Sería capaz de dormirme aquí mismo. —Se dejó caer en la única silla libre que había en la mesa, entre sus dos amigas.

—Voy a por una cerveza —dijo Marta levantándose—. ¿Quieres una?

—Prefiero una Coca-Cola.

Marta desapareció y Tessa se fijó en cómo la miraba Laura. La morena tenía la nariz arrugada y la boca torcida. ¿Qué sería ahora lo que no le gustaba? Se habían conocido el primer año de universidad y, a los pocos meses, Laura se fue a vivir con las dos amigas al piso de Tessa. Desde entonces, y aunque entre Marta y ella siempre había existido más complicidad —por aquello de crecer juntas—, se convirtieron en un trío inseparable.

—¿Cómo te tengo que decir que debes cuidar tu imagen? —le espetó sin poder retener más su pensamiento.

—¿Perdona? —Tessa puso los ojos en blanco. Imaginó que allá iba uno de los sermones sobre la correlación entre el glamour y el éxito en la vida.

—Tu bolso. Es inadmisibile.

—A mí me encanta. Me lo compré la semana pasada en el chino por quince euros. —Levantó el objeto que tanto desagradaba a su amiga y se lo expuso. Señaló el dibujo animado y la moto antigua de color rojo y blanco que lo acompañaba—. No pude resistirme.

—¡Qué pasada! No te lo había visto —agregó Marta tras dejar las bebidas sobre la mesa.

—Un bolso dice mucho de una mujer —les informó Laura, como si se lo dijese por primera vez.

—Pues en este caso nos indica que a Tessa le gustan Betty Boop y las motos. Cosa que es cierta. —Marta asintió con la cabeza, satisfecha de sus

propias palabras. De repente, hizo un mohín y añadió—: Aunque ella no es sexi.

—Cabrona —dijo entre dientes la aludida.

Vio titubear a Laura y, por un instante, creyó que ahí acababa todo. Error. Laura siguió a lo suyo:

—Trabaja en una empresa importante como secretaria de dirección. No puede ir por la vida con un bolso de los chinos. No es coherente. —Ignoró la presencia de Tessa para buscar una aliada en Marta.

—¡Joder! Ni que cobrase una pasta —se quejó malhumorada.

Esperó a que Marta contestara:

—A ver, Laurita, que nos conocemos. Aquí cada una somos de nuestro padre y de nuestra madre. Por mucho que lo intentes, no nos vas a transformar en alguien como tú.

Laura se irguió en la silla. Marta la imitó.

—¿A qué te refieres?

—Le das mucha importancia al aspecto físico. Para mi gusto, un pelín demasiado. Para el de Tessa, excesivo. —Laura miró a Tessa con cara interrogante. Ella cogió su bebida con las dos manos y le dio un sorbo mientras fijaba la vista en las piedras del techo—. Tus gafas a lo retro valen una pasta; tu ropa desenfadada vale una pasta; tu bolso vale una pasta. Resumiendo: te has convertido en una pija.

—¿Pija? ¡Eso es una falacia! —Laura apretó muchos los labios. Estaba a punto de estallar.

Tessa siguió con el vaso entre las manos, pero bajó la vista. No podía perderselo.

—¿Lo ves? —Marta se echó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa y, en contra de su voluntad, agarró las manos de Laura—. Sabes que tengo razón, por eso se te escapa la risa. Te he pillado. Y ahora, para ser

completamente feliz, solo tienes que decirlo en voz alta. Culminarás la aceptación y te sentirás mejor. Te lo aseguro. —Su argumento sonó en la cabeza de Tessa como el de un predicador americano.

Laura no pudo más y estalló en carcajadas. Marta y ella explotaron después, mientras algunos clientes las observaban con una sonrisa contagiosa en los labios.

—Soy pija —dijo Laura, solemne, cuando dejó de reír.

La aplaudieron y, tras coger cada una su bebida, brindaron por la valentía de Laura.

—Creo que estamos fatal. Me voy al lavabo.

Tessa se adentró en el pasillo y escuchó de nuevo las risas de sus amigas. Con cara de boba, agarró el pomo de la puerta del baño para entrar.

—Creía que no salías entre semana.

La voz de Roberto fulminó su sonrisa. Supuso que acababa de salir del aseo masculino; tenía su cuerpo tan cerca que notaba el calor que desprendía. Era miércoles, no lo había visto desde el domingo, y no quería engañarse a sí misma: el cansancio que arrastraba no se debía solo al trabajo. Había pensado mucho en él. ¿Por qué no habían vuelto a quedar? Y, después de tanto juego dialéctico, ¿por qué no intentó besarla?

Se giró poco a poco, como si tuviese miedo a rozarlo.

—He quedado con unas amigas para tomar una copa. —Su voz intentó justificar sus actos, y se sintió estúpida por ello.

Roberto se acercó un poco más, apoyó una de sus manos en el marco de la puerta y, como el que no quiere la cosa, resiguió las ojeras de Tessa con la yema de sus dedos.

Cerró los ojos.

—Se te ve cansada. —Como respuesta, un pequeño gemido—. Yo tampoco duermo bien. Lo mejor será que...

Dejó de hablar, pero no de tocarla. El roce de su piel la excitaba con una facilidad que jamás creyó posible experimentar. Su cuerpo se abandonó tan rápido a los deseos de Roberto que fue incapaz de negarse. Apoyó la espalda en la puerta y, justo antes de perder la capacidad de razonar, rogó que nadie la abriera desde dentro. Él siguió a lo suyo: el puente de la nariz, los pómulos, la barbilla. Todo parecía consumirse a su paso. Los labios, deseosos de atención, temblaban con un ansia desconocida. Se los lamió, y el sonido gutural que emitió Roberto le hizo hervir la sangre.

—Mírame —susurró en su oído.

Abrió los ojos y se encontró con una sonrisa devastadora, de puro éxito. Él sacó la lengua y recorrió sus labios. Los párpados se rindieron a su peso y se cerraron de nuevo. Los brazos cobraron vida y, tras aferrarse al jersey de Roberto, se apretó contra él y abrió la boca para que tomase todo lo que quisiera. La calma dio paso a una auténtica tormenta en la que la mano de Roberto la sujetaba por la nuca y la apretaba contra sí mientras la devoraba. Con la otra mano la alzó por la cintura y, como si fuese una muñeca, la empotró contra la pared tras dar unos pasos para alejarse de la puerta. Tessa tiró del jersey hacia arriba para ir en busca de la piel de Roberto, pero no pudo. Frustrada, enroscó las piernas en torno a sus estrechas caderas.

—Chicos, este no es lugar. —La voz de Lucas irrumpió en el pasillo.

Tessa bajó las piernas tan rápido como su cerebro fue capaz de recordar dónde se encontraba. Avergonzada, y sin mirar a Lucas, le dijo:

—Lo siento.

—Ya se ha ido. —La voz de Roberto sonó aún más grave.

Observó cómo se pasaba las manos por el pelo, frenético. Tenía las pupilas dilatadas y respiraba con dificultad.

Sin decirle nada, entró en el lavabo. Se refrescó la cara y la nuca con agua fría. Se metió en uno de los compartimentos y, después de mear, repitió la

operación anterior. Joder, como mínimo había sufrido locura transitoria. De no ser por Lucas, ¿hasta dónde hubiese llegado? Lejos. O, para ser más realista, hasta el final.

Regresó a la zona de la barra y buscó a Roberto, pero no lo encontró.

—¡Espera! —le gritó Lucas antes de que se reuniera con sus amigas—. Me ha dado esto para ti. —Le entregó un papel doblado por la mitad; Tessa lo desplegó y vio que era su número de teléfono. Se lo guardó en el bolsillo del pantalón tejano—. Ha venido un par de veces; no parece mal tipo, pero no lo conocemos. Ten cuidado.

Llegó a la mesa y creyó entender que sus amigas comentaban algo sobre un juicio que tenían al día siguiente. Se puso el abrigo, agarró el bolso y, ante sus miradas atónitas, les dijo:

— Debo irme. Nos vemos mañana. Tengo que hablar con Roberto.

—Vale.

—¿Quién es ese Roberto? —Tessa oyó la frase de Laura cuando se despedía de Lucas.

Subió las escaleras de su bloque de dos en dos, cruzó el umbral de la puerta, lanzó las llaves sobre la estrella que tenía en la mesa del comedor — que era el lugar donde las guardaba— y, tras deshacerse de las botas, se subió sobre el sofá de color verde. Cogió el papel del bolsillo, lanzó el abrigo de mala manera sobre una de las sillas marrones y se sentó con las piernas cruzadas. Respiró hondo y, con dedos temblorosos, abrió la nota y la leyó de nuevo. Añadió el número de teléfono en la agenda de su móvil.

Cerró los ojos y se acarició los labios con la yema de los dedos. Una risita tonta se le escapó mientras flexionaba las piernas y ocultó su rostro entre ellas. Estuvo así unos minutos, mientras cavilaba si era mejor llamarlo o enviarle un mensaje. Después de todo, conocía su dirección, podría ir hasta su casa. Optó por el mensaje; era menos violento. Aunque sentía curiosidad por

saber cómo era la voz de Roberto por teléfono. No quería ni pensar en la cara que pondría si se presentaba en su casa. Otra risita.

Intrigada por conocer más de él, buscó en el WhatsApp su foto de perfil. Rio sorprendida cuando se topó con una imagen en la que *Corner* lucía unas gafas de sol rosas y un sombrero de paja blanco.

A las 22:36 le envió un «hola» que media hora más tarde seguía sin ser leído.

Sentada en el sofá con la televisión encendida, el teléfono iba de una mano a otra sin parar, mientras a cada instante comprobaba si el doble *check azul* aparecía en la pantalla. A las 23:17, por fin, cambió de color. Esperó un rato. Pero nada. A las doce, desanimada, se metió en la cama convencida de que no dormiría. ¿Por qué su teléfono no pitaba?

Capítulo 3

Aquel viernes le costó un montón levantarse. Y no era solo porque fuese el último día de Juan; también tenía mucho que ver con que llevaba toda la semana acostándose a las tantas.

El día anterior, Marta y Laura se presentaron en su casa para la cena, sedientas de información.

—¡Ese tío es un calentabragas!

—¿Pero eso existe? —Laura se rio de las ideas de Marta mientras Tessa se desesperaba.

—Os he explicado lo que ocurrió. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Claro que existe. La prueba viviente es Roberto. —Marta la ignoró de forma descarada—. Y otro tema: ¿qué coño te pasa? Tú no eres así. Te comportas como si pudiese hacer lo que quisiera contigo.

Resopló y se levantó de la mesa, fue a la cocina, cogió de la nevera tres yogures; abrió un cajón, agarró tres cucharillas y, cuando llegó a la mesa y lo dejó todo en ella, sentenció:

—O cambiamos de tema o en cuanto os comáis el postre, os vais a vuestra casa.

Sus amigas cambiaron de tercio y, cuando se aseguraron de que se había relajado, se fueron al piso que compartían.

Ni con esas logró pegar ojo hasta pasadas las doce.

Esa mañana estaba muerta de sueño, y el ambiente apagado que reinaba en la oficina no la ayudaba demasiado a espabilarse. La jubilación de Juan hacía mella en los empleados, que por mucho que se alegraran de la felicidad de su

jefe, no podían disimular que lo echarían de menos. Además, la gran mayoría solo había trabajado con él, y no podían disimular el miedo a los cambios — por mucho que Juan insistiera en que todo seguiría igual—.

El teléfono de Tessa sonó, y lo cogió en cuanto el visor le dijo de quién se trataba.

—¿Has podido revisar la hoja de cálculo que te mandé ayer? —Juan no descansaba ni en su último día.

—Sí. Hay un dato que no me cuadra. Estoy a la espera de que contabilidad me lo confirme.

—Perfecto. Me avisas cuando lo tengas.

—Por supuesto.

En cuanto colgó el teléfono, le empezó a sonar el móvil. Miró la pantalla dos veces, sin acabar de creerse el nombre que aparecía en ella. Cortó la llamada y le envió un mensaje:

Estoy trabajando. 12:40

Me lo suponía. 12:40

No te puedo coger el teléfono. 12:41

«Aunque tampoco quiero», pensó.

¿Quieres cenar conmigo esta noche? En mi casa. 12:42

Se quedó con el móvil entre las manos, estática, con la mente en algún punto del universo. No sabía qué responder.

No me contestaste y ahora estoy confusa. 12:47

Ya somos dos. 12:48

¿Él? ¿Por qué?

Creo que nos podemos llevar bien. Merece la pena intentarlo. 12:52

Lo siento. Llegas dos días tarde. 13:20

Dio la conversación por finalizada, silenció el móvil y lo guardó en el bolso.

Cuando le aclararon el dato del que dudaba, modificó el documento y se lo envió a Juan. En cuanto lo recibió, le pidió que fuese a su despacho.

Abrió la puerta y Juan se levantó en el acto. Se acercó hasta ella con paso firme y le dio un abrazo

—Quiero agradecerte todo el trabajo de esta semana. Sé que no ha sido fácil, y tienes que estar cansada —dijo mientras se pasaba la mano por su pelo cano.

—¡Por Dios, Juan! Solo hago mi trabajo.

—Nunca te has comportado como una simple trabajadora, siempre le ofreces a todo el mundo lo mejor de ti. Eso no se paga con dinero.

Tessa apretó los labios y abrió muchos los ojos. Se estaba emocionando y, si empezaba a llorar, no podría parar.

—Muchas gracias, pero insisto, solo hago lo que debo.

—Como quieras. —Juan se dio por vencido—. Pero antes de que te vayas, y tal y como me ha pedido Sara, te recuerdo que nos vemos en quince días en mi casa para organizar la boda. No hace falta que madrugues, con que llegues sobre las doce estará bien. Para esa hora mis hijos ya estarán por allí.

—¿Te estás despidiendo de mí? ¿Ya te vas?

—No. La que se marcha eres tú. Has trabajado mucho esta semana y estás muy cansada. —Tessa iba a protestar cuando su jefe negó con la cabeza—. Ni se te ocurra. Solo hay que verte para saber que necesitas dormir un rato.

—Pero...

—Pero nada. Todo lo que teníamos que hacer está hecho. —Tessa se limpió una lágrima que se le había escapado—. ¡No llores! Que nos vemos en unos días. Además, estaré en Sitges. No creas que te desharás de mí con tanta facilidad.

Tessa sonrió sin estar muy convencida de las palabras de Juan. Con el alma en un puño, se despidió de él.

Ya en la calle, se acordó de que tenía el móvil en silencio. Lo sacó del bolso y, cuando fue a subir el volumen, vio que tenía otro mensaje de Roberto de hacía una hora:

Si tu tope son dos días, solo llego cuarenta y tres horas
y seis minutos tarde. ¿Cenas conmigo? 13:21

La carcajada de Tessa provocó que más de un peatón se volviera para mirarla. Dios, ese chico era ingenioso.

¿A qué hora? 14:30

Alas ocho. Solo hay un timbre. Ya conoces el portal.
14:30

OK. 14:31

Hasta luego. 14:31

Tessa guardó el móvil en el bolso. Y supo, con total seguridad, que sería incapaz de echar la siesta.

A las ocho en punto apretó el timbre de la casa de Roberto. Mientras esperaba, observó su reflejo en el cristal de la puerta de la vivienda, y le gustó

lo que vio. Había tardado una eternidad en decidir qué ropa ponerse, no solo la exterior, sino que también tuvo serias dudas con la interior. Al final se decantó por un conjunto de encaje negro que le había regalado Laura las Navidades pasadas, unos tejanos grises, un jersey negro y un abrigo verde. Respiró hondo y se quedó absorta en el rítmico movimiento de las puntas de sus botas negras, que subían y bajaban sin parar, mientras capturaba su labio inferior entre los dientes.

—Hola.

Levantó la vista y se encontró con una sonrisa socarrona.

—¡Ostras! Ahora mismo estaba en otro mundo y no te he escuchado abrir la puerta.

—¿Y se puede saber en qué pensabas? —Roberto se hizo a un lado para dejarla pasar. En cuanto cerró la puerta a su espalda, se pegó a ella provocando que dejara caer su cuerpo contra el cristal.

—No sería conveniente —balbuceó tras negar con la cabeza y fruncir los labios. Como otras veces, aquello pareció ser suficiente para que él recorriera su rostro con la yema de los dedos y un gesto depredador. Por un momento creyó que la besaría, y los recuerdos del miércoles pasado se desencadenaron en su cerebro. Se estremeció de una forma tan evidente que vio un brillo de satisfacción en los ojos de Roberto—. Será mejor que entremos.

Lo siguió de cerca intentando controlar su respiración y no mirarle el culo. Fracasó de una forma bastante penosa. Segundos después de echarle un ojo a esa parte, de recrearse en su ancha espalda y en sus fuertes brazos, sintió cómo la tensión sexual recorría sus venas con unas ganas locas de salir y experimentar.

—¡*Corner!*

En cuanto entró en el piso, el perro se le tiró encima y, por mucho que Roberto le ordenó que se sentara, él seguía con sus patas delanteras sobre

Tessa entre jadeos de felicidad. Le acarició la cabeza y, tras un par de intentos infructuosos de agarrarlas para que las bajase, optó por la opción más sencilla:

—Te he comprado un regalo. Si te sientas, te lo daré. —*Corner* obedeció mientras ella se dirigía a una mesa de cristal que tenía a pocos metros y abrió el bolso negro, uno grande que más bien parecía un saco, y rebuscó en él.

—¿Va en serio? —Roberto acercó tanto la cabeza a la de ella para mirar en el interior que, cuando Tessa levantó la cara con la intención de enseñarle el hueso que, por fin, acababa de encontrar, se quedó a un palmo de su boca.

—Claro —susurró; se quedó atrapada en sus pupilas tras dejar caer el objeto, que fue interceptado por el perro con suma eficiencia—. Tus ojos son impresionantes. —Roberto resiguió con el pulgar su labio inferior mientras no perdía detalle de los movimientos de su boca.

—¿Por qué hablas tan bajo? —Ahora era el índice el que jugaba con ella.

—Me da miedo que, si alzo la voz, la burbuja en la que estamos desaparezca. —Se aproximó hasta que ella pudo sentir su aliento—. No llegamos a la cena, ¿verdad?

—Sería estúpido esperar.

—Sí. Una auténtica pérdida de tiempo. —Tessa retrocedió un par de pasos humedeciéndose los labios y se desabrochó el abrigo con lentitud deliberada. Movié sus hombros, echó los codos hacia atrás y dejó que las mangas se deslizaran por sus brazos hasta que cayó al suelo. Su jersey siguió la misma suerte y, tras él, las botas y los tejanos—. ¿Me enseñas tu dormitorio?

Roberto, que observó sus movimientos con lascivia, no tardó en contestar:

—Y un par de cosas más. Pequeña descarada. —Entre risas la cogió en volandas y la condujo hasta la habitación. La tiró sobre la cama y, cuando intentó reptar en dirección al cabezal, la retuvo por el tobillo y la obligó a girarse—. Quieta aquí —le ordenó en un tono de voz, hasta el momento

desconocido para Tessa, que no hizo más que acrecentar sus expectativas.

Obediente, clavó sus codos en el colchón mientras no perdía detalle de cómo Roberto se desprendía de su ropa. Las puntas de su pelo, que le rozaban la nuca y parte de su rostro sin ningún orden, ofrecían un aspecto feroz del que empezaba a ser consciente; la barba, de unos cuantos días, le daba un aire masculino que no había apreciado en ningún otro hombre, y sus facciones robustas le parecieron las de alguien que sabía lo que quería. No tenía vello en los pectorales, pero sí una fina línea vertical en el abdomen que contrastaba con la piel más blanca que había visto en su vida. Se quedó sin respiración cuando, al aproximarse al colchón con una sonrisa de infarto y una erección nada despreciable, le susurró al oído:

—Te tengo exactamente donde quería.

Se subió a la cama y, en cuestión de segundos, le quitó las dos prendas que le quedaban. Se sentó a horcajadas encima de ella y colocó los brazos sobre su cabeza. Recorrió el cuerpo de Tessa de arriba abajo, mezclando besos, caricias y algún que otro mordisco que la hicieron revolverse entre las sábanas. Ella buscó su pelo, entrelazó sus dedos entre los mechones y, con un leve tirón, consiguió que los labios de Roberto se ocuparan de su boca.

—Me gustaría... Necesito que me beses —dijo, entre gemidos, cuando Roberto sacó un segundo la lengua.

La mirada que él le devolvió fue una mezcla de diversión, incredulidad y deseo.

—Cielo, ya lo hago. —Y aprovechó el momento para introducir un dedo en su epicentro con una dulzura extrema.

Tessa dio un respingó y un gemido de satisfacción recorrió la habitación.

—No juegues conmigo. —Lo agarró por la nuca y lo obligó a mirarla—. No es aquí donde quiero ahora mismo tu lengua.

Roberto se giró y le ofreció su pene, que Tessa tomó al instante, mientras él

se dedicaba a explorar la zona que ella le había sugerido.

Sus dedos se aferraron a la almohada, sus caderas se elevaron y su cabeza seguía el ritmo que marcaba la pelvis de Roberto sin dejar escapar de su boca la erección que la llenaba por completo. Sus labios inferiores gozaron con cada roce, cada mordisco y con cada pausa, que provocaba de forma estudiada, medida, y que la condujeron a un estado de plenitud que no recordaba haber vivido antes.

—¡Joder! —gritó Roberto cuando un líquido espeso inundó la boca de Tessa y ella se corrió entre sus labios.

Se tumbó junto a ella. La rodeó con sus brazos para que apoyara la cara en su pecho y empezó a recorrer su espalda con una mano.

—Dame dos minutos.

Tessa se incorporó y, con los ojos abiertos como platos, sentenció:

—Fanfarrón.

—¿Qué me has llamado? —Roberto la empujó hacia un lado y, un segundo después, era Tessa la que estaba recostada en el colchón con un hombre entre sus piernas y algo muy duro sobre su sexo—. Cielo, no soy de los que acaban tan rápido.

Tessa rompió a reír a carcajadas mientras la miraba divertido.

—Me alegro. Te lo juro. Me alegro muchísimo —contestó intentando, sin éxito, dejar de reír.

—¿Tomas la píldora? —Le lamió un pezón, lo atrapó entre sus dientes y tiró de él.

Tessa negó con la cabeza, más pendiente de arquear la espalda que de sus palabras. Unos segundos después, escuchó el sonido del envoltorio del preservativo y, sin hacerla esperar, la penetró. Se acomodó en su interior mientras sus manos no dejaban de recorrer su cuerpo, sus labios se buscaban, y los jadeos de ambos se mezclaban de una forma casi perfecta.

—Vaya.

—Pues sí —contestó ella cuando recuperó el aliento.

Roberto se deshizo del preservativo, que dejó sobre la mesita de noche, y la arrastró hasta amoldarla a su pecho.

—Huele a quemado. —Tessa se incorporó de golpe.

—¡Mierda! ¡La cena!

Roberto saltó de la cama y salió escopeteado hacia la cocina.

La escena que encontró al llegar junto a él era de lo más cómica: vestido tan solo con unas manoplas, sujetaba una bandeja del horno, que justo dejó sobre el mármol, con un par de trozos de... no sabía de qué. Tostados. Bastante tostados.

—Quizá si le quitamos la primera capa... —propuso con una sonrisa burlona.

—La primera capa. —La miró divertido—. Ni tan siquiera se puede identificar el cadáver. —La invitó con un gesto de la mano a que se acercara e inspeccionara el desastre.

—No. Es misión imposible. ¿Qué era? —preguntó tras arrugar la frente y aparentar que pensaba en el estado original del animal.

—Bacalao. Con almendras. Y salsa verde, que se ha salvado porque está en la nevera —contestó con fingida frustración.

—Me gusta la salsa verde. —Ella se aproximó, le indicó con un dedo que se agachara y le dio un pequeño beso en la comisura de los labios.

—Ven. —La cogió de la mano y, casi a la carrera, la condujo hasta su habitación—. Busca en el vestidor —le ordenó con complicidad, mientras él se ponía una camiseta y un calzoncillo—. No quiero que cojas frío. Iré a ver qué puedo preparar con lo que hay en la nevera.

Se quedó sola y, por primera vez, miró a su alrededor: las paredes eran blancas; el cabezal de la enorme cama situada en el centro era negro, igual

que las mesitas y el vestidor. Entró en él y se sorprendió por la cantidad de ropa que tenía. Un tanto intimidada ante tanto traje y corbata, salió. En un lateral había un sillón gris y, sobre él, una sudadera azul marino. Esa misma le serviría. Se la puso y entró en el baño, oculto por una mampara de cristal opaco. Regresó a la habitación y se fijó en la gran ducha situada a un lado de la cama. Se acercó a ella y deslizó la mampara. Miró hacia arriba y observó que el techo estaba lleno de agujeros por los que debía de salir el agua. Menuda pasada.

Regresó junto a Roberto.

—¿Te echo una mano? —Aunque quería ayudar, sus ojos estaban más pendientes de examinar su entorno que de otra cosa. Una de las paredes era toda de cristal, y podía ver el jardín que había en el exterior, donde *Corner* jugaba con el hueso.

—No. Casi acabo. Puedes seguir investigando. —Le guiñó un ojo para darle permiso.

Tessa asintió con la curiosidad reflejada en su rostro. Dejó atrás la pequeña cocina, de muebles amarillos y una barra blanca con dos taburetes rojos, para examinar el salón que compartía espacio con ella. Una mesa transparente con seis sillas; un sofá blanco con cojines blancos, rojos y amarillos; una alfombra roja; un mueble también blanco, y una televisión enorme que colgaba de una de las paredes de ladrillo.

—¿Te importa si pongo música? —gritó cuando se acercó a una librería metálica de color gris.

—Claro que no.

—¿Por qué no hay fotos ni cosas por el medio? ¿No has acabado con la mudanza o eres así de ordenado?

—Aún estoy desembalando. Lo tengo todo en cajas en el piso de arriba; tampoco tengo prisa.

Pasó los dedos por algunos de los CD y se detuvo en uno que le llamó la atención por lo deteriorado que estaba. Lo sacó de la caja, lo introdujo en el equipo de música y lo puso en marcha. Una melodía se hizo con el silencio, y, relajada por la dulce voz de la cantante, Tessa se giró para ir en busca de Roberto.

—Jamás había escuchado a esta mujer. Creo que me gustará —dijo, risueña, al llegar junto a él.

—Seguro. —Le devolvió una sonrisa triste, que no supo muy bien cómo interpretar, para cambiar de actitud al instante—. ¡Tachán! —Se apartó del mármol y mostró con las manos abiertas dos ensaladas de lechuga, fresas y mango—. No es lo que me hubiese gustado, pero también es un buen plato. ¿Vino?

Se sentaron en la alfombra del comedor y, acompañados por la voz de Stacey Kent, sus platos y dos copas de vino, cenaron sin prisa. Tessa le confesó que había estudiado Derecho, pero que no tenía estómago para escuchar y lidiar con las desgracias ajenas. Que mucho antes de acabar la carrera ya tenía un empleo de secretaria de dirección que seguía manteniendo a día de hoy. Sin duda, aquella era su auténtica vocación. Él le explicó que había estudiado Biología Marina y Administración y Dirección de Empresas. Su trabajo también le gustaba, aunque se pasaba más tiempo del que le gustaría entre cuatro paredes. Justo en ese momento entró *Corner*, que se tumbó junto a Tessa, y reclamó su atención golpeándole un brazo con el hocico.

—¿Qué edad tiene? —Obedeció al perro y le acarició el lomo.

—Dos años. Pero solo hace uno que está conmigo. —Tessa levantó las cejas, a la espera de que continuase con su explicación, mientras daba un sorbo a su tercera copa de vino—: En realidad es el perro de mi sobrina Agatha. Mi cuñado es alérgico al pelo de *Corner*, así que no me quedó más remedio que adoptarlo para que mi pequeña princesa lo viera de vez en

cuando. Claro que eso era más lógico cuando vivía en Londres. —Se encogió de hombros—. Se puede decir que tengo un perro compartido.

—La echas de menos. —Se perdió en sus ojos. Le gustaba el hombre que tenía enfrente. Era amable, divertido, sensible y capaz de cargar con un perro por no lastimar el corazón de una niña. Flexionó las rodillas y apoyó la cabeza en ellas, sin poder retirar los ojos de los iris verdes de Roberto.

—Sí. A la que más. Y, aunque mi hermana lo sospecha, si supiese que lo he dicho en voz alta, se pondría celosa.

La música cesó y la tensión sexual se adueñó del salón. Roberto levantó su mano y recorrió su rostro. Dejó su copa a un lado, hizo lo mismo con la de Tessa y, con suma ternura, la invitó a levantarse cogiéndola de la mano.

Se dejó conducir hasta la habitación y se volvieron a entregar el uno al otro como si no lo hubiesen hecho nunca. Agotada, se durmió sobre el pecho de Roberto mientras él dibujaba círculos en su espalda.

Se despertó temprano, o eso le pareció. ¿Era sano sentirse tan bien después de tres revolcones? Por el momento, le dolían algunos músculos que no recordaba que existían. Alargó su brazo con los ojos entreabiertos y, tras moverlo arriba y abajo un par de veces y no encontrar a Roberto, los abrió. Se incorporó y, tras comprobar que no estaba en el baño, salió al salón. Ni él ni *Corner* aparecieron. Vio que su ropa estaba doblada sobre la mesa del comedor con una nota encima. La leyó. No entendía nada. Le dio la vuelta al papel por si encontraba algo más escrito. Nada. Lo releyó en voz alta, a ver si así le era más fácil comprender algo.

He salido a pasear con *Corner*. Cierra la puerta cuando te vayas.

Roberto

Pues no. No sirvió de nada escuchar de sus propios labios semejantes palabras. ¿Qué coño había pasado? La noche había sido..., joder, había sido la

mejor noche de su vida. Creía que... Mierda, daba igual lo que creyera. Se llevó las manos a la cara y las frotó con desesperación. Volvió a leer la nota. La arrugó con toda la rabia que sentía y la dejó caer al suelo. Con la respiración entrecortada y las manos temblando, se vistió a toda prisa; no soportaría que él regresara antes de que se hubiese ido. Cerró de un portazo y salió a la calle.

¡Maldito hijo de puta!

Después de correr quince kilómetros junto a *Corner*, se sentó frente al embarcadero del parque con la vista fija en los botes. Exhausto y jadeante, dejó que la idea que le había machacado el cerebro desde que huyó de su propia casa cobrara vida: «Cobarde», se dijo a sí mismo tan alto que una pareja de ancianos que paseaba junto al lago lo miraron extrañados.

La noche anterior, cuando Tessa se durmió, siguió acariciándola hasta que los rayos del sol inundaron la habitación. Era fácil. No se permitiría volver a quedar con ella, y por nada del mundo desaprovecharía la oportunidad de sentir su piel bajo sus dedos.

Esa chica era distinta. Lo supo en cuanto le habló de sus mascotas. Lo vio en su mirada, en su sonrisa. Y aun así, fue incapaz de controlarse y apartarse de su camino. Y ahora, era demasiado tarde. El daño estaba hecho.

Sí. Una vez al año, durante esa semana, se permitía la barra libre. Podía interesarse de verdad por alguien, explicarle ciertas cosas de su vida, pero siempre teniendo en cuenta que el plazo expiraba a los siete días.

Por una vez, se había excedido.

Junto a Tessa sentía de verdad. Le costaba poner filtros. Hablar con ella de cualquier cosa, incluso de lo que más le dolía —a punto estuvo en dos

ocasiones— le salía sin más. Y eso era imperdonable.

Se pasó la mano por el pelo y una sonrisa cínica cubrió su rostro. Tessa le había preguntado si fantaseaba. ¡Dios! Parecía que sabía a la perfección lo que tenía que decirle para desarmarlo.

¿Fantasear con chicas? Toda la vida.

¿Solo con una? Desde que la conoció.

Cogió una piedra que tenía cerca y la tiró al agua. Se sentía engañado. Estaba rabioso. Porque creía que, acostándose con ella y conociéndola un poco más, esa necesidad de poseerla se calmaría y todo volvería a su lugar. Se la quitaría de la cabeza. Igual que a tantas otras.

Y una mierda.

Cuando el pánico se apoderó de su sentido común, se había levantado y escrito la nota a regañadientes, luchando consigo mismo. Porque una cosa era lo que tenía que hacer y otra, a años luz, lo que deseaba y jamás ocurriría.

Lanzó otra piedra y se quedó mirando esas manos que habían recorrido el cuerpo de Tessa. Temblaron, y las entrelazó. Quizás jamás le perdonarían que las privase de lo único que deseaban acariciar.

Se levantó del suelo cuando una pareja extranjera se aproximó a la garita para alquilar una barca. Miró el reloj, las doce y media. Una buena hora para regresar a casa.

Caminó hasta su piso peleándose con sus sentimientos, sin tener la menor idea de lo que sucedía a su alrededor. Una imagen atroz cruzó su mente: si aún dormía, se veía rompiendo la nota.

Ojalá no siguiera allí.

Abrió la puerta con lentitud. Recorrió con la vista el comedor y la cocina, y se fijó en *Corner*: tenía la cola baja. Tessa se había ido.

Miró al suelo y vio el papel arrugado. Lo cogió, se sentó en el sofá, lo aplanó y lo leyó. Dos veces. Echó la espalda hacia atrás, se llevó las manos a

la cabeza y miró al techo: estaba jodido.

El domingo, Tessa estaba en su comedor. De pie. Vestida con la ropa de correr y mirando la puerta como si de un túnel tenebroso se tratase.

¿De verdad no saldría por miedo a toparse con él?

Eran las cinco de la tarde y, desde que se había ido de la casa de Roberto la mañana anterior, no había hecho otra cosa que pensar en qué le diría la próxima vez que se vieran. Porque, le gustase o no, ese choque de trenes ocurriría. ¿Cómo debía actuar? No tenía ni la más remota idea. Tan solo sabía que si se lo encontraba en breve, sería capaz de insultarle.

¿Cómo se podía ser tan... tan... cabrón?

Respiró hondo. Fijó la vista en el pomo de la puerta y arrugó el entrecejo. Tampoco era para tanto. En realidad, era él quien se había comportado de una forma infantil y poco comprensible. Además, si salía en ese momento, entonces no lo encontraría. O puede que sí. Quizá él pensase lo mismo y adelantase su paseo con *Corner* para eludirla.

Se llevó las manos a la cara y se la frotó. ¿Por qué siempre pensaba tanto? ¡Uix! No. No siempre lo hacía. De ser así, no estaría ahora pasando un mal rato por lo ocurrido el sábado por la mañana.

¿Un mal rato? Menudo eufemismo. Se había encerrado a cal y canto en su piso, rechazó cenar con sus amigas el sábado por la noche y les acababa de dar largas para ir al cine.

Colocó las manos sobre las caderas y cerró los ojos; ella no era el problema, eso no podía perderlo de vista. Saldría a correr, y si se lo encontraba y se agobiaba, siempre podía fingir que no lo conocía de nada. Incluso se lo agradecería.

Se encaminó hacia la puerta cuando vio que se abría. ¡Mierda! En serio, un día de esos tenía que quitarles las llaves.

—¡Ups! ¿Llegamos en mal momento? —Laura fue la primera en entrar, seguida de Marta, que sujetaba un paquete de cervezas y dos bolsas de patatas.

—Iba a salir a correr. —Marta levantó las manos, mostrándole victoriosa el cargamento—. Aunque ya veo que no.

—¿A estas horas? —Marta se fue directa a la cocina, abrió el congelador e introdujo las cervezas. Abrió una bolsa de patatas y se la ofreció a Tessa—. Empieza a largar.

Torció el gesto y la miró extrañada. Era imposible que supiesen nada. Ni tan siquiera les había dicho que iba a cenar con él.

En ese instante, Laura se plantó justo enfrente de ella y, con gesto serio, anunció:

—Es un tema de hombres. Y no creo que se trate de Juan.

Levantó las manos al cielo, exasperada, y cerró los puños. ¿Pero es que tenían poderes o algún tipo de radar que ella desconociera?

—¿Juan?

—Sí; creíamos que estabas hecha polvo por lo de la jubilación de tu jefe. Aunque, viéndote, es evidente que no. Has llorado. Y sé que no es por eso. —Marta siempre tan suspicaz y directa.

Inspiró con fuerza, se dirigió al sofá, se sentó y, dispuesta a aguantar el sermón de sus amigas, procedió a resumir lo ocurrido:

—El viernes cené con Roberto en su casa, nos acostamos, y el sábado por la mañana, al despertarme, encontré una nota en la que decía que cerrase la puerta al salir. Por supuesto, su perro y él habían desaparecido.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Marta fuera de sí.

—Cabronazo —susurró Laura con los ojos como platos.

—Eso mismo dije y pensé yo.

—¿Por qué no nos hiciste caso? Te avisamos. —Laura estaba enfadada ¿con ella? —Además, no lo comprendo, siempre te piensas diez veces las cosas. ¿Por qué con este tío no? Estoy convencida de que tu alarma interior te gritaba que pasases de él.

—¡No lo conocéis! Es divertido, ingenioso, atractivo, tiene unos ojos verdes en los que te pierdes con una facilidad abrumadora. ¡Es la hostia! De verdad. Y sé que los dos disfrutamos de la velada. No entiendo a santo de qué su reacción. —Gesticulaba como una loca mientras la miraban como si le acabara de salir otra cabeza—. Y aunque ahora estoy cabreada, no me arrepiento, ¿sabéis por qué? —Las otras dos negaron sin articular palabra—. El Roberto que no deja notas me ha demostrado que la persona con la que puedo congeniar existe. Quizá no sea él, pero existe.

—¿Quizá! ¿Has dicho quizá?

Tessa fulminó a Marta con la mirada. Fue hasta la cocina, abrió el congelador, sacó las cervezas y el hielo, cogió tres vasos de tubo y lo dejó todo encima de la mesa del comedor.

—Todas nos hemos acostado con tíos una sola noche, e incluso con algún que otro gilipollas, y nunca ha pasado nada. ¿Qué problema hay ahora?

—¡No lo conoces de nada! Esa es la gran diferencia. A los otros, les habíamos hecho una investigación minuciosa antes de pasar a otro nivel, aunque solo fuese por una noche. Es lo que hacemos, siempre. ¿Y no avisarnos? Mejor no sigo por ahí —bufó Laura, que parecía no entender su comportamiento.

La verdad, es que ahora en frío, ella tampoco se reconocía.

—Cielo, ¿te has escuchado? Quizá no te acuestes más con él, pero está claro que te gusta. Si os volvéis a cruzar, ni lo mires a la cara. ¿De acuerdo? —Su voz sonó afable, pero viendo su rostro supo que Marta le estaba dando una orden.

—Yo le escupiría —soltó Laura, para sorpresa de sus amigas—. A la cara. En serio. Eso es lo que haría.

Tessa miró al techo y contó hasta diez.

—No voy a quedar con él, ni tan siquiera me apetece verlo. —Fijó su vista en Laura—. Y por supuesto que no es necesario escupir a nadie. Joder, ¡que la impetuosa es Marta! Y solo me ha amenazado de muerte con sus ojos.

—Escoria. Eso es lo que es —sentenció Laura asintiendo con la cabeza.

—Vale, basta. Vamos a hablar de otro tema. Que tan solo quería aclarar que parecía majó.

—Bien, pero si te lo cruzas de nuevo, ni la hora —insistió Marta.

—Ha quedado claro.

¿Quién decía que las amigas están para escucharte y dejarte un hombro en el que llorar? Fuese quien fuese, no tenía el placer de conocer a Laura y a Marta.

Capítulo 4

Le costó un poco más de lo normal levantarse.

Después de todo, gracias a sus amigas, y a un número de cervezas que no recordaba, pudo descansar aquella noche. Sentía una especie de peso muerto sobre su cabeza, que, por extraño que pareciera, agradeció. Eso era mucho mejor que seguir con Roberto incrustado en su cerebro. Joder. Lo estaba volviendo a hacer. ¿Por qué se sentía utilizada? Al fin y al cabo, no era el primero con el que pasaba solo una noche. No se habían prometido nada, ni tan siquiera eran pareja. Pero... Mierda. Jamás había sentido esa conexión con nadie. ¿Por qué tenía que ser tan analítica? Estaba claro que no le hacía ningún bien. Se miró en el espejo del baño y un mohín de incompreensión inundó su rostro. Cogió el móvil y abrió el WhatsApp. Ningún mensaje. Se llevó las manos a las sienes y se las masajéo con la punta de los dedos.

Miró el reloj, las siete y media. Ese era el primer día de trabajo de su nuevo jefe y del subdirector, y tenía que llegar temprano. Menudo día. Aunque, al menos, allí estaría ocupada.

Se maquilló, algo que no salía hacer, pero que, viéndose en el espejo, no tuvo la menor duda de que necesitaba. Se vistió con una blusa blanca, un traje de chaqueta azul marino y se calzó unas bailarinas. Se recogió el pelo en un moño algo despeinado y, tras darse el aprobado en el espejo y coger el bolso y la comida, salió de casa.

Paró a pocos metros de la empresa, compró el café con leche de todas las mañanas en una panadería cercana y, con ganas de distraerse, entró en el edificio.

—Buenos días, María —saludó a una de las recepcionistas, que le entregó la prensa diaria.

—Buenos días, Tessa. ¿Qué tal el fin de semana? El mío ha sido horroroso: mi hermana se ha puesto enferma y, como mi cuñado trabajaba, he tenido a los monstruos de mis sobrinos en casa. —La muchacha se acercó a ella y susurró —: Si alguna vez te digo que me quiero casar o tener hijos, márame sin pensarlo dos veces.

Las carcajadas de Tessa retumbaron en el vestíbulo.

—Te conozco y, por mucho que te quejes, sé que adoras a esos aprendices de delincuentes.

—Sí, eso es lo peor, que encima crean adicción. —María se giró para observar la pared que tenía tras ella. Se quedó mirando el enorme acuario de agua salada que la decoraba y señaló a los peces—. A veces me da pena cuando veo que los padres se comen a sus crías, pero otras... te juro que lo entiendo.

—¡Pero qué bruta eres!

Más animada, giró a mano izquierda para coger el ascensor, cuando vio que un chico se metía en uno de ellos.

—¡Espera, espera, que yo también subo!

El aludido puso la mano en el sensor para esperarla y ella echó a correr, hasta que tropezó con sus propios pies y acabó con el trasero en el suelo, la prensa desparramada a su lado y el café, vertido sobre su abrigo gris. ¿Se podía ser más patética? Menudo espectáculo acababa de ofrecer.

—¿Estás bien, encanto? —Levantó la vista y se encontró con un rubio de mirada azul y mandíbula afilada.

—Pues no, para qué mentir. —Esbozó una sonrisa forzada.

—Espera, te ayudo. —La asió por las manos y tiró de ella con una sonrisa contagiosa—. No te agaches. Yo lo recojo.

Tessa lo miró intrigada mientras se pasaba una mano por el trasero. ¿Quién sería? Ya le caía bien.

—He escuchado el golpe desde mi mesa. ¿Estás bien?

—Sí, gracias, María. —Tessa miró el suelo.

—No te preocupes, ahora aviso para que lo limpien. ¿Seguro que estás bien? —María se acercó a ella y murmuró—: Fijo que lo has hecho para que el guaperas no se olvide de ti. —Y desapareció.

Tessa dio un respingo y se quedó mirando al chico que, frente a ella, sostenía los periódicos.

—Muchas gracias por tu ayuda. Yo soy Tessa. —Le tendió la mano para saludarlo. Él la aceptó.

—Yo soy Mark, Mark Davis.

—¡Oh! Eres el nuevo subdirector. ¡Bienvenido! —dijo, entusiasmada, mientras le cogía la prensa—. Vamos a la misma planta. Mi mesa está justo delante de tu despacho.

—Y ¿tú eres? —Entraron en el ascensor y fue Mark el que presionó el botón para subir a la cuarta planta.

—La secretaria de dirección de Juan. —Arrugó la nariz y, nostálgica, rectificó—: Bueno, de él ya no, de su hijo. Es que no acabo de hacerme a la idea. Han sido muchos años.

—Te entiendo. Es un tipo genial.

Se abrieron las puertas del ascensor y, frente a ellos, esperaba la última persona del mundo a la que quería encontrarse.

Mark se adelantó y salió primero.

—Buenos días. Llegas pronto. Cuando me han avisado de recepción, ni me lo podía creer. ¡Tú madrugando por voluntad propia! —Los dos hombres se fundieron en un abrazo.

Tessa se quedó clavada en el suelo. Al ver que se cerraban las puertas del

ascensor, reaccionó y, al querer impedir que la dejaran dentro, toda la prensa cayó de nuevo al suelo, junto a su bolso y su comida.

Después de que Mark le prestara de nuevo su ayuda, salió del ascensor y, sin mirar a Roberto a los ojos, lo saludó:

—Buenos días.

—Sí. Buenos días. —Tardó unos segundos en responder, con un tono de voz que no parecía el suyo. Demasiado impersonal, distante e, incluso, de indiferencia.

—¿Este es tu sitio? —Mark señaló una de las dos mesas que había en la zona diáfana de aquel piso. Tessa asintió—. Te dejo aquí la prensa. Entonces, ¿ese de ahí es mi despacho?

No le respondió. De hecho, no estaba segura de estar viviendo ese momento. Robert, el esquivo hijo de Juan, ¿era Roberto? Jamás se había sentido incómoda en esas cuatro paredes, ni tan siquiera el día que empezó a trabajar. Y, en cambio, en ese justo instante, el miedo a respirar le helaba la sangre.

—Sí. Es ese. Más tarde estoy contigo —contestó Roberto, que, tras girarse y encaminarse hacia el suyo, prosiguió—: Tessa, ¿podemos hablar un momento?

Lo siguió alucinada hasta el despacho de Juan. No. Rectificó su pensamiento: ya no era de Juan. Ahora era de Roberto. ¡De Roberto! Cerró los ojos un instante, respiró hondo y apretó los puños con la intención de mitigar su desconcierto. Y su rabia, también su rabia.

—Siéntate —le ordenó—. Mark permanecerá con nosotros durante los próximos seis meses. Pasado ese tiempo, regresará a la oficina de Londres para dirigir las empresas que tenemos allí. Te agradecería que trabajases con él codo con codo. Seguro que le facilitas mucho el trabajo. En cuanto a mí —dijo, mirándola a los ojos por primera vez desde que estaban en el despacho,

para después seguir con la vista clavada en la pantalla del ordenador—, necesitareé que me convoques reuniones de unas dos horas de duración con cada uno de los responsables de los departamentos; quiero conocer a los empleados. Por lo demás, tu trabajo se centrará en ayudar a Mark, esa es tu prioridad de ahora en adelante. Si no tienes preguntas, ya puedes ir a trabajar.

¿Preguntas? Sí, de esas tenía unas cuantas. Aunque, entre las principales, ninguna tenía que ver con el trabajo.

—No. No tengo preguntas, señor Rodríguez —respondió entre dientes, cosa que, por la mirada fría que le lanzó, no le pasó desapercibida.

—Llámame Roberto. —Fijó sus ojos en ella. Unos tan vacíos que la hicieron cuestionarse si realmente ese era el hombre con el que había pasado la noche del viernes.

—Como quieras, Roberto.

Salió del despacho dando un portazo. Un tío que dejaba notas seguro que no tendría huevos de decirle nada.

Enfadada. Quería estar enfadada, pero no, eso no era lo que sentía.

Se sentó en su silla, encendió el ordenador y abrió la bandeja del correo. Sus ojos se quedaron paralizados en el último e-mail recibido y lo abrió con el corazón en un puño.

De: Robert Rodríguez

A: Teresa Lago

Asunto: Reuniones

Tessa,

En cuanto a lo que te he comentado de las reuniones, olvídale, ya lo haré yo.

Por favor, llama a mantenimiento y que revisen la puerta de mi despacho. Como has podido comprobar, hace un sonido extraño al cerrarse.

Tu jefe.

Ni fondos marinos ni estadísticas; Roberto era de letras.

Rehuyó a sus amigas toda la semana. Primero de forma sutil, diciéndoles que tenía demasiado trabajo con los nuevos jefes como para quedar un día entre semana; después, y ante la insistencia de Laura y Marta por saber cómo se sentía respecto a lo sucedido el fin de semana —ni tan siquiera le ponían nombre—, se limitó a ser clara vía mensaje: «Mal. Necesito tiempo. Nos vemos el viernes».

Desde el correo del lunes Roberto no le había dirigido la palabra. Ni de forma oral, ni escrita. Bueno, eso no era exactamente así, porque todos los días se decían «buenos días» y «hasta mañana». Él, con una mirada fría; ella, con un tono de voz cada vez más bajo. Y es que se estaba hundiendo. Llegar aquella tarde a su casa le supuso un verdadero reto. Tenía el cuerpo tan tenso que le daba la impresión de que se partiría en mil pedazos de un momento a otro. Y aunque a medida que avanzaba la semana se sentía algo mejor, la sensación permanente de estar fuera de lugar durante las ocho horas de trabajo hizo mella en su orgullo.

Roberto se reunió con los responsables de los diferentes departamentos e, incluso, con proveedores externos que convocó él mismo. Llamó a mantenimiento y pidió que colocasen en su despacho una pequeña mesa ovalada con cuatro sillas para reuniones más informales. También, cuando subió un chico de informática a cambiar el tóner de la impresora, aprovechó para pedirle que buscara, e instalara, un programa que necesitaba.

Intentó que eso no le hiciera hervir la sangre. Intentó que su indiferencia no la dañara. Intentó centrarse en ayudar a Mark, que era un chico simpático,

alegre y divertido que la llamaba «encanto» y la hacía sonreír. Pero no sirvió de nada, porque aparte de ser consciente de que Roberto le hacía el vacío, no acababa de entender cómo se había equivocado tanto con él.

Por las tardes, por mucho que su cuerpo le pedía que saliera a correr, no lo hizo ni un solo día. El miedo a toparse con él era más fuerte que su necesidad de quemar la rabia que albergaba en su interior y que la envalentonaba a querer golpearlo. ¿Así serían las cosas a partir de entonces? Esperaba que no.

No entendía a Roberto.

Ni sabía por qué se comportaba de esa forma.

Lo único que tenía claro era que ella no podía vivir en ese estado que iba y venía entre estar catatónica o parecer la versión femenina de La Masa.

Entró en el bar, respiró hondo y se dirigió a la mesa donde se encontraban sus amigas dispuesta a explicarles quién era Roberto en realidad.

—Pero ¡qué dices! ¿Te has acostado con tu jefe? —gritó Laura horrorizada.

—¡No se lo digas así! Que la pobre ya tiene bastante... Además, cuando sucedió no lo sabía. —Marta se acercó a Tessa—. Tú tranquila, que si no ha querido hablar del tema es porque lo da por zanjado, así que no te martirices. Demuéstrale que eres una profesional estupenda. Ya verás que de esa forma todo irá mejor.

—Pero si no me da trabajo... —A Tessa le dio lástima su propia voz.

—Se ha acostado con su jefe. No puede ir mejor. Además es un capullo. ¿Por qué no lo has dicho antes? —Laura miró a su amiga con compasión.

—Laura, ¿te quieres callar? —dijo Marta entre dientes.

—¿Qué harás mañana? ¿Irás a la comida con Juan y su familia como si nada? —preguntó Laura, sarcástica—. Creo que la situación no puede ser peor.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Le digo a Juan que no voy porque me he

acostado con su hijo? —Estaba aguantando el tipo como una campeona, aunque empezaba a molestarle la actitud de su amiga.

—Claro que tienes que ir. Y tú, ¡deja de decir tonterías si no quieres que te mate! —Marta miró severamente a Laura.

—Yo solo digo que en vaya lío se ha metido. Si es que para una vez que se acuesta con alguien que no conoce, resulta ser su jefe, además de un capullo —insistió de nuevo, por si no había quedado claro.

—Basta —gritó Tessa—. Pero ¿qué te pasa hoy? —La miró seria.

—Ay, que el miércoles tuve ginecólogo y... estoy muy nerviosa.

Laura entrelazó los dedos y les retiró la vista. Mierda, no podía ser nada bueno.

—¿Y? —preguntaron a la vez, removiéndose en la silla, con cara de no entender nada.

A su amiga hacía tiempo que le atraía el Dr. Martínez y, justo por ser su médico, no se atrevía a dar el paso. Aunque ella y Marta creían que él estaba en las mismas: si Laura no fuera una paciente, no habría tardado en pedirle una cita.

—Pues que me envalentoné y fui a por él. Tras la consulta, le pasé una nota con mi teléfono, con la coletilla de: «Llámame para ir un día a cenar y lo que surja». —Laura se tapó la cara con las manos y negó con la cabeza.

—A ver, a ver. Al fin te has atrevido, ¿y no nos lo cuentas hasta hoy? —Marta no sabía si reír o llorar por lo que había hecho su amiga y miraba a Tessa a la espera de que diese su opinión.

—¡Hostia santa! Pero ¿en qué estabas pensando? —recalcó Tessa con cara de guasa—. Ya sabemos que te gusta Álex, pero... Joder, cuando te lanzas no tienes término medio. Con lo prudente que eres. —Y le ofreció su Coca-Cola para que ahogara las penas.

—Lo sé, lo sé. Pero es que no sabéis cómo me pongo cuando me toca. ¡Si

hasta me estremezco cuando me hace una citología! —confesó, tapándose la cara con las manos de nuevo.

—¡Serás animal! —exclamó Tessa abrazándola para que no empezase a llorar.

Al fin y al cabo, era cuestión de tiempo de que se decidiera. Hacía demasiado que comparaba a cada uno de los chicos que conocía con el ginecólogo, y eso que no había hablado con él más que lo justo en la consulta.

—Quién sabe, quizá te llame y lo que hiciste acabe siendo algo que contar a vuestros nietos —dijo Marta apartándole las manos de su rostro—. Aunque no sé yo si es un buen ejemplo para unos críos. —Laura lanzó una mirada furibunda a su amiga—. Sabes que es broma. Al menos, has hecho algo. —Se encogió de hombros y sonrió a Laura, que estaba al borde del llanto.

—Creo que no podré ir más a su consulta. ¿Sabéis? Se quedó pasmado. No dijo ni hizo nada. Seguro que aún se debe de estar riendo de mí.

—No seas cruel contigo misma. Con sinceridad, creo que lo que has hecho te sacará de dudas.

—Pienso igual que Tessa —dijo Marta levantándose.

—¿A dónde vas? —Laura cogió a su amiga de la mano.

—A por tequila, creo que lo necesitamos. —Puso los ojos en blanco y siguió su camino.

Marta se alejó y Tessa abrazó a Laura con ternura.

—Gracias.

—¿Por qué? —Laura miró a Tessa confundida.

—Por hacer que me olvide durante unos minutos de lo mío.

—Supongo que... de nada. —Sonrió—. Aunque ve con cuidado. No me gusta ese tipo. Está abusando de su posición.

—Lo sé. Pero algo se me ocurrirá.

Convencida de sus palabras, no mencionó más a su jefe en toda la noche y

se concentró en los detalles que Laura les daba sobre su pérdida de papeles con el Dr. Martínez.

Capítulo 5

La mañana del sábado se despertó con cierta energía positiva. Pasaría el día con Juan y su familia, que incluía a Roberto, pero también era verdad que estaría Mark y que, por fin, conocería en persona a Amanda, la hija de Juan. Con un poco de suerte, no tendría que estar en la misma habitación que él demasiado rato.

Se subió a su moto, una BMW de gran cilindrada, y condujo hasta Sitges. Prefirió la carretera de las Costas del Garraf a la autopista. Tardaría más, pero las curvas y el paisaje del mar Mediterráneo a sus pies le aportarían el sosiego necesario para afrontar el día. Paró en un mirador a medio camino y, sin bajar de la moto, contempló los veleros y algún que otro crucero que se veían en el horizonte. Respiró hondo y, entonces sí, arrancó la moto y no paró hasta llegar a su destino.

Armada de valor, aparcó la BMW roja y negra delante de la casa de estilo ibicenco y llamó al timbre. La cancela no tardó en abrirse, y, en cuanto vio a la persona que la recibía, se relajó por completo.

—Buenos días, encanto, eres puntual. Nosotros también acabamos de llegar. —Mark llevaba unos pantalones tejanos de color ocre, una camiseta roja y un jersey gris claro que, combinados con sus ojos azules y su pelo rubio al más puro estilo Príncipe de Beukelaer, no dejaban la menor duda de su origen inglés.

—Hola, Mark. Me alegro de verte. —Y le dio la impresión de que él era muy consciente de que lo decía en serio.

En ese momento salió de la casa Sara, una mujer de cincuenta y dos años,

bajita y vestida de una forma poco habitual: su blusa y su falda tenían unos estampados que no pegaban ni con cola, y en el pelo lucía una diadema de una de las princesas Disney. Viéndola, nadie diría que se ganaba la vida como diseñadora de interiores. De hecho, cuando Tessa se informó sobre quién podía realizar la reforma que necesitaban en la empresa, mucha gente le avisó de que no se dejara llevar por la imagen que ofrecía. Y es que parecía mentira que alguien que sabía convertir un espacio de lo más común en algo extraordinario pudiera vestir de una forma tan estafalaria.

—Buenos días —dijo Sara abrazándola.

—Hola, Sara. ¿Preparada para lo que se avecina? —Tessa sonrió guiñándole un ojo y la mujer asintió ilusionada como una chiquilla.

—Hola, Tessa. Me alegro de que estés aquí. Entra, te presentaré a mi hija y a mi nieta —dijo Juan, que apareció tras su prometida y le dio dos sonoros besos.

Mark permaneció tras ella mientras seguía a Juan y a Sara por un ancho sendero de tarimas azules rodeadas de hierba. Se pararon frente a la casa, una construcción bastante grande, con los ventanales más amplios que había visto en toda su vida. Subió los cuatro peldaños, barrió con la vista el porche, que estaba repleto de flores y contaba con un pequeño balancín en un lateral, y entró en el interior con la respiración un tanto entrecortada.

Lo primero que captó su vista fue a *Corner* jugando con una niña pelirroja en medio del comedor. El animal, en cuanto fue consciente de su presencia, corrió hasta ella y le dio la bienvenida.

—¡Hola! —Se agachó para frotar el lomo del perro mientras la pequeña corría junto a ellos con una sonrisa contagiosa en los labios.

—Hola. Le gustas mucho.

—A mí también me cae muy bien. —Le tendió la mano—. Yo soy Tessa.

—Yo, Agatha, y este es mi perro, *Corner*. —La niña le estrechó la mano

entre risas.

—Buenos días, Tessa. ¿Qué tal ha ido el viaje? —La voz de Roberto se coló en sus oídos. ¿Ya le hablaba?

—Bien. —Fue lo único que consiguió verbalizar al encontrarse unos ojos verdes chispeantes y una sonrisa en sus labios. Pensó que ese chico necesitaba ayuda.

En ese instante entró en el comedor una mujer un poco más alta que ella, castaña, y con los mismos ojos de Roberto.

—¡Tessa! Por fin nos conocemos. —Habían hablado tres o cuatro veces por teléfono, pero jamás se habían visto.

—Hola, Amanda, yo también tenía ganas de ponerte cara. —Las dos rieron y se dieron dos besos.

—¿Os parece que salgamos a la terraza y empecemos a hablar de los preparativos de la boda? A la hora de la comida me gustaría descansar de toda esta locura. —Juan señaló el jardín trasero y se puso en marcha.

—¿Locura? ¡Pero si me dijiste que solo serían unas quince personas! —No pudo evitar reaccionar de esa forma. Los nervios acabarían con ella. ¿Nadie más se daba cuenta de que Roberto seguía sin quitarle la vista de encima?

—Sí, hija, sí, ya lo sé, pero el tema no es ese. Tú deja que ellas te expliquen y luego decide por ti misma —aclaró tras girarse y poner los ojos en blanco.

—De acuerdo. Pero necesito diez minutos para quitarme el mono y ponerme algo más cómodo.

—Si quieres, primero aparca la moto dentro de la finca. Después te indico dónde puedes cambiarte de ropa. —Tessa asintió, y Amanda se giró para regañar a Juan—: Y tú, papá, no seas tan exagerado, que la vas a asustar.

El hombre volvió a poner los ojos en blanco y bufó. Mientras, Sara se reía y le guiñaba un ojo a las dos chicas.

Aparcó la moto en el garaje bajo la supervisión de Amanda y, cuando regresaron a la casa para cambiarse de ropa, se encontraron con Roberto, que seguía jugando con su sobrina en el comedor.

—Encanto, tengo que decirte que me has dejado boquiabierto. Ese look de motera te queda de lo más sugerente —aseguró Mark antes de ponerse a jugar con Agatha—. ¿Qué ocurre? —le preguntó a Roberto, que lo miraba con fijeza—. Solo digo lo que todos vemos.

—Anda, cállate y no seas animal —bromeó Amanda, tirando del brazo de Tessa para que siguiera caminando—. Tú, ni caso. Ya sabes: perro ladrador, poco mordedor.

Una vez que estuvieron todos en el jardín, hablaron de la boda que querían los novios. Pronto se percató de que Juan miraba extasiado a Sara mientras decía que sí a todo lo que ella proponía —era mentira que todo aquello le pareciera una locura—. Amanda, encantada con la situación, quería participar en todo, y Agatha estaba emocionada porque ella y *Corner* llevarían las alianzas. Querían una boda sencilla. Tanto la ceremonia como la cena posterior se celebrarían en el jardín de la casa de Juan. Querían muchas flores y contratarían un *catering*. Los pocos invitados que asistieran vestirían, al menos, una prenda blanca, y los novios irían vestidos de cualquier color menos el blanco. Amanda sugirió que la cena la amenizara una orquesta de jazz. Juan se emocionó con la idea, y Tessa descubrió de dónde le venía a Roberto su afición por ese género. En menos de dos horas lo tenían todo claro: Tessa empezaría a buscar la empresa que serviría la comida y montara la carpa, mientras que Amanda se encargaría de la música. Las chicas quedaron para la búsqueda de los vestidos en tres semanas, que era cuando Amanda y Agatha podrían volver a España desde Londres, y durante el mes de junio harían las pruebas del *catering*. Los hombres no tenían nada asignado, solo debían llamar a Guy, el marido de Amanda, para saber cuándo podría estar en

Barcelona para ir a comprar sus trajes.

El ambiente era distendido; Amanda estaba atenta a todo y los novios parecían una pareja de quinceañeros recién enamorados. Mark le tiró más de una pulla a Amanda por ser tan controladora; Agatha no dejó de jugar en todo momento con su perro mientras intervenía cada dos por tres con su opinión. Y Roberto... Roberto no dejaba de mirarla y, aunque no había vuelto a dirigirse a ella directamente, sí que le habían parecido bien sus ideas. No dejó de bromear con unos y con otros, abrazó a su padre un par de veces en las que vio que el hombre se emocionaba y le guiñó el ojo a Sara otras tantas en un gesto de complicidad.

Un poco antes de la comida, entraron en la casa. Unas nubes regordetas y oscuras empezaron a cubrir el cielo, y un aire frío invitaba a refugiarse en el interior. Cuando llegó la hora de comer, se dirigieron todos al salón. Y, como no podía ser de otra forma, acabó al lado de su jefe.

—¿Qué tal la primera semana juntos? ¡Seguro que ya os entendéis! — aseguró Juan.

—Papá, no hablemos ahora de trabajo. Todo está bien, no te preocupes por nada. —La voz de Roberto sonó forzada hasta para Tessa. Y vio cómo Amanda, que se sentaba justo delante de ella, arqueaba las cejas y lo miraba interrogante.

—Sí, Juan, Roberto tiene razón. Además, todo está bien. —Ahora que parecía que habían firmado una especie de tregua.

—¿Habéis visto cómo estos dos me acaban de sacar de encima? Increíble —rió Juan. —De acuerdo, todo está bien.

Siguieron hablando de todo un poco: Amanda explicó cómo conoció a su marido, Guy Lombard, un francés que fue a Londres a trabajar de camarero y que le robó el corazón. Mark contó cómo se conocieron él y Roberto; por lo visto nadie de la familia sabía cómo había ocurrido con exactitud: Mark, en la

universidad, se metió en un lío con un chico —se había acostado con su novia —, y el agraviado, en cuanto lo supo, fue en su busca con la idea de darle una paliza. Por suerte, Roberto pasaba por allí y lo ayudó. Al final, solo recibió tres puñetazos.

—Y tú, Tessa, ¿tienes pareja? —Amanda preguntó de forma inocente, aunque se dio cuenta de que tenía la vista fija en su hermano.

—Pero qué cotilla eres —declaró Mark entre risas. Amanda lo miró con una sonrisa de oreja a oreja para clavar de nuevo sus ojos en Roberto.

—Mmm... no.

—¿Lo has tenido que pensar? —Sara intentó aguantar la risa.

Tessa acodó un brazo en la mesa y, mientras se retiraba unos mechones de pelo de la cara, aclaró con una sonrisa en los labios y gesticulando cómicamente:

—Es que pareja, lo que se dice pareja, la tuve en el instituto. Y de eso hace una eternidad. Ahora soy más de «aquí te pillo, aquí te mato». O, al menos, eso es lo que deben de pensar los tíos. Que son de la opinión de que si te he visto, no me acuerdo. Es decir, que el mercado está fatal.

Todos rieron la ocurrencia, a excepción de Roberto, que se removió incómodo en su silla.

Cuando sirvieron el postre, una tarta de chocolate a la que Tessa deseaba hincarle el diente, empezó a tronar y a caer una tromba de agua descomunal.

—Tessa, cariño —se ofreció Sara—, quédate a dormir con nosotros. Aunque amaine, las carreteras no estarán para ir en moto.

—No sabía que iba a llover. ¡Qué faena! —Preocupada, miró hacia la ventana, donde el granizo que caía sobre los cristales sonaba con estruendo.

—Llevan diciendo toda la semana que hoy llovería. Si no eres capaz de saber si tienes que venir aquí en coche o en moto, ¿cómo se supone que vas a organizar la boda? —dijo Roberto entre dientes, sin tan siquiera levantar la

mirada del plato.

—¡Hijo!

—Qué desagradable eres cuando quieres —espetó Amanda.

Tessa se giró hacia él y, con una calma que no sentía, le contestó:

—Con la confianza de los novios me basta y me sobra. —Y se dirigió a Mark—: Y a ti, ¿te espera alguien en Londres?

—¿A Mark? ¿Esperarlo? Quizá algún padre o hermano para acabar con su vida —afirmó Amanda mientras el aludido le ofrecía una sonrisa que apoyaba las palabras que acababa de escuchar.

—Si me perdonáis. —Roberto se levantó y, sin esperar que nadie le contestara, desapareció.

Y ella, en lugar de sentirse aliviada, se dio cuenta de que la tristeza que había empezado a sentir desde el sábado anterior por la mañana se hacía más y más grande con cada desprecio.

Se despertó sobresaltada a la una de la madrugada. Encendió la luz y se sentó en la cama. Apoyó los codos en las rodillas y se llevó las manos a la cabeza.

No había visto a Roberto en toda la tarde y, cuando llegó la hora de cenar, se excusó con el pretexto de que no tenía hambre y que estaba cansada. Si él le había dado todas esas horas de tregua, ella creyó que era justo darle a Roberto el rato de la cena.

¿Por qué había dicho aquello de las parejas cuando Amanda le preguntó? Era un ataque directo. Debería saber, a esas alturas del partido, que Roberto no se quedaría sin hacer nada.

Sonrió con amargura. Gracias a Dios que no tenía una hoja y un lápiz a

mano.

Su estómago rugió y Tessa bajó a la cocina.

Cogió un yogur, buscó una cuchara en el primer cajón que le pareció y ¡bingo! Acertó. Se sentó en una de las sillas de la isla central con la luz apagada. Hacía un rato que había parado de llover y el viento despejó el cielo de nubes dando paso a una luna que brillaba con osadía. La contempló embobada, y fantaseó con un mundo paralelo en el que el Roberto que había conocido no le dejaba una nota y, ya puestos, tampoco era su jefe.

—¿Pero qué haces con la luz apagada?! —gritó Roberto después de dar un brinco por el susto.

Tardó un rato en poder contestar. El corazón galopaba desbocado en su pecho, y no tenía claro si era por el susto o por encontrarse con él. Se perdió en sus ojos verdes de forma inconsciente. Mierda. Bajó los párpados un instante; era por lo segundo.

—Tenía hambre, me he comido un yogur y me he quedado un rato aquí, pensando. Pero no te preocupes, que ya me voy. —Se levantó tan rápido que, cuando acabó de hablar, estaba en la puerta de la cocina.

—No. Por favor, quédate. Tengo algo que decirte. —La cogió por el brazo al pasar por su lado.

—No creo que sea buena idea. —Lo miró desafiante, sencillamente porque no podría soportar una humillación más.

—Tessa. —Su nombre sonó a ruego—. Necesito disculparme. No me he comportado como es debido. —Y la soltó.

—¿Solo hoy, Roberto?

—Por favor, quédate. —Y lo hizo. Caminó de nuevo hasta la isla y se sentó en la misma silla.

Roberto llevaba unos pantalones de pijama de verano de color azul y el pecho descubierto. Nunca había estado en Londres, pero pensó que allí tenía

que hacer un frío de cojones cuando ese hombre siempre iba medio desnudo por la casa. Joder. Ya se le estaba yendo la cabeza a otros asuntos. No miraría por debajo de su garganta para poder concentrarse en lo que importaba.

—Tú dirás. —Se cruzó de brazos y lo miró seria.

—Siento mucho lo que ha ocurrido hoy. Te lo creas o no, no suelo ser tan borde. Solo dije en voz alta algo que pensé, aunque no sea una excusa. — Roberto se pasó las manos por el pelo y se sentó frente a ella.

—Pues yo creo que te jodió lo que dije sobre las parejas, y esas palabras fueron el resultado de ello. —Roberto apretó los dientes y ella reculó—: Pero eso ya no tiene solución. Escúchame. —Se levantó y empezó a ir de un sitio a otro de la cocina—. No puedes seguir ignorándome. Te guste o no, trabajamos juntos y, quizá tú no, pero yo necesito realizar mi trabajo sin sentir que estoy en guerra con mi jefe. Llevas toda la semana haciéndome el vacío. Y no es justo. —Tessa se paró delante de él.

Roberto se levantó, cogió un vaso y, tras abrir la nevera, se sirvió agua.

—¿Quieres?

—Sí. Pero natural.

Roberto asintió, le indicó que se sentara de nuevo, cosa que Tessa hizo, y, tras dejar los vasos sobre la isla, la imitó.

—¿Sabes? Esa camiseta que te han dejado te queda muy bien. La compré en las Islas Fiji, cuando Mark y yo fuimos para realizar un curso de submarinismo. Es una de mis favoritas.

Tessa se quedó boquiabierta. ¿De qué iba? Pasado el primer momento, empezó a repicar con los dedos en la mesa.

—Muy interesante.

—He hablado con mi padre. De hecho, creo que es la primera bronca que me llevo desde hace al menos quince años. —Sonrió—. Sé que es merecida. Le he prometido que a partir del lunes todo cambiará. Y a ti también te lo

prometo, Tessa. —La miró a los ojos y ella lo creyó—. No es que no haya sido justo, es que he sido cruel. Y lo lamento.

—Roberto... —No pudo acabar. Él se lo impidió al posar un dedo sobre sus labios. Su cuerpo se tensó. Y no era, en absoluto, porque aquello le molestase.

—Necesito que dejemos a un lado que nos hemos acostado. Si no, esto no funcionará. ¿Crees que puedes olvidarlo? —Retiró su dedo para dejarla hablar.

—De acuerdo. El lunes remaremos juntos. —¿Olvidarlo? ¿En serio?

Intentó aparentar que sus palabras no le afectaban. Debería estar contenta. Su trabajo volvería a la normalidad. Pero ¿y lo que sentía?

Bebió agua.

—Bien.

Se miraron a los ojos. El silencio. La luna. Otra vez la tensión sexual. ¿Olvidarlo? Sabía que sería imposible.

—Tienes una familia estupenda, y no es por decir algo. —Rio nerviosa. O cambiaba de tema o se veía haciendo el ridículo más espantoso tirándose sobre él—. Tu sobrina es un encanto, y Amanda me ha caído genial. Y, bueno, tu padre... ¡Ostras! Eres el hijo de Juan. Él ha sido una especie de padre para mí todos estos años.

Habló muy rápido. Intentaba analizar cómo se sentía, pero, ante todo, lo que más le apetecía era mantener una conversación normal con él.

—Mi hermana es entrometida y mandona, pero, junto a Mark, es mi mejor amiga. La peque, bueno, ya sabes lo que opino de Agatha. —Esbozó una sonrisa. Ella le correspondió de la misma forma y, sin saber cómo, la complicidad del día en que cenó en su casa emergió de nuevo—. Y mi padre es un buen hombre que ha sufrido demasiado y que ahora vuelve a ser feliz. ¿Qué te parece la boda que tienen pensada? ¿Encajará en el jardín? No es que

sea demasiado grande. —Roberto miró hacia fuera, aunque seguía pendiente de ella.

—Pero ¿qué dices? ¡Ya les gustaría a muchos tener ese espacio en sus casas! A mí me gusta todo lo que han propuesto. Además, es su boda, ellos deciden, y los demás no deberíamos opinar. —Y aunque no quiso, sonó a reprimenda.

—No pienso llevarles la contraria —rió Roberto con las palmas de las manos en alto—. Solo lo hablo contigo.

—Está bien, de acuerdo. Pero es que no me acabo de fiar de ti. En ocasiones no filtras lo que dices. —Tessa sonrió hasta que los dedos de Roberto le apartaron un mechón de pelo de la cara—. Será mejor que regrese a la habitación.

—Sí. Yo también. Después de disculparme, seguro que duermo mejor.

Roberto apagó la luz de la cocina y ella lo siguió, convencida de que no era la única que sabía que olvidar era imposible.

Roberto sabía que Tessa nunca sería consciente de lo mucho que se odiaba a sí mismo.

Que olvidara que se habían acostado. Eso le acababa de pedir. Cuando ni él mismo era capaz de sacársela de la cabeza.

Cinco peldaños y, en menos de un minuto, llegarían a su habitación.

Admitió que en algo tenía razón: su reacción había sido fruto de sus palabras. Pero no por el motivo que ella se creía. Él, especialista en salir con mujeres una sola noche y en no recordar el nombre de algunas de ellas a la mañana siguiente, se sintió mal por conseguir que ella creyese que no le importaba. Porque de Tessa no había olvidado nada.

Se pasó las manos por el pelo y le vino a la mente su cara de sorpresa, rabia y tristeza cuando se encontraron en la oficina. Se había pasado el domingo con el móvil entre sus manos, pero no supo qué escribirle. Pero eso poco importaba, porque no llegó a hacerlo, y porque cuando se cruzaron sus miradas, fue incapaz de reaccionar.

La culpa lo removió por dentro.

Ella decía que no podía estar en guerra con su jefe. Mientras, él sentía que libraba la suya propia contra sus sentimientos, sus bases y todo lo que había dado por válido en los últimos años. Y ella, quisiera o no, saldría malparada. Representaba todo aquello de lo que Roberto llevaba huyendo la última década. Y aun así, no podía apartarse de su lado.

—Este es mi dormitorio. —Se giró justo en el instante en el que Tessa se lamía los labios. E hizo lo único que debería prohibirse a sí mismo: pasar su dedo índice por la zona húmeda. Tessa dio un paso atrás—. Gracias por escucharme. —Bajó su mano y cogió el pomo de la puerta.

—No. Gracias a ti. Por lo poco que te conozco, sé que te ha costado disculparte. —No lo miró al hablar.

—¿En serio crees eso? Cuando tengo que pedir perdón, lo hago. En ocasiones, tarde, pero lo hago. —Se agachó y buscó sus ojos.

—No sé... —La duda cubría su rostro, pero la animó a continuar con una sonrisa—. He visto dos versiones de ti. En la primera, se me hace impensable que no puedas hablar de lo que sientes, de lo que opinas. En la segunda... —Sacudió la cabeza a los lados—. Esa no me gusta. Nada.

—Quisiera decirte que soy mi primera versión casi siempre.

Estaba a punto de saltarse todas las líneas rojas establecidas en su cabeza. Y casi no le importaba.

—¿Y por qué no puedes? —Le tembló la voz.

—Porque lo que está a punto de suceder no lo demuestra.

Abrió la puerta de su habitación y, tras cogerla por un brazo, la metió dentro, cerró y la empotró contra la hoja de madera.

—¿Qué haces? —Sus ojos brillaban por la excitación. O, al menos, quiso pensar eso, porque no soportaría que ella le tuviese miedo.

Hizo aquello que ya era su obsesión: recorrió las pecas de su nariz con la yema de los dedos, mientras que, con la otra mano, le retiró un mechón de la cara.

Se agachó y, con la voz cargada de intenciones, susurró:

—En realidad, nada que no desees tanto como yo.

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y se apartó. Aún sentía su cuerpo arder junto al de ella, pero dejó de estrecharla. Si quería irse, le daría la oportunidad.

Sintió la yema de los dedos de Tessa rozar sus caderas y supo que era un cabrón con suerte. Se agachó y la besó poco a poco. Tan despacio que temió que, entre un roce y el siguiente, el momento se volatilizara. Pero eso no ocurrió. Ella siguió con sus manos recorriendo su cuerpo, llegó a su cuello y se apretó contra él.

Sí. Mucha suerte, se dijo de nuevo, mientras perdía la cabeza con el aroma a coco que emanaba siempre de la piel de Tessa.

La cogió en volandas, la llevó hasta la cama y, en una especie de acuerdo, sus cuerpos se separaron con la respiración agitada. Levantó la mano y, con el dorso, le acarició la mejilla.

—Eres preciosa.

Tessa se mordió el labio y la duda se reflejó en su cara. Por un instante, tuvo miedo de que saliese huyendo.

—No. No hables. Si lo haces, pensaré.

Roberto se limitó a asentir. Se acercó a ella y, con la ternura que solo Tessa le inspiraba, le quitó la camiseta. Se deshizo de su ropa. Se sentó en la

cama, abrió las piernas y, agarrándola de la mano, la colocó entre ellas.

Se acercó a un pecho y lo acarició con la nariz. Un ronroneo emergió de su garganta, y sus manos, se ocuparon de liberar a Tessa de sus bragas. Enroscó con su lengua un pezón y jugó con él hasta que decidió que era el momento de ocuparse del otro. Sustituyó su boca por sus dedos, que tironearon de la cúspide, y se dedicó a su siguiente objetivo. Escuchó a la perfección cuando ella dejó ir todo el aire que retenía en sus pulmones. Lo sujetó por el cuello, y sus dedos se hundieron entre su pelo. Joder. Cómo la había echado de menos.

Con su mano libre le separó un poco las piernas y recorrió con ella la parte interior de su muslo hasta llegar al centro. Su ego alcanzó cotas inimaginables al notar lo mojada que estaba. Introdujo un dedo y empezó a moverlo hasta que se dio cuenta de que Tessa no aguantaría mucho más. De que él no aguantaría mucho más.

Dejó de tocarla y, con solo una mirada, se entendieron.

Tessa se estiró en la cama. Roberto la cubrió con su cuerpo. La penetró, con los ojos clavados en esos iris marrones y esas pestañas largas que veía cada vez que cerraba los ojos. No hubo más caricias. Ni más besos. Tan solo unos movimientos de caderas que no tenían prisa, porque necesitaban entregarse por completo, junto a unas miradas que, sin miedo, le dijeron todo lo que en palabras era incapaz de verbalizar. El orgasmo llegó, y ni Roberto se apartó ni ella hizo amago de intentarlo.

En otras circunstancias, Roberto hubiese ido al baño.

En otras circunstancias, le hubiese pedido que se duchara con él.

En otras circunstancias, no la hubiese agarrado por la cintura cuando, tras retirarse él a un lado, ella le ocultó la mirada y le dio la espalda.

—Quédate. Aunque sea solo un rato. Te prometo que no abriré la boca.

Tessa amoldó la espalda a su pecho. Y él la cogió con más fuerza. Se sintió bien. De hecho, mejor que nunca. Y entonces lo supo: estaba perdido.

Despertarse y ver que ella no estaba a su lado no le sorprendió.

Se dio una ducha rápida, se puso unos tejanos negros, una camiseta gris, unas deportivas rojas y bajó a la cocina. Necesitaba verla, hablar con ella. Comprobar que todo estaba bien.

A las únicas a las que encontró levantadas fueron su hermana y su sobrina.

—¡Buenos días! —dijo metiendo el dedo en un tazón de chocolate deshecho.

—¡Eh! —Amanda le dio un manotazo en todo el trasero.

—Tito, ¿que es para todos!

—Querrás decir que es para el abuelo —contestó tras darle un beso en la mejilla a la pequeña.

La niña sonrió, dejando entrever una dentadura oscurecida por el dulce.

—A todos nos gustan las tortitas y el chocolate —se justificó Amanda—. Estás muy sonriente esta mañana. ¿Algo que contar?

Siempre había sabido cuando le ocurría algo.

—No. —Abrió la nevera y cogió una botella de leche.

—Sé que pasa algo. Y acabaré enterándome. ¿No crees que es mejor hablarlo antes de que te vuelva loco con las preguntas? —le cuchicheó, ocultándose con él tras la puerta del frigorífico para que no los oyera Agatha.

—No. ¿Y *Corner*? —Le dedicó a su hermana su mejor sonrisa y fue en busca de una taza. Ella chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Mark ha ido a comprar el pan y se lo ha llevado. Y no me distraigas. Eres un masoquista. No te dejaré en paz hasta que lo descubra. ¿Trabajo o placer? Algo me dice que lo segundo.

Juan entró por la puerta.

—¿Pero qué es eso que huele tan bien? —Su nieta se le tiró encima.

—¡El desayuno que más te gusta del mundo!

—Muchas gracias, cariño. —Abrazó a Agatha y le guiñó un ojo a su hija.

—¡Buenos días! —Sara hizo acto de presencia y, tras ella, Mark y *Corner*.

—¡Hola a todos! —Mark dejó el pan sobre la encimera y cogió una tortita, que dobló y se metió entera en la boca.

—¡Por Dios! ¿No te puedes esperar? —Mark le hizo una seña con la cabeza y Amanda se giró—. ¡Papá, deja el chocolate!

—Lo mejor será que desayunemos —dijo entre risas Sara, que empezó a poner la mesa.

—Voy a buscar a Tessa. —Roberto pensó que así tendría un momento para hablar con ella a solas.

Caminaba hacia la puerta cuando las palabras de su amigo lo pararon en seco.

—Se fue hace un par de horas —anunció Mark, que a punto estaba de introducirse otra tortita en la boca.

—¿Cómo que se ha ido? —Juan frunció el ceño y miró a su hijo como si esperara una explicación.

—Me he levantado pronto y he ido a dar una vuelta con *Corner* a la playa. Al regresar, vi cómo se alejaba en la moto. Serían las siete y media de la mañana.

No se lo podía creer. Primero él. Ahora ella.

Todos los ojos de la habitación se clavaron en Roberto.

Se pasó las manos por el pelo mientras andaba de un lado a otro de la cocina. No creía haberlo hecho tan mal. No hablaron. O, mejor dicho, sí lo hicieron. Pero eso había sido antes de acostarse juntos. Para él, lo dicho con anterioridad había quedado obsoleto. Estaba claro que para ella no. Joder. Empezaba a perder la cuenta de las veces que metía la pata con Tessa.

—La voy a llamar. Me aseguraré de que ha llegado bien a casa.

—Gracias, Sara —dijo Juan, y miró a su hijo con gesto serio—. Roberto, esto es culpa tuya. No me importa lo que haya pasado. Pero quiero que lo arregles. ¿Entendido?

—Papá, te lo aseguro, no sé porque se ha ido. —Se detuvo frente a Juan—. Quería hablar hoy con ella. No sé. Quizá debería esperar a hacerlo mañana en el trabajo.

Mark siguió comiendo tortitas con una sonrisa en los labios; Agatha distrajo a su abuelo ofreciéndole un poco de chocolate a escondidas de su madre, y Amanda lo miraba con gesto de intuir lo que ocurría. Solo le faltaría eso.

Caminó de nuevo de un lado a otro sin saber muy bien qué paso debía dar. Estaba convencido de que si la llamaba, no le cogería el teléfono, y no podía arriesgarse a liar aún más la historia.

Se sentó en el otro extremo de la cocina, apoyó los codos en la mesa y enterró sus manos en su pelo.

Alguien se puso a su lado.

—Te gusta mucho, ¿verdad? —Roberto se sobresaltó al escuchar la voz de su hermana, pero ni tan siquiera se molestó en negarlo—. Interpretaré tu silencio como un sí. ¿Ha ocurrido algo más aparte de lo de ayer? —Roberto asintió con la cabeza—. Bien. Pues déjala respirar. Mañana será otro día. Para los dos.

Levantó la vista justo en el momento en que Sara entraba en la cocina entrelazando los dedos en un collar de flores.

—¿Ocurre algo? —preguntó Juan. Aunque Roberto también se preocupó al ver su cara.

—No. Ha llegado bien. Agradece nuestra hospitalidad y dice que hoy mismo se pone con lo de la boda. Creo que solo necesita descansar, pero... no

sé. Esta forma de reaccionar no es propia de Tessa.

—No te preocupes, cariño. Hay que entender que no acabase de sentirse cómoda en nuestra casa. Seguro que ahora estará más tranquila.

—Sí. Supongo que tienes razón.

—¿Quién quiere tortitas? —Amanda, bandeja en mano, consiguió que todos, a excepción de Roberto, se sentaran a la mesa al instante.

—¿A qué hora os tengo que dejar en el aeropuerto? —preguntó este a Amanda ya en el quicio de la puerta.

—Sobre las tres.

—Vale. Me voy a dar una vuelta. No me esperéis para comer.

Roberto salió de casa de su padre sin saber muy bien adónde ir. Se limitó a andar, sumido en sus pensamientos, hasta que los gritos de unos niños llamaron su atención. Estaba frente a la playa y vio cómo una familia jugaba en la arena. La madre corría tras un niño que no tendría más de tres años; el padre le hacía cosquillas a una niña de unos siete. Bajó los escalones que separaban el paseo marítimo de la arena y se sentó en ella.

Vio una concha, pequeña y blanca junto a sus pies, y la cogió. Se concentró pasándola entre sus dedos para intentar evadirse de esa felicidad ajena que, si alzaba la vista, contemplaría. Por suerte, aquellos cuatro no tardaron en alejarse, y su vida de anuncio dejó de molestarle. Miró por primera vez al frente: el mar estaba calmado, el sol brillaba con demasiada osadía para su gusto y apenas corría aire. Fue consciente de que eso chocaba tanto con lo que sentía que lanzó la concha al agua con toda la impotencia que recorría su cuerpo. Nada cambió. Y solo le quedó coger el móvil del bolsillo de su chaqueta. Buscó el número de Tessa, y después, nada. Estaba tan convencido de que no le descolgaría que ni lo intentó. Y, esta vez, ya no se trataba de si él no quería que ella se llevara una opinión equivocada. Lo que ahora estaba en juego era que ella se alejara.

Se quedó allí, sin perder detalle de cómo el agua lamía la costa. Sin dejar de repasar, una y otra, vez los momentos vividos con Tessa. Seguro que podría haber actuado mejor con ella; pero, sin duda, no peor. No le quedaba otra: al día siguiente, arreglaría las cosas.

Capítulo 6

Era para matarla.

Se había acostado otra vez con Roberto y, en esa ocasión, no tenía ninguna explicación plausible que lo justificase.

Si algo había quedado demostrado era que no podía obviar esa especie de frenesí carnal que sentía cada vez que él se le acercaba, pero de lo que no tenía la más remota idea era de que fuese incapaz de controlarse en la primera ocasión en la que se comportaban, de nuevo, de forma civilizada.

Mierda, ese Roberto le gustaba, pero, por Dios, ¡era su jefe! No solo eso: era el tipo sin escrúpulos que le había escrito aquella nota; el mismo que no la dejaba trabajar con normalidad; el que la ignoraba y la despreciaba a diario. Y en lugar de negarse, le pidió que no hablase y le demostró que prefería acostarse con él a tener en cuenta lo que había ocurrido entre ellos. Y, sobre todo, en las consecuencias de volver a retozar entre las sábanas. ¡Joder! ¿Pero en qué estaba pensando? Se mordió el labio inferior y una mueca de desagrado cubrió su rostro. No. No pensaba. Si algo acababa de quedar más claro que el agua era que, en lo que se refería a Roberto, sus hormonas tomaban el mando.

Cogió el secador y se peinó con brío. Faltaban diez minutos para las ocho, y aunque no sabía muy bien qué encontraría en la oficina, quería llegar cuanto antes. Si las palabras de Roberto habían sido sinceras, a partir de ese lunes todo sería distinto. «Sí, pero te has vuelto a acostar con él», se recordó de nuevo como si fuese capaz de olvidarlo. Y él le había pedido que olvidaran lo ocurrido, que lo dejaran al margen. ¿Aún pensaría lo mismo? Negó con la cabeza y decidió que la única forma de afrontar la situación era ignorar lo

ocurrido. Sería amable, se comportaría con él igual que con Mark. No le daría importancia a lo sucedido; en definitiva, intentaría centrarse en su faceta profesional y huiría de él después del trabajo.

Se puso el abrigo verde, agarró el bolso y la comida y, tras coger las llaves que reposaban en la estrella de la entrada, salió de casa mucho más decidida de lo que el domingo se hubiese imaginado.

El cielo estaba despejado, no había ni una sola nube, y, aunque aún era temprano para saberlo con seguridad, prometía no ser un día demasiado frío. Esa sensación de tranquilidad la reconfortó, y echó a andar. Con un poco de suerte, o mucha, ese estado de ánimo la acompañaría hasta traspasado el umbral de la empresa.

Cuatro pasos más adelante se paró en seco. Apoyado en una farola, con su sonrisa de canalla y un vaso en cada mano, la esperaba Mark.

—Buenos días, encanto. Espero que no te moleste. —Le ofreció uno de los recipientes y Tessa lo aceptó—. De camino hacia aquí he pasado por la panadería; me he fijado en que todas las mañana llegas con uno de estos al trabajo. —Alzó el suyo—. Y ahora lo entiendo, está muy bueno.

—Buenos días y... supongo que gracias. —Lo miró con desconfianza. ¿Qué querría? Nada bueno, seguro—. ¿Hace mucho que esperas?

—Un poco, pero no te preocupes, sigue caliente. ¿Vamos?

Mark inició la marcha en dirección al trabajo. Tessa, confundida, siguió clavada en el sitio hasta que él se giró y la apremió con un movimiento de la mano.

—¿Qué haces aquí? —Aparentar que era normal que él estuviese allí le pareció una tontería.

Mark se giró para mirarla a los ojos sin dejar de andar y sonrió complacido.

—Cuidar de ti. Seguro que ahora piensas que te has fijado en el jefe

equivocado. Yo siempre he sido más detallista que Roberto. —Lo soltó como si nada, con la comisura de los labios rozándole los ojos, y sin dejar de andar.

Tuvo la sensación de caer por un precipicio, pero obligó a su cuerpo a seguir, a no paralizarse. Seguro que su cara ya le había mostrado todos sus miedos; al menos, que el resto de su cuerpo no la delatara.

—Pero ¿se puede saber de qué hablas?

—Sé lo que hay entre vosotros.

El sonido de los coches se amortiguó, la calle se estrechó, incluso el día se oscureció de repente.

Imposible.

Creer que conocía a Roberto sería de una ingenuidad exasperante, pero si algo tenía claro es que él sería el primero en negar lo ocurrido entre ellos.

Mark le dio un sorbo a su bebida. Ella lo imitó y, al percatarse de que él no tenía intención de decir nada más, fue ella la que intervino:

—¿Qué quieres, Mark? No pretendo ser maleducada, es solo que ya tengo mucho lío en la cabeza como para darle vueltas a otra cosa más. Sé claro, por favor. —Se detuvo y enfrentó su mirada, que seguía chispeante. Parecía que se lo estaba pasando en grande con tanto misterio.

Mark se inclinó hacia ella y, en un murmullo, le confesó:

—Te vi salir de la habitación de Roberto sobre las seis de la mañana. Está claro que estáis juntos.

Sintió el momento exacto en el que la sangre dejó de fluir; su cuerpo se enfrió de golpe, e incluso le pareció que, durante un instante, su visión se duplicó.

—No. No lo estamos —balbuceó como pudo.

—Quizá no lo sepáis todavía, pero sí lo estáis —reafirmó, y retomó el camino.

¿Pero qué decía?! Su cuerpo se reactivó de repente, la sangre le corrió al

galope por las venas y la furia que sentía se dejó ver en su rostro.

—Mark, no sé lo que habrás hablado con tu amigo, ni lo que crees haber visto, ni lo que sabes o deduces. Pero soy mayorcita y sé cuándo estoy con alguien —remarcó las últimas palabras con auténtica rabia.

Pasaron por delante de la panadería; la chica que le servía el café todas las mañanas le guiñó un ojo con aprobación. ¡Solo le faltaba eso!

Estaban a unos tres minutos de llegar a su destino. O zanjaba esa conversación cuanto antes y se tranquilizaba o no podría hacer frente al encuentro con Roberto.

—Os he observado. Al principio solo él se comportaba de una forma extraña. Más tarde, cuando te conocí algo mejor, me di cuenta de la manera tan distinta que tienes de relacionarte con nosotros. Es más, te diría que de tratarlo, porque con el resto de compañeros eres igual que conmigo. Lo que me induce a pensar que ya os habíais acostado antes y que, además, no tenías la más remota idea de quién era Roberto cuando eso ocurrió.

—¿Te has tomado algo antes de salir del hotel, Sherlock? —Quizá con el sarcasmo tendría más suerte.

—No, encanto. No lo he hecho. Pero conozco a Roberto, y te mira como nunca lo había visto fijarse en una mujer. Se muestra nervioso todas las mañanas hasta que tú llegas, como si creyera que algún día no lo fueses a hacer. Después se relaja. Y vuelve a la carga en cuanto sales por la puerta.

¿En serio? ¿Esa situación lo ponía nervioso? Jamás lo hubiese dicho.

—¿Por qué me explicas todo esto? No me interesa.

La entrada a la oficina ya se vislumbraba.

—Es mi mejor amigo. Y hasta ahora nunca lo había visto así. —A Tessa se le cayó el café con leche al suelo y miró a Mark asombrada.

—Estás de coña, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —Su cara lo expresaba: no tenía la más remota idea

del significado de sus palabras.

—Olvídalo. —Se agachó para recoger el vaso de cartón, se levantó y lo tiró a una papelera cercana.

O le encontraba algún sentido a todo aquello o le acabaría estallando la cabeza. Se llevó los dedos a las sienes y se las masajeó ante la atenta mirada de su acompañante.

Respiró hondo.

—Mark, te lo volveré a preguntar ¿qué quieres?

Se acercó a ella y, tras posarle las manos sobre los hombros, le confió:

—Me caes bien. Por tu reacción del primer día y su comportamiento, sé que algo fue mal entre vosotros. Por favor, ten paciencia. Te juro que es un buen tío. El único problema es que nunca ha estado con nadie y, en consecuencia, no sabe cómo actuar.

—Pero ¿por qué debería tener en cuenta tus palabras? —Se perdió en sus ojos azules e intentó encontrar algo más de lo que le decía.

Nada.

—Porque él no se acostaría con una mujer en la casa de su familia si no sintiera nada. Porque tú no pareces de esas que sí lo hacen. Porque os veo todos los días y me doy cuenta de cómo os miráis cuando creéis que nadie os ve. Por eso anoche le pedí a Juan tu dirección, porque alguien tiene que decirte que él no es el cabrón que te habló de aquella forma cuando estábamos comiendo.

Aquello era surrealista. Ahora resultaba que tenía que tener tacto con Roberto. Para morir.

—Gracias, Mark, pero estás suponiendo muchas cosas.

—¡Ah! Y ni se te ocurra decirle que hemos mantenido esta conversación. Si lo llega a saber algún día, ¡seguro que me mata! —Mark rio con ganas para, después, darle un fuerte abrazo.

¿Qué le hacía tanta gracia? Estaba por salir corriendo y no dejarse ver nunca más. Esos dos estaban pirados.

—Buenos días, espero no molestar.

La voz fría y descarnada de Roberto interrumpió el extraño momento. Mark se separó de Tessa, se dio la vuelta, miró a su amigo, lo saludó dándole dos palmaditas en el hombro y se adentró en la recepción.

—Buenos días —murmuró Tessa sin mirarlo a la cara.

Pasó por su lado a toda prisa y siguió a Mark sin vacilar. O mucho se equivocaba o la peor versión de Roberto atacaba de nuevo.

Tessa miró la hora, eran las once de la mañana y todo seguía igual.

Roberto, después del inoportuno encuentro de esa mañana, se había encerrado en su despacho sin articular palabra. Mark seguía reunido con el responsable de contabilidad con el que había quedado a primera hora, y ella, ella ni siquiera había empezado a trabajar.

Con cada bocanada de aire intentaba llenar sus pulmones, pero no lo conseguía. Algo frío y cortante se interponía entre ella, su necesidad vital de respirar y su capacidad de sosegarse.

Miró la bandeja de su derecha, que seguía repleta de contratos por archivar, y se dijo que sería buena idea ponerse manos a la obra con eso. Teniendo en cuenta que, cada vez que miraba la pantalla, las letras se volvían borrosas y una especie de nudo le retorció el estómago, otra tarea le iría bien.

¿De qué tenía miedo? Se acodó en la mesa y se llevó las manos a la cabeza. Lo sabía demasiado bien, y era humillante.

¿Cómo podía plantearse siquiera que Roberto podía albergar algún tipo de sentimiento hacia ella? Se tapó los ojos y se los apretó. Se estaba

desmoronando y, de un momento a otro, empezaría a llorar.

No quería creer a Mark, de hecho, ni tan siquiera debería haberlo escuchado. ¿Por qué no lo había cortado en la primera frase? La respuesta le dio tanta vergüenza que apenas se reconocía a sí misma.

Se levantó, cogió el grueso de carpetas y se dirigió a la sala de reuniones, donde se encontraba el archivo.

—¿Tienes un momento? —A medio camino, Roberto abrió la puerta y la miró con naturalidad—. Tenemos que organizar el trabajo.

Se quedó clavada en el sitio inspeccionando su rostro; evaluando si, de verdad, estaba tranquilo.

Le pareció que sí.

—Claro, dejo esto en mi sitio —respondió mostrándole lo que tenía entre sus manos— y enseguida voy.

Roberto asintió y se adentró en su despacho; unos segundos después lo hacía Tessa.

—Por favor, siéntate. —La esperaba ante la pequeña mesa ovalada que había solicitado al poco de llegar a la empresa.

—Bien. ¿Por dónde empezamos? —Intentó parecer despreocupada, pero, en la última palabra, su voz se quebró.

—A partir de ahora nos reuniremos todos los lunes a primera hora para programar la semana. —Su tono era serio, profesional, pero en ningún momento creyó que estuviese enfadado o molesto.

—¿Y esta semana? —indagó comedida.

—Tengo varias reuniones que convoqué, pero no te preocupes, en cuanto acabemos de hablar te las mandaré para que estés informada. También le he pedido a informática que te instale mi buzón de correo, así podrás ver todo lo que tengo previsto y convocar tu misma lo que sea necesario. A partir de ahora, los miércoles tendré una reunión con los responsables de los

departamentos a las diez de la mañana; durará unas dos horas. Lo que pretendo es que todos nos familiaricemos con la dinámica diaria del resto de departamentos. —Bien. La involucraba en sus planes, eso era positivo—. Todo el mundo está muy implicado, es cierto, pero no es consciente del impacto de su día a día en el resto de áreas. Hay que solucionarlo.

—¿Y crees que esa reunión semanal ayudará? —Tessa respiró con normalidad por primera vez desde que salió de casa y se topó con Mark.

Era verdad.

Existía una tregua.

—No. Es solo un principio. Ya he hablado con todos ellos, pero ahora me gustaría hacerlo con el resto de empleados. ¿Lo programas para mañana o el miércoles? Mira en la agenda de los responsables y convócalos para que me acompañen.

—¿Te puedo hacer una sugerencia? —Habló tan bajo que apenas escuchó su propia voz.

—Claro —respondió sin dejar de clavar los ojos en ella.

—Si quieres conocer a la gente, si lo que pretendes es que vean la necesidad de relacionarse entre departamentos, sé tú el ejemplo. Lo que hagas en tus primeros días demostrará a todos lo que esperas de ellos. Es el típico *donde fueres, haz lo que vieres*, pero en versión jefe. Si quieres cercanía, implicación, preocupación por lo que hacen los demás, debes ser el primero en obrar así. No vayas con comitiva, preséntate sin más.

Roberto la miró sopesando sus palabras y, por el brillo en sus ojos, supo que lo había convencido.

—De acuerdo. Me parece un buen enfoque. —Se levantó de la silla, dando por finalizada la reunión, pero, justo antes de que ella lo imitase, sentenció—: Busca un hueco para mañana en el que los dos estemos disponibles.

—¿Yo?

—Sí. Estoy convencido de que me serás de gran ayuda. —Esbozó una sonrisa y se dirigió a su mesa.

—Como quieras. —Tessa se levantó y pensó que quizá le debería dar las gracias, aunque eso supusiese entrar en terreno pantanoso. Se llevó al pecho la libreta y el bolígrafo que había cogido, y que no le habían hecho falta, y se aferró a ellos—. ¿Algo más?

Roberto, que aún no se había sentado en su silla, se giró y la miró como si se callase algo.

—No. Eso es todo. No te mentí el primer día cuando te dije que necesito que ayudes a Mark en todo lo que puedas. Estará aquí solo seis meses y hay que sacar el máximo partido de su disponibilidad.

—Lo entiendo. —Tessa, más calmada, observó el despacho. —No parece el mismo. ¿Cuándo has cambiado todo esto?

Los antiguos cuadros, con imágenes de los diferentes modelos de traje de buceo que había diseñado la empresa desde sus inicios hasta la actualidad, habían desaparecido. En su lugar, playas de ensueños, bancos de peces y una fotografía de un submarinista realizando la maniobra de inmersión le daban vida al despacho.

—Por las mañanas. A primera hora.

Roberto se pasó las manos por el pelo y, en dos zancadas, se aproximó hasta ella.

—Son bonitas —susurró Tessa mientras luchaba por tragar saliva.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —Roberto estaba a tan solo dos palmos de ella, y todo su cuerpo se sentía amenazado.

—Supongo. —Cerró los ojos, resignada ante su falta de autocontrol.

—¿Te acuestas con Mark?

Sus párpados se levantaron, su corazón se sacudió y la falta de oxígeno laceró sus pulmones.

—¿Qué! ¿Pero cómo se te ocurre pensar algo así? —Su boca se torció, y empezó a caminar de un lado a otro del despacho, farfullando frases incoherentes.

¿Pero qué se creía que era? ¿Una zorra sin escrúpulos?

—Os he visto esta mañana.

¿Y?

—No pienso contestar. ¿Me oyes? —gritó descontrolada. Tan dolida porque él creyera que era capaz de algo así que no se planteó nada más.

—¡Ya lo creo que sí!

Se acercó hasta ella y, cogiéndola por el brazo, la arrinconó contra una pared. Sus pechos subían y bajaban a un ritmo frenético; los ojos verdes de Roberto se habían oscurecido, y la sangre de Tessa recorría su cuerpo a tal velocidad que tuvo la sensación de que de un momento a otro se desvanecería.

—No tienes derecho a preguntarme eso. —Tessa lo miró a los ojos, envarada por el sentimiento de rabia y decepción que le removía las entrañas.

—Es mi amigo, joder. ¡No te puedes acostar con mi mejor amigo! —gritó.

Tessa fue consciente de las lágrimas cuando le impidieron ver con claridad. Sus piernas flaquearon y, cuando quiso darse cuenta, se encontraba sentada en el suelo, con la espalda clavada en la pared, pendiente de los movimientos de Roberto. Él, que seguía de pie frente a ella, dejó caer la cabeza sobre el tabique y, con los puños cerrados, lo golpeó un par de veces.

—Quiero salir de aquí, ir a mi mesa y olvidar que esto ha ocurrido.

—No me has contestado —insistió Roberto sin moverse, pero con un tono de voz que sonó a súplica.

—Ni lo haré. —Lo golpeó en las piernas para que se moviera—. Tú y yo no tenemos nada. Que te quede claro.

Él se apartó y, tras levantarse con el pulso acelerado, se dirigió a la puerta, consumida emocionalmente.

—Tessa, espera.

Cerró los ojos y apretó la mandíbula. Ni hablar. No podría con un asalto más. Tenía que acabar con esa situación o se la llevaría por delante.

—¡No! —Se giró y, sin saber de dónde sacó el coraje, se encaminó decidida hasta él y lo golpeó en un hombro—. A partir de ahora solo tendremos una relación profesional. No quiero que me toques, ni que te metas en mi vida y, mucho menos, que te creas con derechos sobre mí que jamás has tenido. —Roberto abrió los ojos y se llevó las manos al pelo; parecía casi tan desconcertado como ella al principio de la discusión. Otro golpe en el hombro—. Sé que no te importa, pero si esto, o algo similar, vuelve a suceder, te juro que presentaré mi baja voluntaria.

Escuchó la puerta del despacho abrirse y se dio la vuelta: un Mark descompuesto los miraba desde el umbral.

—¡Y tú!, mantente al margen —le espetó al recién llegado al salir.

Tessa se sentó en su silla, cogió el ratón y empezó a abrir correos de forma indiscriminada. No veía nada, pero tampoco le importaba. Había dejado las cosas claras y, si tenía que irse de allí, por Dios que lo haría.

Ver a Tessa rodeada por otros brazos, aunque fuesen los de Mark, le había helado la sangre. Un frío glacial recorrió su cuerpo mientras una rabia indómita se apoderaba de él. Ya no pudo pensar con claridad. Intentó centrarse en el trabajo: revisó el correo, hizo un par de llamadas y preparó parte de la reunión del miércoles. De nada sirvió. La posibilidad de que entre aquellos dos hubiese algo bullía en su interior con la misma desesperación de hacía unas horas.

En ese estado jamás debería haber ido en su busca. Pero necesitaba verla.

No podía postergar su charla por más tiempo, así que había respirado hondo y salido a por ella. Terrible error. Porque nada más verla, supo que acabaría haciéndole aquella pregunta. De todo lo ocurrido después, lo que más le dolía era que las palabras salieron de su boca con un único objetivo: herirla. Porque necesitaba que le confirmase que no estaba con su amigo más que respirar.

Se pasó las manos por el pelo, ya de por sí revuelto, y le dio un trago a la cerveza que hacía rato sujetaba, pero que no se había llevado a la boca.

Mierda.

Repasar lo ocurrido no le iba bien, aunque fuese incapaz de pensar en otra cosa.

Su comportamiento se había asemejado al de un cavernícola, y eso lo exasperaba. Él no se comportaba así.

Alzó su vista y se fijó en cómo *Corner* jugueteaba con su pelota por el jardín. Por un instante, añoró el tiempo en que todo era fácil. En el que no sentir lo hacía feliz.

Derrotado por sus emociones, bajó los párpados.

Dos segundos después los abrió y se levantó de la silla como si le fuese la vida en ello.

Joder. Cada vez que se rendía al cansancio, unos ojos marrones y de largas pestañas aparecían frente a él. Si seguía así, si no conseguía dominar aquella situación, acabaría obsesionado.

Necesitaba desahogarse, quitarse de encima toda aquella presión, que alguien le dijese que no había para tanto.

Cogió el teléfono para llamar a su hermana.

—*¡Hola!* —La voz cantarina de ella y su alegría le sentaron como una patada en el estómago.

—¿Estás muy liada? Necesito hablar. —Más cortante, imposible.

—*No. Espera un momento.* —Roberto escuchó cómo Amanda le pedía a

Guy que se encargase de acostar a Agatha. Después, el sonido de un taconeo sobre el parque y el de una puerta al cerrarse—. *¿Tan mal ha ido con Tessa?*

No se cuestionó cómo sabía que el motivo de su llamada era para hablar de ella.

—Peor.

—*No me lo creo. Anda, cuéntamelo todo.*

Roberto resopló, se llevó la mano libre a la cabeza y la dejó allí, como si ese gesto le diese fuerzas para encontrar las palabras adecuadas.

—La conocí la semana antes de incorporarme al trabajo y no sabíamos quiénes éramos en realidad. —Hizo una pausa, a la espera de que su hermana dijese algo. Nunca lo habían hablado, pero sabía que tanto ella como Mark eran conscientes de lo que implicaban esos días para él. Al ver que no se pronunciaba, continuó—: Y conseguí lo que quería: acostarme con ella. Me abrumó tanto lo que sentí que, al despertarme, le dejé una nota para que se fuera nada más levantarse. Me fui a correr con Corner con la esperanza de no encontrarla al regresar.

—*¡Serás cabrón!*

—No. Bueno, sí. Supongo que sí. —Dejó caer la mano que seguía en la cabeza sobre sus piernas, se acodó en las rodillas y se la llevó a la frente—. Estoy hecho un lío, Amanda. Yo... Joder. No sé qué me pasa.

—*Claro que lo sabes. Pero prefieres no ponerle nombre. ¿Qué pasó el fin de semana?*

—Pues ya lo viste. Hizo referencia a que los tíos se acuestan con ella y luego la olvidan, y yo perdí los papeles. A medianoche la encontré en la cocina, hablamos y acabamos en mi habitación.

Escuchó cómo su hermana chasqueaba la lengua.

—*¿Y hoy?* —La voz de Amanda ya no era alegre, más bien parecía cabreada.

—Le he preguntado si también se acostaba con Mark. —Soltó la bomba y entrecerró los ojos a la espera de la reacción de su hermana.

—*¡Serás gilipollas! Pero ¿por qué? Él jamás haría eso. Creo que los únicos que no se dieron cuenta de que entre vosotros hay algo fueron papá y Sara.*

—¡La estaba abrazando! Esta mañana me los he encontrado en la calle, frente la empresa, y Mark la rodeaba con sus brazos. —Se había levantado y daba por vueltas por el jardín mientras *Corner* jugaba con el tronco de un árbol—. Joder, me he ofuscado. Amanda, en cuanto a Tessa se refiere, me vuelvo posesivo. Y yo no soy así.

Escuchó una carcajada y se paró en seco. Genial. Su hermana se lo estaba pasando en grande.

—*Esa chica te gusta. Admítelo y entenderás muchas cosas.*

—No. Sabes que no puedo permitírmelo.

—*Claro que sí. Solo que hasta ahora no habías encontrado a la persona adecuada.*

—No. Imposible. No puedo arriesgarme.

—*Ya han pasado diez años. Tienes que superar lo de mamá. Piénsalo, ¿qué puede ocurrir por conocerla mejor? Es obvio que a ella también le gustas. No hay nada de malo en intentarlo.*

Pasó la mano entre sus mechones y maldijo. Jamás creyó que algún día tendría que replanteárselo todo. Que, en realidad, quisiera replanteárselo todo.

Vencido por las palabras de su hermana, y porque llevaba todo el día dándole vueltas a lo mismo, confesó:

—Ni tan siquiera tengo claro qué es lo que quiero, hasta dónde llegar. Tan solo sé que ella no es como las demás. —Sonrió con amargura—. Y la he cagado tanto que no creo que quiera saber nada de mí.

—*No te hagas tantas preguntas. Sé tú mismo, aparca tus miedos y déjate*

llevar. Suele funcionar.

Un silencio se adueñó de la conversación. Durante unos segundos Roberto se perdió en su mundo, hasta que el valor le dio fuerzas para verbalizar lo que más temía:

—Amanda, no quiero sufrir.

—*Hermanito, siento decírtelo, pero ya lo estás haciendo.*

Capítulo 7

A medida que se aproximaba a la empresa, la seguridad que había anidado en ella la noche anterior, mientras se repetía como un mantra que todo iría bien, que había dejado las cosas claras y que Roberto lo había entendido, se diluyó con tanta facilidad que le pareció que jamás había llegado a tenerla. Apretó los labios y, con más temor que cualquier otra cosa, cruzó el vestíbulo para ir en busca del ascensor. Movi6 la punta de los pies indiscriminadamente arriba y abajo durante el recorrido y respir6 hondo antes de salir de la cabina.

No había nadie.

Todas las luces, a excepción de la de un tramo de pasillo que siempre estaba encendida por un tema de seguridad, estaban apagadas. El peso que sentía en el pecho pareció disminuir un poco; incluso sus hombros, que llevaban rígid6s desde ayer, se relajaron por un instante.

Extrañada, encendió las luces y se quitó el abrigo. Dejó el bolso y la comida en el cajón inferior de su mesa e intentó trabajar.

Un imposible.

Miró en derredor y las lágrimas aparecieron de repente en la comisura de sus ojos. Parpadeó varias veces y controló las siguientes. Lo que la rodeaba le pareció ajeno a ella; un entorno lúgubre y cruel que había engullido aquel rincón de su pequeño mundo que la hacía feliz. ¿En qué momento había empezado a sentir que aquel ya no era su sitio? No tenía ni la más remota idea, pero daba igual. Por mucho que le doliese, allí ya no encajaba.

Se levantó con el frío calándole los huesos por el descubrimiento, y se frotó los brazos con las manos. ¿Dónde estarían Roberto y Mark? Eran casi las

nueve. Si no llegaban pronto, tendría que llamarlos para saber si había ocurrido algo.

La sola idea de hablar con él provocó que le temblara la barbilla. Tenía que pensar en otra cosa.

Fue hasta la sala de reuniones, donde una mesa alargada de color blanco y unas sillas azules ocupaban casi todo el espacio, y se dirigió a uno de los armarios que había en una pared lateral; lo abrió y se aseguró de que hubiese agua y vasos suficientes para la reunión del miércoles. Se acercó hasta el proyector y lo encendió. Hacía un par de meses que no se utilizaba, así que verificó que funcionara sin problema —no sería la primera vez que les daba una sorpresa—.

Sonrió con nostalgia al recordar la primera ocasión en la que el aparato falló: la corriente no le llegaba y de los nervios se le cayó el portátil al suelo y se rompió la pantalla; Juan no encontraba la memoria donde había guardado la presentación —que había realizado en su casa—, e incluso hasta el aire acondicionado dejó de enfriar. Veinte personas en la sala, pleno mes de julio, y un sol radiante entrando por las ventanas. Fue un auténtico desastre.

—Buenos días. —La voz de Roberto a su espalda la sacó de su mundo tensándola como una cuerda.

Se giró poco a poco con el aire colapsando sus pulmones, pendiente de averiguar su estado de ánimo.

Una sonrisa afable, unas ojeras que demostraban que él tampoco había dormido demasiado y unos ojos impacientes que la miraban desde el marco de la puerta a la espera de su reacción.

No eran tan diferentes.

—Buenos días —respondió, esforzándose en parecer tranquila.

—Mark y yo acabamos de llegar. He visto la puerta abierta y he supuesto que estarías aquí. —Tessa asintió. Roberto se pasó las manos por el pelo—.

Estamos en mi despacho. —Se dio media vuelta y desapareció.

A las diez y media de la mañana, una vez finalizada la reunión que tenía programada Roberto con el responsable de contabilidad, Tessa recibió un mensaje suyo:

De: Robert Rodríguez
A: Teresa Lago
Asunto: Compañeros

Tal y como comentamos ayer, quiero dar una vuelta para conocer al resto de compañeros.
¿Cuándo te va bien?

Roberto

Se llevó las manos a la cara y notó el instante exacto en el que perdió todo su color. ¡Lo había olvidado!

Inquieta, miró a los lados como si alguien pudiese ofrecerle una solución, una excusa mágica que le permitiese no tener que pasar a su lado el resto de la mañana mientras sus dedos golpeaban la mesa. Respiró hondo y movió sus codos arriba y abajo para aflojarlos. Se estaba comportando de una forma poco profesional, inmadura y bastante ridícula.

Haría frente a la situación.

Respondió a su jefe y, diez minutos más tarde, Roberto salió del despacho.

—Bien, ¿por dónde comenzamos? —dijo frotándose las manos.

—Lo mejor será empezar por el vestíbulo e ir subiendo. —Tessa se levantó de su silla y caminó hasta el ascensor seguida de Roberto—. No he avisado a nadie, así que se montará un pequeño revuelo.

Tessa no se equivocó en sus palabras. Desde el primero hasta el último, todos los compañeros se mostraron sorprendidos e interesados por la forma de presentarse del hijo de Juan. Ella se mantuvo en todo momento en un segundo

plano, facilitándole el primer contacto cuando entraban en cada departamento, para dejar que después fueran los propios trabajadores los que se presentasen. Algunos aprovecharon para enumerar los años que llevaban en Empresas Cooper; otros le narraron su periplo por las diferentes secciones, y los menos se limitaron a darle un apretón de manos o dos besos. Roberto les preguntó por su labor, se mostró atento con todo el mundo, sonrió en todo momento e, incluso, bromeó cuando le dieron pie a ello. Cuando veía fotografías sobre las mesas, solía preguntar por las personas de la imagen; dio un consejo sobre una planta a una de las chicas de marketing —por lo visto la regaba demasiado—; hasta se interesó por cómo llevaban el embarazo un par de chicas.

A medida que avanzaban, el trato distante y frío con el que se habían saludado a primera hora de la mañana desapareció sin que se diera cuenta. Ya no estaba nerviosa, ni enfadada. Y aunque tenía muy claro que debía guardar las distancias, se sentía orgullosa. No por lo que estaba haciendo —cualquier vendedor de humo sería capaz—, sino porque sabía que su interés era sincero.

Poco después de las dos, llegaron a la cuarta planta.

—¿Cómo lo haces? —quiso saber Roberto al salir del ascensor.

—¿El qué? —Lo miró extrañada. ¿De qué hablaba?

—Saberlo todo. —Tessa negó con la cabeza—. Ya me parece increíble que ubiques a cada persona con su mesa y su departamento. Pero es que vas más allá. Recuerdas el nombre de sus hijos, de sus padres y si alguno ha estado enfermo. Te he escuchado preguntar por un divorcio, una reforma de un piso, unas vacaciones, y hasta cómo iba la búsqueda de una residencia.

Se le escapó una risita nerviosa y se sonrojó.

—No somos tantos.

—Sí, sí que lo somos.

—No te creas. —Se sentó en su silla y abrió el último cajón de su mesa para sacar la bolsa con la comida—. Además, es parte de mi trabajo.

—Te equivocas. —La miró con fijeza, queriendo traspasar más allá de sus pupilas—. Te gusta la gente, te preocupas por los demás de una forma sincera; eso hace que seas buena en tu trabajo. No al revés.

Tessa se mordió el labio inferior. A punto estuvo de responderle que él también era así, aunque, por alguna extraña razón, en ocasiones se comportase como un auténtico energúmeno.

—Creo que ha ido bien. Les ha gustado conocerte, sobre todo que te mostraras tan cercano. Les has recordado a Juan, y eso es bueno.

Roberto se puso serio de repente, introdujo las manos en los bolsillos y, antes de dar media vuelta y dirigirse al ascensor, sentenció:

—Espero que lo ocurrido entre nosotros no haga que busques otro empleo: primero, porque aquí te necesitamos, y segundo, porque creo que tenías razón, es vocacional. Me voy a comer. Nos vemos en un rato.

Se quedó perpleja, con la vista clavada en el pasillo viendo cómo él se alejaba. Consciente de que, en el caso de que al final decidiese irse de allí —ya dudaba de ello—, sería lo más difícil que tendría que hacer en lo que llevaba de vida.

Roberto colgó el teléfono y lo miró con desconfianza. Se había tenido que callar lo que pensaba en dos ocasiones durante la conversación, pero después del triste espectáculo del sábado, no se vio con derecho para decirle a su padre que sabía lo que pretendía.

Incluso antes de informar a Tessa, intuyó que ella también sospecharía lo mismo. Pero no le quedaba otra. Después de todo, su progenitor podía escoger la fecha que mejor le viniese, aunque la utilizase de excusa.

Hablar con ella no le suponía un problema. Todo lo contrario. Deseaba con

todas sus fuerzas encontrar el valor suficiente para explicarse. Acercarse a ella de algún modo y darle sentido a todo lo que bullía en su cabeza. Se pasó las manos por el pelo y blasfemó. Ni él mismo se lo creía. Pero la desconfianza que había visto en sus ojos apagados esa mañana en la sala de reuniones y el temor a su reacción lo paralizaban hasta tal punto que era incapaz de comportarse con cierta normalidad.

Joder.

Así no arreglaría las cosas.

Si de algo se había dado cuenta durante el recorrido por la empresa era de que, en cuanto estuvieron acompañados y ella se centró en el trabajo, parte de la tensión disminuyó y reapareció esa sensación de compenetración que habían tenido desde el primer día. Ahora solo esperaba que no se tratase de un hecho puntual, y sí de una dinámica.

Mejor eso que nada.

Cerró el documento que estaba leyendo antes de hablar con su padre y llamó a Tessa para pedirle que se acercase a su despacho.

Se presentó indecisa, con la vista perdida en el suelo y lo que le parecieron unas ganas locas de salir de allí cuanto antes.

—Siéntate, por favor. —Ella se había quedado a medio camino entre la puerta, que había dejado abierta de par en par, y su mesa—. Acabo de hablar con mi padre por teléfono. Tenemos fecha para su fiesta de jubilación.

—¿Tan pronto? Me dijo que quería esperar a que estuvieses más acomodado en la empresa. —A medida que cada una de esas palabras salía de su boca, el tono de su voz fue disminuyendo hasta convertirse en un suave murmullo. Roberto sintió como si, por un instante, Tessa se fuese muy lejos de allí—. Vaya —susurró al fin, tras unos segundos de reflexión.

—Sí. Supongo que quiere comprobar que cumplo con lo que le prometí.

Tessa movió la cabeza a los lados, como si expulsase algún pensamiento

indeseado. Lo miró con fijeza y, tras un momento de duda, la comisura de sus labios se elevó tímidamente. Se aproximó a la mesa, se sentó en una de las sillas que había frente a ella y se dejó caer contra el respaldo.

—¿Te explico lo que tenemos pensado? Desde que anunció que se marchaba, estamos planeándolo entre todos. Muchos compañeros ya me han facilitado fotos. Ahora solo falta que tú des el visto bueno.

Entendido.

Cualquier cosa que no les afectara directamente la convertía en accesible.

—Por supuesto.

—A ver qué te parece: pensábamos en una cena en plan pica-pica en el hotel Fairmont, un evento de esos en los que todos podamos movernos libremente; una orquesta de música que toque en directo y, como regalo, hemos pensado en elaborar un *collage* con fotografías que muestren el trabajo de tu padre durante todos estos años. ¿Cómo lo ves?

Tessa se fue emocionando con cada frase, con cada idea que parecía visualizar.

—Estoy seguro de que le gustará mucho.

—¿Verdad? Yo también lo pienso. Aunque nos faltan muchas cosas. Sobre todo, fotografías de sus primeros años. ¿Crees que Amanda me podría ayudar? De sus viajes no tenemos nada. Y no sé, quizá también tengas tú alguna cosa que nos pueda ser útil.

—Aquí no tengo nada, pero en Londres es posible. Le diré a Amanda que se pase por mi piso y lo mire. También le comentaré lo demás. No tenemos mucho tiempo. Así que le pediré que intente acercarse entre hoy y mañana.

A Tessa se le borró la sonrisa de la cara.

—¿Cómo que no tenemos mucho tiempo?

—Quiere celebrarlo el 29 de marzo.

Tessa se levantó de golpe de la silla y empezó a caminar por el despacho

con el ceño fruncido y con cara de tener ganas de asesinar a alguien.

—¡Apenas faltan diez días! —Se paró en seco—. Roberto, creo que tu padre ya ha desconectado del todo del mundo laboral. Hasta hace dos días, él era más que consciente de que encontrar con tan poca antelación un lugar para cenar, con los que somos, sería misión imposible. Además, hay que buscar vuelo y alojamiento para los compañeros de Londres. —Dibujó un mohín divertido en su rostro y se sentó de nuevo—. Eso es bueno.

Roberto intuyó que jamás dejaría de sorprenderlo.

—¿Puedo ayudar en algo?

—No. En cuanto me informó de que se jubilaba avisé al hotel. No les dije fecha, pero no creo que tengamos problemas con eso. Lo más importante es disponer de las fotos con el tiempo suficiente para elaborar el *collage*. Si las tenemos recopiladas este viernes, llegaremos a tiempo. Le diré a María Otero, de recepción, que me eche una mano por las tardes. Se le dan muy bien estas cosas.

Roberto rio a carcajadas y ella se tensó.

—Tessa, no creo que mi padre se haya acostumbrado tan rápido a su nueva vida. Más bien creo que te conoce lo suficiente como para saber que lo tenías todo controlado.

Su rostro se iluminó, y Roberto dejó de reír para mirarla con la ternura que le inspiraba.

—Solo tenemos una idea, y mucho que hacer.

Mierda. Sus ojos habían hablado demasiado. Se había dejado llevar. Durante unos segundos volvieron a ser ellos, y se olvidó de todo dando un paso en falso.

—Prioriza esto sobre cualquier asunto y, si necesitas mi ayuda, no tienes más que pedírmela.

—Gracias, Roberto. —Tessa se levantó para irse—. Si veo que no

llegamos, no dudaré en avisarte.

La vio desaparecer tras la puerta de su despacho, convencido de que Tessa le pediría ayuda al mismísimo diablo antes que a él.

Paciencia.

Corner lo golpeó de nuevo con el morro en la rodilla reclamándole que le tirara la pelota. Roberto se agachó, la cogió y, con todas sus fuerzas, la lanzó todo lo lejos que pudo. Mientras el animal salía disparado en su busca, se sentó en uno de los bancos del parque, entrelazó las manos y se las llevó a la nuca.

Sonrió al recordar a Tessa.

El viernes, la relación ente ellos se había destensado. Poco. Pero lo suficiente como para que ella le hablase de trabajo, o de la fiesta de jubilación de su padre, sin tensiones evidentes.

El miércoles, después de ver a Tessa y a María inundadas de correos electrónicos con imágenes de Juan y sus treinta años de paso por la empresa, se aproximó y les ofreció su ayuda.

—¿Os echo una mano?

—¡Claro! Jamás creí que la gente colaborase tanto. Y aunque eso es bueno, estamos hasta arriba —contestó la recepcionista de un tirón, sin retirar la vista de la pantalla, y roja como un tomate.

Roberto se alegró de que María no buscase confirmación de sus palabras en Tessa. Si lo hubiese hecho, habría encontrado una versión asesina de su mirada, que él desconocía y que le hizo mucha gracia.

Tuvo que apretar los labios para no demostrarlo.

La situación tirante no había durado más de media hora. El desparpajo de

María, los comentarios sobre lo atractivo que había sido Juan en su juventud y el sonrojo que cubrió todo su cuerpo al recordar que estaba hablando de su padre fueron suficientes para que el ambiente se relajara. Después, la curiosidad que ambas chicas mostraron en las anécdotas que les relataba, la necesidad de que todo estuviese a punto para el día veintinueve y las ganas de sorprender a Juan fueron resquebrajando el muro que Tessa había levantado.

Aquella noche, cuando Roberto llamó a Amanda para explicarle cómo iban las cosas, se mostró positivo. Después de todo, tenía razón: si no hablaban de sí mismos, si no se quedaban a solas, Tessa era capaz de relacionarse con él con cierta normalidad.

Un paso adelante.

En contra de lo que esperaba, Tessa se mostró esquiva el jueves por la mañana. Regresó su mutismo selectivo —que solo abandonaba cuando era estrictamente necesario—, dejó abierta la puerta de par en par una vez que entró en su despacho, incluso se quedó a medio camino entre la salida y él. Eso no era bueno. Pero llegó la tarde, y con ella María y el montaje del *collage*. Tessa se mostró de nuevo afable, risueña y dispuesta a dejar a un lado sus diferencias.

Hasta que se fue María, y su actitud fría y distante regresó sin más.

A Roberto le quedaron las cosas claras: imposible olvidar.

El viernes, con toda esperanza truncada, Roberto vio cómo la conducta de Tessa sufría un pequeño cambio: fue ella la que entró en su despacho para comentar una reserva de vuelos a Londres. Se acercó hasta la mesa y se sentó en una de las sillas; la puerta, aunque abierta, no lo estaba de par en par.

Todo un logro.

Pero era viernes. Y los viernes no trabajaban por la tarde. Tendría que conformarse con ese avance para todo el fin semana. Y rezar. Mucho. Para que el lunes sus buenas intenciones siguieran intactas.

Corner llegó hasta él con la pelota, se la quitó de entre los dientes y la lanzó de nuevo. El perro salió a toda prisa, pero en lugar de seguir la trayectoria de la bola, dio un quiebro a la derecha y se lanzó sobre una persona.

No tuvo que verla para saber que era ella.

—Lo siento. Otra vez. —Roberto miró a Tessa, que, en cuclillas, frotaba con la mano la barriga a *Corner*—. Yo que tú no haría eso. Lo único que conseguirás es alentarlo aún más.

—No me importa. Ya lo sabes. —Levantó la vista unos segundos y le sonrió.

Roberto se estremeció. Y un hormigueo familiar recorrió las yemas de sus dedos. Se moría por tocarla. Por retirarle un par de mechones que le cubrían el rostro. Y besarla. Si pudiese, la levantaría y posaría sus labios sobre su boca.

Mierda. Quizá era un egocéntrico, pero algo le decía que ella lo deseaba tanto como él.

Respiró hondo y apretó los labios. No. Por ahí no iba bien.

Se recordó que una cosa es lo que queremos y otra, lo que deseamos. No podía perder la paciencia, o lo pagaría muy caro.

—Venga, colega, levántate. Llegó el momento de atarte. —Lo sujetó con la correa y tiró de él. Tessa se irguió a su lado.

Se miraron sin saber qué decirse. Tessa miró al suelo. Roberto cerró los puños para que sus dedos no buscasen su barbilla y la obligaran a mirarlo.

—He venido a correr.

—Ya lo veo. —Señaló su ropa.

—Es el segundo día de primavera y el parque está exultante. He querido aprovechar el buen tiempo y por eso he salido antes. Aunque parece que todo el mundo ha tenido la misma idea. —Seguía mirando el suelo.

Roberto prestó atención, por primera vez desde que había salido de casa, a lo que lo rodeaba. Era cierto. La superficie del lago estaba salpicada de botes de varios colores. Corredores, ciclistas, gente con patines; un buen número de niños correteaban entre los columpios y el tobogán; familias enteras disfrutando de la buena temperatura.

—Dichosos rayos de sol. En Londres pasa lo mismo. En cuanto salen, nadie se puede resistir a ellos —intentó bromear.

—Supongo.

Su cerebro no envió ninguna orden, pero fue testigo de cómo su mano se fue elevando hasta que sus dedos rozaron la mejilla de Tessa y le colocaron un mechón tras la oreja. Cuando la retiró, ella levantó la vista. Pero no encontró en sus iris lo que esperaba: no había rencor ni miedo, ni tan siquiera aceptación o el atisbo de una mera oportunidad.

Descubrió desolación, decepción.

Y no pudo con ello.

—Lo siento. Será mejor que me vaya.

—Adiós, Roberto.

—Adiós. —Tiró de *Corner*, fue en busca de la pelota del animal y enfiló hacia la salida del parque.

Cuando llegó a casa, su corazón seguía latiendo con fuerza, y las ganas insoportables de gritar de impotencia que emergieron de lo más profundo de su alma cuando leyó en sus ojos lo que sentía seguían quemándole en la garganta.

Cogió el teléfono y llamó a su hermana.

Jamás lo perdonaría.

Capítulo 8

Tessa salió corriendo de casa, como si recorrer los cinco minutos que la separaban de su piso y el bar de Lucas en tan solo dos sirviera de algo.

Llegaba media hora tarde y, por la conversación telefónica que acababa de mantener con Marta, sabía que le esperaba una buena bronca.

La calle estaba llena de gente, igual que cualquier otro sábado por la tarde, y a punto estuvo de caer encima de un chico, mientras sorteaba a un chaval que pasó por su lado en patinete a una velocidad que debería estar prohibida.

¡Malditos críos! Un poco más y se estampa contra ella.

Entró en el local, saludó a Lucas y, tras buscar la cabeza de sus amigas entre la clientela, se fue directa hacia ellas.

—Lo siento. Lo siento. —Se dejó caer en una de las sillas libres y miró de forma alterna a sus compañeras a la vez que se quitaba el abrigo—. ¿Qué ocurre? —Laura sonreía como una boba; Marta tenía el ceño fruncido.

—Pues no lo sé. Hace media hora que soporto esta cara de tonta —señaló a Laura—, pero nuestra amiga se niega a revelar nada hasta que no estemos las dos. ¿Se puede saber por qué llegas tan tarde?

—Creo que ha sido mi subconsciente. Le dais miedo.

Laura rio.

—Cuidamos de ti —farfulló Marta.

El lunes por la tarde, desbordada por lo ocurrido entre Roberto y ella, las convocó en su casa para desahogarse. Desde entonces no había día en que no la visitara una de las dos y le hiciese un interrogatorio de lo más exhaustivo.

—Eso dicen. En fin —y mirando a Laura, preguntó—: ¿con quién te has

revolcado?

Marta giró con brusquedad la cabeza para mirar a Laura.

—¡Dios! ¡Es eso! ¿Con el ginecólogo?

Laura movió la cabeza arriba y abajo con una efusividad impropia de ella.

—¿Si? —Tessa rio por la reacción de su amiga. Solo le faltaba levantarse y ponerse a dar saltitos.

—Anoche salí con las compañeras de zumba; cenamos y nos fuimos a bailar un rato. Estaba en la pista cuando tuve la sensación de que alguien me miraba, me giré y... allí estaba Álex, con un vaso en la mano, apoyado en la barra y sin perder detalle de lo que hacía. —Laura cogió su cerveza, bebió y se tomó su tiempo para continuar—: Al no acercarse, y no saber muy bien lo que pretendía, hablé con Carol, una de las chicas, y le pedí prestado a su novio.

—¡Toma ya! —gritó Marta.

—¿En serio? —Al parecer, ella no era la única que hacía cosas extrañas. Laura no era de las que daban el primer paso, ¡y con Álex ya iban dos veces!

—Tendríaís que haber visto su cara. Se transformó al instante. Aguantó dos canciones, pero antes de que empezara la tercera, se aproximó hasta nosotros y, agarrándome por la muñeca, me empotró contra su pecho, me levantó la barbilla y me plantó un beso de escándalo —acabó gritando entusiasmada.

—Joder con el médico —susurró Marta—. ¿Por qué no me pasan esas cosa a mí?

—No seas envidiosa —la cortó Laura—. Que aún no he acabado.

Tessa y Marta se acodaron en la mesa y se echaron hacia delante.

—Sigue —requirió Tessa.

—Hemos pasado la noche juntos y... he acabado colgándome del todo. Me he enamorado como una gilipollas.

—Laura, ya lo estabas —enfaticó Marta—. Lo que supongo es que después

de una noche de sexo, si ha sido bueno, lo tienes más claro.

—Lo ha sido. —Laura se miró las manos y entrelazó los dedos—. Además, Álex me ha dicho que hace tiempo que yo también le gusto. Así que hemos quedado para comer mañana. Esta noche tiene guardia.

—Vale. Cállate ya, que me estoy poniendo enferma —bromeó Marta levantándose de la silla.

—Si vas a la barra, para mí una Coca-Cola.

Marta se la quedó mirando e hizo una mueca de disgusto.

—No. No. Nada de refrescos. Laura tiene novio y lo celebraremos como Dios manda.

Una hora más tarde, y después de que Marta le explicase a Lucas que Laura se casaba, acabaron con la primera jarra de sangría por gentileza de la casa y empezaron con la segunda.

Después de apurar la tercera copa, Marta frenó a Tessa cuando iba a servirse la cuarta.

—La alcohólica soy yo —bromeó—. ¿Cómo estás?

A Tessa se le humedecieron los ojos y, apretando mucho los labios, negó con la cabeza.

—¡Oh! Cielo. —Marta la rodeó con sus brazos y le acarició el pelo—. ¿Qué te pasa?

Laura saltó de su silla y se sentó junto a Tessa.

—Yo... Me vais a matar. De hecho, ni tan siquiera yo lo entiendo —dijo entre sollozos, separándose de Marta y enterrando su rostro entre las manos—. Lo echo de menos. Joder. Echo de menos a un tío que no estoy cien por cien segura que exista.

Cuando la tarde anterior lo encontró en el parque, anheló poder pasear con Roberto, tener una de esas conversaciones que no se asemejaban a las que mantenía con nadie más. Y besarlo. Por un instante, justo antes de que la

rozase, solo pensó en eso. Pero sintió el calor de su piel y la opresión en el pecho, y el fantasma de la desconfianza reaparecieron sin más.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, haciendo acopio de todas sus fuerzas para reprimir su llanto, y afrontó la mirada de sus amigas.

—Cariño, no te martirices así. —Por primera vez desde que todo aquello había empezado, Laura se mostró comprensiva.

—Es que hay momentos, instantes, en los que vuelve a ser él. El Roberto que yo conocí. Y cuando eso sucede, me aferraría a él con todo mí ser para que no desapareciera. Pero a la vez, tengo miedo. Un dolor insoportable me alerta de que no confíe en Roberto, que ya me ha hecho demasiado daño, y me desmorono, porque, lo queráis oír o no, me estaba empezando a enamorar del hombre con el que cené, y ver en lo que se ha convertido me duele demasiado.

Se limpió con la yema de los dedos una lágrima solitaria que le rodaba por la mejilla, mientras el silencio que se había formado entre ellas era engullido por las voces del resto de conversaciones, haciéndola sentir insignificante.

—Perdóname —rogó Marta agarrándola de la mano.

—¿Por qué?

—Por no darme cuenta. Sabía que te gustaba, pero no supe ver lo que en realidad sentías. Y lo he frivolidado con mis comentarios.

—Y a mí también. Aunque sigo pensando que, si me lo hiciese a mí, le escupiría a la cara.

Tras un silencio, las carcajadas de las tres rompieron con la tensión reinante.

—¿Sabéis? Estoy celosa. María, la compañera de recepción, está elaborando conmigo el *collage* para la fiesta de jubilación de Juan y no deja de sonreírle. Se sonroja cuando él le habla, está pendiente de lo que necesita, incluso lo busca continuamente con la mirada. Os juro que la mataría. Y me caía muy bien, os lo prometo.

Las chicas sonrieron mientras Tessa seguía seria.

—¿Qué piensas hacer?

La pregunta de Laura le cogió por sorpresa. En realidad, no tenía ni idea. Recapacitó sobre ello durante unos instantes y contestó:

—Intentar que nuestra relación sea cordial y, si no consigo quitármelo de la cabeza, buscar otro trabajo. Porque, si de algo estoy segura, es que jamás confiaré en él.

—Quién sabe. —En un principio Tessa creyó que Marta estaba bromeando, pero al examinar su cara confirmó que no era así.

—No. Eso nunca. Cada vez que bajo la guardia la cosa va a peor.

Al cabo de un rato, y tras alguna copa más, Lucas retiró la segunda jarra y puso sobre la mesa unos tequilas.

—¿Y esto? —Laura lo miró pasmada.

—Se los he pedido yo de camino al baño. Esta noche pienso dormir de un tirón. —Tessa acabó de recorrer el corto pasillo que la separaba de la mesa a trompicones y se sentó. Sus amigas la miraron con lo que creyó que era pena y, molesta, les espetó—: ¡¿Qué?! Hay que celebrar que Laura tiene novio y que yo, aunque esté jodida, pienso seguir con mi vida. Quién sabe —dijo mirando alrededor—, quizá hoy sea mi día de suerte y aparezca mi príncipe azul.

De repente se irguió, levantó la mano y saludó a Roberto y a Mark, que acababan de entrar.

—¿Quién es el rubio?

—Ten paciencia, Marta, que ya llegan —cuchicheó Laura, entre risas.

—Hola, encanto, ¿cómo tú por aquí? —quiso saber Mark mientras inspeccionaba a sus amigas.

Tessa sonrió tontamente. Le caía bien, muy bien. ¿Era por eso que lo veía mucho más atractivo de lo normal? Negó con la cabeza y, mirando a su bebida, rio por su ocurrencia.

—Yo vengo siempre, eres tú quien está fuera de lugar.

Mark se giró y observó a Roberto, que iba tras él. Devolvió la mirada a Tessa y respondió:

—Nos apetecía tomar una copa antes de ir a casa de Roberto. —Se aproximó a Tessa y le susurró al oído—: Me ha invitado a cenar.

—Pues yo que tú comería algo antes; se le puede quemar la cena. —Y empezó a reír como si hubiese contado el mejor chiste del mundo—. Bueno, vale. Ya está —dijo, sujetándose la barriga, mientras los demás la miraban sin entender nada y Roberto sonreía quedamente—. Si queréis, podéis sentaros con nosotras.

Mark afirmó con la cabeza y, acercándose a las chicas, se presentó:

—Yo soy Mark, trabajo con Tessa. Y él es Roberto.

Tessa se sentó y vio cómo Marta fruncía el ceño y miraba con resentimiento a su jefe.

—Sí. Lo suponía.

—No hay muchos pelirrojos —puntualizó Laura.

Tessa dio una palmada al aire y, levantándose como si tuviese un muelle bajo el trasero, se ofreció a pedirles la bebida.

Joder. Vaya una había pillado. Mejor. Así podía hablar con Roberto sin agobiarse. ¡Había encontrado el antídoto! ¡Oh, Milagro!

—Un *gin-tonic*. —Mark miró a su amigo. —Aunque creo que será mejor que uno de los dos te acompañe. ¿Vas tú, Roberto?

—Claro.

Tessa miró a Roberto por encima del hombro. Se bebió su vaso de tequila en un abrir y cerrar de ojos y sentenció:

—Vamos.

Mientras recorrían los escasos metros hasta la barra, Roberto tuvo que enderezarla en tres ocasiones. Se sentía como en una nube, la gente que la

rodeaba parecía flotar, o quizá era ella, y no podía quitarse de la cabeza que si Roberto estaba allí era porque esperaba encontrársela.

¿La echaría él también de menos? Según Mark, ella le gustaba. Movi6 la cabeza a los lados para que se diluyera esa idea. ¡Maldita sea! Ahora todo le daba vueltas. Se par6 justo al llegar a la barra y se sujet6 en ella.

—Lucas, cinco *gin-tonics*, por favor.

—No creo que sea buena idea que sigas bebiendo —le advirti6 Roberto tras ella.

Se gir6 y, perdiéndose en sus ojos verdes, que la miraban con severidad, resopl6.

—Nadie te ha pedido tu opini6n.

Sonri6 mirándole a los labios. ¿Acostarse con él en ese estado se consideraría reincidencia? Luego podría alegar amnesia y todos tan contentos.

—Tessa, ya os lo acerco yo. Pero, aunque Laura se case, es lo último que os sirvo hoy. ¡No quiero ni pensar en la despedida de soltera!

Regresaron con sus amigos y, como Mark se había sentado en su sitio, ella tuvo que hacerlo al lado de Roberto. Lo podría haber evitado, pero dej6 que su rodilla rozase la de él. Un calor de lo más agradable le recorri6 todo el cuerpo. Después, en un instante de lucidez, le pareci6 que se estaba permitiendo algo que no debía, pero ¿qué más daba?, ¿a qui6n hacía daño? Abri6 muchos los ojos e intent6 fijar la vista en alg6n objeto que se estuviese quieto.

Le cost6 una barbaridad poder concentrarse.

—¿Qué haces? —le pregunt6 a Laura, que estaba trasteando en el móvil.

—Bajarme un juego.

—¿Ahora? —Todos la miraron.

—Por lo visto, si te echas novio, desapareces de los radares. Este no me ha hecho ni caso desde que ha llegado —dijo señalando a Mark, realmente

molesta.

Tessa miró a Marta y empezaron a reírse como unas locas. Los chicos se quedaron mirando atónitos, y Laura se enfurruñó aún más.

—Eso, reíos, reíos. Aunque no os hará tanta gracia cuando os pase a vosotras.

Las risas se intensificaron y Laura lanzó el móvil en el interior del bolso.

—¡No te enfades! —le suplicó Marta a trompicones, limpiándose las lágrimas de los ojos.

Lucas apareció con las bebidas y, tras dejarlas sobre la mesa, les recordó lo que ya le había dicho a Tessa:

—Si queréis agua, ya sabéis dónde encontrarme; de lo contrario, no os quiero volver a ver por la barra. —Y, mirando a Laura, bromeó—: Espero que no hayas quedado con tu novio hasta la semana que viene, porque como te vea mañana, después de todo el alcohol que te has metido, igual se replantea lo de la boda.

El estruendo de las carcajadas envolvió el bar. Tessa se agarró la barriga, Marta se limpiaba las lágrimas que no cesaban de caerle por la cara y Laura se tapaba la boca con la mano.

—¡Ostras! Cuando se entere de que no me caso, se creará que es por borracha —masculló Laura arrastrando las palabras cuando consiguió hablar.

—¿Le habéis dicho que se casa y no es cierto? —Roberto abrió muchos los ojos y negó con la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Cosas de Marta. Su vena romántica a veces la hace fantasear demasiado. Se cree que por un buen polvo y una relación incipiente, ya va a ir de boda. Y yo no pienso casarme.

—¡Qué fuerte! —Mark miró a la susodicha con sorpresa y admiración.

—¿Qué?! —quiso saber Marta.

—Nada. Que no pareces de esas que leen novelas románticas y esperan

que llegue su *highlander* —se burló.

—¿Conoces a alguno? —Marta se echó hacia delante y miró a Mark con fijeza aguantándose la risa—. Si es así, ya estás tardando en darme su teléfono.

La carcajada de Mark no se hizo esperar.

—*Honey*, eres tremenda.

Tessa se quedó mirando a esos dos, hasta que el carraspeo de Laura la puso sobre aviso. Se acercó y escuchó lo que su amiga tenía que decirle.

—No sé si soy yo, pero diría que está intentando algo con Marta. Aunque no creo que tenga nada que hacer: es demasiado blanco y delgado.

—Sí, excesivo —apuntó Marta, que en teoría no debería haber escuchado la conversación.

Tessa dejó caer la frente sobre la de Laura y, cerrando los ojos, le susurró:

—Creo que lo han oído todos. Y a ella le gusta, diría.

Laura se encogió de hombros y se separaron.

—Habéis bebido demasiado y, cuando eso ocurre, tendemos a hablar mucho más alto de lo normal —alegó Mark, con la vista fija en Marta.

Su amiga le sonrió y se lamió los labios con deliberada lentitud. El otro, respiró con dificultad.

Joder. O el alcohol le hacía percibir cosas que no era, o era cierto, y la tensión sexual entre esos dos podía masticarse.

Alargó el brazo para alcanzar el *gin-tonic* y, cuando estaba a punto de llevárselo a la boca, desistió. Lo dejó sobre la mesa y, mirando a Roberto, espetó:

—No me lo bebo porque yo quiero que sea así, no porque tú me lo hayas dicho.

—Vale. —Roberto alzó las palmas de las manos en señal de aceptación.

Tessa lo miró ladeando la cabeza; hubiese jurado que se esforzaba por

contener una risotada. Se levantó y recorrió con la vista la mesa hasta que encontró su abrigo sobre una de las sillas.

—Es muy tarde —anunció cabeceando—. Creo. Y he bebido mucho. —Se le escapó una risita—. De eso estoy segura. Me voy a la cama. —Hizo una pausa—. Mmm..., soy incapaz de pagar. Marta, te toca.

Intentó ponerse el abrigo, pero se le resistía.

—¿Pero es que nadie piensa ayudarme? —se quejó como una niña pequeña.

Roberto se levantó en el acto y la ayudó. Cuando notó el roce de su piel sobre el cuello al colocarle bien las solapas, dejó caer la frente sobre su pecho.

—Vale. Nos vamos todas —escuchó decir a Marta, que se aproximó hasta ella y la cogió por un brazo.

—Si quieres, mientras pagas, yo la llevo hasta la puerta —se ofreció, Roberto.

Supuso que su amiga estaba conforme con la propuesta, porque lo siguiente que notó fue el brazo de Roberto envolviéndole la cintura.

Demasiado calor.

—No... —se quejó en vano.

—Vamos. Te acompaño hasta la salida.

Ya en la calle, Tessa dejó que Roberto siguiera abrazándola hasta que el calor que desprendía su cuerpo se le hizo insoportable.

Intentó apartarse, pero la retuvo y la apretó contra su pecho.

—Roberto... —susurró Tessa, haciendo un esfuerzo por concentrarse e intentar averiguar qué era lo que sucedía a su alrededor.

—¿Sí?

Alzó la vista y enroscó uno de sus dedos en un mechón de Roberto. Se perdió en sus ojos, y una sensación de calidez la recorrió de la cabeza a los

pies. Separó los labios y, con sumo esfuerzo, dejó que sus pulmones se llenaran de aire.

¿Por qué era tan difícil?

—Olvidalo —respondió apenada. Había bebido mucho, sí; pero no lo suficiente.

Roberto levantó una mano y paseó los dedos por su rostro, tan poco a poco que sintió cómo las piernas dejaron de sujetarla. Él la agarró con más fuerza. Joder. ¿Por qué su cuerpo cedía tan rápido ante sus caricias? Cerró los ojos, aturdida. Aceptando lo mucho que había echado de menos el contacto de su piel.

Marta y Laura aparecieron justo a tiempo de impedir que cometiera una estupidez.

—¿Nos vamos? —Laura se puso a su lado.

Roberto se apartó de ella.

—Hasta el lunes, Tessa. Adiós, chicas —se despidió sin apartar sus ojos de Tessa.

Cuando se alejaron, las lágrimas emergieron silenciosas y resbalaron sobre el rostro de ella sin que se inmutase.

—Se me pasará. Es solo que ahora estoy convencida de que la vida es una mierda. Pero se me pasará —dijo más para sí misma que para sus amigas.

Capítulo 9

A Tessa le bastó ver los ojos de Juan vidriosos para emocionarse.

Tres de los compañeros con más antigüedad de la empresa le habían entregado a Juan su regalo; este rasgó un poco el envoltorio y las primeras imágenes que observó lo conmovieron. A su lado, sus hijos lo miraban expectantes; tras ellos, y sin querer llamar la atención, Sara entrelazaba las manos, nerviosa, mientras Guy —el marido de Amanda— le pasaba un brazo por la espalda sin perder detalle de lo que ocurría.

Cuando todo el *collage* estuvo visible y Juan pudo contemplar el conjunto de fotografías, apenas contenía las lágrimas. Treinta años es mucho tiempo, y verlos resumidos en poco más de cien fotografías tenía que ser abrumador.

Tessa hizo una señal al jefe de sala y las luces del salón de actos perdieron intensidad, mientras un murmullo de expectación se levantaba entre la gente, que se miraban unos a otros sin entender qué ocurría.

El miércoles, con el regalo ya preparado, María tuvo una gran idea: editar un vídeo con parte de las imágenes no seleccionadas.

—Es una pena. Hay material para parar un tren. ¿Y si preparamos algo más?

—Tiene que estar a punto para mañana por la tarde. ¿Nos dará tiempo? — Tessa paseó la vista del uno al otro, indecisa. Roberto se encogió de hombros; María afirmó entusiasmada.

Y se pusieron a ello.

Una música que evocaba el fondo marino envolvió la sala y los invitados miraron intrigados la gran pantalla que colgada en el fondo —justo detrás de

donde se encontraba Juan—, y que empezó a reproducir la película.

Las primeras exclamaciones de sorpresa y algunas risas no se hicieron esperar. No era para menos. En el *collage* las fotografías no seguían ningún tipo de orden cronológico ni de categoría. En el caso del vídeo, sí. Y es que ver a Juan con treinta años menos, en pantalla grande y en bañador, suscitó más de un comentario.

Empresas Cooper era un grupo de agencias que tenían una cosa en común: el mar. Juan había trabajado en todas ellas y, aunque actualmente Amanda se encargase de la gestión de viajes y estancias en hoteles en los que se llevaban a cabo cursos y excursiones donde se promocionaban sus productos, Juan conocía hasta al último empleado, y no habían sido pocas las veces en las que él se había encargado de supervisar las primeras campañas. Lo mismo ocurría con la delegación que se encargaba de la investigación y el diseño de prendas y complementos para realizar submarinismo, que, antes de que Roberto se pusiera al mando —y de la que en poco tiempo Mark asumiría el control—, también había dependido de su padre. En España se encontraban las oficinas, donde trabajaba Tessa, y la fábrica de producción, que había inaugurado el propio Juan veinte años atrás. Por lo que las fotografías eran muy distintas entre sí: máquinas de producción, operarios en su horario del desayuno, monitores impartiendo cursos de submarinismo, prendas y accesorios para bucear, bocetos, bancos de peces y celebraciones navideñas eran una muestra de ello.

Mientras todos los presentes estaban pendientes de la gran pantalla, Tessa, refugiándose en la intimidad que la oscuridad le ofrecía, se recreó en observar a Roberto. ¿Por qué era tan atractivo? Un poco más y se queda sin palabras cuando la había saludado al llegar. Ella estaba junto a la puerta de doble hoja de acceso al salón, pendiente de que empezasen a llegar los invitados; esperando a que María regresase del baño. Miraba hacia abajo, perdiéndose

en el vuelo de su vestido de tul plateado, que se degradaba hasta el gris más oscuro, y sus zapatos de salón negros. Movía los pies arriba y abajo mientras con una mano se tocaba el moño flojo con el que Marta la había peinado.

—Estás preciosa.

La voz ronca de Roberto la había paralizado. Durante la semana, la relación entre ellos se había ido normalizando. Ella ya no se sentía tan cohibida, tan insegura, y aunque no creía que pudiesen tener una relación del todo normal —entre otras cosas, porque María la ponía enferma de celos, y eso solo la advertía de que mantuviese las distancias—, sí que se había dado cuenta de que podían conversar sin llegar a hacerse daño. Y de momento, se conformaba con eso. Quizá algún día podrían llegar a ser amigos.

Lo primero que había visto fue la punta redondeada de unos zapatos de charol negros. Había levantado la vista poco a poco, sin prisa, disfrutando del mero hecho de recorrer su cuerpo con los ojos: un pantalón de vestir del mismo color, una chaqueta abierta, un fajín; las manos de Roberto metidas en los bolsillos de forma despreocupada, una camisa blanca, una pajarita negra, las puntas de su pelo rozándole la nuca, su sonrisa perfecta y unos ojos que la acariciaban con la mirada.

Impresionante.

—Has llegado pronto —había balbuceado observando a los lados, rezando para que María llegase lo antes posible.

—Me gustaría hablar contigo.

Mierda.

—Hola. —María había aparecido de repente; Tessa sintió alivio y evitó contestar.

A partir de aquel instante, lo había rehuido durante toda la velada. Incluso cuando llegó su familia, se las ingenió por no ponerse en ningún momento a su lado, pero habló con él de forma distendida cuando era necesario —lo último

que quería era que Juan sospechase que las cosas, entre ellos estaban peor que antes—. Sí. Era lo mejor. Pero ahora que nadie la veía, que él no se daría cuenta, no podía evitar recrearse. Se mordió el labio inferior y suspiró. ¿Por qué le llamaba tanto la atención? Chicos atractivos conocía unos cuantos, se podría haber encaprichado de alguno de ellos. Porque, al fin y al cabo, este ya le había demostrado de lo que era capaz, de lo frío e insensible que se volvía, con una facilidad tan pasmosa que la descolocaba. No solo eso. También era sin motivo.

Lo vio sonreír y darle un golpecito cariñoso a su padre en el hombro y se le cortó la respiración. Ese gesto le recordó que también era tierno, atento, servicial, que se preocupaba de su familia, y no solo de ellos: también estaba Mark. Seguro que haría cualquier cosa por su amigo.

Joder. La parte de Roberto que le gustaba existía, aunque él la hubiese echado a patadas de su lado; era real. La prueba de ello no solo la tenía ahora delante, también, durante toda la semana, se lo había demostrado cada tarde, ayudándolas con los regalos y preparativos para la fiesta. Y aun así, sabía que no podía confiar en él. Era demasiado volátil, muy arriesgado, extremadamente peligroso para su corazón.

¡Dios! ¡Cuánto deseaba que no fuese así!

Finalizó el video y, con los aplausos, se centró de nuevo en el presente.

María y ella se acercaron hasta el homenajeador justo cuando un camarero le ofrecía una botella de agua. Juan miraba a su alrededor con ojos brillantes y una amplia sonrisa en el rostro. No podía hablar. Sin duda alguna, un nudo en la garganta se lo impedía.

Roberto llamó la atención de su padre sujetándolo por el codo.

—Es tu momento, papá —escuchó que le decía, y le ofreció un micro.

Juan respiró hondo y, paseando la vista por todos y cada uno de los presentes, comenzó a hablar:

—Bueno. Dicen que cuando te mueres, ves pasar tu vida por delante. —
Apretó los labios en un claro intento de contener las lágrimas—. Soy un
hombre afortunado. Yo solo he tenido que jubilarme para ver gran parte de ella
—bromeó, y un estallido de risas se mezcló con algún que otro sollozo—.
Gracias. Por todo. Por vuestro trabajo, vuestra compañía, por enseñarme tanto
y, sobre todo, por vuestra amistad. —Juan empezó a llorar y buscó a Tessa. En
cuanto sus ojos se encontraron, supo lo que tenía que hacer. A su señal, las
luces volvieron a su intensidad habitual y los músicos empezaron a tocar—.
¡Todos a bailar! —propuso Juan.

Tessa vio cómo algunos de sus compañeros se acercaban hasta el
homenajeadado para hablar con él. Pensó que ella ya lo haría más tarde, cuando
estuviesen los dos más tranquilos. Sus palabras le habían calado hondo. No
solo porque lo echase de menos a él, sino también porque tenía razón: sus
compañeros eran buena gente, y si algún día se veía obligada a despedirse de
ellos, lo pasaría muy mal.

Se acercó hasta la barra, de un blanco inmaculado que hacía juego con las
camisas de los camareros y que resaltaba contra el mármol negro y brillante
de la pared, y pidió una Coca-Cola.

Emocionada y feliz de que todo hubiese salido mejor de lo que esperaba,
se encaminó hasta el amplio ventanal desde el que se veía el espléndido jardín
del hotel.

Unos pasos tras de ella provocaron que su estómago diese un vuelco. Bajó
los párpados y apretó el vaso con fuerza.

—Encanto, ¿por qué no estás bailando?

Abrió los ojos y se encontró con la sonrisa pícaro de Mark, que, sin duda
alguna, se dio cuenta de que esa no era la voz que esperaba escuchar.

—El jardín es precioso. —Esquivó su mirada contemplando el patio
exterior y la fuente central.

—Anda. Ven conmigo. Con un poco de suerte, consigo que dejes de darle vueltas a esa cabecita tan mona que tienes.

Mark la cogió de la mano y tiró de ella; en cuanto pudo, le quitó de la otra mano el vaso de Coca-Cola y se lo entregó a uno de los camareros.

—¿Pero qué haces?! —dijo entre risas Tessa al ver sus intenciones.

—Para bailar no la vas a necesitar.

Pasaron frente a Amanda, Guy y Roberto, que estaban hablando no muy lejos de donde se encontraban Juan y Sara, quienes conversaban con dos compañeros de Londres.

—¿Pero no habéis escuchado a Juan? Todos a la pista.

Al parecer les hizo gracia su actitud, porque sonrieron, pero siguieron estáticos.

Mark se paró de golpe y Tessa chocó contra su espalda.

—¿Qué haces? —indagó divertida.

—Esta gente no se mueve —dijo Mark señalando al grupo, que no hacía nada por seguir sus pasos—. Espera, que esto lo arreglo yo en un momento.

Se acercó hasta Sara y, tras decirle algo que Tessa no llegó a entender, vio cómo la mujer asentía entusiasmada. Acto seguido, habló con Amanda y con Guy, que también aceptaron su propuesta con una sonrisa. Después le dijo algo a Roberto, que levantó la comisura de sus labios y se la quedó mirando con fijeza.

¡Ay, Dios!

En un abrir y cerrar de ojos vio a Guy conducir a Sara a la pista, y a Mark coger de la mano a Amanda.

—Te toca con el jefe —le dijo Mark al pasar por su lado guiñándole un ojo.

Pasmada, y con la boca abierta, se quedó bloqueada. ¡Maldito traidor!

—Supongo que, a estas alturas de la noche, tienes más que localizadas las

salidas de emergencia y los extintores. —Roberto seguía en su sitio. Inmóvil.

—Sí. Claro —respondió sin mirarlo a la cara, buscando una salida. ¿Cómo se deshacía de Roberto? ¡No quería bailar con él! Bueno, sí. Claro que quería. Pero no era una buena idea. En realidad, era muy, pero que muy mala idea—. Lo hice el día que vine a ver el salón. Ya me conoces.

Sintió los ojos de Roberto clavados en ella y levantó la vista; estaba bastante serio, pero con algo que se asemejó a una media sonrisa en los labios.

—No. No te conozco.

—Roberto, ninguno de los aquí presentes me conoce mejor que tú —dijo con fastidio, hasta que se dio cuenta de lo que acababa de insinuar y sintió cómo todo su cuerpo le quemaba. ¡¿Pero qué había dicho?! Miró a los lados para comprobar que nadie la hubiese escuchado—. Quiero decir que nadie sabe la historia de *Garras*, ni lo de los extintores. Incluso creo que el único que conoce que solo como pescado es tu padre.

Roberto dio un paso al frente reduciendo el espacio entre ellos.

—Pero no sé nada más. No sé si tienes hermanos, ni cómo se llaman tus padres, ni esas cosas comunes que la gente suele compartir cuando conoce a alguien. Estos días me he dado cuenta de lo poco que sé de ti. —Otro paso—. Me gustaría que me explicaras más.

—¿De eso querías hablar? —La sorpresa se reflejó en su rostro.

—¿Y por qué no? Nos podemos llevar bien. Si quieres. —La voz de Roberto se tiñó de anhelo, de súplica, incluso le pareció que de la necesidad imperiosa de que, con eso, ella olvidara los malos momentos.

Tessa recorrió el poco espacio que quedaba entre ambos, alzó la vista y, con una sonrisa en los labios, le contestó:

—Soy hija única, pero a todos los efectos, Marta es mi hermana. Mi madre, Marisa, y la suya se criaron juntas. Han sido inseparables desde los cinco años; nosotras hemos seguido sus pasos. Cuando vine a Barcelona, mi

padre, Alejandro, compró el piso en el que vivo y he estado compartiéndolo con ella hasta hace poco más de un año, momento en el que decidió ir a vivir con Laura.

—¿Te apetece bailar? —Tessa frunció los labios y negó con la cabeza—. ¿Una Coca-Cola? —Otro paso. Roberto se inclinó hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura—. A eso no te puedes negar. He visto cómo Mark te la quitaba de la mano. Estaba el vaso casi lleno —dijo divertido.

—Siempre tan observador.

—Solo cuando algo me interesa.

A Tessa se le escapó una carcajada. Roberto había dicho la frase en broma, y eso derrumbó cualquier reticencia que albergase por tomarse ese refresco junto a él.

—¿Molesto? —quiso saber Juan al acercarse a ellos.

—¡No! Claro que no —contestó Tessa dando un paso atrás. No se había dado ni cuenta, pero entre Roberto y ella apenas circulaba el aire.

—Veo que las cosas van mejor entre vosotros. Me alegro. —Los miró con una sonrisa en los labios cuyo significado Tessa intentó ignorar—. Voy a buscar a Sara; no me gusta que baile con Guy, es demasiado bueno. Y las comparaciones son odiosas. —Y dicho eso, el hombre desapareció.

—Creo... Será mejor que... —Tessa miró a los lados buscando algo, alguien que le arrancase esa sensación de verse pillada en falta—. Voy al baño.

—Yo bailaré con Amanda.

—Vale.

—Vale.

Amigos.

De momento, poco probable.

Roberto la contempló y supo que jamás una imagen le había inspirado tanta ternura: Tessa tenía los labios y los ojos hinchados de tanto llorar, las mejillas sonrojadas y un sentimiento de vergüenza que se intuía a la legua. Lo miraba de reojo, sin duda, a la espera de que hiciese algún comentario sobre su comportamiento. Se equivocaba. Él, mejor que nadie, la entendía. Estaba convencido de que si las cosas entre ellos hubiesen sido distintas, la despedida con su padre no le hubiese afectado tanto.

En cuanto su familia cruzó la puerta del hotel y los últimos invitados los imitaron, se dirigieron a la recepción y preguntaron por Óscar —el coordinador de eventos que les habían asignado—. Le agradecieron el trabajo bien hecho y, sobre todo, que les hubiera conseguido un hueco a pesar de avisar con tan poca antelación. En el momento en el que se despedían del hombre, una de las recepcionistas se acercó y se dirigió a Roberto:

—Señor Rodríguez, aquí tiene la tarjeta de la *suite*. Esperamos que la encuentre como desea.

—Gracias —le contestó Roberto.

Con una sonrisa en los labios, la chica regresó al mostrador.

—Bueno, yo ya me voy, nos vemos el lunes. —A Tessa le tembló la voz. Y aunque había dicho que se iba, seguía allí, con la respiración entrecortada, la vista perdida en algún lugar del vestíbulo y mordiéndose los labios.

Después de que su padre los interrumpiera y de ver su reacción —que no fue otra que esquivarlo hasta el momento en que finalizó la fiesta—, Roberto tuvo una cosa clara: no dispondría de muchas oportunidades como aquella. La aprovecharía. Así que tomó una decisión. Arriesgada. Pero necesaria.

—Quédate conmigo. Hablemos. —Se acercó a ella hasta que sintió el calor de su cuerpo. Levantó la mano y, con la yema de los dedos, acarició el

óvalo de su rostro—. Mírame, por favor.

Tessa reaccionó y sus ojos se encontraron.

—No es una buena idea —le susurró con la duda reflejada en sus iris.

—Puede ser. Pero ¿quieres? —Roberto retiró la mano de su cara, no porque no necesitase tocarla, sino porque esperaba que, al hacerlo, sintiese un vacío tan insoportable que no pudiese negarse.

Tessa respiró hondo y, tras unos segundos, asintió con un ligero movimiento de cabeza.

Roberto quería cogerla de la mano, entrelazar sus dedos, agarrarla por la cintura y conducirla hasta el ascensor.

Se conformó con caminar a su lado.

Llegaron a la habitación sumidos en un silencio envuelto en una tensión que vició el aire. Tessa entró primero y se paró en medio del comedor dándole la espalda. Roberto cerró la puerta y dejó caer todo su peso sobre la hoja de madera oscura.

Dios, jamás había deseado nada tanto como estar con ella.

—¿Tienes hambre? He pedido que suban una ensalada de fresas y mango. He visto que no has comido mucho —se justificó de camino a la mesa ovalada y de color gris donde se encontraban el cuenco y los cubiertos. Se quitó la chaqueta del esmoquin y la dejó sobre el respaldo de una de las sillas blancas. Necesitaba pensar en otra cosa—. También hay Coca-Cola en la nevera.

Tessa no le contestaba, así que levantó la vista para buscar una respuesta.

Error.

Se humedecía los labios con la duda reflejada en la cara y un innegable deseo en sus ojos. Unos cuantos mechones de pelo le acariciaban el rostro, la nuca, y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para controlar el ansia de sus manos por tocarla.

—Tengo el estómago cerrado. Demasiadas emociones. —Tessa ojeó la

estancia y, tras dudar unos segundos, caminó hasta detenerse en el otro extremo de la mesa. Cruzando los brazos sobre su pecho.

—Lo sé. Pero, de verdad, la velada ha superado cualquier expectativa. Solo había que mirar la cara de los invitados para darse cuenta. Y mi padre estaba pletórico. No se puede pedir más.

Roberto le retiró la mirada para no cometer una locura. Se centró en los gemelos: primero, se deshizo de uno; después del otro y, sin prisa, se subió las mangas hasta los codos. En ningún momento levantó la vista. Pero supo, por el sonido de la respiración de Tessa, que no había apartado la mirada de él ni un solo instante.

Elevó el rostro y se topó con unos ojos marrones de largas pestañas que destilaban deseo, y un cuerpo rígido que pretendía contenerlo.

—Tienes razón, pero eso no quita que los nervios me coman por dentro — confesó en un murmullo—. Me suele pasar cada vez que preparo un evento. Gajes del oficio, supongo. —Intentó bromear, pero si su intención era descargar el ambiente, no lo consiguió. Tessa paseó uno de sus dedos sobre la madera, pensativa. Mientras, el otro brazo seguía aferrado a su cuerpo—. Ya me pasaba de pequeña en las fiestas de final de curso, y eso que yo no organizaba nada.

Roberto bordeó la mesa hasta aproximarse a ella, agarró el cuenco de la ensalada y se la ofreció:

—¿Fresas? No me puedes decir que no, sé que te encantan. Y algo tienes que comer. —Tessa sonrió, desconfiada, antes de coger una. Roberto agachó la cabeza hasta acercarse a su oído—. ¿De verdad que no te apetece esa Coca-Cola? —susurró, y la notó estremecerse.

Dios. No veía el instante de saborearla temblando bajo su piel.

—No. Tan solo estoy un poco cansada, sobreemocionada, y un pelín nostálgica —musitó Tessa, que, nerviosa, se apartó de él llevándose la fruta a

la boca.

—Mi padre es un gran tipo. Es normal que la gente lo eche de menos. —Lo miró esbozando una media sonrisa y un brillo en los ojos que desconocía—.

¿Qué?

—Tú también lo eres. Ya te aprecian, ¿sabes? Y empiezan a confiar en ti.

—Lo de la ronda para que me conocieran fue idea tuya. Eso me hizo ganar muchos puntos.

—Sí. Pero tu forma de actuar fue sincera y se dieron cuenta. No te quites mérito.

—Ni tú tampoco.

Roberto le acercó de nuevo el cuenco. Tessa negó con la cabeza y la vista fija en sus labios.

Joder.

—Gracias por ayudarnos con el *collage* y el vídeo. Sin ti jamás lo hubiésemos logrado.

—Es mi padre.

—Sí, pero no todo el mundo se hubiese implicado como tú lo has hecho.

—En mi familia, sí.

—Ya. Pero creo que los dos sabemos que jamás te hubiese pedido ayuda. Así que gracias por insistir.

Roberto, en dos zancadas, recuperó su posición y, con el índice, retiró del rostro de Tessa el par de mechones que llevaban rato martirizándolo. Los colocó tras la oreja. Ella, al contacto con su piel, cerró los ojos y soltó el aire que retenía en los pulmones con extrema lentitud.

—Más bien te obligué —sentenció con voz ronca.

—Es posible. Pero el motivo... —No pudo seguir. Él se lo impidió sellando su boca con uno de sus dedos.

—Haría cualquier cosa por ellos, por Mark. Pero el *collage*, el vídeo me

acercaban a ti. Me brindaban la ocasión de estar a tu lado cada día unas horas siendo nosotros mismos. —Acarició con la punta de los dedos el puente de su nariz y las mejillas—. ¿Lo recuerdas? Yo no logro olvidarlo. Mi piel se niega a borrarte.

—Roberto, ¿qué hacemos aquí? —murmuró Tessa, con un hilo de voz, tras subir los párpados y perderse en sus ojos.

—No rendirnos.

Roberto le enmarcó con las manos el rostro, para luego fundirse en sus labios. Notó los dedos de Tessa hundirse en su pelo y un gruñido emerger de la garganta. Joder. Se había convertido en un puto adicto a ella y al olor a coco que desprendía.

Siguió besándola sin prisa, disfrutando de cada sensación, rozándole el cuello, sintiéndola estremecer entre sus brazos, acercándola más a su cuerpo.

Todo. Lo quería todo. Y acabaría enloqueciendo si no lo tenía.

Se separó de ella a regañadientes, con el corazón a punto de salirse del pecho. La cogió en volandas y, frenético, buscó el dormitorio.

La dejó de pie, junto a la cama. Se quedó tras ella. Le bajó la cremallera del vestido con deliberada calma. Paseó los dedos por su espalda con una cadencia desesperante, y notó vibrar el cuerpo bajo su piel. Con manos expertas le fue retirando las horquillas del recogido, mientras repasaba el contorno de sus hombros con unos besos que apenas si los rozaban.

—Roberto... —susurró Tessa, agónica, cuando la melena cayó sobre su espalda y vio cómo él completaba la misión dejándola en ropa interior.

La liberó del sujetador y lo dejó caer al suelo. Rozó sus pechos con las yemas y recorrió el contorno de sus caderas. Se arrodilló y, depositando besos en cada trozo de piel que iba dejando visible, se deshizo de su *culotte*. Le quitó los zapatos y, a medida que bajaba las ligas por sus piernas, las mordisqueaba y lamía.

Entre los jadeos de Tessa y los suyos se incorporó para quitarse la ropa.

Ella se giró y, en cuanto sus pectorales quedaron visibles, se lanzó a besarlos. Roberto le sujetó la cara y la obligó a mirarlo.

—Deja que me desvista. El fajín es engorroso. —Ella asintió con una sonrisa, que hacía tanto tiempo que no veía que a punto estuvo de acabar con él.

La vio tumbarse de lado en la cama, acodarse en el colchón y dejar caer la cabeza sobre la palma de su mano para mirarlo con descaro mientras se lamía los labios.

—Cielo, si sigues observándome así, ni siquiera empezaremos.

—Solo me fijo en lo que me interesa.

Los dos sonrieron.

Una vez tumbado sobre ella, no dejó de acariciar su cuerpo. Lo había echado tanto de menos, lo había necesitado tanto que creyó que jamás tendría suficiente. Tessa lo cogió por las nalgas y las apretó contra su sexo.

—Necesito tenerte dentro —suplicó en un murmullo mientras él no le daba tregua y seguía memorizando su cuerpo con cada contacto.

Roberto acarició sus labios inferiores y paseó sus dedos entre los pliegues. Tessa se tensó cuando dos dedos hurgaron en su interior, y llevó las manos a la nuca, donde se sujetó con fuerza. Él bajó la cabeza hasta que su boca quedó junto a su oído.

—Déjate ir. Esto es solo el principio.

Roberto aceleró sus movimientos mientras con los dientes capturaba sus pezones y les daba suaves golpecitos con la punta de la lengua. Ella se arqueó; la vio aferrarse a las sábanas, y solo cuando un grito de satisfacción inundó la habitación, retiró los dedos de su interior para disfrutar de la visión de Tessa envuelta en placer.

Estaba acalorada, tenía las mejillas rojas, los ojos brillantes y la frente

perlada de sudor. De entre sus labios abiertos se escapaban los últimos gemidos, y la respiración agitada que elevaba sus pequeños senos hasta rozarlo la convirtió en la viva imagen del pecado.

Roberto, aún sobre ella, se acodó y jugueteó con su pelo. Le besó la comisura de los ojos, de la boca, la punta de la nariz; paseó sus labios por encima de sus pecas y se retiró un poco para perderse en esos ojos marrones que le robaban el sueño. Tessa le acarició la espalda con la punta de los dedos y Roberto tuvo que respirar hondo para no penetrarla en ese instante. Ella levantó las caderas, de nuevo, en una clara invitación. Él sonrió, pero, lejos de lo que supuso que ella esperaba, rozó su barbilla con la nariz y recorrió su cuello con la lengua.

—Roberto, ¿qué estás haciendo? —susurró.

Levantó la vista y lo que encontró le vino grande: los ojos de Tessa destilaban esperanza y, un instante después, temor a partes iguales.

Fue incapaz de responder.

Pasados unos segundos en los que ninguno de los dos se movió ni dijo nada, Tessa lo rodeó con sus piernas. Él dejó caer la cabeza en el hueco de su cuello y se enterró en ella sin prisa. Movié las caderas poco a poco con el único objetivo de darles tiempo para gozar de cada embestida, de cada intrusión, de todos y cada uno de los minutos que estaban compartiendo. Hasta que no pudieron más, y estallaron.

A la mañana siguiente, Roberto abrió los ojos y una estúpida sonrisa se le instaló en la cara. Joder, le tiraban tanto las comisuras de sus labios que parecía que se las habían pegado con cola. Pero es que no era para menos. Lo había conseguido. Tessa dormía a su lado, destapada, con su camisa blanca

puesta como camisón improvisado, el pelo enmarañado extendido sobre el colchón y un rostro relajado que hacía tiempo que no le veía.

Mierda.

La deseaba.

Otra vez.

Lo cierto era que nada había ocurrido como había pensado. Él quería poder explicarse, dejar claro que lamentaba su comportamiento. Pero la tensión sexual entre ellos era tan brutal que el deseo les pudo.

Tessa se movió, ladeando su cuerpo, dejando a la vista el contorno de su cadera. Tuvo que cerrar los ojos y apretar los puños para que sus manos no hiciesen de las suyas y la sujetaran de nuevo para arrastrarla hasta él, que volvía a necesitar sentirse dentro de ella.

Apretó la mandíbula, se pasó la mano por el pelo y, a regañadientes, se levantó y se metió en la ducha. Cuando salió, se puso el pantalón del esmoquin, llamó a recepción y pidió dos desayunos.

—Buenos días. —La voz de Tessa le arrancó una sonrisa sin tan siquiera verla.

Se giró para invitarla a sentarse junto a él a la mesa; el café seguía caliente.

Se quedó frío.

Ya no llevaba su camisa, ni el pelo suelto. Se había recompuesto: el pelo recogido, el vestido sobre su cuerpo y los zapatos entre sus dedos.

—He pedido café y cruasanes. —Señaló la mesa del comedor.

—Ya lo veo. Pero es tarde, tengo que irme —sentenció nerviosa, sin mirarlo a los ojos.

—He reservado la habitación para todo el fin de semana. Aún tenemos que hablar.

Tessa cerró los ojos un instante y negó con la cabeza. Se colocó los

zapatos con rapidez.

No podía perderla. No otra vez. Se incorporó y se aproximó hasta casi rozarla.

—Roberto, yo... Anoche me dejé llevar. Demasiadas emociones para un solo día, supongo. En realidad, no quería que esto ocurriera.

Mentira.

—Estoy seguro de que no hicimos nada que no desearas. —Se tensó y apretó los puños. Eso no podía negárselo.

—Ese es el problema —pronunció como si fuese el peor de los pecados.

—¿Un problema? —Imposible.

Tessa levantó el mentón y le sostuvo la mirada. Parecía furiosa. Incluso dolida. Vulnerable.

Joder. No entendía nada.

—Está claro que me siento muy atraída por ti. Pero no quiero estar liada con mi jefe. Sé que podemos encontrar la forma de llevarnos bien, aunque necesito saber que haremos todo lo posible para que esto no vuelva a suceder.

—¿Por qué, Tessa? Podemos vernos fuera del trabajo. Puede funcionar.

—Yo no quiero verme con nadie —dijo en un hilo de voz—. Yo busco a alguien con quien compartir mi vida. Y lo que propones no encaja con eso. Creo que ha llegado el momento de aceptar que buscamos cosas distintas. —La vio levantar la mano hasta ponerla sobre su mejilla—. Lo siento, Roberto. Te juro que me gustaría ser la persona que buscas. Desearía que fueses el hombre que necesito. Pero yo tengo muy claro qué tipo de relación quiero, y estoy convencida de que tú no estás dispuesto ni tan siquiera a contemplar esa posibilidad. —Se puso de puntillas y lo besó en la cara—. Por favor, intentemos ser amigos. Nada más.

Roberto dejó que Tessa abriese la puerta y se perdiera pasillo abajo.

Capítulo 10

Tessa pensó que era una farsante.

¿Qué coño hacía ella dando consejos de ese tipo?

Impostora.

—¿Estás segura? —indagó María por tercera vez, abriendo un nuevo archivo de imágenes de la fiesta de jubilación.

Era jueves, y aprovechando que Roberto y Mark estaban desde el lunes en Londres en una convención del sector, y que no regresarían hasta el día siguiente, se pusieron con la recopilación de fotografías de la fiesta para mandárselas a Juan cuanto antes.

María llevaba toda la semana alicaída, distraída, y Tessa no pudo más y le preguntó si la podía ayudar en algo: ella le confesó que se sentía atraída por Darío, el responsable de contabilidad, y que no sabía muy bien qué hacer con una propuesta que él le había hecho.

—Si os sentís cómodos juntos y ninguno de los dos tiene pareja, ¿por qué no vas a aceptar irte con Darío a pasar el fin de semana fuera? —María iba a responder, pero Tessa prosiguió—: Si lo que te preocupa es que os afecte porque sois compañeros de trabajo, no debería. Ni tan siquiera estáis en el mismo departamento.

Mentira. Mentira. Mentira.

—A día de hoy solo hemos cenado juntos un par de veces. Un fin de semana... son dos noches y sus días.

—¿Es solo por el trabajo por lo que no te atreves? —María asintió—. Pues lánzate. ¿Y si es el hombre de tu vida?

Directamente había perdido la poca vergüenza que le quedaba. Aunque ella también tenía más motivos para no estar con Roberto, ese era uno de los gordos.

—Bueno, me lo pensaré, quizá me arriesgue —respondió con un brillo en los ojos y una sonrisita.

—Ya me dirás qué decides. —Le guiñó un ojo—. Eso sí, se acabó estar triste, que eres muy alegre y me tenías preocupada.

Una hora más tarde, María regresó a la recepción con el trabajo hecho. Tessa, después de imprimir un par de contratos, dejarlos sobre la mesa de Roberto para que se los firmase al día siguiente y revisar el correo por última vez por si había entrado algo urgente, apagó el ordenador para dar por finalizada la jornada.

Caminó hasta casa pensando en lo equivocada que había estado con María. En sus celos infundados. Y en la noche que había pasado con Roberto. Desde la mañana del sábado no lo había vuelto a ver, aunque sí habían hablado por teléfono de temas de trabajo y se habían intercambiado varios correos.

Todo parecía normal. Calmado. Con la cercanía recuperada durante las tardes en que prepararon el *collage* y el vídeo para Juan. Como si aquellas horas en el hotel no hubiesen existido. Pero había ocurrido, y de nuevo le había hecho daño. Otra vez se lo había permitido.

Y es que no aprendía.

Siempre había sido de la opinión de que entre follar y hacer el amor había una diferencia tan sutil que, llegado el momento, no sabría distinguirla. Que a no ser que te gustase el sado o algo por el estilo, los matices entre ambos conceptos eran tan pequeños que se le pasarían por alto. Hasta la otra noche, en la que fue consciente de que la necesidad de fundirse en el cuerpo del otro, de sentirlo, de saber que la aceptaba fue mucho más importante que una simple función de apareamiento o de cubrir necesidades.

Llegó a creer en ellos, pero le preguntó. Quiso saber si Roberto era consciente de lo que estaba haciendo, del significado que tenían sus caricias. Unas que nunca nadie le había dado. Unas que ahora sabía que deseaba.

Y la cagó.

Vio cómo su rostro mudaba del deseo a la confusión, y cuando le retiró la mirada, lo tuvo claro: jamás querrían lo mismo.

Entró en su piso, dejó las llaves sobre la estrella y se fue a cambiar de ropa para salir a correr mientras seguía dándole vueltas a lo mismo. Lo peor de todo había sido despertarse sola en la cama. Un sentimiento de angustia la devoró tan pronto abrió los ojos y vio que él no estaba a su lado. En aquel momento intentó consolarse pensando que no importaba. Que si había vuelto a desaparecer no tenía por qué sorprenderla; después de todo, ya sabía que Roberto no estaba dispuesto a comprometerse. Pero era mentira. Ella quería que siguiese allí, que no hubiese huido, que al menos, por una vez, fuesen capaces de mirarse a la cara. Lo supo en cuanto vio su ropa doblada sobre una butaca de color gris y el nudo que no la dejaba tragar saliva se diluyó.

Se había vestido porque no podía quedarse. No tenía sentido aparentar que querían lo mismo, eso solo le haría más daño.

«Podemos vernos fuera del trabajo», le había dicho Roberto. ¿Qué significaba eso? ¿En qué lugar la dejaba?

Más claro, el agua.

Cogió las llaves y salió de casa con la idea de recorrer unos cuantos kilómetros más de la cuenta. Segura de que no encontraría a Roberto en ningún rincón del parque. Lamentándose por ello. Sabiendo que no confiar en alguien, ni siquiera en sí misma, jamás le dolería tanto.

Tessa desvió su mirada hacia la barra y contempló cómo Roberto y Álex esperaban a que Lucas les sirviera las copas que habían pedido. Mark, justo al lado del ginecólogo, iniciaba una conversación con una morena, alta y delgada, que no dejaba de sonreír.

—¿Crees que acabará acostándose con esa? —Marta, sentada justo frente a ella, consiguió que se centrara de nuevo en sus amigas.

—No lo sé. —Se encogió de hombros. —Aunque dudo que se vaya solo al hotel.

—Sí. Es un poco mujeriego. Se le ve a la legua —sentenció Laura sin quitarle el ojo de encima a su chico y, tras señalar al trío, confirmó—: Se han caído bien.

Aquel mediodía, antes de salir del trabajo, Mark se había acercado a Tessa para preguntarle por sus planes para el fin de semana. Para cuando quiso darse cuenta, le había propuesto que se pasase por el bar de Lucas a tomarse una cerveza; ellas estarían allí en torno a las nueve. Resultado: él acudió con Roberto, y Laura, con Álex.

—Sí. Yo estoy flipando. —A Tessa tampoco le había pasado desapercibida esa complicidad casi inmediata que había surgido entre ellos.

—Son hombres, ¿qué queréis? Una vez han confirmado que ninguno es hincha del eterno rival de su equipo de fútbol ni está interesado en su chica, va todo bien —aseguró Marta.

—¿En su chica? —Tessa no la entendía.

—¿No te has dado cuenta? —Laura sonrió y movió la cabeza a los lados.

—¿De qué? —Abrió mucho los ojos.

—Roberto ha estado tenso hasta que Laura le ha dicho que Álex era su pareja.

Tessa se removió incómoda en la silla. No les había contado nada a sus amigas de lo ocurrido el viernes anterior.

—Imaginaciones vuestras. Hablamos la semana pasada; quedó todo claro.

—Vale. Lo que tú digas. —Marta miró de nuevo a la barra y sonrió como una boba.

—Ni se te ocurra —la avisó Tessa.

—¿El qué? —fingió no saber a qué se refería su amiga apurando la copa de cerveza.

—Cuidado, que vienen —cuchicheó Laura—. ¡Patatas! Me encantan. —Cogió las dos bolsas que Álex le ofrecía y las abrió, dejándolas sobre la mesa.

—Lo sé. Me lo ha dicho Lucas. Es un regalo. —Hasta para Tessa, que lo conocía tan solo de las revisiones ginecológicas, su voz sonó extraña.

Laura se detuvo, levantó la vista con el ceño fruncido y preguntó:

—¿Un regalo?

Mark y Roberto tomaron asiento con una sonrisa en los labios que no presagiaba nada bueno. Álex miraba a Laura con indulgencia.

—Sí. Se ha alegrado mucho de conocerme. Ya sabes, por lo de nuestra boda.

Laura palideció e intentó hablar sin éxito. Cada una de sus palabras moría antes de salir por su boca. Desconcertada, miró a Marta, que estaba sentada junto a Mark, esperando una respuesta como todos los demás.

—Marta..., no seas mala. ¿Se lo puedes explicar?—intervino Tessa.

Todos los ojos se centraron en su amiga, que, en lugar de apabullarse ante la situación, no hizo más que sacar pecho.

—Verás, Álex. Aquí Laurita —señaló a su amiga— nos informó de los sucesos acaecidos la noche en que os encontrasteis en la discoteca. Teniendo en cuenta vuestro historial, y las escasas probabilidades de que algo así sucediese, ya que no disponíamos de ningún indicio que nos hiciese llegar a esa conclusión, procedí a celebrarlo por todo lo alto.

—¡Serás payasa! —Laura, recuperada al ver la amplia sonrisa de Álex, le dio un empujón en el brazo—. Lo que quiere decir es que le comentó a Lucas que me casaba para sacarle una jarra de sangría gratis.

—Falso —se defendió Marta—, que al final se la pagué. Lo que no hice fue desmentir lo de la boda. Y ha ido bien —dijo satisfecha, llevándose una patata a la boca.

—No tienes vergüenza, *honey* —recalcó Mark entre las risas de sus amigos.

—Es posible —contestó coqueta, con un aleteo de pestañas.

Las carcajadas no se hicieron esperar.

—Sí. Ya me han comentado que ese día ibais un poco perjudicadas. — Álex, con la sonrisa aún en el rostro, miró a los chicos.

—De fútbol, ¿eh? —le espetó Laura a Marta.

A Tessa se le escapó una risotada que dejó a medias cuando Laura la congeló con la mirada.

—No os molestéis —pidió Roberto—. Tendríais que haberle visto la cara cuando Lucas le ha dado la enhorabuena por la boda; un poco más y empieza a hiperventilar. —Roberto miró a Tessa y le guiñó un ojo, lo que le hizo suponer que estaba exagerando.

—¿No estás a favor de las bodas? —le preguntó Laura a Álex para sorpresa de todos.

El buen rollo se esfumó.

—No. Creo que es algo anticuado. Pero eso no quiere decir que rehúya el compromiso. Son cosas distintas —contestó Álex muy serio.

—¿Sabes? Cada día me gustas más —dijo Laura con una amplia sonrisa.

—¡Vaya! Yo que pensaba ir de boda. Al final tendré que hablar con Lucas —puntualizó Marta con fastidio y negando con la cabeza.

Y toda la mesa prorrumpió de nuevo en carcajadas.

Un par de horas más tarde seguían sentados a la mesa. El bar se había ido vaciando poco a poco sin apenas darse cuenta y, a esas horas —cerca de las doce—, solo quedaban cuatro personas más en el local. A lo largo de la velada habían descubierto muchas cosas: Álex era el primogénito de una familia en la que todos habían estudiado medicina; Mark hablaba tan bien el español porque su niñera era de una familia de Valladolid que había emigrado a Londres cuando ella tenía quince años, y a Roberto le daban grima las arañas. ¡Por Dios! Tessa aún no se lo creía. ¡Las arañas! Lo miró y sonrió sorprendida. Él le explicaba a Marta algo sobre una ley medioambiental y no pudo más que alegrarse de que estuviese allí. Admitía que cuando lo había visto llegar, había tenido serias dudas sobre sus intenciones. Pero a esas horas estaban claras: se había comportado como un amigo más. Se habían cruzado miradas y habían conversado, pero siempre de una forma en la que le dejaba claro que respetaba lo que ella había pedido el viernes anterior.

Eso era bueno.

—Es hora de irse. —Mark se levantó, agarró su chaqueta, que reposaba en el respaldo de la silla, y se la puso.

—Sí. Lo cierto es que se nos ha hecho muy tarde. —Álex miró a Laura—. ¿Vamos a mi piso?

Laura asintió.

—Yo me quedo contigo, Tessa. No me apetece andar hasta casa. —Marta se puso la chaqueta y se dirigió hacia la barra—. Voy a aclararle algo a Lucas —le dijo a ella en voz baja—. Espérame fuera.

Ya en la calle, todos se despidieron. Álex y Laura fueron los primeros en irse; después lo hizo Mark, con la chica morena con la que lo habían visto hablando en la barra hacía horas, y que ahora lo esperaba en la acera de enfrente. El último en despedirse fue Roberto.

—Me lo he pasado muy bien —les dijo a las chicas con las manos en los

bolsillos.

—Nosotras también. —Marta sonrió.

—Si te apetece repetir, ya lo sabes: todos los viernes sobre las nueve —se ofreció Tessa, diciéndolo muy en serio.

—No te digo que no. Hasta mañana, Tessa. Adiós, Marta. —Y echó a andar en dirección a su casa.

Tessa y Marta hicieron lo mismo en sentido contrario.

—Una buena noche —afirmó Marta enroscándole un brazo alrededor del suyo.

—Ni que lo digas.

Capítulo 11

Al día siguiente, tras la noche del viernes que habían pasado junto a sus amigos en el bar de Lucas, Tessa llegó a casa de Roberto poco después de las diez de la mañana.

Llamó al telefonillo y esperó a que le abriesen.

Era el primer sábado de abril y, tal y como habían acordado en casa de Juan cuando se vieron para organizar la boda, había llegado el momento de ir en busca y captura del mejor vestido para los novios.

Estaba nerviosa. ¿Cómo no estarlo? Volver allí no le era indiferente. Era demasiado sensible, lo sabía de sobras. Y temía su reacción cuando se viera envuelta por esas cuatro paredes que tanto le ocultaban al resto de invitados.

Se mordió el labio inferior y miró al suelo.

Una idea un tanto estúpida le cruzó la mente: si tenía que ir al baño, ¿qué haría? ¿Disimulaba y preguntaba dónde estaba o iba directamente? Meneó la cabeza a los lados y se regañó a sí misma. ¡No podía comportarse como una cría!

El sonido de la apertura de la entrada le quitó de un plumazo esa idea. En el interior, una sonriente Amanda le dio la bienvenida.

—Estoy emocionada. ¡Casi no he dormido! —le confesó la hija de Juan tras darle dos besos.

—¡Pero qué dices! —contestó divertida Tessa, viéndola llevarse un trozo pequeño de pan a la boca.

—¡Te lo juro! Tengo a Guy al borde del ataque de nervios. —Amanda rio y Tessa no tuvo la menor duda de que le decía la verdad—. Estamos todos

desayunando en el jardín. ¿Qué te apetece? Hay café, zumo de naranja natural, tostadas y magdalenas. Mi hermano es un encanto cuando quiere. —Amanda le guiñó un ojo y le indicó que dejase el bolso y la chaqueta sobre el sofá de color blanco del comedor.

Corner llegó hasta ella y se saludaron como de costumbre.

—Yo creo que este perro está enamorado de ti —afirmó Amanda, mirando al animal con simpatía.

—Lo sé. —Tessa la siguió al exterior.

—Hola, encanto. Cuánto tiempo sin verte —bromeó Mark, acercándole un vaso de café con leche.

—Buenos días a todos —saludó a los presentes—. ¿Preparados?

—¡Sí! —gritaron madre e hija al unísono. El resto se limitó a asentir con la cabeza.

Tessa miró a Roberto y vio que hacía un esfuerzo titánico por no reír. Se acercó hasta ella y, ofreciéndole una magdalena, la alertó:

—Ten paciencia. Es una adicta a las compras. Os espera un día complicado.

Tessa observó de nuevo a la hermana de Roberto, que en ese instante le daba un beso a Juan.

—No será para tanto.

Roberto arqueó las cejas en una clara señal de que el tiempo le daría la razón. Tessa no pudo más que reír a carcajadas, llamando la atención de los presentes.

—¿Cuál es el chiste? —quiso saber Juan con una sonrisa en los labios.

—Nada, papá. Cosas nuestras.

Tras acordar que volverían todos a casa de Roberto para cenar, a las once de la mañana, hombres y mujeres por separado se fueron de compras.

Un taxi dejó a las chicas frente a la tienda de vestidos de ceremonia en la

que tenían cita.

Tessa, una hora más tarde y tras cinco intentos fallidos, se colocó junto a Amanda y, con mucho disimulo, le comentó:

—¿Lo has visto?

—Sí, frunce los labios con cada vestido. —Miró a Sara con fijeza y ladeó la cabeza—. Hay algo que no nos cuenta.

—Estoy contigo. —Tessa se cruzó de brazos a la espera de que Sara evaluara la nueva prenda.

—No sé. No acabo de verme. ¿Qué os parece a vosotras? —Sara, aunque las observaba a través de los espejos que cubrían las paredes de la habitación, se giró hacia ellas—. Todos me parecen iguales.

—¡Pero si solo te has probado cinco! No te puedes desanimar tan rápido. —Amanda se aproximó hasta ella y, cogiéndola de las manos, le dijo—: Confiesa, ¿qué es lo que no te convence?

Sara miró a los lados y, casi en un murmullo, respondió:

—Creo que soy yo.

Amanda y Tessa se miraron alarmadas.

—Vale. ¿Te importaría dejarnos un momento a solas? —le pidió Amanda a la dependienta, que, con rapidez, desapareció—. Explícanoslo.

Sin soltarle las manos, Amanda condujo a Sara hasta un sofá de color blanco donde se sentaron las tres.

Sara miró a Agatha, que paseaba de un lado a otro de la estancia contemplando embobada los diferentes vestidos y complementos que había en ella.

—Me da vergüenza.

—Sara, es tu boda, tienes que disfrutar con esto. Si hay algo que te preocupa, puedes confiar en nosotras. —Tessa posó la mano en su pierna y se la apretó con cariño.

—¡No! ¡Por Dios! No quiero que penséis eso. Estoy muy feliz con todo. Os lo aseguro. —Le subieron los colores de repente y las chicas sonrieron.

—¿Entonces? —Amanda insistió.

—Pues que tengo cincuenta y dos años, soy bajita y uso la talla cuarenta y ocho. No me queda bien nada —confesó de forma atropellada mientras se cubría la cara con las manos.

Tessa vio cómo Amanda arqueaba las cejas y, en un gesto de empatía, abrazó a Sara. Ella se sumó.

—Vamos. No digas tonterías —le pidió Amanda cuando se separaron—. Una cosa es que vistas un poco estafalaria, cosa que no vamos a negar, y otra muy distinta, que las cosas no te queden bien. Sí. No usas una talla treinta y ocho, pero ¿y qué? Si tú te sientes a gusto contigo misma, eso no importa.

—Soy demasiado mayor para esto. —Sara señaló la tela verde botella que lucía.

—Eso lo dices porque no hemos encontrado tu vestido. En cuanto lo hagamos, cambiarás de opinión. Pero, dime, ¿lo que nos has dicho lo has pensado siempre o solo ahora? —A Tessa le preocupó que Sara tuviese un problema de autoestima. Desde luego, si era así, jamás lo hubiese dicho. Pero nunca se sabía.

—¡No! A mí eso jamás me ha importado. Hasta hoy. Siento que no encajo con todo esto.

Tessa se llevó de forma inconsciente la mano al pecho y respiró tranquila.

Eso podía arreglarlo.

—De acuerdo. Pues vamos a solucionarlo. Ahora le diré a la dependienta que entre, y quiero que le expliques qué es lo que a ti te gustaría. Olvídate de que es tu boda. Solo piensa en el vestido de tus sueños. —Se levantó para ir a buscar a la chica, pero se giró justo antes de cruzar la puerta—. ¡Ah! Y no hace falta que te diga que si aquí no está, lo buscaremos en otro sitio.

Una hora más tarde, y después de desestimar media docena de trajes más, Amanda y Tessa vieron cómo una sonrisa cubría el rostro de Sara: lucía un vestido de corte años cincuenta de color azul cielo en organza, con cuello de barco y sin mangas. Se anudaba a la cintura, tenía vuelo y le llegaba por encima de las rodillas.

Estaba espléndida.

—¡Lo conseguimos! —declaró Sara victoriosa, volviéndose para mirar a las chicas, que aplaudieron emocionadas.

—Estás preciosa —aseguró Amanda con un brillo sospechoso en los ojos.

Tessa asintió con la cabeza, y Agatha se acercó hasta Sara y tocó la tela con cara soñadora.

—Pareces una princesa —afirmó la niña con su sonrisa mellada.

Sara se agachó y, abrazándola por la cintura, le propuso:

—¿Buscamos uno para ti?

—¡Sí! —Agatha empezó a saltar entusiasmada mientras Amanda y Tessa sonreían con la escena.

—Antes, acabemos con la novia —alegó la dependienta, que apareció con unas sandalias de tacón plateadas y una tiara en la mano—. Faltan los complementos. —La chica le pidió que se sentara y, tras ayudarla a calzarse, la peinó con un recogido y le colocó la fina corona de pequeñas flores y hojas entrelazadas—. Ahora sí.

Las chicas, que estaban frente a Sara y le dificultaban la visibilidad, asintieron y se hicieron a un lado para que pudiera contemplarse.

—No parezco yo —murmuró de pie frente al espejo.

—Mi padre se va a caer de culo cuando te vea —aventuró Amanda con una risita nerviosa.

—Y eso que aún nos falta escoger la ropa interior —agregó Tessa divertida.

Tras el cachondeo que produjo la elección de la lencería, llegó el momento de escoger el resto de vestidos: Agatha se decantó por uno blanco de tirantes, con una gran lazada de color rojo en la cintura y unas rosas del mismo color repartidas por la parte inferior de la falda.

—Estás preciosa, cariño —le dijo Amanda a su hija mientras le colocaba una corona de diminutas flores escarlata.

—Sí. Ahora la princesa eres tú —le aseguró Sara agachándose para quedar a su altura y darle un beso.

La niña empezó a moverse de un lado a otro, con las manos asiendo las puntas del traje; interpretando una pequeña danza.

—Ahora os toca a vosotras, y, solo si de verdad os apetece, se me ha ocurrido una cosa —dijo Sara con una sonrisa en el rostro y los dedos junto a los labios—. ¿Os podéis probar este vestido?

En ese preciso instante la dependienta apareció con dos trajes idénticos al de Sara pero en blanco.

—¿Cómo? —empezó a preguntar Amanda.

—Dijimos que los invitados debían vestir con algo blanco, y los novios, con el color que quisieran a excepción de ese. Si os gusta la idea, y os quedan bien los vestidos, a mí me encantaría que fuéramos iguales.

Tessa supo que, para Sara, ese gesto decía mucho más de lo que se atrevió a pronunciar. Y aunque ninguna verbalizó nada al respecto, las tres hicieron un esfuerzo por no dejarse llevar por las emociones y empezar a llorar.

No se los probaron.

Era posible que no les quedasen bien.

Pero daría igual.

Cumplirían el deseo de la novia.

Tessa saludó a todos los hombres y, tras dejarse caer sobre el sofá de Roberto, se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos.

Necesitaba descansar.

Las chicas habían subido al piso superior a dejar las bolsas con las compras de Sara, que, al final, fue la única que gastó.

¿Cómo podía alguien en su sano juicio visitar dos centros comerciales en tan solo una tarde? Es más, ¿por qué Amanda necesitaba entrar en todas las tiendas si no quería comprar nada? Era un torbellino. Apenas ella empezaba a visualizar lo que había en el establecimiento, Amanda ya salía. Joder. Era peor que Laura. Y eso era decir mucho.

—Te lo advertí. —La voz de Roberto la sobresaltó—. Perdona, no pretendía asustarte.

—Tranquilo, no pasa nada. —Tessa se irguió y aceptó la cerveza que él le ofrecía—. ¿Qué tal vuestro día?

—Genial. A las dos ya habíamos acabado y nos hemos ido a comer una buena paella.

—¿Y por la tarde? —quiso saber con cierta envidia. Roberto señaló hacia el jardín, donde Juan, Guy y Mark jugaban al póker—. ¿Y ya está?

—Bueno, he salido con *Corner* a dar una vuelta por el parque. —Roberto miró al animal, que, en ese instante, se sentaba junto a Tessa y dejaba caer la cabeza sobre sus piernas.

—¡Dios! En otra vida me pido ser hombre —dijo Tessa provocando la risa de Roberto—. ¿Te ayudo con algo?

—No. Relájate. Sé muy bien que, después de un día con mi hermana, tu cuerpo te lo pide a gritos.

Él desapareció con una sonrisa en los labios y ella se evadió de todo durante unos minutos. Cerró los ojos, respiró hondo y aflojó los músculos

hasta que se destensaron. Algún día le explicaría a Amanda que estaba en contra de ir de compras si, en realidad, no necesitabas nada.

El olor a pescado la desperezó, pero cuando se incorporó, dispuesta a investigar qué estaba cocinando Roberto, se fijó en la estantería metálica que tenía enfrente y caminó hasta allí: los CD y el equipo de música —que era la único que había en ella la primera vez que visitó esa casa— ahora estaban acompañados de varios libros y de fotografías familiares.

¿Qué habría pasado si el primer día ya hubiesen ocupado ese espacio?

Mejor no pensarlo.

Pasó un dedo por el CD de Stacey Kent y, tirando por una esquina, se apoderó de él. La voz de aquella mujer le había gustado; sus canciones, las letras, llamaron su atención.

Cogió el móvil y le sacó una foto.

Lo compraría.

—Vaya. Creía que aún lo tenía bajo llave.

—¿Cómo? —Amanda miraba el objeto con algo que se le asemejaba mucho a la tristeza.

—Era la cantante favorita de mi madre —dijo señalándolo—. Se lo regalamos Roberto y yo hace años, después de que nos llevara a uno de sus conciertos en Londres. Yo no tardé mucho en poder escucharla sin empezar a llorar tras su muerte. Creo que Roberto aún no lo ha conseguido.

Tessa notó cómo un frío glacial se le filtraba entre los huesos.

Aquel día, cuando la voz de la cantante empezó a sonar, le había parecido ver una inmensa angustia en los ojos de Roberto, pero fue un instante tan efímero que no supo si lo había visto de verdad o se lo había imaginado. ¿Por qué no le pidió que lo cambiara? A ella no le habría importado, ni tan siquiera le hubiese preguntado el motivo.

—¡A cenar! —anunció Roberto, provocando que todo el mundo se

levantara de sus sillas en el exterior y se sentaran con rapidez.

Cuando llegó a la mesa, solo quedaban dos sitios libres y, como no iba a sentarse junto a Guy y alejar así a Amanda de su marido, no le quedó otra que hacerlo al lado de Roberto. No tenía nada en contra de él. De hecho, se sentía muy cómoda desde que había dejado clara su posición y Roberto la respetaba. Pero el descubrimiento que acababa de hacer la dejó intranquila. Con una sensación de pena en el cuerpo que no esperaba, porque era demasiado profunda.

Llegaron al segundo plato siendo testigos de las continuas pullas entre Mark y Amanda —que descubrió que no faltaban en los encuentros familiares—, la crítica de Roberto hacia su hermana por tenerlas toda la tarde de compras, las vanas justificaciones de esta y los comentarios de los chicos sobre lo guapo y joven que se veía Juan con su traje.

Cuando Roberto dejó su porción de bacalao con almendras y salsa verde frente a Tessa, no pudo más que sonreír —era el mismo plato que había cocinado la noche que estuvieron juntos, pero se le quemó—.

—¿Te gusta? —le murmuró Roberto cuando ya había degustado más de media ración.

—Está muy bueno. Es una pena que el otro día se te quemase. —Tessa contestó en voz alta con una enorme sonrisa en los labios. Era de tontos. Pero le gustó pensar que, cuando creían que las cosas podían ser distintas, él se hubiese tomado tantas molestias por cocinar una receta que le gustase.

No se dio cuenta de lo que aquella frase implicaba hasta que el silencio se apoderó de las conversaciones. Levantó la vista y se topó con cinco caras sonrientes y una niña de ojos chispeantes.

¡¿Qué había hecho?!

—¿Ya tenéis pensado adónde iréis de luna de miel? —Dio gracias mentalmente a Roberto por reaccionar tan rápido.

—No, hijo, no tenemos ni idea. ¿Y vosotros?

—¿Qué?! —A Tessa le faltó poco para saltar de la silla.

—Las vacaciones. Si ya sabéis qué es lo que vais a hacer —contestó con una sonrisa y, lo que le parecieron a Tessa, muchas ganas de reírse de ellos.

—Luego decís que yo soy malo —intervino Mark, que le guiñó un ojo y se hizo con la situación—. Roberto y yo iremos a la Isla de Man. Aprovecharemos las vacaciones para probar algunos artículos nuevos antes de que salgan al mercado.

—Y conocer chicas —apostilló Amanda.

—Sí, eso también —confesó Mark con una cara de mujeriego que no le hacía justicia.

—Nosotros iremos a la Toscana con la familia de Guy. —Amanda besó a su marido, que sonrió complacido.

—Yo iré a Croacia con mis amigas. Hace tiempo que nos apetece, y en enero ya compramos los billetes.

A partir de ahí, el pequeño conato de incendio se apagó y siguieron hablando de posibles destinos para los novios entre risas y, un ambiente distendido, que le pareció inmejorable.

Después del postre, un pastel de zanahoria que había elaborado Sara, Tessa decidió que era el momento ideal para retirarse. Se despidió de todos, excepto de Roberto, que se empeñó en acompañarla hasta la calle.

—Gracias por la cena. Quitando algún que otro momento en el centro comercial, ha sido un día fabuloso. Son buena gente. No entiendo cómo podéis vivir tan lejos los unos de los otros.

Un brillo al que no estaba acostumbrada iluminó los ojos de Roberto, que se agachó con lentitud y depositó un suave beso en su mejilla.

—Buenas noches, Tessa —le susurró al oído al apartarse.

—Buenas noches, Roberto —balbuceó, perdiéndose en sus ojos verdes—.

Nos vemos en la oficina.

Enfiló la calle en dirección a su casa con el corazón encogido y el estómago vuelto del revés.

No quiso plantearse el motivo.

Después de la cena del sábado en su casa, Roberto solo podía pensar en que llegara el viernes.

No sabía muy bien cómo, pero habían acordado una especie de pacto no hablado: de lunes a viernes, en la oficina, su trato era correcto. No bromeaban apenas, no compartían café ni se preguntaban si se verían más tarde por el parque. Pero entonces llegaba el viernes, y el momento de pasar juntos dos o tres horas en el bar de Lucas.

Era cierto que estaban rodeados: Laura, Marta, Álex y Mark estaban con ellos. Pero aun así, era el único instante en el que ella bajaba sus defensas y se comportaba como la chica que fue arrollada por *Corner*, y él, como el dueño del perro que había intentado rescatarla, pero con las limitaciones propias de un amigo.

Aquel viernes de abril llovía bastante, y eso hizo que todos llegaran un poco más tarde de lo habitual al bar de Lucas. Cuando Roberto y Mark entraron, Álex y Laura ya se encontraban allí. Al poco, una Marta agobiada porque se había mojado los bajos del pantalón hizo acto de presencia, y, por último, Tessa se presentó con unas ojeras que le llegaban a las mejillas.

—¿Te encuentras bien? —Marta no esperó ni a que se sentara para preguntar. Era evidente que no lo estaba.

—Solo estoy cansada. De hecho, he dudado si venir o no, pero luego te he imaginado entrando en mí casa con un paquete de cervezas en la mano. —Hizo

una mueca de fastidio—. Prefiero esto. —Tessa pudo sentarse junto a Roberto, pero prefirió hacerlo frente a él. Justo al lado de su amiga.

Esos gestos le dolían.

—Pues ya no te pregunto más. —Marta le sacó la lengua, y ella rio.

—Llevas unos días quedándote hasta tarde. Deberías bajar un poco el ritmo. —Roberto buscó su mirada y le sonrió. Sabía que no le gustaba hablar de trabajo fuera de la oficina.

—Quizá lo haga. —Tessa no lo miró a los ojos, y supo que mentía. Él sonrió para sus adentros.

Ya la convencería.

Vio como Lucas se acercaba con las bebidas que le habían pedido al entrar, y se hizo a un lado para que al hombre le resultase más fácil la tarea.

—A ver, parejas, aquí tenéis lo vuestro —dijo al dejar las botellas y los vasos sobre la mesa.

—Lucas, ¿me estás llamando cornuda? —espetó Marta, y el hombre se paralizó al instante.

—¡Pero ¿qué dices, animal?! —Laura estalló en una carcajada tras hablar, la siguió Tessa, y Marta no tardó en sumarse.

—No pretendía ofender a nadie. Era solo un comentario. —Lucas acabó de servir la mesa y la miró preocupado.

—¡Y yo que me quería perder esto! —afirmó Tessa al dejar de reír mientras se retiraba unos lagrimones de las mejillas con la mano.

El hombre seguía atónito y buscaba en las miradas de los chicos algún indicio de lo que estaba ocurriendo. La cara de ellos era muy parecida a la suya, así que preguntó:

—¿Entendéis algo?

Negaron con la cabeza, y entonces las risas regresaron con fuerza. Ahora eran las tres las que lloraban.

Tessa fue la primera en recobrar algo la compostura y, como pudo, se explicó:

—Álex y Laura son pareja. —Lucas asintió—. Nosotros cuatro, no. Porque si fuese así, a una de las dos le sería imposible entrar por esa puerta. —La señaló.

Todos rieron y, dejándolos con la boca abierta antes de irse, Lucas afirmó:

—¡Ah! ¡Eso! Estás muy equivocada. En esta mesa hay más de una pareja. Solo que aún no os habéis dado cuenta. ¡Esta juventud! —Y se fue tan feliz como cuando había llegado.

El silencio se apoderó de la mesa durante unos largos segundos.

—¿Ya lo tenéis todo a punto para vuestra primera escapada? Solo faltan dos semanas. —Mark lanzó la pregunta.

La semana anterior, Laura les explicó que estaba preparando un fin de semana romántico para el puente de mayo.

—Si. —Laura contuvo las ganas de reír frunciendo los labios.

—Y ¿adónde vais? —Tessa miró con falso interés a su amiga y a Álex.

—Es una sorpresa. —Laura se giró hacia su novio y, tras darle un beso en los labios, le dijo—: Te encantará.

El ambiente se relajó de nuevo. Las chicas se enzarzaron en una especie de disputa sobre las botas que llevaba Marta. Mientras, Mark se metía con Álex por fiarse de Laura y no insistir en conocer con antelación el plan del viaje.

A Roberto, por su lado, le resultaba imposible apartar los ojos de Tessa. Su pelo, que normalmente solo se ondulaba en las puntas, estaba todo revuelto. Los labios, reseco por el frío, le gritaban que se los humedeciera. Y su cara de cansancio le provocaba unas ganas inmensas de levantar el brazo y rozar las mejillas con la yema de sus dedos. Cerró las manos y apretó los puños. Mierda. Cada vez debía esforzarse más en no tocarla. Pero si algo tenía claro era que no podía volver a precipitarse.

Quizá ella tenía razón cuando le dijo en el hotel que no buscaban el mismo tipo de relación. De hecho, hasta hacía poco, no se había parado a pensar ni tan siquiera en esa posibilidad como en algo real. Ahora, en cambio, lo tenía claro. Si era capaz, siquiera de intentarlo, tenía que ser con ella.

Al cabo de un rato, sus miradas se quedaron enganchadas. Estaba claro que las palabras de Lucas les habían dado que pensar a los dos. Tessa le sonrió, y él no pudo hacer otra cosa que devolverle el gesto.

—¿Todo bien? —Se atrevió a preguntarle.

Tessa asintió con timidez mientras entrelazaba los dedos de sus manos.

Sencillamente, le pareció perfecta.

—¿Otra ronda? —Mark se levantó de la silla con su copa vacía en la mano. Todos afirmaron.

Mark caminó hasta la barra y, mientras esperaba a que Lucas lo atendiera, entabló conversación con una chica rubia, alta y esbelta, que estaba sola tomando una cerveza en la barra.

Roberto no pudo evitar reír a carcajadas cuando escuchó que Marta le decía a Tessa que lo que necesitaba Mark era toparse con una mujer imponente, pero frígida a más no poder.

—¿Pero tú de qué te ríes? —Lo miró con una sonrisa pícaro.

—Lo siento, pero lo has dicho demasiado alto. Es más, me extraña que nadie más lo haya escuchado.

Marta señaló a Álex y a Laura, que, sentados frente a ella, mantenían una conversación en un tono tan bajo que era imposible saber de qué hablaban.

—Estos dos están aún en la fase de mirarse a los ojos constantemente, como si tan solo existieran ellos en el mundo.

—Es posible —contestó Roberto tras comprobar que seguían a lo suyo.

—¡Ya estoy aquí! —Mark repartió las bebidas y se sentó junto a su amigo.

—Dime, inglesito, ¿con qué mujer de la barra tienes pensado regresar a tu

hotel esta noche? —Marta lo miró por encima de la jarra de cerveza que se llevaba a la boca.

Sus palabras lograron llamar la atención de su amigo, que no tardó en contestar:

—Aún no lo he decidido, pero dime, *honey*, ¿desde cuándo te preocupa con quién me pueda ir?

Mark dejó caer su peso en el respaldo de la silla y, con ojos de depredador, esperó una respuesta:

—No me preocupa, me divierte. Cada viernes asistimos a un espectáculo de selección nada desdeñable. Solo me pregunto si es algo innato o has cursado algún tipo de máster —contestó al dejar la jarra sobre la mesa. Cruzó las manos e imitó la pose de Mark.

—¿Celosa? —Mark curvó la comisura de sus labios en un gesto diabólico.

Roberto miró a Tessa, que, con una sonrisa que le llegaba a los ojos, seguía la conversación sin perder detalle. Como Laura y Álex, que habían abandonado su pequeño mundo para regresar al de todos.

—Quizás un poco. Más que nada por el empeño que le pones para una sola noche. —Roberto vio dudar a Marta, pero, al final, le soltó lo que pensaba—: ¿De qué serías capaz si se tratase de toda una vida?

—Quién sabe, quizás algún día lo averigües.

Si Mark hubiese sonreído, Roberto habría sabido que se trataba de una artimaña más de las suyas para llevarse a una mujer a la cama. Pero no lo hizo. En lugar de eso, miró a Marta con más fijeza, como si quisiera conocer así la respuesta a algún tipo de pregunta que solo él conocía.

Marta le aguantó la mirada hasta que no pudo más y se echó a reír como una loca.

—Eres insaciable.

—No lo sabes bien. —Y alzó su jarra de cerveza para chocar con la de

Marta, que le guiñó un ojo.

Quizá Lucas no fuese tan desencaminado. En algún momento, hablaría con su amigo.

Capítulo 12

Dos semanas más tarde, Tessa seguía más cansada de lo habitual. Era jueves, y el viernes era festivo. Tenía tres días por delante para holgazanear en su piso y dormir mucho. Solo por eso, había aceptado quedar con sus amigos en el bar de Lucas. Aunque, con la conversación que se traían entre manos, no sabía si había hecho bien: Mark, Roberto y Marta estaban enfrascados en aclarar si era cierto que, antiguamente, los jueces no llevaban nada bajo la toga. A veces, no acababa de entender cómo era posible que esos dos entraran en los juegos de su amiga.

Vio llegar a Álex y a Laura y alzó su mano para que los vieran. Con seguridad cambiarían de tema, se suponía que ya se habían ido de escapada romántica.

—Hola. Creía que a estas horas ya habríais huido de la ciudad. —Marta acercó su silla a la de Mark para dejar espacio para los recién llegados.

—Eso creía yo también. Pero nos tomamos una ronda rápida y ya nos vamos. —Álex le hizo una seña a Lucas para que les sirviera dos Coca-Colas—. ¿Qué tal la semana, chicos?

—De locura, hay momentos del año en los que parece que se va a acabar el mundo, y esta semana ha sido uno de ellos. Por suerte, nos ahorramos un día —dijo Mark con semblante agotado.

—Cierto. Mañana me voy a Londres, a casa de mi hermana. Tengo ganas de pasar estos tres días con Agatha. Hace un mes que no la veo, y se le han caído dos dientes. —Roberto buscó en su móvil una fotografía de la niña en la que se veía su sonrisa mellada.

—¡Qué graciosa! —Tessa le devolvió el teléfono después de que pasara por todas las manos de la mesa.

—¿Sigues sin saber adónde vais? —Mark, mirando a Álex, parecía incrédulo.

—No, no lo sabe —se adelantó Laura en contestar—. Pero nos lo vamos a pasar realmente bien.

Tessa vio el brillo en los ojos de su amiga y se fijó en cómo Álex la miraba. Confiaban el uno en el otro. Debería ser fácil. Confiar tenía que ser sencillo. ¿Por qué a ella le costaba tanto? Tenía sus motivos, pero, si no se lo podía quitar de la cabeza, ¿por qué no atreverse? No recordaba haber sido tan cobarde en toda su vida.

—Y luego, la fama de romántica y empalagosa la tengo yo —se quejó Marta.

—*Honey*, tú de romántica no tienes nada —se carcajeó Mark.

—Qué poco me conoces... —Marta negó con la cabeza.

—*Honey*, no te enfades, pero he conocido a muchas mujeres, y te aseguro que tú no lo eres.

Los demás centraron toda su atención en la guerra que acababa de empezar.

—Y dale, qué pesado que eres, inglesito. ¿Me estás buscando? —Marta abrió muchos los ojos al formular la pregunta.

—Sí. Pero no de la manera que crees, *honey*.

Tessa pensó que hablaría con su amiga. Aquel juego que se traía con Mark no acabaría bien. Sin pensarlo, cruzó su mirada con la de Roberto, y algo le dijo que opinaba igual que ella.

Marta resopló y miró hacia otro lado.

—Mejor cambiamos de tema. ¿Quién se viene al cine?

—Nosotros no —dijo Laura con voz cantarina, mientras Álex la besaba en la mejilla.

Marta puso los ojos en blanco.

—No me mires —contestó Roberto—. Mañana madrugo.

—Pues yo me voy a la cama, tengo un sueño que me muero — anunció Tessa.

Mark se acercó a Marta y, con deliberada lentitud, dijo:

—Parece ser que soy tu única opción, *honey*.

—Pues que así sea. —Marta se levantó—. Pago y nos vamos. No quiero llegar tarde.

Al final, decidieron marcharse todos y, justo cuando salía por la puerta, Álex la cogió por un brazo y, llevándosela a un lado, le dijo.

—Tessa, ¿te encuentras bien? Últimamente te veo muy apagada, vas demasiado cansada. ¿Te ha visitado el médico hace poco?

—La verdad es que siento que me falta fuerza. Es como si, de repente, la haya perdido. No sé —se colocó un mechón de pelo tras la oreja—, quizá Roberto tenga razón y debo tomarme las cosas con más calma. Estoy en un proyecto nuevo que me encanta, y estoy dedicándole más horas de las que serían recomendables. Tendré que aflojar un poco.

—Eso es un buen principio, pero, de todas formas, pásate el lunes por la consulta. Te pediré una analítica y, al menos yo, me quedará más tranquilo. ¿De acuerdo?

—¡A sus órdenes, doctor! —bromeó Tessa, y le dio un beso en la mejilla—. Eres un buen tipo. Gracias.

En la calle, Laura y Álex se fueron en busca del coche de él, que no había aparcado demasiado lejos, y Mark y Marta se dirigieron al cine dando un paseo.

—Te acompañaré hasta casa —le dijo Roberto cuando se quedaron solos.

—No es necesario, está aquí mismo.

—Justo por eso no me cuesta nada. —Inició la marcha y no le quedó otra

que ir tras él.

Roberto se subió el cuello de la chaqueta de piel que vestía y se metió las manos en los bolsillos. Caminaba mirando el suelo y, durante un par de minutos, no se dijeron nada.

—Creo que tienes que descansar más. Tu aspecto es horrible —le confesó con la vista clavada en sus zapatos.

—Vaya, gracias. Eres muy amable. —Tessa sonrió, pero él no se dio cuenta.

—No es una broma. Hace días que esas ojeras no te abandonan, y estás pálida. Necesitas dormir. —Roberto alzó la vista y Tessa vio que estaba preocupado.

—Sé que tienes razón. Incluso he pensado en bajar el ritmo en la oficina.

—Pues espero que lo hagas.

Tessa asintió, se paró frente a un bloque y, señalándolo con el dedo, le dijo:

—Es aquí. Y... no te preocupes por mí, ¿vale? Solo necesito darme una ducha y dormir. Ese es mi plan para este largo fin de semana. Recuperar fuerzas.

Roberto se colocó frente a ella, provocando que sus cuerpos se rozasen. Alzó la mano y repasó, con la yema de los dedos, las pecas de su nariz y sus mejillas.

—Roberto..., no —suplicó.

—Cada día se me hace más doloroso no poder tocarte. —Puso las palmas de las manos en sus mejillas y, acercándose muy despacio, le dio un suave beso en los labios, que acabó más pronto de lo que, siendo sincera, le hubiese gustado—. Déjame subir.

Tessa negó con la cabeza, pero no se movió ni un centímetro.

Una parte de ella deseaba tanto que subiera que se ahogaba en ese

sentimiento. La otra, la parte analítica de su ser, solo lanzaba al aire una pregunta: ¿has olvidado que no sabe lo que quiere?

Tessa se separó y, tras unos segundos en los que se miraron a los ojos, suspiró. Abrió su bolso, cogió las llaves y se encaminó hacia la portería.

Roberto la siguió. Ella lo detuvo y, con la vista clavada en el suelo, puso las manos en su abdomen.

—Sé que no soy la mujer más fuerte del mundo, pero esto lo tengo claro: no quiero que subas. No podemos seguir así. Yo... no sé. Quizá te mando mensajes contradictorios. Quiero ser tu amiga. Pero no me puedo permitir nada más. Sé que sufriría. —Levantó la vista y clavó sus ojos en los de él—. Es más, ni siquiera sabes lo que buscas. No juegues conmigo, por favor. No me hagas más daño.

Tessa se dio cuenta de que lloraba cuando Roberto le limpió una lágrima con sus dedos en una suave caricia.

—Confía en mí. Dame una oportunidad. Deja que lo descubramos juntos. —Los ojos de Roberto se oscurecieron, su rostro se tensó.

—No insistas.

Tessa se giró y abrió la puerta. Él la cogió del brazo y la obligó a mirarlo.

—Sé que en muchas ocasiones no me he comportado de la mejor forma, y entiendo lo que me dices. Pero te aseguro que no pienso rendirme. Lo que siento por ti tiene que significar algo.

Quiso gritarle que si no sabía ponerle nombre a sus emociones era por cobarde, o porque no les daba importancia.

No supo qué opción le dolía más.

Roberto la dejó ir. Como un resorte, corrió escaleras arriba, se encerró en el piso y apagó el móvil.

Necesitaba descansar.

Roberto giró sobre sus pies y observó todo lo que lo rodeaba, como si tuviese que confirmar que seguía en su habitación.

Agarró el móvil, que había lanzado sobre el colchón tras la llamada, y confirmó que la había recibido, que la conversación había sido real.

Vio sobre el sillón la ropa que se había quitado unas horas atrás y se la puso de forma mecánica. Miró a *Corner*, que lo golpeaba con el morro en la mano, y pensó que le dejaría comida y la puerta de acceso al jardín abierta. Tardaría en regresar.

Ya en la calle, miró a los lados. Parecía que la ciudad se había detenido en un gesto solidario: no pasaba un solo coche, no había gente en ningún sitio, y solo un semáforo en ámbar se encargó de mostrarle que todo seguía igual que diez minutos antes.

Cruzó el paso de peatones y se adentró en el parque.

El silencio era aterrador. Parecía que la noche era más oscura que de costumbre, y que los árboles habían crecido en las últimas horas. Sacudió la cabeza para deshacerse de esos pensamientos. Quizá era él, que, en momentos como ese, recordaba que somos insignificantes. Prescindibles de una forma tan obvia que era insultante.

Siempre había creído que las palabras que Amanda le había dicho diez años atrás eran las más difíciles que habían salido de su boca. Ahora, no es que tan solo estuviese seguro de ello, es que era incapaz de ponerse en su pellejo. La situación era distinta, los lazos afectivos no tenían nada que ver, pero el mensaje era idéntico. La pérdida, innegable.

Una idea relampagueó en su mente y se dio cuenta de lo miserable que podía llegar a ser. Pensar en sí mismo en una situación así no lo dejaba en muy buen lugar.

Aceleró el paso y, aunque creyó no avanzar demasiado, no tardó en dejar atrás el lago.

Su teléfono vibró. Un mensaje. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y desbloqueó el móvil. Le temblaban las manos y tuvo que aferrar el aparato con ambas para ser capaz de leerlo.

No. Aún no la habían localizado. Tenía que ser él, debía decírselo él. No podía enterarse por teléfono.

Contestó con un mensaje de voz: «Estoy llegando. Yo me encargo. Luego te llamo».

Echó a correr y se plantó frente al piso de Tessa.

Llamó al timbre.

Nada.

Volvió a llamar.

Nada.

Mantuvo el dedo apretando el interfono hasta que obtuvo respuesta.

—¿Quién es? —Estaba molesta.

—Soy Roberto. Tenemos que hablar.

Subió andando los tres pisos. No sabía cómo decírselo, ni mucho menos qué hacer después.

Cuando llegó al rellano, la puerta estaba abierta de par en par. Ella no estaba por ninguna parte. Entró y la cerró.

La encontró en el comedor, yendo de un lado a otro sin parar y con los brazos cruzados.

—He apagado el móvil para no seguir dándole vueltas a lo mismo. ¿Pero que más necesitas que haga para que me dejes en paz? No puedes presentarte a las tres de la mañana en mi casa para hablar de algo que está más que decidido. —Roberto supo que mentía, pero no era momento para eso.

Tessa se paró de golpe y lo miró a la cara. Las ojeras se le marcaban

todavía más que hacía tres horas. Tenía el pelo alborotado, los labios y los ojos hinchados de llorar, y su apariencia era la de una persona que estaba a punto de romperse.

Le dolió en el alma saber que él era el responsable.

—No he venido por nosotros. Ha ocurrido algo.

Le dio la sensación de que lo miraba por primera vez desde que había entrado. Abrió mucho los ojos y se frotó los brazos con las manos.

—Me estás asustando.

Roberto dio dos zancadas y la rodeó con sus brazos, como si con ese gesto fuese a protegerla de sus palabras.

—Han llamado a Marta —le susurró al oído—. Mark hace rato que intenta localizarte, pero, al no conseguirlo, me ha llamado a mí.

—¿Roberto? —Su voz era puro pánico. Se aferró a él.

—Álex y Laura han sufrido un accidente de tráfico.

—¿Qué? —sollozó.

—Han fallecido en el acto.

E hizo lo único que supo: la abrazó hasta que tuvo fuerzas para salir de casa y enfrentarse a la realidad.

Esa mañana habían asistido al funeral de Álex y, en ese momento, entraban en casa de Roberto después de acompañar a los padres de Laura en un breve homenaje que celebraron en memoria de su hija antes de incinerarla.

Marta tenía preparadas unas palabras para despedir a su amiga. Pero cuando llegó el momento, fue incapaz de abrir la boca. Era la que estaba más afectada. Tessa sujetó la mano de su amiga en todo momento mientras a ella la agarraba Roberto por la cintura.

Roberto y Tessa se habían encontrado con sus amigos el viernes de madrugada en el tanatorio. Los padres de Laura habían avisado a Marta de lo sucedido y esta, sin pensárselo dos veces, corrió junto a ellos. De eso hacía más de tres horas, y, cuando Tessa vio a su amiga, lo primero que hizo fue pedirle perdón por no estar a su lado desde el primer momento. «No las podemos dejar solas», le dijo Mark a Roberto cuando las chicas se fueron al baño para lavarse la cara. E hizo lo que tocaba: ofrecerles su casa hasta que ellas quisieran.

El viernes por la noche, Roberto sabía que poco descansarían. Todos estaban agotados, pero dormir más de un par de horas seguidas parecía imposible. Miró el despertador: las dos de la mañana. Seguía en la cama con los ojos bien abiertos, dándole vueltas al pensamiento pueril y egoísta que lo había invadido en el parque. Por lo visto, uno jamás dejaba de sorprenderse.

Escuchó la puerta del piso abrirse y, de un brinco, saltó de la cama. Quizá lo necesitaba —Mark y ellas dormían arriba, y había dejado una llave puesta en la cerradura para que entrasen cuando quisieran—.

Salió al pasillo.

La encontró dando vueltas por el comedor con los brazos cruzados, la vista clavada en el parqué y la cabeza hundida entre los hombros.

Corner la seguía con los ojos tumbado en el suelo.

—¿Necesitas algo? —Se detuvo a medio camino.

Tessa levantó la vista y le pareció que estaba asustada. A él le entró miedo.

—Yo...

Dejó ir el aire que debía de retener en los pulmones, y la cabeza y los hombros se colocaron en su sitio.

—¿Estás bien? —Ella negó con la cabeza—. No, claro que no. Qué estupidez.

Roberto se pasó las manos por el pelo. Sin saber qué decir. Lo único que

se le ocurría era abrazarla, ahora que estaba más tranquila, pero quizá no era buena idea. No creía en las palabras vacías. Y tenía la impresión de que Tessa tampoco.

—Necesito... Podría... —titubeó, e hizo una mueca que arrugó su frente.

—¿Qué, Tessa? Dime lo que sea.

Se acercó a ella sin llegar a tocarla.

—Dormir contigo. —Lo miró a los ojos y después dirigió su vista al pasillo—. Solo dormir. Solo necesito que me abracés, eso... me hace sentir mejor.

La cogió de la mano, la condujo hasta la habitación y, una vez en la cama, la amoldó a su pecho y la rodeó con sus brazos.

—No me quedará mucho rato. No quiero dejar sola a Marta toda la noche.

—Intenta descansar. Lo que hagas estará bien. —Y la apretó aún más contra él.

Al día siguiente, los padres de Marta y Tessa llegaron de Menorca y se instalaron junto a ellas. Y sí a Alejandro y a Marisa les pareció extraño que su hija estuviese en casa de su jefe, no lo mencionaron. Igual que los padres de Marta, que vieron cómo Mark solo estaba pendiente de ella, y tampoco preguntaron nada.

Aquella noche, Roberto escuchó de nuevo el sonido de la puerta al abrirse. No salió de la cama, y cuando Tessa entró en la habitación, retiró las sábanas y esperó a que se tumbase a su lado, la tapó y se limitó a abrazarla. No se dijeron nada. Tampoco hacía falta. Durante todo el día había visto cómo sus padres la consolaban: Alejandro no hacía más que abrazarla, Marisa le sonreía y se encargaba de obligarla a comer de vez en cuando. Mientras, él solo podía estar presente.

El domingo por la tarde los cuatro despidieron a los padres de Tessa y de Marta frente a la casa, mientras el taxista introducía su equipaje en el

maletero.

—Gracias por cuidar de mi hija. —Alejandro le tendió la mano. —Sé que contigo estará bien.

Roberto asintió, y los dos hombres la buscaron con la mirada. La encontraron despidiéndose de su madre, con un abrazo que parecía no tener fin.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marta cuando el coche se alejaba.

—Ahora toca seguir. —Tessa rodeó a su amiga con un brazo y la condujo hasta el interior de la vivienda—. ¿Sabes qué? Ahora mismo preparamos nuestras cosas y nos vamos a mi piso. ¿Qué te parece? Es un primer paso. Y mañana... mañana es lunes y no haremos nada, necesitamos descansar, pero el martes podemos ir a trabajar. Eso también es algo que hay que hacer.

Roberto y Mark, en el interior del edificio, vieron alejarse a las dos chicas escaleras arriba.

—Anoche hablé con Marta. Le dije que la ayudaremos con el papeleo del bufete —le anunció Mark a Roberto ya en el comedor de este.

—¿Una cerveza? —Roberto abrió la nevera. Mark asintió.

—No creo que Tessa consiga que regrese al trabajo.

—Si alguien puede lograrlo, es ella.

—No la escuchaste anoche. Quería abandonar, dejarlo todo. Dice que, sin Laura, su trabajo no tiene sentido. Incluso se niega a regresar al piso que compartían.

—Esa reacción es lógica, Mark. —Se sentó junto a él en el sofá, donde permanecía con los codos clavados en las rodillas—. Es todo muy reciente. Necesita tiempo.

—Claro. —Cogió el botellín que le ofrecía su amigo y le dio un buen trago—. Yo también regresaré hoy al hotel.

—Sabes que no molestas.

Mark se levantó, se dirigió hacia la puerta y la abrió para irse. Justo antes de cerrarla, se giró y le preguntó a Roberto:

—¿Vamos a hablar en algún momento de ellas? ¿De lo que sentimos?

Roberto sonrió por primera vez desde el viernes a las tres de la madrugada.

—Supongo. Aunque hoy no es el mejor momento.

—No. Supongo que no. —Y desapareció.

Desde luego que tenían que hablar. Pero la primera persona a la que le debía una explicación era a ella.

Aunque ahora tocaba esperar.

Y allí se quedó, sentado en el sofá de su comedor, aguardando el momento en que Tessa bajase para despedirse y él la pudiese abrazar por última vez en una temporada. Porque, si la conocía como creía, en cuanto se viesen en la oficina, todo volvería a ser como antes.

Capítulo 13

Tessa entró en el pequeño restaurante italiano en el que había quedado a comer con Marta, saludó a Carlo —el camarero— y se sentó donde este le indicó.

¿Cómo se lo planteaba si le daba pánico que aceptase la propuesta?

Bajó la vista y se centró en reseguir con el índice los cuadros, rojos y blancos, del mantel, mientras su pie derecho no dejaba de golpear el suelo. El problema no era ese. Lo que de verdad le preocupaba es que ya no sabía cómo comportarse con Roberto. Sacudió la cabeza a los lados e intentó no rememorar lo ocurrido esa mañana.

Fue inútil.

—Suéltalo —sugirió Marta al sentarse frente a ella.

—¡Ah! Hola. No te he visto llegar.

Le pareció que Marta estaba un poco mejor. Sus ojeras no eran tan profundas como la noche anterior, y se podría decir que sus ojos habían recuperado parte del brillo optimista que siempre la acompañaba.

—¿Qué ocurre? —Tessa iba a contestar, pero su amiga prosiguió—: No me digas que nada, porque nos conocemos.

—Acabas de entrar por la puerta —alegó molesta.

—Llego diez minutos tarde, y no te has quejado; no has abierto ni una sola bolsa de *grissini*, y lo habitual es que a estas alturas no quedase ni uno; y, para rematarlo, estabas absorta mirando el mantel como si tuviese la respuesta a cualquier pregunta. Así que confiesa de una vez.

—Hola, chicas. —Carlo se acercó para tomarles nota.

—Lo de siempre, para las dos. Gracias. —Marta ni lo miró.

Tessa levantó la vista y vio cómo Carlo arqueaba las cejas. Ella le sonrió a modo de disculpa, y él se encogió de hombros justo antes de dar media vuelta y desaparecer.

—¿Qué me he perdido? —Se dejó caer en el respaldo de la silla y cruzó los brazos.

—Tú primero. —Marta abrió su paquete de *grissini* y empezó a mordisquear uno.

—Vale. —Tessa se frotó la cara con las manos y se acodó en la mesa—. Mark y Roberto me han propuesto que nos vayamos con ellos a pasar el fin de semana; creen que nos irá bien salir de la ciudad y distraernos. —Tenía el corazón en un puño, y, como mantra, un di que no que se repetía en silencio. Con suerte, a Marta le llegaría la idea.

Su amiga se echó a reír. Primero fue una sonrisa tímida, después se fue agrandando más y más, hasta que una carcajada un tanto espeluznante salió de su boca.

La miró descolocada. ¿Dónde estaba la gracia? Ella estaba histérica.

—¡No puede ser! Veo que tienen el gen de macho alfa muy arraigado.

—Deja de reírte como si estuvieses loca. Todos nos miran —farfulló Tessa con los dientes apretados.

Marta tardó unos segundos en guardar la compostura, aunque apretaba los labios para contenerse. Respiró hondo y le dijo:

—Vamos a ver: nuestra amiga y su novio fallecen en un accidente de tráfico el jueves pasado de camino a un fin de semana prometedor, y ellos creen que emular sus pasos nos puede ir bien. Ha sido Mark, ¿verdad? Eso solo se le puede ocurrir a él.

Tessa parpadeó confusa un par de veces.

—Bien visto. Les digo que no y ya está. —Le dio un sorbo a la Coca-Cola

que Carlo acababa de dejar sobre la mesa mientras la voz de Raffaella Carrà se filtraba por sus oídos.

—De eso nada. Cuéntame qué ocurre. —Marta le sujetó la mano libre y se la apretó—. ¿No ha ido bien la mañana?

Pues no. Se había comportado peor que una niña pequeña.

Joder. Ahora, su parte analítica se las tenía que ver con un impulso infantil que no sabía muy bien de dónde venía.

—No lo he abrazado. He vuelto a apartarlo. Y ahora me siento mal — confesó como si fuese lo peor que hubiese hecho en toda su vida.

—Si me lo explicas desde el principio, es posible que lo entienda.

Dejaron de hablar un instante cuando Carlo sirvió las pizzas sobre la mesa.

—Estos días he dormido con él. Me levantaba a medianoche e iba a buscarlo. Necesitaba sus abrazos. Y él me los daba, ¿sabes? Y yo..., joder, yo me sentía bien. —Tessa no dejaba de gesticular con los brazos—. Y esta mañana he reaccionado como si eso no hubiese ocurrido, como si no lo hubiese necesitado más que respirar. Y me he comportado de la misma forma distante y fría que cualquier otro día.

—¿Pero qué le has hecho?

—¡Nada! Marta, ese es el problema. Le he dado los buenos días desde el quicio de la puerta. ¡Ni tan siquiera he entrado a su despacho! Por miedo. No sé en qué punto estamos. Y más tarde, cuando ambos sabemos que el único que quiero que me abrace es él, he dejado que Mark lo hiciera cuando me ha preguntado cómo estábamos, y ¿sabes lo peor? —Marta negó con la cabeza—. Que en ese instante Roberto estaba presente, y ni tan siquiera me he atrevido a mirarlo a la cara.

—Tienes que tomar una decisión. —Tessa la miró sorprendida.

¿Hablabas en serio? —. Sé que no te gusta que te lo diga, pero debes lanzarte, confiar en él. Te tendrías que ver con mis ojos. Yo daría cualquier

cosa por que alguien me quisiese así.

—Marta, Roberto no me quiere. A él le gustaría tener una relación conmigo, sí; le gusto, eso está claro; me desea, también. Pero no me quiere.

—Eso no es lo que vemos los demás.

—No me vengas con esas. Fuiste la primera en decir que se había comportado como un cabrón.

Cortó un trozo de pizza y se lo metió en la boca.

—De eso hace mucho.

—No tanto. —Estaba muy confundida y... enfadada. O cambiaba de conversación o su amiga pagaría las consecuencias—. Ya te he explicado qué me ocurre, ahora es tu turno.

—He pasado la mañana con la madre de Laura. Me ha llamado para avisarme de que pasaría por el piso a recoger algunas de sus cosas. Yo también he ido. Ha sido duro. —Esbozó una sonrisa triste—. Pero nos ha ido bien estar juntas. Hablar de ella... La he dejado sacando la ropa del armario. Con eso sí que no he podido.

—Con solo ir has demostrado ser muy valiente. Hace un par de días ni te lo hubieses planteado. Yo ni tan siquiera me veo entrando en el piso.

Marta asintió mientras se esforzaba en no llorar.

—Su madre tiene razón. Si me hundo, es capaz de volver para martirizarme por las noches —rió con pena.

—Sería muy capaz. Así que no toca otra que seguir adelante.

—Sí. Y por eso nos iremos de fin de semana con dos buenos amigos. —Tessa trató de discrepar, pero Marta no la dejó—. Eso sí, dile al inglesito que necesito el programa del viaje antes del jueves.

Tessa se hundió en la silla y se metió otro trozo de pizza en la boca. Después de comer regresaría al trabajo; se comportaría como una persona adulta. Torció el gesto, se corrigió: solo lo intentaría.

Roberto, que acababa de llegar de comer, apenas tuvo tiempo de encender el ordenador y empezar a trabajar cuando vio aparecer a Mark.

—Hola. —Su amigo se sentó en una de las sillas que había frente a él y dejó caer los pies cruzados sobre la madera—. No ha sido una buena idea, ¿verdad? Tendría que saber cuándo callarme. ¿Pero qué mierda le he propuesto a Tessa? Si pudiese, me daría una paliza a mí mismo por bocazas. ¡Joder! No recuerdo la última vez que estuve tan nervioso. ¡Ah, sí! Justo antes de perder la virginidad. ¡Imagina! —escupió casi sin respirar.

Roberto dejó a un lado el documento que pretendía revisar y lo miró extrañado. Vaya, su amigo, con cara de póker, eso sí que no se lo esperaba. Lo cierto, es que la idea de pasar el fin de semana juntos le había parecido dantesca. E inoportuna. Aunque, por otro lado, también le brindaba la oportunidad de acercarse a Tessa. Joder. Esa misma mañana había tenido ganas de abrazarla y pedirle que dejase de comportarse como una cría. Qué si no había aprendido nada. Y eso, teniendo en cuenta, que se esperaba esa reacción en ella.

Necesitaba tiempo; por el momento, se lo daría.

Resopló, y centró de nuevo su atención en Mark.

—¿A qué viene ahora eso?

—No sé esperar. Jamás lo he hecho. Y no tengo la menor idea de a quién se le ocurrió que ir tras una mujer era necesario. Seguro que ese tipo, aparte de imbécil, se iba a dormir solo cada noche.

—Ya veo. —Se puso de pie y se sentó en una de las esquinas de la mesa—. Ha llegado ese momento.

Mark se encogió de hombros y subió las manos para entrelazarlas tras su

nuca.

—Supongo. —Mark miró al techo, parecía sopesar las palabras que mejor definían su estado de ánimo—. Es la única mujer que, nada más verla, mi cerebro ha catalogado con un «guau» gigantesco. Estaba preciosa.

Roberto soltó una risotada y Mark lo miró sin entender.

—Y borracha.

—Eso también —convino Mark con una sonrisa ladina—. ¡Oh! Y la forma despreciable en la que te miró, dejando claro que no le gustaba la manera de comportarte con su amiga. —Roberto levantó las cejas. Él ni tan siquiera se había percatado—. Si a esas alturas no hubiese dado por hecho que te habías acostado con Tessa, Marta me habría dado la pista definitiva. Es directa, tiene ideas locas y una pose de sabelotodo que me enloquece. Mierda. La habría arrastrado hasta el hotel esa misma noche y no la hubiese soltado. Te lo juro. Por primera vez puedo decir que una mujer no solo me llama la atención para pervertirla, también tengo la necesidad irracional de protegerla. Como si eso fuese posible. Y estoy entre cachondo, acojonado y feliz.

Se hizo un silencio en la sala que le pareció demasiado largo. La verdad es que él estaba convencido de que Marta sentía lo mismo por su amigo: su lengua afilada se volvía más eficaz cuando Mark era el objetivo, la forma de mirarle, algún que otro comentario que había escuchado entre las chicas... Sí. Ella estaba igual que él. Miró a Mark y, con una sonrisa que le llegaba a las orejas, le dijo:

—Si quieres, te lo resumo en tres palabras. —Mark dejó caer las piernas al suelo, se acodó en las rodillas y prestó atención—. Te han cazado.

Roberto soltó una carcajada que fue secundada por Mark, que dio una palmada al aire y se levantó.

—Bueno, ahora estamos los dos igual. —Roberto asintió—. Pues algo habrá qué hacer. Aunque yo me siento fatal. Me da la sensación de que me

aprovecho de la mala situación que está viviendo.

—No lo haces. No lo hacemos. Las cosas son así. Y no por ello renunciaremos a lo que sentimos. Yo no pienso hacerlo.

—La verdad es que yo tampoco.

En ese momento unos golpecitos en la puerta los avisaron de que Tessa acababa de regresar de comer.

—Hola. —Entró en el despacho.

—¿Qué tal la comida? ¿Os ha tratado bien Carlo? —Roberto escuchó por primera vez la voz de su amigo titubear. ¡Increíble!

—Bien. Todo bien. Bueno. —Balanceó los brazos y las piernas al mismo tiempo—. ¡Preparaos para el fin de semana! Y que sea lo que Dios quiera. — Tessa miró a Roberto y esbozó una pequeña sonrisa. ¡Genial! Quizás la idea de Mark no había sido tan mala.

—Me pongo manos a la obra. Salida, el viernes; regreso, el domingo. A ver qué encuentro. —Roberto vio como Mark intentó salir del despacho antes que Tessa para dejarlos a solas, pero ella fue más rápida. ¡Dios! Cuando toda esa fase pasara, hablaría con ella. ¿Cómo podía ser tan escurridiza?

—¡Ah! Por cierto, Marta quiere el programa de lo que haremos antes del jueves —gritó desde el pasillo.

—Perfecto. Pero dile a *honey* que si quiere algo de mí, tendrá que pedírmelo en persona.

Mark le guiñó un ojo a su amigo justo antes de dejarlo solo.

Roberto no pudo más que sonreír.

Capítulo 14

Tessa caminaba nerviosa de un lado a otro, en una de las habitaciones de la casa de Roberto, a la espera de que Marta regresara del baño. ¿Qué coño hacía allí? Eso era mucho peor que pasar el fin de semana con unos amigos en un hotel.

Desesperada, se sentó en la cama, flexionó las piernas y hundió la cabeza entre ellas. ¿A quién quería engañar? Roberto no era su amigo. Ni su pareja. Ni... ¡Mierda! Golpeó el colchón con una mano y se dejó caer hacia atrás. En realidad, Roberto era todo lo que deseaba, aunque se había pasado toda la semana esquivándolo. Era una cobarde. Y él. Joder. Estaba convencida de que él sabía que ella actuaría de esa forma. Hasta ese punto habían llegado. Y aun así, no encontraba la manera de confiar en Roberto.

—Ya estoy lista, ¿bajamos? —Marta entró en el dormitorio con una sonrisa en los labios.

—Tenemos que hablar. —Tessa se incorporó y miró a su amiga todo lo seria que la situación requería—. Prométeme que, si mañana continúa el mal tiempo, regresaremos a casa.

—Sé que no te gusta estar aquí. Pero es la mejor opción. Si el temporal remite, mañana saldremos de viaje. Será más práctico si estamos todos juntos. Además, piénsalo, no podíamos negarnos. Hubiese sido raro.

Una alerta de Protección Civil los había obligado a aplazar el viaje, del viernes al sábado, en el último momento. Y Mark, en su objetivo de entretenerlas, tuvo la brillante idea de que todos pasaran la noche en casa de su amigo a la espera de la evolución del temporal.

—¿Raro? ¡No más que esto! —Levantó los brazos y señaló a su alrededor—. Estoy en la misma habitación que hace una semana. En esa de la que a medianoche me fugaba para irme a la cama de Roberto. ¡Eso sí que es raro!

—Pues haberlo dicho. —Marta resopló.

—¡Oh! ¡Claro! Le habría dicho a Mark: «Perdona, pero no puede ser, porque no estoy segura de que cuando Marta y tú estéis dormidos, sea capaz de quedarme quietecita en la cama y no ir en busca de tu amigo».

Marta se echó a reír.

—Hubiese sido genial.

Tessa cabeceó a los lados e imaginó la escena.

—Sí. En eso te doy la razón.

—Mark me gusta. —Tessa miró a su amiga con la expectativa de saber cómo acabaría esa conversación—. No en plan «es el amor de mi vida» ni nada de eso. Pero me gusta y, además, tengo curiosidad —confesó mordiéndose el labio inferior.

—¿De qué?

—De si se le da bien —susurró.

—¿Follar? —Estaba perpleja. No reconocía a la romántica de su amiga.

—¡No! Hacer punto de cruz. —Marta se acercó a Tessa y le dio un golpe con la cadera—. Me quiero acostar con él. No digo que vaya a ser hoy, ni mañana, pero ocurrirá. Y tú deberías hacer lo mismo. —Tessa arqueó las cejas, asustada—. ¡No! Tú, con Roberto, ¡tonta!

—Marta, ahora en serio, me parece genial que quieras descubrir las grandezas de Mark. Pero a mí no me metas en medio. Solo quiero regresar a casa si, al final, no nos vamos de fin de semana.

—Eso es mentira. Tú lo que quieres es meterte en la cama de Roberto. Por eso estás nerviosa. ¿No crees que ya es hora de que hables con él? No os iría nada mal aclarar ciertas cosas.

—No queremos lo mismo. —La voz de Tessa sonó afligida.

—No lo sabrás si no se lo preguntas. No es el mismo Roberto que te dejó la nota. Hasta yo me he dado cuenta, y eso que por aquel entonces no lo conocía.

—Ya.

—¡Ni ya ni leches! ¡Que hables con él!

—Ya. —Tessa se levantó y tiró de Marta—. Será mejor que bajemos. A saber qué están preparando para cenar.

—Una reacción muy madura. —Marta se incorporó y abrió la puerta.

—Sí. Igual que la tuya. Que me lías a mí para tirarte al inglesito. Como vuelvas a decirme eso de «¿qué tiene de malo pasar un fin de semana con unos amigos?», te estrangulo.

Cuando bajaron al primer piso, se encontraron con Mark en la cocina, con un delantal puesto y amasando harina.

—Cenaremos pizza —les dijo risueño en cuanto cruzaron la puerta.

Tessa vio a Roberto poniendo la mesa. *Corner* fue en su busca y empezó a seguirla por el comedor.

—¿Te ayudo? —Se acercó hasta él y sintió que un peso en su interior se aligeraba cuando le sonrió.

—No. Pero si quieres, puedes poner música. Ya sabes cómo va.

—Claro. —Se aproximó al equipo y, sin estar muy segura, escogió el mismo CD que la primera noche que pasó en esa casa. En cuanto la voz de Stacey Kent empezó a sonar, notó cómo Roberto se pegaba a su espalda. Cerró los ojos y se dejó llevar, ¡qué bien se sentía cuando estaba junto a él!

—Veo que te gustó —le susurró al oído.

Le iba a contestar que mucho más de lo que estaba dispuesta a confesar cuando se acordó de la nota, de su forma de tratarla y de cómo había desaparecido sin decir nada.

Y sintió pánico. Miedo de atreverse a quererlo, de que volviese a ocurrir algo parecido y de no poder hacerle frente.

—¡Chicos! Acabo de hablar con el hotel —Mark gritó desde la cocina.

Roberto maldijo en voz baja y se separó de Tessa.

—¿Y qué dicen? —Tessa salió escopeteada hacia sus amigos.

—Que habrá que dejarlo para otro día. La mayoría de actividades son al aire libre, pagaríamos por nada. —Se encogió de hombros—. Pero que no cunda el pánico. Esta noche, pizza y película, y, para mañana, algo se nos ocurrirá. Total, para estar encerrados, ¿qué más da que estemos aquí o en otro sitio?

—¡Pues a mí se me ocurren unos cuantos lugares! —escupió Tessa sin pensar, y fue la primera sorprendida por su actitud.

—¿Perdona? —Roberto parecía dolido.

—Lo siento. No tendría que haber aceptado. Ni esto ni nada, en realidad. —Le costaba respirar, y la voz le salió entrecortada—. Me tengo que ir a casa. Se giró para huir de allí, cuando Roberto la cogió por el brazo.

—¿Por qué? —Creyó que estaba enfadado.

Miró a Marta, que tenía la boca abierta y la decepción pintada en la cara.

—Yo... A mí... me duele estar contigo —titubeó mientras miraba a sus amigos y evitaba cruzarse con los ojos de Roberto.

Él la soltó.

Ella se quedó inmóvil.

—Vale. —Roberto se pasó las manos por el pelo y, con una calma que era evidente que no sentía, le dijo a Mark—: Voy a sacar a *Corner*. ¿Las acompañas a casa?

—Claro.

Roberto llamó al perro y desaparecieron.

Tessa seguía en medio de la cocina, consciente de que todo su mundo

acababa de caer por un precipicio.

—Te has pasado —la reprendió Marta.

—No se lo merece. Y lo cierto es que tú tampoco. —Tessa miró a Mark sin entender a qué se refería—. Os queréis. Os guste o no, es lo que sentís. Y no creo que ninguno de los dos pueda luchar contra eso, por mucho daño que os hayáis hecho.

—No sé por qué lo he dicho. Estaba... —Miró hacia el equipo de música—. Y después...

—A mí no tienes que darme ninguna explicación. Es a él a quien se la debes.

—Mark tiene razón. Ve a buscarlo. No dejes así las cosas, o te sentirás peor.

Tessa asintió y, sin decir nada, salió en su busca.

Cuando un viento frío le golpeó la cara, Roberto se sintió aliviado.

Lo había dicho de verdad. No lo quería cerca. Lo vio en sus ojos, en su mirada taciturna, y en el estado de confusión que la embargaba.

No había mentido. Y nada, en toda su vida, le había hecho tanto daño.

Por un segundo pensó en regresar. En intentar hablar con ella. Que lo dejase explicarse. Pero en cuanto puso el primer pie de nuevo en el portal, supo que no serviría de nada. Estaba enfadado. Consigo mismo por hacer las cosas mal. Con ella por no darle una oportunidad.

Se pasó una mano por el pelo, mientras que, con la otra, sujetaba la correa de *Corner*. La amaba. Y no entendía que ella no quisiese estar a su lado cuando a él le costaba la vida no tocarla. No buscarla en todo momento. No fundirse en su cuerpo.

No. No podía entrar. No en ese estado.

Frustrado, se dio media vuelta y corrió hacia el parque. Luchó contra un viento que le iba en contra, y con unas ganas locas de dar media vuelta e ir en su busca. Besarla era lo único que necesitaba. Al parecer, la única forma en la que se entendían. Rio amargado. Tantos años buscando solo eso y, ahora que anhelaba otra cosa, era lo único que había encontrado.

Se acercó al lago y se quedó bajo un sauce. El crujido de las ramas bajo el viento le pareció muy adecuado. Ellas luchaban por seguir aferradas al árbol. Él no admitía desprenderse de Tessa. Pensó que encontraría la manera de seguir a su lado. Quizá ese día no supiese cómo, pero seguro que, tarde o temprano, se le ocurriría algo. Desató a *Corner* para que pudiese moverse con libertad; mientras, el centró su vista en el pequeño oleaje que el aire surcaba en el lago. Y aceptó que eso era lo que le había ocurrido. Tessa lo había cambiado todo. Y al contrario de lo que le pasaría a esa masa de agua cuando el temporal remitiese, él ya no volvería a ser el mismo. Jamás. Ocurriese lo que ocurriese, su olor a coco, su sonrisa, sus pequeñas pecas sobre la nariz y las mejillas; toda ella seguiría bajo su piel.

—Hola.

Roberto se giró poco a poco. No estaba seguro de si había escuchado su voz o era el ulular del viento, que le quería jugar una mala pasada. Pero no, allí estaba, con el pelo yendo de una dirección a otra sin sentido, los brazos cruzados frente a su pecho, y temblando de frío.

—¿Cómo sales sin chaqueta?

—Si subía a la habitación a por ella, quizá me arrepentiría y no vendría a por ti. No he querido arriesgarme. —Una oportunidad.

Roberto se quitó la suya para ofrecérsela.

—Póntela.

—No hace falta —respondió dando un paso atrás.

—Claro que sí. Tú eres más friolera que yo. —Dejó caer la prenda sobre sus hombros mientras Tessa sonreía con timidez.

—Perdóname. No debí decir tal cosa. —Se perdió en el marrón de sus ojos y sus largas pestañas. De repente, ya no escuchaba el rugir del viento, e incluso *Corner*, por una vez en la vida, no se tiró sobre Tessa en cuanto la vio.

Volvían a estar dentro de su burbuja.

—No deberías disculparte por algo que sientes. —Cerró los puños en un intento de controlar las ganas que tenía de acariciar su rostro—. Sé cuándo mientes, y antes no lo has hecho. —Estaba allí, había ido en su busca.

—Es una verdad a medias —susurró, y se mordió el labio inferior. Roberto se apartó a un lado. No podía perder el control en ese momento. — Estoy atrapada —su voz sonó desesperada—. No puedo estar sin ti. Me siento mal cuando te ignoro con la esperanza de que este sentimiento que me ahoga desaparezca. Pero tampoco quiero estar contigo. Y eso me duele de una forma que no te puedes llegar a imaginar.

No pudo más.

En dos zancadas la acorraló y la empujó hasta que su espalda dio con el tronco del sauce. Tessa abrió muchos los ojos, sorprendida.

—¿La notas? —Ella asintió con los ojos llorosos—. Pues es real. Nuestra burbuja no es fruto de la tensión sexual de un día. Es algo que hay entre nosotros desde el instante en el que *Corner* se te echó encima. —Tessa intentó hablar, pero él le puso el índice sobre sus labios—. Escúchame. Sé que lo hice mal. Es sencillo; yo no quería enamorarme. Desde que falleció mi madre, huyo de ese sentimiento. De la posibilidad de que amar a alguien me causase el mismo daño que sufrió mi padre cuando ella murió. Creí que si no corría ese riesgo, todo me iría bien. Fui un estúpido. —Acercó la nariz al rostro de ella y su olor le dio fuerzas para continuar—. Solo tuve que pasar contigo dos minutos para saber que eras distinta. Que me cambiarías la vida. Y, aunque

mal, no fui capaz de resistirme a tenerte cerca. —Enmarcó su cara con las manos—. Me asusté. Las dos veces. Cuando te di mi número de teléfono, tardé en contestar por miedo. Y lo de la nota... ¡Mierda! —Roberto se dio media vuelta y empezó a ir de un lado a otro, dándole la espalda. Eso no se lo perdonaría.

—No pares, explícamelo —le suplicó Tessa, rodeándolo con sus brazos por la cintura.

Él se giró.

—Quería que sintieras que la noche anterior no había significado nada. Justo porque me importabas demasiado. Fue cruel. Lo sé. Pero en ese instante solo vi que tenía que huir de ti. Representabas todo aquello que yo no quería. Y tenía que asegurarme de que no volverías a buscarme. —Vio cómo la cara de Tessa mudaba de la esperanza a la incredulidad. La atrapó de nuevo contra el árbol y volvió a enmarcar su cara con las manos—. No sabes la de veces que aquel fin de semana estuve a punto de llamarte. Y sé que no es excusa, porque no lo hice. Pero ya entonces, lo que provoqué me pesó en el alma. —Ella empezó a llorar. Roberto le secó las lágrimas con las yemas de sus dedos—. Tenías razón. Cuando en el hotel me dijiste que yo no quería lo mismo que tú, no te equivocabas. No porque no lo sintiera. Sino porque aún no lo había aceptado. No del todo. Y creo que soy un ser despreciable, pero te tengo que confesar que la semana pasada, cuando fui a buscarte a casa, me di cuenta de que prefería cinco minutos contigo a toda una vida sin ti. Porque si hubieses muerto tú en lugar de Laura, mi vida hubiese acabado en ese mismo instante.

El llanto de Tessa era incontrolable. Roberto la abrazó mientras ella hundía la cabeza en su pecho. Estuvieron así un buen rato, hasta que los ladridos de *Corner* los alertaron de que empezaba a llover.

Tessa levantó su cara y respiró hondo. Roberto no pudo más que mirarla a los ojos en busca de una respuesta. De algo que le dijese qué sentía, después

de abrirse en canal.

Ella le sonrió.

—Para próximas veces, será mejor que expreses mejor tus sentimientos. —
Tessa atrapó un mechón pelirrojo entre los dedos y jugueteó con él.

—¿Próximas veces?

Tessa sonrió unos instantes.

—Sí. Ya sabes... —Posó la palma en la mejilla de Roberto, mientras que colocaba la otra en su nuca y tiraba de él en busca de sus labios—. Las parejas no siempre ven igual las cosas. Creo que, en nuestro caso, será mejor que hablemos de lo que nos preocupa antes de que se complique la situación. Somos peligrosos.

Justo cuando sus labios iban a rozarse, Roberto se detuvo.

—Dímelo —susurró con una sonrisa diabólica.

—¿El qué? —preguntó Tessa con falsa inocencia.

—Lo que quiero oír. —El simple roce de su aliento era insoportable. No sería capaz de aguantar mucho tiempo ese juego.

—Te amo, Roberto.

—Ya decía yo...

Y ahogó la carcajada de Tessa con un beso incendiario.

Roberto se despertó cuando los primeros rayos de sol entraban perezosos en la habitación. A su lado, Tessa dormía boca abajo. La sábana la cubría hasta la cintura y el pelo alborotado le ocultaba parte del rostro. Tentado de recorrer con la punta de los dedos el precioso camino de su columna vertebral y dibujar círculos en los hombros, apretó los puños con fuerza para impedirlo. Tenía que dejarla dormir. Las últimas horas habían sido intensas y, por

primera vez en mucho tiempo, le dio la sensación de que descansaba de verdad. (Las noches que había ido en su busca, tras la muerte de sus amigos, apenas cerraba los ojos unas pocas horas y no dejaba de removerse inquieta). Se acodó y, con mucho cuidado, se deslizó hasta besarla con suavidad en la cabeza. Al apartarse, una sensación placentera con la que no contaba lo sorprendió: si ella estaba bien, él era feliz. Algo tan complicado y sencillo a la vez que le pareció que, después de mucho tiempo, el estar vivo y permitir que su corazón le mostrase el camino valía la pena.

Abandonó la cama con sigilo y se adentró en el vestidor en busca del pantalón del pijama que no había llegado a ponerse la noche anterior. Se mofó de sí mismo al verse reflejado en el espejo: apenas podía dejar de sonreír. Divertido, lo intentó un par de veces solo por aquello de contemplar, fascinado, que era incapaz de bajar la comisura de sus labios.

Joder. Esa sensación era fabulosa.

Se fue a la cocina.

—Buenos días. —Escuchó la voz soñolienta de Tessa y se giró con lentitud. Lo miraba desde el medio del pasillo. Llevaba puesta una de sus camisetas y sonreía como él lo había hecho al levantarse. Eso era bueno. Muy bueno—. Huele de maravilla.

Se aproximó hasta ella. La levantó hasta que le envolvió la cintura con sus piernas y esbozó una sonrisa.

—Solo es café y un par de tostadas. ¿Te apetece zumo de naranja? —Tessa negó con la cabeza, justo antes de rozar sus labios y fundirse en ellos—. ¿Pones la mesa?

—Claro. —Puso los pies en el suelo como si le costase despegarse de él—. ¿Y Mark y Marta? —indagó de camino a la cocina. Hundió un dedo en el tarro de mermelada de fresa que Roberto acababa de abrir y se lo llevó a la boca—. Me gusta. Yo también quiero.

Corner apareció y se lanzó sobre ella como de costumbre.

—Han dejado una nota, está sobre la mesa.

La observó atento, no quería perderse ni una sola de sus reacciones cuando la leyese.

—¿Pero qué coño es esto? —Sujetaba el trozo de papel con dos dedos y lo agitó como si de esa forma consiguiera que las letras se mezclasen y creasen palabras nuevas—. Al final le daré la razón a Mark en eso de que no es romántica.

Roberto lanzó una carcajada y, tras dejar sobre la mesa los dos platos con el desayuno, la abrazó por la espalda. Susurrándole al oído, le preguntó:

—¿Acaso no es cierto? Me he venido a la cocina justo para dejarte descansar. Si me hubiese quedado, y espero que no me digas aquello de que soy un fanfarrón, llevarías rato despierta gimiendo bajo mi cuerpo. —Las manos de Roberto no dejaron de recorrer las curvas de Tessa mientras hablaba—. Pero ahora vamos a desayunar.

Se separó de ella y fue en busca de los cafés.

—Vale.

—¿Qué? —Tessa, sentada frente a él, entrecerraba los ojos y sonreía de lado. Roberto no pudo evitar preguntar, aunque sabía que se trataba de una trampa.

—Nada. —contestó con intriga. Levantó las cejas para animarla a continuar—. Solo pensaba en la nota.

—¿Y? —Roberto mordió una tostada.

—Que en lugar de: «Ya tocaba que os aclararais. Ahora a follar mucho. Nos vamos a tu piso por si queréis probar posturas en el comedor o la cocina. Hablamos el lunes. Marta», se me ocurre una forma un poco más... elegante de expresar lo mismo. —Se mordió el labio inferior. Provocativa. Y Roberto tuvo que contenerse para seguir con el juego y no cargársela a la espalda y

llevarla a la habitación.

—Ilústrame —balbuceó con un nudo en la garganta.

Tessa se acodó en la mesa, se echó hacia delante y, tras mojarse los labios, susurró:

—La mía diría algo así: «¡Serás pervertido!» ¿Cómo te puede hacer gracia esa nota? Joder. Lo nuestro dejó de ser solo sexo hace mucho. Si es que alguna vez llegó a ser solo eso. —Mierda. La había cagado. Estaba enfadada de verdad. Se puso serio de golpe. Tenía que arreglarlo—. ¿Te lo has creído? — Ella esbozó una sonrisa de pura diversión y sus ojos chispearon—. Era una broma pequeñita. Te la merecías. Me has puesto cachonda y después te has sentado a comer tostadas como si nada. No me van esas cosas. Si empiezas algo, lo acabas. —Apretaba los labios con fuerza en un claro, y poco efectivo, intento de reprimir las carcajadas que empezaban a burbujear entre sus labios.

—Cuando llegue a tres, te quiero en la cama. Desnuda. —Fue consciente de cómo la respiración de Tessa se aceleraba. Joder. Eso le gustaba. Ella le gustaba.

—Ahora me estás tomando el pelo tú a mí. Seguro que no vienes.

—Uno. —Tessa seguía inmóvil—. Dos. —Roberto clavó sus ojos en ella y, con una voz tan ronca que ni siquiera reconoció como propia, le aseguró—: Si no es allí, te follaré sobre la mesa. Pero te juro que lo haré.

Los ojos de Tessa se oscurecieron y se levantó de golpe.

—Vale. Pero cuenta hasta cuatro, que cogeré la mermelada.

Rato después, en la habitación, se quitó el preservativo, le hizo un nudo y lo dejó en el suelo.

—¿Tienes hambre? —Roberto la acomodó sobre su pecho y enroscaron sus piernas.

—Sí. Pero ni se te ocurra moverte. —La voz de Tessa le sonó lejana. Como si en aquel preciso instante la estuviese recuperando de algún lugar al

que se había ido—. Me gusta estar así. Sentirte cerca.

Le puso un dedo en la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Cielo. Tú no estás cerca. Estás dentro. —Le dio un vuelco el corazón cuando los ojos de Tessa se volvieron acuosos—. ¿Qué ocurre, cariño?

—No... No quiero ponerte triste. —Parpadeó un par de veces, le retiró la vista y lo abrazó con fuerza.

—Elige lo que prefieras: triste o enfadado —bromeó, acariciando su espalda de arriba abajo para tranquilizarla. De repente, se había tensado.

—Explícamelo. Lo que ocurrió cuando falleció tu madre. —Tembló entera al pronunciar cada una de esas palabras. Como si supiese, de antemano, que no sería una conversación fácil para ninguno de los dos—. Ni tan siquiera sé cómo se llamaba. Ni por qué eso hizo que te alejases de mí. Creo... Necesito entender por qué no hemos podido estar así antes —murmuró.

Roberto sabía que tarde o temprano llegaría ese momento.

No sabía ni por dónde empezar.

Respiró hondo, y cogió fuerzas.

—Se llamaba Amanda. Era increíble. Alegre, vital, cariñosa. La mejor madre del mundo. Estaba sana. —Permaneció callado durante un corto espacio de tiempo—. Un día, con cuarenta y ocho años, le falló el corazón por la noche mientras dormía.

—Lo siento —susurró Tessa. Roberto la abrazó con fuerza para después seguir acariciándola.

Aquella había sido la parte fácil. Ahora tocaba la difícil.

—Fue terrible perder a mi madre, pero aún más perderlos a ambos aquella misma mañana. —Tessa levantó el rostro y lo miró a los ojos. Claro. No lo había entendido. Normal no hacerlo—. Mi padre se encerró en sí mismo. Dejó de trabajar, apenas comía; se podría decir que no vivía. Solo se levantaba y bajaba a la biblioteca, se sentaba en la butaca en la que mi madre solía leer

cuando tenía tiempo, y respiraba.

Se dejó llevar por los recuerdos. Por los primeros días en los que acompañaba a su padre en silencio, a la espera de que alguna palabra saliera de su boca. Un grito. Una lágrima. Algo que le dijese que dentro de aquel saco de piel y huesos en el que se estaba convirtiendo, seguía estando el hombre al que más quería en el mundo.

—¿Cuándo mejoraron las cosas?

Tessa lo sacó de sus pensamientos.

Cogió aire.

—Eso es complicado. Cada uno lo hicimos a nuestro modo. Por separado. Con el tiempo, la única que se preocupaba por los demás era Amanda. Y no se lo pusimos fácil. —Una risa triste y rota emergió del pecho de Roberto. Silencio—. Mi padre empezó a trabajar a los dos meses. Aunque era la sombra del hombre que había sido. Y en casa..., en casa no era nada. En él reconocíamos a mi padre, sí. Pero era como si todo el amor que tenía en el pecho se lo hubiese llevado mi madre consigo. Estaba. Se preocupaba por nosotros, a su modo, uno extraño, distante, frío; al que no estábamos acostumbrados. Ejercía de figura paterna. Pero no de padre. —Un nudo se le instaló en la garganta—. Aquel año no estuvo con nosotros para nuestros cumpleaños, ni en las navidades. Ni mucho menos para el aniversario de mi madre. Lo afrontaba solo. Si es que se puede llamar así a lo que hacía. Hasta que un día, sin saber el motivo, empezó poco a poco a mostrarse como antes. Y aunque estoy convencido de que jamás será el mismo, desde que está con Sara, se aproxima mucho al hombre que era.

Se fijó en las motas de polvo que se veían entre los rayos de sol. En cómo flotaban, tranquilas, meciéndose a un ritmo pausado. Se acordó de las horas que había pasado envidiándolas al morir su madre. Pensando que quizá ellas podrían llegar a encontrarse con su madre en algún lugar.

—Y tu hermana, ¿cómo lo llevó?

Una tregua. La peor parte para el final. Esa era su chica.

—Es como mi madre: valiente por naturaleza. Mal y bien, supongo. Aunque ella sí se dejó ayudar. Mark estuvo siempre a su lado. Y luego apareció Guy. Joder. Ese tipo era encantador, se veía que la quería, que estaba enamorado. Y daba asco. —Tessa levantó la vista y lo miró perpleja.

—Vaya. —Bajó la vista y empezó a dibujar círculos sobre su pecho.

Cerró los ojos y dejó que el simple contacto de su piel le diese fuerzas para continuar.

—Lo trajo a casa en agosto de ese año. El día de su cumpleaños. Dijo que no pensaba pasarlo sola. Me enfurecí, esos días eran nuestros. De nadie más. Me respondió que estaría con alguien que se preocupara por ella. Fue un ataque en toda regla y yo recogí el guante. Con el tiempo he reflexionado sobre todo lo que le llegué a decir sobre el amor y los riesgos de aventurarse en él. Ahora sé que eran gilipollices, pero también que Guy tiene el cielo ganado por no partirme la cara aquella tarde.

—¿Tan terrible fuiste?

—Peor. Te lo aseguro.

El silencio se volvió tan denso que parecía que de un momento a otro se quedarían sin oxígeno.

—¿No querías enamorarte? —balbuceó Tessa.

Roberto la hizo a un lado, apoyó la espalda en el cabezal de la cama y la sentó a horcajadas encima de él. Con ternura rozó el puente de su nariz, se deleitó con la visión de las pecas que le salpicaban el rostro y se perdió en esos ojos marrones que adoraba.

Ella.

Solo ella.

—No quería sufrir. Romperme en mil pedazos si me ocurría algo

semejante. Estaba dispuesto a pasarme la vida entera sin necesitar a nadie. — Paseó la yema de los dedos sobre sus labios, se acercó y los besó—. Hasta que tú llegaste, y lo cambiaste todo.

Tessa le acarició el rostro, bajó las manos, buscó las suyas, y entrelazaron los dedos.

—¿Cuánto hace que murió tu madre?

—El 13 de febrero se cumplieron diez años.

Contempló cómo los ojos de Tessa se agrandaban. Abrió la boca. La cerró. Apretó los labios. Los separó. Y dejó ir todo el aire que parecía retener en sus pulmones poco a poco.

—Eso es mucho tiempo. —Le soltó la mano y le acarició el pecho.

Roberto enmarcó su cara con las manos, la miró con fijeza y se lanzó en busca de sus labios. Dios. La necesitaba tanto, de una forma tan irracional, que haría lo que fuese por ella.

Se apartó y la vio parpadear confusa. Joder. Él tampoco entendía que, ni tan solo durante un segundo de su vida, hubiese querido renunciar a lo que sentía por ella.

—Lo sé.

—¿Durante ese tiempo, tú...? —No acabó la pregunta.

—No he tenido jamás una relación estable. He cubierto necesidades con mujeres que han tenido claro que era sexo y nada más.

—¿Solo esperabas eso de mí? —La decepción en su rostro le hizo daño—. ¿Por eso desapareciste después de pasar la noche juntos?

—No. No. No. Joder. No es así. —Se pasó las manos por el pelo y las colocó de nuevo sobre sus mejillas para dejar caer la frente sobre la suya—. Yo..., mierda. El primer aniversario de la muerte de mi madre fue un desastre. Mi hermana se quedó en casa, a la espera de que mi padre o youviésemos la decencia de pasarnos por allí. Estar juntos. Llorarla acompañados. Pero no fue

así.

Recordó que aquella noche había llegado a casa borracho. Se había pasado la mañana en un piso de estudiantes de un compañero de la universidad, follando con una chica con la que apenas había intercambiado tres palabras. Se sintió sucio, estúpido, vacío. Y bebió.

—Pobre. Se debió de sentir muy sola.

—Se enfadó mucho. Jamás nos lo dijo, pero solo tenías que darte cuenta de cómo nos miraba para saberlo. A la semana siguiente se fue a vivir con Guy. Y al año siguiente, el 20 de febrero, se casaron. —La miró a los ojos y, con un hilo de voz, continuó—: Fue su manera de obligarnos a estar juntos en esos días. A pensar en que había una parte buena de la vida a la que, por decisión propia, le estábamos dando la espalda. Cada año, desde el segundo, una semana después de la muerte de mi madre, celebramos el amor de Guy y Amanda.

—Creo que hizo bien. Aunque seguro que vosotros la odiarías por ello.

—Tessa, yo no pude soportar esa presión. La primera celebración fue la peor. La que me dejó más tocado. Salí a la calle y, sin buscarla, me encontré con una chica agradable. Me hizo sonreír, olvidarme de todo durante el rato que estuve con ella. Creer que me podía permitir querer a alguien. Y fantaseé. Joder. Durante siete días me creí la mentira.

Le temblaban las manos. Se las sujetó.

—¿Qué ocurrió?

—La realidad se impuso. Y volví a mi rutina de sexo sin sentimientos. Hasta que llegó el segundo año, el tercero y, para el cuarto, aquella semana en la que me permitía sentir, en la que abría mi corazón a una desconocida, ya se había convertido en una especie de purga necesaria. En algo a lo que no podía renunciar. Aunque, por otro lado, cada vez me costaba más llevarla a cabo. Volver a desconectar las emociones, más complicado. Mi corazón empezaba a ganarle el pulso a los motivos.

Lo vio con total claridad: los ojos de Tessa perdieron brillo, su gesto se tensó, su cuerpo se encogió y, si no fuese imposible, juraría que notó cómo su corazón latía más despacio.

—Nos conocimos el décimo año. Soy la chica número diez —murmuró, apartando la vista de él un instante.

En un rápido movimiento, la empujó contra el colchón y se colocó sobre ella. Se acodó a los lados y, enmarcando su rostro con las manos, sentenció:

—Eres la única. Es así de fácil. Me lo dijeron mis manos —confesó con una sonrisa en los labios, rozándole la nariz con la suya.

—¿Tus manos? —Una leve sonrisa. Una chispa en sus ojos. Dios. Con qué poco lo hacía sentir vivo.

—Se morían por tocarte. Y cuando lo hicieron, ¡joder! Nunca tenían suficiente. Ellas fueron las primeras en darse cuenta de que separarse de ti no era una opción.

—Chicas listas —bromeó con una dulce sonrisa.

El nudo que hacía rato que sentía en el estómago empezaba a diluirse.

—Cierto.

La besó con ternura mientras sus manos no cesaban de acariciar sus mejillas. Descubrió que quería eso siempre. Levantarse a su lado, hacer el amor sin prisa, pensar en qué más se podría untar la mermelada, ver a *Corner* saltar sobre ella todas las mañanas.

Se dieron un respiro y, con una sonrisa que no le cabía en el rostro, le propuso:

—Quédate conmigo.

Tessa se iluminó; las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba y sus ojos centellearon.

—Vale.

Un suspiro.

Satisfacción.

La duda.

Quizá no lo había entendido.

—Me refería a que te quedas a vivir aquí, conmigo.

—Lo he entendido a la primera —le respondió divertida, besándolo en los labios—. El domingo iremos a mi piso a por ropa. Hasta entonces, hagamos el amor.

Explosión.

¡Se iba a vivir con Roberto! Y lo mejor de todo es que no le parecía una locura. Después de todas las dudas, los rechazos, las idas y venidas, responderle que sí fue lo más natural del mundo. Apenas lo pensó. Pero es que no necesitaba hacerlo, porque era el paso siguiente dentro de una secuencia lógica.

—No he sabido nada de ellos en todo el fin de semana. ¿Y tú? —Era domingo, estaban en el rellano de su piso, a tres pasos de abrir la puerta. Tessa negó con la cabeza—. ¿Quizá tendríamos que haber llamado antes de venir?

—No creo que se hayan matado, si eso es lo que te preocupa.

—No. Más bien lo contrario.

Roberto esbozó su sonrisa más canalla, y Tessa pensó que más tarde retomarían la conversación. Ahora ya no podían, acababa de introducir la llave en la cerradura.

—¡Hola! —gritó por si acaso.

Nadie respondió. ¿Y si habían salido? Que ellos se hubiesen pasado todo el fin de semana encerrados —a excepción de las veces que habían sacado a

Corner a pasear—, no quería decir que sus amigos hubiesen hecho lo mismo.

Recordó que a Marta eso le encantaría y rio por lo bajo.

Miró a Roberto, que se encogió de hombros, divertido.

—Parece ser que estamos solos. ¿Los llamo?

Tessa no tuvo tiempo a responder. Unos jadeos un tanto extraños llegaron hasta sus oídos.

—¡Ay, Dios! Venimos en mal momento. —A Tessa le subieron los colores.

—Cielo, eres adorable. —Roberto se aproximó y le dio un casto beso en la mejilla. Ella lo miró recelosa—. No quiero que te sonrojes más. Te saldría humo por las orejas.

—Eres tonto —bromeó a medias.

—¡Mierda! —Se escuchó el grito por todo el piso, y, acto seguido, Marta apareció en el comedor en la peor versión que Tessa recordaba de su amiga.

Se quedaron paralizados.

Iba despeinada, pero no en plan noche loca, sino más bien en plan «he perdido la chaveta». Vestía un pijama de osos. Uno que se había dejado en el piso de Tessa cuando se mudó, porque lo utilizaba cuando tenía exámenes y se volvía medio esquizofrénica. Era de invierno, con el interior de borrego; estaban en primavera.

—¿Cuándo habéis llegado? No os he escuchado.

Vale. Ahora tenía que decirle que ellos, sí. Pero si estaba sola, ¿qué eran esos gemidos?

—Acabamos de entrar. —Un gruñido por respuesta. Mierda. Nadie la aguantaba cuando estaba de tan mal humor, y, fuese por el motivo que fuese, supo que Mark tenía mucho que ver—. ¿Ocurre algo?

—No. Solo estaba haciendo abdominales.

Tessa abrió los ojos aterrada. Aquello era peor de lo que parecía: no recordaba los años que hacía que Marta no practicaba ejercicio.

—¿En pijama? —le preguntó Roberto cuando su amiga se paró entre ellos. Marta lo fulminó con la mirada y Tessa cerró los ojos; empezó a contar.

—¿Y a ti qué te importa?! A ver si no voy a poder hacer ejercicio como me dé la gana. —Solo llegó al uno. Nivel máximo. Riesgo inminente.

—¿Pero qué te pasa? —No. No. No. Tessa empezó a mover las manos a los lados, negando con la cabeza. Él no le hizo caso—. ¿Qué ha ocurrido?

Marta bufó exasperada y vomitó todo lo que llevaba dentro:

—Pues que tu amigo —golpeó dos veces el pecho de Roberto con el índice—, después de pasearse delante de mí todo el fin de semana únicamente con el pantalón del pijama, y de darme señales inequívocas de querer aparearse..., ¡me ha dado calabazas! Oh, el bueno de Mark se ha echado atrás. Y ¡no! —Se giró hacia Tessa con la cara desencajada—. No creáis que fue al principio. «*I'm sorry*», me dice el capullo. Si no hubiera sido porque me dejó descolocada, os juro que en ese instante le hubiese pegado. ¡Gilipollas!

Los ojos de Marta se encharcaron, y, sin decir nada más, se fue directa a su habitación.

—Joder —soltó Roberto cuando se escuchó el portazo.

—Creo, será mejor...

¿Qué le decía? Su amiga la necesitaba. No podía marcharse esa noche con él.

—Sí. No te preocupes. Lo dejamos para mañana.

Tessa se acercó y le dio un beso, en absoluto casto.

—Mañana.

Roberto se dio la vuelta y cerró la puerta al salir.

—¿Vas a cenar o prefieres dedicarte a la autocompasión un rato más? — Tessa se tumbó junto a Marta, levantó una esquina de la almohada (bajo la que su amiga escondía la cabeza) y le musitó—: Si sigues así mucho tiempo, acabará por faltarte el oxígeno. No creo que sea bueno para tu cerebro, ya de

por sí dañado.

—Te crees muy graciosa. Además, no es cierto —respondió Marta con voz afligida.

—Nunca lo he comprobado. Y entiendo que a ti tampoco te interesa hacerlo —sentenció, dándole un pellizco en el brazo para que se moviera. Tiró de la almohada y le dio un golpe en la cabeza.

—¡Serás bruta! —se quejó con media sonrisa.

—Así, mejor. ¿Por qué te lo tomas tan a pecho? —Se sentaron y dejaron caer la espalda contra la pared. Marta gruñó—. ¿Me lo explicas? —insistió Tessa, golpeándola en el hombro.

Marta arrugó la frente y, con la vista perdida en la puerta, empezó a hablar:

—Después de que Roberto y tú desaparecierais en su habitación, creí que no pintábamos nada en su casa. Necesitabais intimidad, así que aproveché la ocasión y le propuse a Mark pasar aquí el fin de semana. El muy idiota me miró incrédulo, cómo si ese tipo de cosas no fueran conmigo.

—Es que no van contigo. Tú eres mucho de hablar pero poco de atacar, siempre has esperado a que sea el tío el que mueva ficha primero.

—Por lo visto, ya no. —Marta torció la boca—. El tema es que dijo que sí y... joder, hasta ayer por la noche, que desapareció como si lo que le proponía fuese lo peor del mundo, todo había sido perfecto. Es mejor de lo que creí: sin ropa gana mucho. —Tessa puso los ojos en blanco y Marta rio divertida—. Me tropecé con él el sábado por la mañana cuando salía del baño. Jamás creí que una piel tan blanquecina me pusiera tan cardíaca. ¡Me dieron ganas de lamerle todo el cuerpo! Y creo que se dio cuenta, vi que le costaba tragar saliva. Se tuvo que contener, y eso me dio pie a seguir coqueteando con él.

—Dime que tú ibas vestida —quiso saber entre risas.

—Camiseta de tirantes y braguitas.

—¡Pervertida! Seguro que estabas detrás de la puerta de tu habitación

esperando el momento idóneo para hacer tu aparición —bromeó Tessa. Marta asintió satisfecha—. ¡Joder!

—Y después está lo otro, que es mucho peor. Me hizo sentir bien, segura, bonita, especial. ¡Qué se yo! ¡Como en una puta nube! Ridículo, ¿eh? Pues sí, ese calavera de manual consiguió que deseara despertarme cada día a su lado.

—Y te lanzaste.

—¿Por qué me ha rechazado? Estaba sentada a horcajadas encima de él. Te juro que estaba empalmado. Y, aunque no estoy segura, creo que había empezado él a besarme a mí y no al revés. —Las lágrimas regresaron a su rostro mientras se envolvía la mano con la sábana en un tic nervioso que Tessa conocía muy bien—. ¡Si luego se va con cualquiera!

—Quizá porque tú eres su amiga. —Marta la miró como si fuera la mayor estupidez que hubiese escuchado en toda su vida—. No sé. No es lo mismo. A ellas no las verá más. Quizá en algún momento creyó que no era buena idea.

—¡Pero si le quité importancia! Le dije: «Hoy follamos y mañana lo olvidamos», para rebajar tensión. No soy tonta, Tessa, sé que él jamás se implicaría en una relación.

—Vale. Esto es peor de lo que pensaba. —Tessa se levantó de la cama y se llevó las manos a la cabeza.

—No es como Dani, si es lo que te preocupa. Para empezar, yo no espero lo mismo, y Mark jamás haría nada semejante. No se cómo, pero estoy convencida de ello. La tía que consiga que se enamore de ella, tendrá mucha suerte. Sabes que por los suyos da la vida.

Tessa sonrió con tristeza. Sí. Eso era lo que la inquietaba. No quería que nadie volviese a romperle el corazón. Se sentó a su lado, consciente también de que Mark no le haría daño a propósito.

Lo pensó mucho antes de responder:

—Vale. Confiaré en tu radar —prometió Tessa—. Si estás segura con lo de

Mark, no tengo nada más que decir. Bueno, sí: ¿ensalada y tortilla? Seguro que no has comido desde lo ocurrido.

—Mmm. Tú sí que sabes lo que me gusta. ¿Por qué no nos liamos? Ya vivimos juntas, y nos queremos. —Hizo un puchero—. Di que sí.

Tessa rio, movió la cabeza a los lados y la abrazó.

—Eres terrible —aseguró al separarse de ella.

—Lo sé. Y dime, ¿qué tal vosotros? ¿Muchas agujetas?

—Me voy a vivir con Roberto. —Tessa sonrió.

—¡No! —De un salto se puso de pie y se tapó la boca con las manos.

—¡Sí!

—¡Qué fuerte! —gritó Marta, rodeándola con los brazos cuando se puso a su lado—. ¿Estás segura?

—¡Sí! —asintió al separarse de su amiga, moviendo la cabeza arriba y abajo.

—¿Sabes decir algo más?

—¡Sí! —Se le escapó una carcajada.

—¡Demuéstramelo! —Marta empezó a reír.

—¡Mañana no me podré levantar por culpa de las agujetas!

Rieron hasta que no les quedó fuerza para seguir. Cocinaron juntas la cena, se la comieron viendo una película, criticaron a Mark y se juraron que una vez al mes —salvo situaciones de emergencia— tendrían su sábado de chicas.

Capítulo 15

Roberto estaba impaciente. Acababa de salir de una reunión con un proveedor y no veía el momento de llegar a la oficina y encontrarse con Tessa. Necesitaba verla y, ocultos en su despacho, robarle algún beso. Se moría por tocarla. Joder. Era feliz. Estaba enamorado. No solo eso, era correspondido.

Su móvil pitó. Un nuevo correo de Tessa. Lo leyó y sonrió. Profesional como siempre. O mucho se equivocaba, o querría guardar las apariencias en el trabajo. Movi6 la cabeza a los lados. Eso era imposible, aunque seguro que le costaría lo suyo convencerla de que no tenían que esconderse de nadie.

La noche anterior, después de que Mark le contase mientras cenaban que había salido huyendo del piso de Tessa al darse cuenta de que, para Marta, no era más que un mero rollo y darle ánimos —Roberto estaba seguro de que Marta sentía mucho más por su amigo—, llamó a Amanda. En contra de lo que ocurría normalmente, no hablaron más de diez minutos. No porque ella no quisiese saber: su hermana jamás se saciaba, siempre necesitaba más información, sobre todo si tenía que ver con él y sus sentimientos. Pero le había entrado otra llamada más importante: la de Tessa. Y, sin ningún tipo de remordimiento, finalizó la conversación en mitad de una pregunta. Habló con Tessa hasta pasada la media noche. Cuando se despidieron, solo tenía una cosa en la cabeza: sin falta, el lunes por la tarde, la ayudaría a trasladar parte de sus cosas a su casa.

Notó de nuevo cómo sus labios se curvaban hacia arriba.

Increíble.

El teléfono, que seguía en su mano, empezó a sonar. Vio quién lo llamaba y supo que su hermana se había ido de la lengua.

—Buenos días, papá —dijo tras descolgar el aparato.

—*Hola, hijo. ¿Nada que contarme?* —Juan parecía divertirse.

—Son la once y media. ¡La bruja de Amanda apenas me ha dado tiempo!
—se quejó Roberto, aunque su voz sonó risueña.

—*No culpes a tu hermana de algo que deberías haber hecho tú. ¡Por Dios! ¿Por qué siempre me entero el último de estas cosas? Tu hermana hizo lo mismo cuando se lió con ese camarero aspirante a cocinero.*

La carcajada de Roberto provocó que una señora que pasaba por su lado lo mirara ofendida; tanta felicidad le molestaba. No la culpó, hacía un tiempo a él le hubiese sucedido lo mismo.

—Están casados, papá. Y te han dado una nieta. Han hecho algo más que liarse.

—*Sí. Y tú también lo harás, ¿verdad?*

—¡Papá!

—*Voy a disfrutar provocándote. Porque ya era hora. En fin... Deberías empezar a preocuparte de las ideas de tu hermana.*

—¿Qué se le ha ocurrido esta vez? —Roberto entrecerró los ojos, convencido de que nada bueno.

—*Mañana, Sara y yo volamos a Londres. Ella tiene que ver a un cliente y nos quedaremos allí hasta el próximo lunes. Pero al otro fin de semana vendrán ellos, y quiere preparar una comida familiar para darle la bienvenida a Tessa.*

Roberto se paró en seco. Estaba en medio la calle, el sol calentaba su cara, y su reflejo en el escaparate que tenía enfrente le devolvió la sonrisa que esbozaban sus labios.

—No se lo digas, pero, por una vez en mi vida, voy a estar conforme con

una de sus maquinaciones.

Se apartó el teléfono de la oreja cuando la risa de Juan estalló en su oído.

—*Me alegro mucho.*

Se despidió de su padre y aceleró el paso.

Acababa de decidir que la besaría delante de todos. Así no tendría opción. Al fin y al cabo, era una empresa familiar. Bueno, en sus inicios lo había sido.

Iba a guardar el móvil en el bolsillo cuando le llegó un mensaje:

¿Comemos juntos? Di que sí. 11:39

Se pasó la mano libre por su pelo. Joder. Debería estar prohibido sentirse así de bien. Iba a contestar, pero se lo pensó mejor. No tardaría en llegar. Mejor le respondía en persona. Después del beso.

Entró en el vestíbulo y una silueta familiar llamó su atención. Una melena rubia, larga y ondulada no dejaba de moverse mientras su propietaria hablaba con María. Giró el rostro a los lados con la intención de estudiarla. Sí. Era ella. La reconocería en cualquier parte —se habían acostado las suficientes veces como para hacerlo—. Aunque estaba distinta. Su cuerpo, siempre espigado, se había ensanchado, y los tacones, que parecían pegados a sus pies, habían sido sustituidos por unas bailarinas. La ropa ceñida ahora era ancha, y sus piernas, siempre adornadas con una falda o un pantalón de vestir, estaban enfundadas en unos tejanos.

Se acercó un poco más y escuchó su voz.

Quería verlo.

—¿Maggie?

Ella se giró y le ofreció una sonrisa tímida que jamás le había visto.

—Tenemos que hablar.

Y asintió, mirándola a los ojos. Incapaz de bajar la vista, de recorrer su

cuerpo.

Aunque tampoco era necesario.

Ya sabía lo que encontraría.

Tessa sujetaba un bolígrafo entre dos dedos, mientras que, con un movimiento rítmico, no cesaba de golpear la mesa con los extremos.

—Encanto, me volverás loco.

Alzó la vista cuando Mark se lo robó y lo guardó en el bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Por qué haces eso? —Lo miró ceñuda.

—No puedo más. Llevas una hora sin parar de moverte, trasladando cosas de un sitio a otro, y, desde hace un rato, de hacer ruidos insoportables. Créeme, tengo motivos de sobras.

—Oh. —Un poco histérica sí que estaba.

—¿Me lo cuentas? —Se sentó sobre su mesa con una sonrisa en los labios. Entendía por qué a Marta le gustaba tanto. Aunque un poco canalla, siempre estaba dispuesto a escuchar a los demás.

—Vas a creer que me comporto como una novia irracional... —Esbozó una sonrisa que mostraba la vergüenza que sentía.

—Empieza —la urgió con un movimiento de manos.

—Roberto llega tarde. —Encogió los hombros y miró hacia su despacho —. La reunión hace rato que tiene que haber finalizado. Además, le he enviado un mensaje que ha leído y no me ha contestado. De eso hace más de una hora. Es muy extraño. —Los ojos de Tessa regresaron al rostro de Mark. Era patética, lo sabía.

—¿Por qué no lo llamas? —Mark parecía sorprendido.

¿Llamarlo? No. Eso sería demasiado. Creería que lo controlaba. Además, no era un asunto laboral y, en ese instante, se suponía que estaba trabajando.

—No tengo nada que decirle.

Mark abrió muchos los ojos y se levantó de golpe, como impulsado por un resorte. Entró en su despacho y salió a los pocos segundos.

—Nos vamos a comer. Si cuando regresemos no está aquí, yo mismo lo llamaré.

—Es poco más de la una. ¿En serio tienes hambre? —Tessa se levantó confusa. ¿Por qué reaccionaba así?

—No mucha. Pero me has dejado perplejo, y necesito salir a que me dé el aire. Y a ti también te irá bien.

—¿Por qué?

Mark no contestó hasta que las puertas del ascensor se cerraron y pudo clavar sus ojos en ellas. Parecía que tenía que pensar muy bien sus palabras:

—Sois complicadas.

Tessa apretó los labios para evitar sonreír. Seguro que lo ocurrido con Marta le había venido a la mente. ¿Por qué no preguntarle por lo que había sucedido entre ellos el fin de semana? ¡Ah, sí! Porque ella era su mejor amiga y no quería meterse entre los dos. Con solo una versión tenía suficiente. Aunque se moría de ganas de saber por qué la había rechazado. No era propio de Mark. Se acostaba con todas. Aunque Marta no era como otras. Torció el gesto, pensativa.

¡Mierda!

Cerró los ojos un momento y se reprendió mentalmente. Acababa de darse cuenta de que la había evitado toda la mañana. De una forma tan sutil que, en su estado de preocupación por no localizar a Roberto, no había percibido hasta ese instante.

Dejó de mirar las láminas grises que tenía delante y, en un gesto cómplice,

golpeó el brazo de Mark con su codo mientras lo observaba con suficiencia.

Mark debió de creer que había sido sin querer, porque no se quejó.

Tessa dio un paso a un lado, pegándose a su amigo, y volvió a golpearle. Carraspeó.

—¿Qué ocurre? —Mark salió del trance en el que parecía estar.

Abandonaron el ascensor y recorrieron el vestíbulo.

—Verás —Tessa amplió su sonrisa—, Marta es como un volcán dormido. Jamás sabes cuándo se activará. —La cara de Mark lo decía todo; era evidente que no se enteraba de lo que le intentaba explicar. Enroscó su brazo en el de él cuando llegaron al exterior—. Entiéndeme, jamás ha arrasado ningún pueblo. Es un volcán bastante tranquilo, pero aun así, cuando algo o alguien presiona el botón de *on*, lo más sensato es mantenerse alejado; dejar que escupa toda la lava desde un lugar seguro. Después podrás acercarte poco a poco y regresar a la normalidad. No es rencorosa. Así que tú tranquilo. —Palmeó su antebrazo con la mano libre, animándolo.

Los ojos de Mark recuperaron su alegría habitual y, cuando Tessa pensó que iba a contestar, su rostro se endureció y, señalando hacia un bar que había justo en la acerca de enfrente, dijo:

—Allí está.

Localizó a Roberto cerca de la entrada del establecimiento. Conversaba con una chica rubia. Parecía cansado, y su pelo se asemejaba más a un nido de pájaros que a una melena.

No hizo falta que hablara con Mark; Tessa lo soltó, y aceleraron el paso para ir a su encuentro.

—Hola —dijo en un vano intento de aparentar tranquila.

Roberto, al escuchar su voz, se sobresaltó.

Mal. Algo iba mal.

—Ah. Hola. —Le dirigió una mirada interrogante a su amigo.

—Hola, Maggie, no te he conocido desde lejos. —Mark se acercó y le dio dos besos a la chica mientras Tessa estudiaba los movimientos de Roberto. Quizá así podría deducir lo que estaba ocurriendo—. ¡Vaya! ¡Enhorabuena! —Al separarse, vio que Mark la miraba a la barriga sorprendido, y, en ese instante, Tessa creyó saber lo que pasaba. Aunque no Mark, que siguió con la felicitación—: No tenía ni idea. ¿De cuánto estás?

—De veinte semanas. —La chica, al darse cuenta de que no la había entendido, simplificó—: Cinco meses. Nacerá en septiembre. —La miró y se presentó—: Hola, yo soy Maggie.

Sintió que las tripas se le retorcían. No por ella. Sino porque Roberto estaba inmóvil, con la cabeza gacha y la vista perdida.

—Yo, Tessa —le contestó, pero lo miraba a él. Gritándole con los ojos que la sacara de dudas, que dijese algo, lo que fuese, pero que no permaneciese callado. Que eso era lo que más temía de él, la manera en la que se encerraba en sí mismo cuando algo le preocupaba. Pero fue imposible, porque no levantó la vista ni un solo instante.

Volvía a levantar una barrera entre ellos.

Miró a Mark, que parecía que acababa de entender de qué iba todo aquello, y le pidió paciencia en voz baja. Pero no pudo, se agobió ante su silencio, ante algo tan inofensivo pero que la hería hasta en lo más profundo.

—Bueno, os dejo a solas. Voy a comer algo. Encantada de conocerte.

Tras una sonrisa forzada, se alejó del grupo. No se dirigió al restaurante ni a la oficina; caminó calle arriba en dirección a su casa. El cuento había durado poco, apenas unos días. Y ella, estúpida como era, había creído en él. En que confiar en Roberto era posible.

—¡Espera! —Sintió la piel de Roberto rodearle la muñeca, y unas ganas de llorar que no pudo controlar la desbordaron. Agachó la cabeza, no quería que la viese de esa manera y, tras un tirón, se deshizo del agarre.

—Déjame. Ahora soy yo la que no quiere hablar. —Caminaba deprisa, con la vista clavada en sus pies. Primero uno, después el otro. Se centró en los movimientos, quizá así evitaría que el llanto convulsionara su cuerpo.

—Esto no cambia nada entre nosotros. —Escuchó tras de sí, y explotó.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —gritó, plantándole cara a Roberto. Con las mejillas inundadas, la cara roja y los puños cerrados.

—No sabía nada. Tienes que creerme. Me la he encontrado en recepción y me lo acaba de decir. —Roberto se pasó las manos por el pelo y caminó nervioso—. Te aseguro que esto es lo último que esperaba. —Se paró en seco y, enmarcando su cara con las manos, le susurró—: Así que, dime, ¿adónde crees que vas sin mí?

La cabeza le daba vueltas. Miró hacia donde estaban antes y vio cómo Mark entraba con Maggie en el bar. Se fijó en la gente que caminaba junto a ellos, que los miraba sedientos de información. Los odió. No. No podía seguir allí. Necesitaba pensar. Ni tan siquiera sabía si en realidad le importaba lo del embarazo, lo único de lo que estaba segura era de que volvía a sentir que no podía confiar en él.

Lo agarró de las muñecas para apartar sus manos cuando una idea atroz le cruzó la mente:

—¿Sientes algo por ella? —balbuceó.

El rostro de Roberto se crispó y la rodeó con los brazos, la pegó a su cuerpo y hundió una mano en su pelo.

—Escúchame bien: te amo. Esa es la única verdad. Lo único que importa —susurró en su oído para después apartarse un poco y mirarla a los ojos—. Me acosté con Maggie varias veces antes de conocerte. No sé si ese niño es mío. Lo averiguaré cuando nazca. Ella no me pide nada ni tiene motivos para engañarme. Me lo ha dicho porque cree que no le puede negar a su hijo un padre. No comprendo por qué ha callado hasta ahora, pero, si es mi hijo, lo

asumiré.

Tessa sintió que cada una de sus palabras la empequeñecía. Una parte de ella sabía que era lógico lo que acaba de escuchar, pero otra, la más egoísta, sentía que no tenían tregua. Que con él, nada sería fácil. ¡Joder! Sí que le importaba que tuviese un hijo con otra mujer. Aunque él no lo supiera, aún le ponía las cosas más difíciles a su relación, como si ellos no se la complicaran ya lo suficiente.

—Vale. —La voz le tembló, y se separó de Roberto sin que ofreciera resistencia.

—Cielo. No te alejes. Sé que esto no es habitual, pero, por favor, danos una oportunidad.

Lo miró confusa. ¿En serio estaba dispuesta a renunciar a él? Negó con la cabeza. En ese momento no podía pensar, necesitaba un tiempo, recomponerse antes de tomar una decisión. Saber que confiar en él no la destrozaría.

—¿Puedo tomarme la tarde libre?

Vio cómo se rompía y se sintió miserable, pero si no aclaraba sus ideas, le haría un flaco favor a su relación.

—Por supuesto.

Se dio media vuelta y echó a andar, y aunque varias veces pensó en girarse para prometerle que todo iría bien, no lo hizo, porque ese era su deseo, pero no sabía si sería la realidad.

Roberto había entrado en una especie de bucle: se sentaba en el sofá con el móvil en la mano, lo hacía rodar entre sus dedos, lo desbloqueaba, escribía a Tessa, borraba el mensaje, se llevaba las manos a la cabeza; maldecía, se levantaba, agarraba el pomo de la puerta, dejaba caer la frente sobre la hoja

de madera y, tras recordar que tenía que dejarle el espacio que le había pedido, volvía a sentarse.

Corner se mantenía junto a él todo el tiempo.

Haber visto a Tessa alejarse, sin un gesto que le hubiese indicado que la opción de perderla no era la más probable, lo hundió. El hecho de que hubiese creído que él sabía lo del embarazo y se lo había ocultado le dio una gran bofetada.

La realidad se mostraba.

No confiaba en él. Y esa certeza los dañaba a ambos por igual.

De nuevo, el mundo seguía dando vueltas mientras él permanecía paralizado en un instante. Por mucho que se desplazase de un lugar a otro, hablase, comiese, daba igual. Hiciera lo que hiciese, unos ojos marrones llenos de lágrimas, que lo culpaban de tantas cosas que era incapaz de ponerles nombre a todas ellas, ocupaban su mente. No solo eso. Agrietaban su corazón con una meticulosidad espeluznante.

Lo sabía.

Estaba a punto de perderla.

Y enloquecería.

Se suponía que lo ocurrido no era comparable a lo sucedido años atrás. Todo tiene solución excepto la muerte. Y una mierda. Porque ante eso no tienes otra opción que resignarte. Pero con que ellos dos no estuviesen juntos, jamás. Imposible. En la vida lo aceptaría.

Joder.

Se llevó las manos a la cabeza por cuarta vez. Si la llamaba, si se acercaba a su piso, estaría haciendo algo que ella no quería. Pero no ir tampoco le parecía una buena idea. No decirle que la situación lo estaba destrozando, pedirle que no olvidase que la amaba. Eso. Sobre todo. Que recordara que era ella, solo ella, lo que más le importaba le parecía razón suficiente para ir en

su busca.

Se incorporó de nuevo y anduvo con desesperación hasta asir el pomo de la puerta.

Otra vez lo mismo.

No podía. No debía.

Por mucho que temiese que ella creyera que era indiferencia, tenía que respetarla.

Golpeó la puerta con la cabeza y empezó a llorar. Mierda. No recordaba la última vez que lo había hecho. En realidad, sí. Pero mejor no hacerlo.

Se frotó la cara con las manos con rabia. Impotencia.

El sonido del telefonillo lo sobresaltó.

Esperanza.

Contestó con el corazón en un puño.

Decepción.

No había vuelto al bar. Cuando, al alejarse, la figura de Tessa se tornó irreconocible, le había mandado un mensaje a su amigo: «Me voy a casa. Tessa, a la suya. Dile a Maggie que ya la llamaré».

—Hola —lo saludó al entrar mientras le acariciaba la cabeza a *Corner*.

—Mark.

—Estás hecho una mierda. —Se fue directo a la cocina, abrió la nevera, sacó dos cervezas y le dio una a Roberto antes de sentarse a su lado en el sofá.

—Me va a dejar.

—Eso no lo sabes. Dale un respiro. Lo de Maggie ha sido una bomba.

—Ya. —Roberto miró al suelo. Apenas había pensado en el detonante de todo aquello.

Iba a ser padre. No le importaba. Ni tan siquiera había analizado cómo lo hacía sentir eso. Solo pensaba en Tessa. En cómo mantenerla a su lado. Ya reflexionaría sobre lo otro más adelante.

—¿Estás seguro, Roberto? ¿Y si no es tuyo?

Miró a su amigo y esbozó una mueca de dolor.

Si no lo era, pagaría un precio muy alto por el error. Si lo era, lo asumiría. Era lo único que había sabido desde el primer minuto. El resto carecía de importancia.

—Me he acostado con Maggie sin protección. Así que seguro no es la palabra. Más bien, posible sería la correcta. Además, no tiene ningún motivo para afirmar algo así si no fuese cierto.

—Quizá esté enamorada de ti. —Roberto miró a su amigo y levantó las cejas. Maggie no era como algunas que, tras una noche o dos, pretendían algo más. Ella lo tenía claro. Se entendían en ese sentido. Por eso era una de las pocas mujeres con las que había repetido varias veces en el último año—. Vale. No. ¿Por la pasta?

—En toda nuestra vida ganaremos el dinero que ella ya tenía cuando nació.

—¿Qué es lo que te ha pedido?

—Solo venía a decírmelo y, si yo quiero, se quedará a vivir aquí para que su hijo pueda tener un padre. Al menos, mientras sea pequeño.

—Eso es raro.

—Porque no la conoces.

Mark se levantó y se fue hacia la cocina.

—¿Has comido algo?

—Solo fruta.

—Cocinaré un poco de pasta. Cenaremos, veremos la tele y daremos un paseo por el parque con *Corner*. Y no me digas que me largue, porque no pienso hacerlo. Esta vez no te haré caso.

Cuando su madre murió, había tenido que darle un puñetazo para que lo dejase solo con su sufrimiento.

—Haz lo que quieras. Pero ya te aviso de que no estoy de buen humor.

—Me lo imagino.

Mark empezó a sacar ingredientes de la nevera y a dejarlos sobre el mármol.

Roberto caminó hasta su lado y lo palmeó en la espalda.

—Gracias.

—Vas a ser padre. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Y voy a perder a Tessa —quiso recordarle por si se le olvidaba.

—No seas pesado. Mañana será otro día. —Sí. Al menos, en eso no se equivocaba—. Además, esa no es una opción que vayamos a aceptar.

Roberto sonrió melancólico.

Esta vez, dejaría que su amigo permaneciese a su lado.

Más tarde llamaría a su hermana.

El cerebro de Tessa saltaba de una idea a otra de una forma tan vertiginosa que procesar tanta información la estaba consumiendo. El cansancio que arrastraba desde las últimas semanas se le hizo más patente, y las pocas fuerzas que utilizaba a diario para ponerse en pie se habían volatilizado.

Se llevó las manos a la cara con extrema lentitud y apartó con cuidado las lágrimas que no dejaban de surcar su rostro. Apenas percibió el contacto de su piel. Era consciente de que se movía, pero poco más. Parecía que estaba adormecida. En una especie de realidad paralela o algo similar, porque ni tan siquiera podía asegurar que estuviese dentro de su cuerpo. Estaba fatal de la cabeza, y empezaba a sospechar que iría a peor.

Abrió la puerta de su piso y se dejó caer en el sofá.

Las preguntas se sucedían unas tras otras, y las respuestas... Joder con las respuestas.

Quizá era egoísta y aún no se había dado cuenta. Pero es que lo quería solo para ella. Cuanto más rato pasaba, más consciente era. ¡Mierda! Porque si algún día Roberto tenía que tener un hijo, deseaba que fuera de ambos.

Pero ¿desde cuándo quería ser madre? Otra pregunta que le saltó a la mente aturdiéndola por la respuesta: acababa de averiguarlo. Pero sí, algún día lejano, le gustaría ser madre.

Menuda forma de descubrirlo.

Un sentimiento de tristeza la invadió, porque, para cuando ella se adentrara en ese mundo, Roberto ya lo habría vivido. Respiró hondo e intentó calmarse, pero no pudo. Las posibles versiones de lo que sucedería no cesaban de representársele, y en ninguna de ellas le iba demasiado bien. Al fin y al cabo, ¿qué pintaba en todo aquello? Lo visualizó junto a Maggie en el ginecólogo, viendo a su hijo, mandándole después a ella un mensaje junto a una foto de la ecografía. Y el llanto fue a más. Eran sus momentos. Sus ilusiones. Unas que no se había dado cuenta de que tenía hasta ese instante, en el que acababa de comprender lo pueril que llegaba a ser por pensar solo en sus deseos en ese momento.

Cogió aire por la boca en nuevo intento de controlarse. Los dientes le castañeaban.

Intentaría ser positiva.

Tampoco era para tanto, había muchas parejas con hijos de anteriores relaciones. Sí. Claro. Pero no era esa la cuestión, porque no era de antes, era en el mismo espacio de tiempo: ellos empezaban una relación; él tenía un hijo.

Solo.

Sin ella.

Aparte.

Con otra mujer.

No los culpaba. Esas cosas pasaban. Bueno, sí, un poco sí.

¿Por qué ocurría cuando se acababan de dar una oportunidad? ¿Qué tipo de relación les esperaba? Se vio a sí misma el día del parto, en la sala de espera, aguardando el momento en el que Roberto apareciese con su hijo en brazos. Alguna enfermera querría saber si ella era su hermana, o la cuñada; porque, claro, estaba allí. Era joven, tenía que ser eso, o una prima. Y ella diría que no, que era... la otra. Sí. Exacto. Así se sentía. La que sobraba.

Se llevó las piernas al pecho y hundió la cabeza entre ellas.

Un momento.

¿Y si Maggie quería retomar la relación con Roberto? Tendría sentido. Por eso había ido hasta allí. Y ella se moriría, lo intuía, cada poro de su piel se lo gritaba. Y aun así, no confiaba en él. Porque su primera reacción había sido la de siempre. La de encerrarse en sí mismo. La de no mirar al frente. La de no compartir con ella sus preocupaciones.

Aquello era surrealista.

—Hola. —Marta acababa de llegar y, en cuanto Tessa levantó la vista, corrió a sentarse a su lado—. ¿Qué ocurre?

—Roberto está esperando un hijo de una tal Maggie. —Empezó a ver borroso y se frotó los ojos con las palmas. Hipidos—. Está de veinte semanas, ¿te lo puedes creer? Y se lo ha dicho hoy. —Más llanto—. Estoy destrozada —balbuceó.

Marta la miró como si no entendiese nada. Joder. ¡Pero si lo había resumido superbien! No tenía fuerzas para repetirlo.

—Vamos a ver. —Entrelazó las manos con las de Tessa—. Lo primero que tenemos que conseguir es que te calmes. Estás muy nerviosa.

Los hipidos habían ido a menos, pero seguía con la respiración un poco acelerada.

—¿Y cómo quieres que esté? ¡Va a ser padre! ¡Con otra!—chilló.

—Cariño, no me grites.

—Perdona —susurró con la vista desenfocada. Con tanta lágrima no veía nada. Se las apartó de un manotazo.

—No pasa nada. Pero ahora respira, cálmate, y luego hablamos.

Marta se levantó y se adentró en la cocina.

—¿Qué haces?

—Voy a por un vaso de agua. Quiero que te lo bebas, te relajes y, luego, seguiremos con la conversación.

Tessa hizo caso a su amiga, que la miró con una paciencia infinita mientras llevaba a cabo todo lo que le había pedido. Dejó de llorar, y se sentaron a lo indio.

—Me vas a decir que estoy exagerando. Lo intuyo. Y no es así, para nada.

—¡Bienvenida! —Tessa achicó los ojos—. ¿Qué pasa? Solo saludaba a tu parte analítica. ¿Dónde cojones la habías metido?

—Marta...

—Explícame qué te ha dicho Roberto antes de que salieras despavorida.

Mierda. La conocía demasiado bien.

—Solo eso. Que no sabía nada hasta esta mañana.

—Eso es bueno. —Tessa entendió a lo que se refería. Mejor no le explicaba que había dudado de él—. ¿Qué más?

—Le he preguntado sí sentía algo por ella; me ha dicho que no. Y... Bueno, también me ha pedido que no me alejase. Pero le he pedido la tarde libre y aquí estoy.

Marta esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Ahí quería llegar. ¿Por qué lo has hecho? —Tessa iba a hablar, pero Marta prosiguió—: Os queréis. Os acabáis de dar una oportunidad. La consecuencia de algo que hizo Roberto hace meses no debería poder con lo que sentís el uno por el otro. Peor sería que ocurriera pasados unos años. Tu cornamenta sería espectacular —bromeó con una dulce sonrisa en el rostro, y

Tessa sintió un poco de alivio.

—¿Por qué no te sorprende la noticia?

—Porque no es nada terrible. Solo algo inesperado.

—Pero es que va a ser padre —musitó; no entendía la visión de su amiga.

—¿Y qué?

—Con otra mujer.

—Ya.

—Será alguien importante en su vida. —La miró con los ojos brillantes.

—Será la madre de su hijo. Nada más.

Tessa se mordió el labio inferior en un intento vano de controlar las lágrimas.

—Es algo muy importante. Y lo vivirá con otra. Estando ya juntos. Es tan extraño... —Se llevó las manos al rostro y se lo frotó, agotada.

—Sé que no es fácil. Pero no es motivo para que salgas corriendo. ¿En serio estás dispuesta a renunciar a Roberto? Es lógico que te sientas confusa, que te cueste ubicar a Maggie y a ese futuro niño en tu vida, pero nada más. Vosotros seguís sintiendo lo mismo. Sois los que ayer se presentaron en este piso con la idea de llenar una maleta con parte de tus cosas para empezar una nueva etapa juntos.

—Eso es cierto —admitió Tessa con añoranza.

—Pues es importante que no lo olvides.

—Intentaré no hacerlo.

Tessa se dejó abrazar y se sintió reconfortada; cerró los ojos para relajarse. Un rato más tarde, notó cómo Marta se apartaba y la colocaba bien sobre el sofá.

Necesitaba descansar, parecía que su mente había dejado de trabajar con tanta intensidad; aprovecharía la tregua.

Al día siguiente, con las ideas un poco más claras, hablaría con Roberto.

Aunque aún no sabía de qué.

Capítulo 16

El martes, con la cara hinchada, unas ojeras que le llegaban a las mejillas, su café con leche en una mano y la prensa en la otra, Tessa salió del ascensor y recorrió el pasillo hasta llegar a su mesa con una sonrisa que le costaba la vida esbozar.

Después de dormir unas horas en el sofá, una pesadilla la había despertado: una película de sudor cubría su cuerpo, y su corazón latía tan fuerte que hubiese jurado que estaba a punto de salirse por la boca. A partir de ese momento, fue incapaz de dormir. Las imágenes de Roberto y Maggie felices con su hijo, y ella sintiéndose al margen de todo aquello, se habían repetido incesantes en su mente aun a riesgo de provocarle un infarto, o la pérdida total de la poca cordura que, en algún lugar de su ser, suponía que le quedaba.

¿Por qué se sentía tan insegura? No lograba comprenderlo. Marta tenía razón, incluso en algunos instantes de lucidez, ella misma entendía que la situación no era fácil para nadie, y que sus sentimientos y los de Roberto seguían siendo los mismos. Pero es que iba a ser padre. Sin ella. Y le pesaba. Se obcecaba con la idea de que, de alguna forma, era la culpable de que su hijo no tuviese a su padre al cien por cien. Y eso era una tontería. Lo tenía claro. Pero aun así, no conseguía evitar caer una y otra vez en el mismo pensamiento.

No sabía qué le iba a decir. Porque lo quería, pero también tenía miedo. ¿Y si cuando conociese a su hijo le daba por intentar un acercamiento con Maggie? ¿Qué haría ella?

—Buenos días. —La voz de Roberto la sobresaltó. Estaba junto a la puerta de su despacho, con la vista clavada en ella; los brazos cruzados, el pelo revuelto, y unos surcos violáceos bajo sus ojos.

—Hola. —Dejó las cosas sobre la mesa; las ganas de llorar la pillaron desprevenida, y tuvo que esforzarse para evitar que las lágrimas empezaran a derramarse—. Lo siento —balbuceó al bajar la vista al suelo.

Era cierto, tendría que haber pensado también en él. En lo que su huida representaba. Cerró los ojos y esperó a que Roberto llegara a su lado y la envolviese con sus brazos.

Roberto le pidió que lo mirase:

—Te amo. —Enmarcó su rostro entre las manos—. Sé que tenemos mucho de qué hablar, pero eso no quiero que lo dudes, o que lo olvides. —Apoyó su frente en la de ella y le susurró—: Eres mi mundo, cielo. La única que consigue que todo tenga sentido.

Rompió a llorar, y Roberto tuvo que sujetarla por la cintura para que no se cayera. Sus músculos, agarrotados desde hacía horas, perdieron la tensión con sus palabras.

—Yo también te quiero, lo sabes, pero aunque esto no debería cambiar nada, estoy hecha un lío —acertó a contestar, y notó cómo él se tensaba, pero no quería engañarle, darle falsas esperanzas. Se recompuso—. ¿Podemos hablar en tu despacho?

Roberto la cogió de la mano y la arrastró hasta allí. Una vez dentro, la soltó y empezó a ir de un extremo al otro de la habitación, con la vista fija en el suelo, frotándose la nuca con una mano.

—Escúchame bien. No lo voy a permitir —empezó a decir en voz baja, hasta pararse frente a ella y proseguir casi gritando—: No dejaré que nos hagas esto. ¿De acuerdo?

—¿El qué? —murmuró aterrada. Su cuerpo empezó a inquietarse, yendo

por libre, reclamando tocarlo, abrazarlo, besarlo; mientras que su cerebro le aconsejaba que fuese sincera, clara, aunque cada una de sus palabras lo alejase de ella.

—Dejarme —aseguró con un dolor inmenso que se percibió en cada rincón de la estancia. Tessa abrió la boca, incapaz de articular palabra—. Me da igual cómo te pongas. Tus motivos. No puedo permitirlo. No tiene sentido. — Se pasaba las manos por el pelo una y otra vez mientras sus ojos verdes le gritaban que desmintiera lo que pensaba.

No pudo hacerlo.

Se limpió de un manotazo las lágrimas de las mejillas e intentó reunir las fuerzas que ya no tenía para afrontar aquella conversación.

—Vas a ser padre —dijo calmada.

—Eso no me importa.

—¿Cómo? —¿No se lo podía creer! Tenía que ser un error. No había escuchado bien.

—Tú eres lo único que me quita el sueño. —Parecía apagado, apenas con un hilo de vida; ella era la artífice, lo sabía, pero aun así, era incapaz de evitarlo.

Respiró hondo para después dejar salir con lentitud el aire de sus pulmones, con la vana esperanza de que los nervios que la devoraban desapareciesen con ese simple acto. Tenía que concentrarse.

—Ya, pero... tu vida va a cambiar. ¿Y si más adelante yo te estorbo? ¿Y si quieres intentar mantener una relación con Maggie? —Roberto la miró como si estuviese loca, negando con la cabeza—. No me digas que no, Roberto. No lo sabes.

—Pero es que eso es imposible —sentenció, abrazándola, sujetándola con fuerza.

—¿Por qué? —Le dolía. Estar entre sus brazos le hacía daño. No por él,

sino por ella, por sus dudas.

—Jamás he sentido nada por Maggie. Solo es una mujer con la que me he acostado. —Agarró una mano de Tessa y se la llevó al pecho—. Aquí, no hay nada para ella. Aquí, solo estás tú.

—Roberto... —Un peso en la cabeza la aturdía; el escozor en los ojos, el picor en la nariz. Se venía abajo por segundos.

—Ella me ha dicho que se quedará si yo quiero tener relación con mi hijo. Tessa, si lo es, no le pediré que se vaya. No porque quiera ser padre, sino porque lo seré. Pero no tiene nada que ver con nosotros. Te juro que esto no interfiere en nuestra relación.

—Será complicado. Y... me siento tan extraña. —Le acarició la mejilla. Dios, cuánto daría por repetirlo todas las mañanas de su vida, pero tenía que lograr que entendiera lo que no dejaba de dar vueltas en su cabeza—. Es como si sobrara. No sé, pero que vayas a tener un hijo con otra mujer, estando juntos, me hace sentir mal, insegura. Esa es la verdad. —Mierda. Decírselo la hizo sentir peor, ruin, egoísta.

—Danos una oportunidad. Vente a vivir conmigo como pensábamos. No seas cobarde —le rogó, acercándose a su boca para besarla.

Tessa sintió el contacto de su piel y se estremeció. Un dulce cosquilleo recorrió su cuerpo, y la paz que llevaba buscando desde que conoció a Maggie se presentó de repente. Iba a contestarle que sí, que estaba dispuesta a eso y a mucho más por él, pero, cuando sus labios dejaron de rozarse, las ideas dañinas de antes la invadieron de nuevo como un tsunami.

—No quiero ser un estorbo —musitó, borrándole a Roberto la media sonrisa que empezaba a esbozar—. Debes estar junto a ella. Si es tu hijo y no lo haces, te arrepentirás toda la vida. Te conozco, y sé que es así. —La pena de su propia voz la impresionó. Saber lo que venía a continuación la desbordó. No veía nada, la habitación se acababa de convertir en un túnel

oscuro en el que unos faros verdes la miraban asustados.

—Tienes razón. Por eso haré lo que se espera de mí antes de asegurarme de que es hijo mío. Y lo seguiré haciendo si se confirma. Pero dime, ¿dónde está escrito que no podamos estar juntos mientras todo eso ocurre? ¿Qué nos lo impide?

Ella misma.

Sus pensamientos.

Sus ideas, quizá anticuadas.

El miedo al rechazo, a que él se arrepintiese algún día de haberla escogido.

Su corazón latió errático, alertándola de que lo que estaba a punto de hacer los destrozaría, pero siguió adelante.

—Supongo que yo —sentenció, y cerró los ojos para no ver los de Roberto.

—Escúchame. —La voz de Roberto le sonó lejana, extraña. Se pegó a ella; enmarcó su rostro con dedos temblorosos—. Que Maggie haya aparecido, que espere un hijo mío, no lo podemos controlar. Pero lo que hagamos con nuestras vidas, con nuestros sentimientos, es solo responsabilidad nuestra. Yo elijo estar a tu lado. ¿Y tú?

Levantó los párpados y, sin estar preparada para el dolor que les iba a causar a ambos, declaró:

—No puedo. —Roberto dio un paso atrás, confuso, mirándola como si la viese por primera vez, con un rictus de horror que la dejó muda.

Fue incapaz de seguir a su lado.

Se dio media vuelta y salió corriendo. De nuevo, su cabeza se convertía en un huracán de ideas e imágenes, pero, esta vez, una vocecita en su interior le gritaba que recordase que tampoco podría vivir sin él, que quizá eso era lo más importante. Siguió huyendo, negándose a escucharla. A creer que otra

opción era posible.

Roberto llamó al telefonillo. En cuanto la puerta se abrió, corrió escaleras arriba, con las costillas clavándosele en los pulmones, el corazón desbocado, y una neblina en los ojos que le impedía ver más allá de lo que tenía justo enfrente.

—¿Por qué no me has llamado antes? —soltó a bocajarro en cuanto Marta apareció en el rellano.

Se arrepintió al instante.

—¿Y si le ha pasado algo? —auguró Marta, desencajada, rodeándose el cuerpo con los brazos, con un tono que dejaba entrever lo asustada que estaba.

Roberto negó con la cabeza. Despacio. Intentando por todos los medios no contemplar esa posibilidad.

—*Honey*, no seas negativa. Aparecerá. Está muy nerviosa, necesitará estar sola. Es normal después de todo lo ocurrido —le respondió Mark, que había subido tras él.

—Jamás ha hecho algo así. Y es muy tarde, tendría que estar en casa —pronunció a trompicones.

Mark se abalanzó sobre Marta y la abrazó, meciéndola a los lados y dándole suaves besos en la cabeza. Ella no pudo más y estalló en un llanto angustioso que reverberó en todo el pasillo.

—Shhh, tranquila. Estoy convencido de que necesita espacio. Solo eso.

Mark, con mimo, condujo a Marta hasta el interior del piso. Roberto, sin saber cómo, movió sus pies tras ellos.

Desde que esa mañana Tessa había huido de la oficina, la había querido llamar —como tantas otras veces cuando se distanciaban—. Pero no lo había

hecho. Estaba dolido por la falta de fe que había demostrado tener en ellos. Destrozado. Y furioso. La amaba tanto que no entendía cómo le había resultado tan fácil abandonarlo. Ante el primer obstáculo, había renunciado a todo. Sin luchar. Sin intentarlo.

Sacudió la cabeza.

No.

Eso no era cierto.

Tenía que ser justo.

Había visto el dolor en sus ojos, en sus gestos. En ese «no puedo» que le congeló no solo las venas, también parte del alma.

Se había quedado en su despacho. A solas. Encerrado en sí mismo. Viendo pasar los minutos sin apenas ser consciente de cómo transcurría el tiempo. Intentando encajar las piezas que habían estallado frente a sus ojos, sin comprender los motivos. Esperando. Sí. Tenía que afrontarlo. Deseando que Tessa se diese cuenta de su error y corriera a su lado.

Para la noche, frustrado por su inacción, había empezado a odiarla.

Mierda.

Otra mentira que había fabricado para que no le doliese tanto.

Se sentó en el sofá. Incómodo. Sin saber qué hacer. Miró la hora, las once y media. Quince horas sin que ninguno de ellos supiese nada de Tessa.

Demasiado tiempo.

Se pasó las manos por el pelo, sacó el móvil del bolsillo y seleccionó su número.

Nada. Seguía apagado.

Cuando Marta lo había llamado media hora atrás, preguntándole si Tessa estaba con él, se derrumbó. Maldito orgullo. A esas alturas, después de todo ese tiempo en un silencio macabro por parte de Tessa, se daba cuenta por primera vez de que apenas si habían estado juntos. Y cuando Marta le dijo que

se había esfumado, que no conseguía localizarla, un estado nervioso hasta entonces desconocido arrasó con su capacidad de pensar.

Miró a Mark, que seguía consolando a Marta, y agradeció que estuviese con él en ese instante.

Ya sentados, el silencio se fue apoderando de todo: primero de sus voces, que se fueron apagando hasta la inexistencia; después, del oxígeno, que se tornó denso, frío, oscuro; en ese instante, la piel de Roberto se erizó, susceptible a esa corriente desagradable que fluía a sus anchas entre los tres y que parecía querer engullirlos. Para rematarlo, con cada bocanada de aire se le fue encajando en el centro de su pecho un vacío y un miedo que lo oprimían al inspirar, hasta el punto de sentirlos clavados en sus entrañas.

—Tenemos que salir a buscarla. Tiene que estar en algún sitio. No puedo estar sin hacer nada. —Marta se levantó, cogió las llaves y, cuando iba a girar el pomo de la puerta, Mark la detuvo.

—Hemos mirado en el bar de Lucas; no la ha visto en todo el día. Y tampoco está en el parque. ¿Dónde más podría haber ido?

Marta meneó la cabeza a los lados, apretó los labios y se retiró las lágrimas que se deslizaban por su rostro.

—No lo sé —confesó, mirando hacia Mark, pero con la vista perdida—. ¿Y si la han secuestrado? —Abrió muchos los ojos, llevándose las manos al pecho—. Voy a llamar a sus padres, quizá haya cogido un vuelo a Menorca.

Mark le quitó el móvil de las manos.

—Los asustarás. Será mejor que esperemos.

—¿A qué? —gritó, desesperada.

—A que regrese.

Roberto miró a su amigo; se lo veía convencido de sus palabras. Tenían que escucharlo, era el único que parecía mantener la calma. Él apenas podía respirar. Aún menos detener a Marta y sus ideas.

—¿No se habrá ido con la moto a dar una vuelta? —Se le ocurrió a Mark.

—Imposible. Solo la coge los fines de semana, y muy de vez en cuando.

—No está de más comprobarlo. ¿Dónde la tiene? —insistió Mark.

Bajaron al aparcamiento.

Abrieron la puerta.

La plaza estaba vacía.

—Al menos, sabemos que se ha ido por voluntad propia —señaló Mark, mirando a Roberto y después a Marta, que lo acribilló con los ojos.

—¡Será cabrona! —Marta se giró y, como alma que lleva al diablo, se encaminó hacia el piso—: Esto no se lo perdono. Cuando aparezca, la mato. ¡Lo juro! Por muy mal que esté, ¡esto no se hace!

—Marta... —Roberto la avisó antes de que cruzara la portería—. La seguiré llamando por si enciende el móvil. Pero, ahora que sabemos que se ha ido porque necesita estar sola, me voy a casa. Es casi la una. No hago nada aquí. —Marta asintió. Las lágrimas volvían a caer por sus mejillas—. Avisame cuando sepas algo. No creo que a mí me devuelva las llamadas.

—Gracias. —Marta le dio un abrazo—. Y lo siento. De verdad.

Roberto esbozó un mohín triste. Se dio media vuelta y enfiló hacia su calle. Mark, tras despedirse de Marta, caminó a su lado sumido en sus pensamientos.

—Deberías quedarte con ella —le aconsejó Roberto como el que, por experiencia, entendía más de esas cosas.

—Tessa aparecerá, regresará a su piso, o la llamará. Creo que es a ti a quien más falta le hago. Si no te molesto. —Mark lo miró y dibujó una sonrisa, pidiéndole permiso.

—No. Claro que no.

Siguieron el camino en silencio. Roberto, incapaz de asimilar todo lo que estaba ocurriendo, no dejaba de sacar el móvil del bolsillo del pantalón y llamar a Tessa.

Apagado o fuera de cobertura.

—Roberto... —Mark señaló la entrada de su casa. Sentada, con la espalda apoyada en la puerta de hierro forjado, estaba Tessa—. Me voy al hotel. Mañana no vengáis a trabajar. Yo aviso a Marta.

Roberto recorrió los escasos metros que lo separaban de ella en cuatro zancadas.

Se puso a su lado.

—Hola —la saludó al darse cuenta de que parecía adormecida. Tessa levantó la vista. Estaba horrible: tenía los ojos y los labios hinchados, unas bolsas muy marcadas bajo los párpados y parecía exhausta.

—Hola —murmuró.

—Nos tenías preocupados. Vengo de estar con Marta. —Roberto, que se había llevado las piernas al pecho, se acodó en las rodillas y, juntando las manos, entrelazó los dedos.

Tessa abrió los ojos, como si se diera cuenta en ese instante de que había gente a la que tenía en vilo.

—Me matará en cuanto me vea.

—Eso ha dicho. —Roberto se esforzó en sonreír. Le dio la impresión de que estaba tan saturada que un solo disgusto más acabaría con ella—. Pero no te preocupes, Mark ya la habrá llamado. Él venía conmigo. —Tessa oteó la calle—. Se ha ido al hotel.

Tessa asintió con la cabeza y, con una lentitud exasperante, dejó caer su cabeza sobre el hombro de Roberto. Estaba probando. Mierda. Quería saber si la apartaría.

—Ven aquí. —La rodeó con el brazo y esperó a que ella se acomodara en su pecho—. ¿Dónde estabas?

—En el puerto, viendo las olas mecerse, romper contra la orilla. Siempre me ha calmado. Me ayuda a pensar.

—A mí también. —Tessa levantó la vista y, al encontrarse con la suya, el corazón se le disparó. Joder. Era ella. Solo ella. Y Tessa no estaba segura—. ¿Subimos a casa? —Se lanzó sin red.

—Perdóname —le suplicó con la voz rota mientras los ojos se le encharcaban—. Estoy sobrepasada, pero quiero intentarlo.

—No tengo nada que perdonarte. —Enmarcó su rostro con las manos—. ¿Vamos? Estás helada. —Tessa afirmó con la cabeza mientras Roberto le limpiaba las lágrimas con la yema de sus dedos.

—Roberto, una cosa. —Vio la duda en su iris y el pánico se atenazó en su pecho—. Júrame que si en algún momento te replanteas nuestra relación, si decides formar una familia con ella, me lo dirás. —Vio en Tessa el mismo dolor que le causaba a él escuchar esas palabras. Apretó los dientes para no preguntarle por qué no creía en ellos—. Es importante para mí —le rogó.

—Te lo juro —sentenció, vencido. Cualquier cosa por darle seguridad—. Pero esto lo haremos juntos, cielo. Como todo a partir de ahora.

Ella sonrió. Él la besó con ansia, desesperación. Con la necesidad de recordarle lo que sentían estando juntos. Para que no olvidase que la piel de ambos moría al rozar la del otro.

Capítulo 17

Roberto le sostuvo la mirada a Maggie. Sabía que se estaba comportando como un cabrón. Pero no podía arriesgarse.

Lo ocurrido el día anterior con Tessa no podía volver a suceder. Su forma de escapar, su inseguridad tenían que desaparecer. De lo contrario, la relación entre ellos se iría torciendo sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Como un simple espectador que ve el triste desenlace incapaz de detenerlo.

Esa mañana, tras mucho insistir, había convencido a Tessa de que pasaran juntos el resto de la semana en casa de Juan en Sitges —Sara y él estaban en Londres—. Un cambio de aires les iría bien. Tiempo a solas era lo que necesitaban.

Mientras ella había ido a recoger algunas de sus pertenencias a su piso, él, empujado por su instinto de protegerla, había ido a ver a Maggie al hotel en el que se hospedaba.

—Explícamelo de nuevo —siseó Maggie, con un rictus de piedra que hubiese hecho temblar a más de uno.

El camarero, que les servía los cafés en ese instante, desapareció de allí dirigiéndole a Roberto lo que le pareció una mueca de compasión.

—Si es mi hijo, me haré cargo de él. No tengas la menor duda —le aseguró, clavando sus ojos en ella. En voz baja. Con la mandíbula tensa—. Pero mientras no se demuestre, me limitaré a acompañarte al médico y a estar contigo el día del parto.

—¿No iremos juntos a comprar ropa para el bebé? Qué decepción —ironizó Maggie antes de resoplar—. Mira, no he venido a que me insultes.

Creo que hago lo correcto, y entiendo que esto ha sido una bomba para tu novia y para ti, pero es lo que hay. Yo también tardé un tiempo en asimilarlo.

Roberto se pasó las manos por el pelo y, tras cerrar los ojos unos segundos, le aseguró:

—Asumo mi responsabilidad.

—Nadie lo diría. No haces más que decir que quizá no sea hijo tuyo. —Se cruzó de brazos, desafiándolo. Roberto ladeó la cabeza, pensando con cuántos hombres se habría acostado ella mientras compartían cama. Pareció que Maggie escuchaba sus pensamientos—. Solo he tenido relaciones sin protección contigo; por si necesitas que te lo aclare, lo hago. Y mientras nos vimos, no estuve con ningún otro. Así que, Roberto, hazte a la idea de que cuando nazca —pasó la mano por su vientre—, las cosas no serán distintas. —Él iba a responder, pero ella lo frenó alzando la mano—: Haremos la prueba. No sufras por ello.

—No he venido aquí a debatir sobre eso. Solo quiero que sepas lo que hay. No esperes de mí otra cosa. —Maggie alzó las cejas. La conocía bien. Ella no se lo había pedido, ni se le pasaba por la cabeza, pero quiso dejárselo claro —. Tessa para mí es lo más importante.

—Genial. Pero para mí lo es nuestro hijo. Y, aunque estoy dispuesta a vivir aquí para que tenga a su padre cerca, si veo que no te implicas cuando nazca, te juro que regresaré a Londres —lo amenazó.

—Me parece perfecto. —Roberto se levantó de la silla y sacó la cartera para pagar. Ella se le adelantó diciéndole al camarero, que pasaba cerca de su mesa, que cargara la cuenta a su habitación—. Pero recuerda: solo avísame si es necesario. Cuando nazca, ya veremos cómo lo hacemos.

A él no lo coaccionaban.

Si era su hijo, nadie tendría que convencerlo de nada.

Pero tenía que asegurarse.

Mantener las distancias.

Darle tiempo a Tessa para que se hiciese a la idea de la situación.

Se dirigió a la salida del hotel, enfadado. Más consigo mismo que con Maggie. Al final, si fuese a la inversa, él se habría puesto a la defensiva igual que ella. Sabía que no estaba actuando bien. Que ella no tenía más culpa que él, y que estuviese dispuesta a vivir allí solo para que su hijo tuviese relación con él la convertía en mejor persona que la mayoría de gente que conocía. Pero aun así, era consciente de que Tessa necesitaba tiempo para digerir su próxima paternidad. Desde luego, ir de compras con Maggie no era lo mejor para que Tessa se relajara y se diera cuenta de que solo ella lo convertía en un hombre feliz.

En la calle, una sensación repentina de vacío lo frenó al instante. Alterado, con la incertidumbre a flor de piel, y a riesgo de parecer un obseso, cogió el móvil y marcó el número de Tessa. Tenía que escuchar su voz. Saber que seguía tal y como la había dejado. Que no se arrepentía de la decisión de permanecer a su lado.

—¡Hola! ¿Ya estás en casa? Yo no tardaré más de diez minutos en llegar.
—Su voz alegre fulminó todas sus dudas.

Echó a andar con prisa.

Le urgía llegar a su lado.

A Tessa le costó una barbaridad claudicar e ir con Roberto a Sitges a pasar unos días. No por ellos como pareja, en absoluto. Más bien por aquello de estar acostándose con su jefe y permitir que sus rencillas amorosas afectasen al trabajo.

Meneó la cabeza a los lados, casi de una forma imperceptible, y arrinconó

esos pensamientos para centrarse en la espectacular puesta de sol que tenía enfrente.

Estaban sentados en uno de los bancos del paseo. Roberto de lado, con las piernas abiertas, y Tessa entre ellas, con la espalda pegada a su pecho y los brazos de él envolviéndola. El sol hacía rato que había empezado a ocultarse, salpicando el cielo de rojos, naranjas y lilas, mientras los últimos bañistas abandonaban el mar y se secaban con sus toallas contemplando el hermoso espectáculo de colores.

Habían llegado a Sitges el miércoles después de comer, y, hasta esa misma tarde —era jueves—, Roberto no había consentido que abandonasen la casa de Juan para otra cosa que no fuese dar un paseo con *Corner*.

La necesitaba. Podía sentirlo. Incluso oía a su piel gritarle que no dejase de rozarlo, y es que, desde que habían llegado, pocos eran los segundos que habían pasado sin tocarse de una u otra manera.

Por mucho que no lo hablasen, que se negasen a enturbiar con los últimos acontecimientos esos días de escapada, estaban tan presentes que, en algunos momentos de silencio —a veces iniciados por él, en ocasiones, por ella—, se hacían palpables. ¿Qué tenía de malo compartir sus miedos?, se preguntaba en cada uno de esos minutos que parecían interminables. Es más, si no lo ponían en común, ¿cómo lo superarían?

No tenía la más remota idea.

Se levantó una suave brisa y se removió incómoda. Algunos mechones de pelo se le escaparon de la coleta; los colocó tras las orejas y levantó la vista para averiguar cómo demonios Roberto se había resistido para no hacerlo él. El pelo de Roberto danzaba al son del viento sin que mostrase la más mínima molestia, con la vista perdida en el horizonte.

Otra vez parecía ausente.

—¿En qué piensas? —Por primera vez, no respetó su mutismo.

Roberto inclinó la cabeza y le dio un suave beso en los labios.

—En lo mucho que te quiero. En lo bien que estamos juntos. En lo fácil que sería perderlo.

A Tessa le dio un vuelco el corazón, no por miedo a lo que estaba dando vueltas —lo entendía—, sino por la crudeza de esa realidad.

—Sí. Resulta aterrador.

Siguieron cada uno en su mundo un largo rato. Sin dejar de mirar el cielo, el mar, la gente que paseaba; la vida. Hasta que anocheció, y un escalofrío la condujo al presente y a darse cuenta del frío que tenía.

—¿Regresamos a casa? —Levantó la cabeza y besó a Roberto en la barbilla.

—¿Te apetece una baño antes de acostarnos? —le murmuró Roberto en el oído, para después cruzar sus miradas con ojos chispeantes.

Estaba de vuelta.

Igual que ella.

—¿En serio? —Esa misma mañana, por primera vez, Tessa había hecho el amor en el agua, dentro de la piscina. A Roberto le pareció tan extraordinario que una mujer que había pasado la mayor parte de su vida en una isla no lo hubiese probado hasta entonces, que lo habían repetido por la tarde—. ¡El agua está fría! Estamos a mediados de mayo, es un milagro que durante el día esté más o menos aceptable.

—¡Tonterías! —La levantó para dejarla a un lado y, tras ponerse de pie, tiró de ella hacia la playa.

Clavó los talones en el cemento y echó el culo hacia atrás. Mierda. Él era mucho más fuerte.

—¡Me pondré enferma! Además, ¿sabes lo peligroso que es bañarse por la noche? —Miró a los lados, para comprobar que nadie los viese o escuchase. Estaba convencida de que cualquiera que los observara deduciría sus

pervertidas intenciones—. ¡Eres un mandril! —sentenció muy seria para evitar que Roberto se saliese con la suya.

—¿Un qué? —Roberto la soltó sorprendido, alzando las cejas y mirándola con una sonrisa un tanto maléfica que logró que su sangre se calentase en un segundo.

—Ya sabes, un mono. —Se lamió los labios, nerviosa, entrelazando los dedos de las manos, tentada de mirar al suelo.

Roberto se pegó a su cuerpo y, con voz ronca, le advirtió:

—No puedes acusarme de ser primitivo y, acto seguido, lamerte los labios.

Tessa dio un respingo. Mierda. Tenía razón. Lo estaba empeorando.

—¿Y si lo hacemos en una cama? —propuso con su sonrisa más inocente y la respiración entrecortada—. He escuchado que es genial.

Se le escapó una risita nerviosa. Si él quería, si insistía, acabarían en el agua.

—Mmm..., no sé. Demasiado convencional. —Roberto levantó el índice y empezó a recorrer el puente de su nariz. Lo deslizó hasta sus labios sin apartar sus ojos verdes de los de ella, comiéndosela.

A Tessa le empezaba a dar igual dónde estaban. Joder. Si seguía acariciándola de ese modo, con el aliento rozándole la piel, cometería una locura.

Las piernas le flaquearon y él la aferró con fuerza.

Calor.

—Roberto, no tardamos ni diez minutos en llegar a casa —balbuceó, aturdida.

—Imposible. No puedo esperar tanto. —Tessa agrandó los ojos con sumo esfuerzo, alucinada con la respuesta. ¿En serio lo iban a hacer en el mar? Roberto se inclinó para besarla. Tierno, dulce, corto. Se separó de ella y, a regañadientes, masculló—: Anda, vayamos en busca de ese catre antes de que

me arrepienta y te folle aquí mismo.

—Gracias. —Suspiró. Roberto se apartó y ella se recompuso como buenamente pudo. Se lamió los labios de nuevo. Él la miró lascivo, avisándola de que no se le ocurriera ejecutar esa acción otra vez. Divertida por reconocer lo que a él le excitaba, insistió—: Pero que conste, sigo creyendo que eres insaciable.

—Cielo, te recuerdo que no te has negado en ninguna ocasión. —De repente, la sonrisa de Roberto se desvaneció, sus ojos perdieron brillo y, enmarcándole el rostro, quiso saber—: Te apetece, ¿verdad? Si no es así, solo tienes que decírmelo.

¿En serio le estaba preguntado eso? ¡¿Pero no la veía?! Se puso de puntillas, lo agarró de la camiseta para que se inclinase y, en un susurró, le confesó:

—Cariño, ¿de verdad quieres perder el tiempo con preguntas estúpidas? —Sacó la lengua y la paseó por sus labios—. Estoy a punto de entrar en combustión espontánea.

Roberto gruñó y, tras devorarle la boca con posesión, la condujo hasta casa.

Jamás se había sentido tan bien con otra persona.

Nunca había deseado tanto a un hombre.

Encontrarían la manera de seguir adelante.

A la tarde siguiente, Tessa saltó de la tumbona del jardín donde tomaba el sol junto a Roberto y salió disparada hacia el comedor. Había dejado el móvil sobre la mesa y, desde hacía un rato, escuchaba los pitidos de los mensajes que estaba recibiendo como si el mundo estuviese al borde de la

autodestrucción.

Seguro que era Marta. Era única cuando estaba impaciente. ¿Tanto le costaría llamar?

Desbloqueó el móvil y empezó a leerlos con una sonrisa en los labios.

Es más que una experiencia religiosa. ¡Lo juro! No exagero. ¡Es un ente superior! 16:36

Vino a verme ayer por la noche y aún no hemos salido de la cama. 16:37

Me dijo: ahora vamos a follar y mañana no solo lo recordarás, sino que lo necesitarás más que respirar. 16:37

¿A qué es romántico? 16:38

Menos mal que hoy no tenía ningún juicio. Mierda. No sé si él tenía algo importante. Espera, que le pregunto. 16:38

Dice que no. Menudo susto. Ya me veía siendo la culpable de que el imperio Cooper se desmoronase. 16:39

A Tessa se le escapó una carcajada. ¿Cómo se le podían ocurrir esas ideas?

No te rías. Que tú también estás aportando tu granito de arena para su destrucción. 16:39

¿Por qué no contestas? 16:40

Mmm... ¿interrumpo? 16:40

Dile a tu novio que lo siento, pero esto es más importante. 16:40

¿Hola? 16:40

¡¡Necesito compartir mi alegría poscoital contigo!!
16:41

Se moría de la risa. ¡Pero qué animal! Esperaba que Mark estuviese preparado para lo que se le venía encima.

Bueno, eso, y que por lo visto, yo soy algo más que una amiga y, claro, no quería que pensara otra cosa. Mi frase lo colapsó. 16:42

¡Eooo! 16:42

Empezó a teclear.

¡Loca! Te va a pillar escribiendo tonterías y se irá por patas. 16:44

Por cierto, ¿ya tienes agujetas? 16:44

No. Tendrá que esmerarse un poco más. Qué pena, ¿verdad? 16:44

Pues no muchas. 16:45

Nena, esto es la rehostia, cuando nos veamos te explico los detalles. 16:45

¿Dónde está? 16:45

A mi lado, sonriendo con cara de bobo. Creo que le estoy subiendo el ego. 16:46

Pues ve con cuidado. Que de serie ya lo traía subidito. 16:47

Cierto, ¡y cómo me gusta! 16:47

Me alegro un montón, ¡pareja!
Nos vemos el domingo. 16:47

Dejó el móvil sobre la mesa con una sonrisa en los labios, divertida por la situación, feliz por ellos; deseando explicárselo a Roberto.

Regresó al jardín, donde él seguía tumbado, con las gafas de sol puestas y un bañador de color rojo que le tornaba la piel aún más blanca. Caminó hasta él con lentitud, tomándose todo el tiempo del mundo en admirarlo: su pelo indomable inerte sobre la tumbona; los músculos de sus brazos relajados a los lados; sus pectorales marcados; la barba, ya de unos días, que le rascaba y empezaba a irritar su piel cada vez que la acariciaba; el mordisco que se veía con claridad en su hombro izquierdo, y que no pudo reprimirse en marcarle la noche anterior cuando llegaron de su paseo. Se detuvo junto a él y esbozó una sonrisa que imaginó que debía de ser de lo más tonta. Roberto, en un movimiento estudiado, se quitó las gafas de sol y le mostró su dentadura perfecta. Se hizo a un lado para dejarle sitio y la rodeó con sus brazos, amoldándola a su cuerpo cuando se tumbó junto a él. Tessa paseó la yema de los dedos por su mejilla, contemplándolo anonada por lo que le hacía sentir, intuir, creer. Y, por imaginar, le vino a la mente que eran dos piezas de puzle perdidas que, sin saber por qué misterios de la vida, se habían encontrado y encajaban a la perfección.

—Te he escuchado reír. Era Marta, ¿verdad?

—Sí. Anoche Mark fue a verla. —Roberto la miró expectante—. Están juntos.

Roberto lanzó una carcajada que le provocó un pellizco en el corazón. Viéndolo feliz, desinhibido, ella era feliz.

—¿Esos mensajes eran para contártelo? —Tessa asintió con la cabeza—. ¡Dios mío! ¿Todas las mujeres hacéis lo mismo?

—¡Eh! ¡Que vosotros también habláis de sexo! Y, probablemente, más que nosotras. Ahora no me vengas con esas.

—Cielo, te ha avasallado hasta que ha conseguido que respondieras —se defendió entre risas.

—Cobarde. ¡Qué rápido has cambiado de tema!

—Dímelo otra vez —la retó Roberto con voz lasciva.

—Co-bar-de —silabeó y enfatizó el movimiento de labios y lengua.

Roberto se levantó, tiró de ella y, tras cogerla en volandas, corrió hasta el borde de la piscina.

Obviando sus gritos, ruegos y patadas, se tiró al agua.

—¿A que está buena? —le preguntó cuando sus cabezas emergieron. Tiró de ella y la acercó a su pecho.

—¡Joder! Está helada —respondió, enrollando las piernas en sus caderas —. Cómo me ponga enferma, te vas a enterar.

—Quizá no te has dado cuenta, pero desde que estamos aquí, tus ojeras no son tan profundas y tu aspecto ha mejorado. Soy tu sanador, pequeña.

Tessa levantó las cejas, escéptica.

—Estoy durmiendo mucho, es lo que necesitaba. Así que, aunque haya sido idea tuya venir, tampoco es para que ahora te las des de chamán.

Roberto se movió y, atrapándola entre el borde y su cuerpo, le susurró al oído:

—El sexo fortalece el sistema inmunológico. —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Y eso solo te lo doy yo.

Tessa jadeó, sin ser consciente de que ese sonido había salido de entre sus labios hasta que una sonrisa de satisfacción cubrió el rostro de Roberto. Dios, ¡qué creído se lo tenía! La respiración se le aceleró al notar la yema de los dedos de él deslizar la braguita del bikini entre sus piernas. Tiró la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, cuando él se sumergió, deshaciéndose de la

escasa ropa, y la invadió con un dedo hambriento. Se mordió el labio inferior, con fuerza, hasta que la lengua de Roberto se introdujo en su boca.

El móvil de él empezó a sonar.

No le hicieron caso.

Volvieron a llamar.

—Quizá... —murmuró Tessa sin dejar de mover las caderas, rogándole con su cuerpo que no se apartase.

—No —sentenció brusco.

La llamada se repitió.

—Cógelo —le pidió entre gemidos.

Roberto se apartó de ella, resignado.

—Ya puede ser importante.

Tessa observó, entre frustrada y divertida, cómo Roberto alcanzaba el móvil que tenía sobre una de las mesas del jardín y lo fulminaba con la mirada antes de responder.

Si era Mark, se iba a llevar una buena bronca.

—Dime —lo escuchó rugir, para permanecer después unos segundos en silencio, con la vista perdida, aferrando el móvil con fuerza—. No estoy en Barcelona. —Su rostro se endureció. Silencio. Mierda, malas noticias. Tessa salió del agua—. Vale. Adiós.

—¿Ocurre algo? —Vio perfectamente el momento en el que Roberto dejó de apretar la mandíbula, tragó saliva y se esforzó en esbozar una sonrisa que apenas curvó sus labios.

—No es nada.

Tessa ladeó la cabeza, estudiando sus gestos, ¿en serio creía que podía engañarla? ¡Si no recordaba haberlo visto jamás tan tenso! O molesto, o lo que fuese que sentía en ese momento.

—Vale —se conformó. Sabía que en ese estado no le diría nada.

Roberto enmarcó su rostro y, con media sonrisa, acercó su nariz a la de ella y le rozó la punta con movimientos circulares.

—¿Te apetece ir a cenar fuera? —propuso con voz anhelante, la rodeó con sus brazos en un gesto protector, la acercó a su cuerpo, y le dio pequeños besos en la comisura de sus labios.

—Claro.

Tessa agradeció al camarero que le ofreciese un cuenco lleno de agua para *Corner*. Habían dado un largo paseo antes de sentarse en una terraza frente a la playa para cenar, y el pobre animal estaba sediento.

En cuanto el chico se fue, miró a Roberto: tenía la vista perdida en el oleaje y una mueca de incertidumbre en el rostro. ¿Qué le ocurría? Desde que había recibido aquella llamada, estaba distante y, por incongruente que fuera, de lo más protector al mismo tiempo.

Respetó su silencio hasta que les sirvieron las bebidas. Siempre había sido muy directa. Incluso quizá demasiado espontánea. Pero así era ella, y él lo sabía. Supuso que tampoco le extrañaría demasiado que sacara el tema. Lo intentó. Pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta. Respiró hondo. Observó a Roberto de soslayo; seguía absorto en sus pensamientos, lejos, en otro mundo. Le tembló el labio inferior. Dudó, pero tenía que saber, lo necesitaba. No respiraría tranquila hasta hablar de lo que ocurría. Se mojó los labios, que estaban tan secos como su boca, cerró los ojos y se pinzó con dos dedos el puente de la nariz para coger fuerzas.

—Cielo, ¿te encuentras bien? —La voz preocupada de Roberto y el roce de sus dedos en la mejilla le provocaron un respingo. Levantó la vista justo en el instante en el que el camarero dejaba un plato de bravas y dos tenedores sobre la mesa—. Gracias.

—¿Qué ocurre? ¿Quién te ha llamado?

Roberto se removió en la silla y, con lo que le pareció a Tessa la voz de un

hombre resignado, contestó:

—Era Maggie. —Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Tessa. ¿Por qué demonios no se lo había dicho antes? ¿Por qué ocultarlo? Clavó sus ojos en él y vio pena, indecisión, miedo. ¡Creía que se enfadaría! Sí. Era eso —. No se encontraba muy bien.

Esbozó una dulce sonrisa. Ese era su Roberto, el de verdad, el que se preocupaba por todos.

—¿Por qué no la llamas? Creo que te sentirás mejor cuando sepas cómo está ahora.

Tenía que poner de su parte. Ayudarlo a encontrar un hueco en su vida, mejor dicho, en la de ambos, a esa mujer.

—¿No te importa? —Esperanza. Sorpresa. Eso era lo que destilaban sus palabras.

Tessa negó moviendo la cabeza, convencida de que no les quedaba otra que entender, más pronto que tarde, que Maggie había llegado para quedarse.

El teléfono de Roberto empezó a sonar. Le enseñó la pantalla: era un número desconocido. Descolgó. Su voz pasó de ser seria a titubeante y asustada en cuestión de segundos. La miró con los ojos muy abiertos, pálido, sin luz, como si de repente algo en su interior se desconectara. Colgó. Dejó caer el móvil sobre la mesa y miró a los lados, buscando algo, alguien. Tessa tuvo la certeza de que miles de imágenes volaban por la mente de Roberto en ese instante.

—¿Roberto?

Se levantó de golpe, agarró el móvil y, sin apenas mirarla, sentenció:

—Me tengo que ir. Maggie está en el hospital. Me necesita.

Tessa se incorporó, lo sujetó por un brazo para obligarlo a detenerse y que la escuchase.

—Pago y me voy contigo.

—No —respondió seco, como si fuese la peor idea del mundo, paseando sus manos por el pelo—. Quédate aquí, prepara las maletas. Ya vendré a por ti mañana o pasado. Te dejaré la verja abierta y una copia de las llaves de la casa sobre la mesa de la piscina.

No tuvo tiempo a responder. Roberto desapareció con, lo que le parecieron, unos ojos cargados de culpabilidad por tener que irse de esa manera.

Capítulo 18

Roberto se retrepó en el sillón y se llevó una mano a la nuca, la frotó con fuerza y movió los hombros en círculos, mientras el crujir de los huesos lo acompañaba en cada rotación.

Había permanecido sentado junto a la cama de Maggie toda la noche. El cuerpo le dolía, reclamándole que saliera a estirar las piernas; alejándose de esa habitación, tan aséptica y fría, en la que solo entrar se te cortaba por unos segundos la respiración.

Miró la hora. Demasiado temprano. O tarde. Qué más daba.

Apenas había dado un par de cabezadas. Los nervios, la situación, el lugar, su preocupación por Maggie y el bebé; todo eso en su conjunto le impedía descansar por mucho que lo necesitara. Cerró los ojos un instante y respiró hondo en busca de alivio.

No lo encontró.

Los primeros sonidos del día en el hospital se colaron bajo la puerta de la habitación hasta llegar a sus oídos: en el pasillo, el inconfundible rodar de los carros de medicación desplazándose fue lo primero en romper el silencio que ofrecía la noche. Tras ellos, los primeros «buenos días» a los pacientes, y las despedidas de las enfermeras que finalizaban su turno a las que iniciaban su jornada, se convirtieron en un murmullo que, a cada instante que transcurría, calmaba su ser hasta conducirlo al estado de reposo que su cuerpo requería.

Abrió los ojos y los dejó enganchados en Maggie.

Dormida, su cuerpo desprendía el mismo temor que había visto en sus pupilas la noche anterior. Seguía igual de pálida. Su piel translúcida dejaba

ver los caminos que las venas dibujaban en su organismo. Las sombras bajo sus ojos, los labios sin color, las manos rodeando el vientre. Todo en ella gritaba el mismo mensaje. Como si la energía que poseía abandonara el resto de su ser y se centrara en alcanzar un único objetivo: que el bebé permaneciese con ella.

Movió la cabeza a los lados, aturullado por los acontecimientos.

Los recuerdos de la conversación que habían mantenido a su llegada al hospital retumbaban aún en su pecho. Sabía que ella tenía razón. Que nada de lo que hubiese hecho habría cambiado la situación que estaban viviendo. Pero le daba igual. No solo era eso. El problema, lo que le de verdad lo angustiaba, es que no la había querido escuchar. En esta ocasión, la muerte, le había brindado la oportunidad de luchar contra ella. Y él, engreído egocentrista, se había cerrado a todo, y no era así. Ella le había intentado explicar —el primer día que se vieron, y más tarde en el hotel— que su embarazo estaba siendo complicado. El riesgo de aborto había existido casi desde el primer mes. Tuvo que guardar reposo en cama las primeras dieciséis semanas, hasta que después todo empezó a ir mejor.

Roberto se pasó las manos por el pelo y exhaló con fuerza. Joder. Maggie lo había pasado mal. Y aun así, decidió no contarle nada hasta que vio que el embarazo seguía su curso. Maldita sea. Cualquiera otra mujer lo hubiese llamado al primer contratiempo. Arrugó la frente, consternado; algo en el tono de voz de Maggie le había advertido que se había sentido demasiado sola.

Le siguió dando vueltas a la situación hasta que permitió que el peso que soportaban sus párpados se adueñara de él, y cayó dormido.

El sonido del móvil vibró sobre la mesita. Lo desbloqueó y leyó el mensaje de Tessa:

Buenos días. ¿Cómo está Maggie? Marta viene a recogerlos, así que no te preocupes por nosotros.
11:02

Respiró hondo. Tessa. Cada centímetro de su piel la añoraba. Pensar en cómo la había dejado, sin darle ninguna explicación, lo consumía por dentro. Pero tenía que ser responsable de sus actos y, en aquel instante, lo prioritario había sido llegar lo antes posible junto a Maggie.

—Hola —lo saludó Maggie con voz pastosa.

Roberto dejó el aparato sobre la mesita, se levantó y vertió agua en un vaso para ofrecérsela.

—Hola. —Se esforzó en sonreír. Necesitaban ser positivos—. Bebe un poco.

—Gracias —respondió cuando le devolvió el recipiente de plástico vacío—. ¿Está visitando ya el médico?

—No. He preguntado a una enfermera y me ha dicho que ha tenido una urgencia. No saben cuándo podrá venir. Creo que te tocará comer aquí. Son ya las once.

Maggie dibujó un mohín de fastidio, buscó las sábanas, que estaban a los pies de la cama, y se tapó con ellas en un gesto que a Roberto le pareció una especie de sistema de protección.

—No importa —afirmó con la voz más apagada que antes.

—¿Cómo te encuentras? —Roberto se sentó junto a ella en una clara demostración de que permanecería a su lado.

—Ahora estoy bien. Aunque supongo que debo de llevar progesterona por un tubo —sentenció, mirando el gotero que tenía conectado a una vena y que trabajaba a un ritmo lento pero constante.

—Te lo han puesto hará veinte minutos. Debe de estar a punto de acabarse. ¿Por qué no descansas?

—¿Más? —le respondió poniendo los ojos en blanco—. Estoy aburrida de aburrirme.

A Roberto, las comisuras de los labios le tiraron hacia arriba por primera

vez en muchas horas. Esa era Maggie en estado puro.

—¿Estas al día con Juego de Tronos? —Sabía que esa serie le encantaba. Cogió el móvil y tecleó bajo la atenta mirada de Maggie, que se había iluminado—. Estamos solos —aclaró sin necesidad, señalando con la barbilla la cama que tenían al lado—. Podemos ver lo que quieras. —Le entregó el aparato—. Selecciona tú el capítulo mientras coloco la camarera de alguna forma que nos permita ver bien la pantalla.

A las cuatro, el médico seguía sin aparecer. Cansado por la espera y, sobre todo, por la necesidad de cambiarse de ropa, llamó a Mark para que se acercase a recoger las llaves de su piso y le procurase alguna muda.

—¿Cómo sigue? —le preguntó su amigo con semblante serio cuando se encontraron en el pasillo.

—Ha pasado bien la noche, pero a ver si viene el médico de una maldita vez y nos confirma que todo sigue su curso.

—Tranquilo. No entiendo de estas cosas, pero que esté estable diría que es bueno. —Mark esbozó una sonrisa que intentaba animarlo—. ¿Maggie necesita algo?

Roberto alzó las cejas. Mierda. No había pensado en eso. Así de agobiado estaba. Miró hacia la puerta tras la que se encontraba y negó con la cabeza.

—Está dormida. No quiero despertarla. Luego le pregunto y, en todo caso, te envío un mensaje con lo que me diga y se lo compras.

—Vale. —El móvil de Roberto vibró. Tessa lo llamaba. Mark, que se había fijado en quién era, palmeó a su amigo en el hombro y, con una sonrisa en los labios, se despidió de él—. Nos vemos en un rato.

Roberto miró embobado el aparato. Justo antes de descolgar, un médico de unos cuarenta años entró en la habitación de Maggie.

Tessa dejó caer el peso de su cuerpo sobre la puerta de hierro forjado de la casa de Roberto. Inspiró con fuerza y cerró los ojos. Por raro que pareciese, allí se sentía más tranquila.

—¿Sigues sin noticias tuyas? —Marta, que permanecía en la acera y se había echado a un lado para dejar pasar a una pareja con dos niños, la miró con su gesto más escéptico cuando la tuvo de nuevo cara a cara.

Negó con la cabeza, incapaz de articular palabra, temiéndose el peor desenlace para el bebé, mordiéndose el labio inferior para controlar un temblor provocado por la desazón que la invadía desde hacía horas.

Después de una noche en la que había esperado algún mensaje por parte de Roberto que la pusiese al corriente de la situación, sintiéndose mal por querer preguntarle y no atreverse, había sido incapaz de dormir. Resignada, a la una de la mañana había deambulado por el jardín para más tarde probar con el sonido de fondo de la televisión y dejarse vencer por el cansancio, o escuchar música relajante. Nada de eso funcionó. A las diez de la mañana, desesperada y con la cabeza a mil por hora por todas las imágenes de desenlaces funestos vertidas sobre ella, había decidido llamar a Marta para que fuese a recogerla y hacer algo para sentirse útil, aunque solo fuese ahorrarle a Roberto ir a por ella y a por *Corner*.

Tres horas más tarde, con el perro cargado en la parte trasera del Mini de Marta, habían llegado a Barcelona. Su primera reacción fue la de acercarse al hospital, pero no podía hacerlo. O, al menos, eso le había aconsejado una parte de sí misma. Quizá él quería pasar por esa situación a solas; quizá era Maggie la que necesitaba intimidad. Fuera como fuese, lo entendía. Hubiese preferido permanecer a su lado, haciéndoles compañía desde la sala de espera, pero sabía que debía mantenerse al margen a no ser que le pidieran lo contrario. Así que se encerraron en su piso.

Se llevó las manos a la espalda y cruzó los dedos.

Para ser un sábado a las cinco de la tarde, la calle estaba bastante vacía. Las risas y gritos procedentes del parque competían con el ruido del escaso tráfico del fin de semana en la ciudad. Un aire agradable mecía las copas de los árboles mientras un cielo despejado y un sol radiante invitaban a pasear.

Le pareció que la vida era injusta.

—¿Crees que estoy actuando bien?

Marta abrió mucho los ojos, poniéndose seria de golpe. Abrió la boca para contestar y la cerró en el último momento. Mierda. Eso era lo malo de conocer tan bien a una persona: estaba convencida de que creía que se estaba comportando como una estúpida.

Tessa dejó ir un suspiro, se encogió de hombros y fijó la vista en sus pies, que iniciaron un sube y baja.

—Creo que no lo está haciendo bien. No le costaría nada responder el mensaje o devolverte la llamada. —Tessa intentó rebatir esa postura, pero Marta la frenó al proseguir—: No eres tú quien se está equivocando, así que no le des más vueltas a esa tontería.

Marta apoyó la espalda en la puerta, junto a Tessa.

—Está de cinco meses. Un aborto a estas alturas tiene que ser una experiencia horrible.

—Mírame. —Tessa alzó la cabeza con el corazón en un puño. Sabía que le diría unas palabras que no se atrevía a pronunciar, que no estaba preparada para escuchar, pero que empezaban a tomar forma en su cabeza—. Tenía que haberte llamado a ti.

Los ojos de Tessa se encharcaron, una lágrima recorrió su mejilla y el corazón le palpó con fuerza.

Marta tenía razón. En parte.

Lo poco que sabía del estado de Maggie era gracias a que, tras llamar a su

amiga esa misma mañana, Mark había conseguido hablar con Roberto y le había explicado la situación. ¿Comprensible? Aún no lo había decidido. ¿Aceptable? Por el momento, sí.

Se conformó con eso hasta después de comer, cuando Roberto llamó a Mark para pedirle que se acercase al hospital en busca de las llaves de su casa y que recogiera algo de ropa para llevarle. ¿Extraño? Bastante. Aunque se negaba a obviar que, hasta que ella apareció en su vida, Mark era la única persona que siempre había permanecido al lado de Roberto. Era normal que acudiese a él, ¿verdad?

Empezó a dudar.

Se llevó las manos a los ojos y se los frotó. No acababa de creerse que hubiese ido hasta esa casa a la espera de que Mark apareciese y abordarlo para obtener información, incapaz de esperar a que regresara a su piso para la cena.

—Que yo aparezca por allí puede resultar violento. Sobre todo para Maggie —murmuró, más para convencerse a sí misma que para hacerle saber a Marta su opinión.

—Tessa, no te estoy hablando de eso. Solo digo que ponerte al corriente de cómo evoluciona Maggie no le costaba tanto.

Contra esa afirmación no tenía argumentos.

Miró hacia el final de la calle, deseando que Mark apareciese de un momento a otro, preguntarle por Maggie, por cómo había visto a Roberto. ¡Dios! Se lo imaginaba perdido, destrozado, y un hormiguelo incómodo se le instaló en la boca del estómago. Jamás había ido con ella no echar una mano.

Odiaba sentirse impotente.

Un taxi se paró justo delante del bloque y, tras unos segundos, Mark descendió de él.

—¿Cómo están? —lo atacó Tessa sin darle tiempo a que cerrase la puerta

del vehículo.

Mark titubeó. Miró a Marta abriendo los ojos de forma desmedida, como si le extrañase la pregunta.

—¿No te ha cogido el teléfono? —Un dolor le estalló en el pecho y el estómago le dio un vuelco—. Lo he dejado cuando he visto que eras tú quien llamaba.

Tessa movió la cabeza a los lados, negándose a buscar una explicación a una pregunta inocente, pero significativa.

—¿Qué te ha dicho? —Marta habló por ella. Gracias. Gracias a quien correspondiese por mantenerla a su lado.

—Estaban a la espera de que el médico visitara a Maggie, pero ha pasado buena noche y parecía estable.

Un sudor frío recorrió el cuerpo de Tessa y empezó a ver borroso, justo antes de ser consciente de que perdía toda la energía que la mantenía en pie.

Tessa, apenas recordaba haber llegado hasta allí. Pero si sabía que, justo antes del segundo desmayo, Mark había evitado que cayese al suelo, cogiéndola en el momento exacto.

Aun a riesgo de parecer excéntrica, no pudo evitar preguntarle a la enfermera que le estaba tomando la tensión, por tercera vez en una hora, dónde se encontraban la salida y la puerta de emergencia. Con esos datos, y una sonrisa afable por parte de la mujer antes de abandonar el box, se sintió mucho más tranquila.

En la última media hora, tras la conversación mantenida con el médico de urgencias que la había visitado, toda su seguridad se había tambaleado hasta derribarse.

Puso en práctica un par de mantras, cerró los ojos y visualizó el color azul. Sobrepasada e incapaz de tranquilizarse, entendió por primera vez en su vida lo que su madre le había dicho en más de una ocasión: «La mente es parecida al mar. A veces está en calma, pero en ocasiones se mueve frenética».

Pedazo sacudida.

Decidió dejar a un lado el miedo y la decepción que la devoraban por dentro para seguir adelante. ¿Acaso tenía más opciones?

Miró al techo y lo primero que hizo fue localizar el detector antiincendios, para más tarde entretenerse en contar las placas, después, las luces y, finalmente, el número de rendijas: dos para el aire acondicionado y otra para el hilo musical. Echó la cabeza hacia atrás, fijándose en los múltiples conectores, cables y aparatos de los que desconocía el uso, y que estaban empotrados en la pared. Lo siguiente fue pasear la vista sobre la pequeña mesa que había en un lateral, el ordenador portátil que había encima y el bolígrafo azul. Nada. Por mucho que lo intentaba, no lograba centrarse en algo que no fuese la espectacular batalla que se estaba librando en su cabeza.

Roberto había escogido. De nuevo, con sus actos, la apartaba sin más. Sin opción a replica. Un sollozo se le escapó y se tapó la boca con las dos manos. ¡Mierda! No tenía la menor idea de lo que estaba pasando, lo que ocupaba la mente de Roberto, pero no lograba entenderlo. Ella respondería a su llamada desde el mismísimo infierno. Él no. Y estaba asustada.

A trompicones consiguió que sus pulmones se llenaran, mientras la mandíbula le temblaba y se aguantaba las ganas de derramar lágrimas hasta el día siguiente. No podía dejar que Marta y Mark, que estaban en la sala de espera de urgencias del hospital, la viesen mal cuando saliese. Al fin y al cabo, solo había sufrido dos lipotimias.

Cuando abandonó el box, los brazos de Marta la rodearon con fuerza, robándole el escaso aire que conseguía inhalar.

—Malditos matasanos, no me han dejado entrar por mucho que he insistido —se quejó, indignada, sin separarse de ella.

Tessa se rio por dentro; por fuera era pedir demasiado.

—Sigues muy pálida. ¿Seguro que ya estás bien?

La voz de Mark consiguió que Marta la soltase y, decidida a ser tan valiente como sus padres le habían inculcado, les aseguró que se encontraba mucho mejor. Solo había sido un susto por el estrés de las últimas horas; con un poco de descanso se acabaría de recuperar.

Ojalá fuese cierto.

—Mark ha llamado a Roberto para explicarle lo sucedido. —Tessa alzó las cejas, incapaz de hablar—. Le ha pedido que lo avise cuando salgas.

Sus amigos se quedaron en silencio, esperando a que ella respondiera, mirándola como si supiesen tan bien como ella que esa acción iba a ser decisiva.

—Pues hazlo —le pidió a Mark con un gesto de la mano.

La conversación entre ellos duró poco más de un minuto. A Mark se lo veía apurado, con cara de querer decirle muchas cosas a Roberto y no hacerlo porque estaban ellas delante. Roberto se conformó con saber que, con el reposo, Tessa se encontraba mejor y que podía regresar a su piso.

No pidió hablar con ella, ni mucho menos le mandó un mensaje de su parte.

Nada. Vacío. Frío. Insensible.

Lo conocía demasiado bien como para no intuir el significado de ese comportamiento. Ella no le importa. Joder. No solo la había apartado, la estaba dejando. Se detuvo un instante, cerró los ojos para detener las lágrimas que se agolpaban tras ellos, y respiró hondo mientras su corazón se hacía añicos.

Se encaminó hacia la salida acompañada de sus amigos. Ya en la puerta, Mark, incómodo, les dijo:

—Cogemos un taxi, os dejo en el piso y luego me voy a casa de Roberto. Le acaban de dar el alta a Maggie y necesitan la llave para entrar.

—Vamos contigo. —Quería verlo.

—De eso nada —bufó Marta—. Si ese desgraciado pasa de ti, no vas a ser tú quien lo persiga. —Tessa miró a su amiga, orgullosa de tenerla a su lado—. Te vas directa a la cama o al sofá, adonde más rabia te dé.

Caminaron envueltos en un silencio tenso hasta la parada de taxis. Cuando el hombre les preguntó la dirección, Tessa le indicó la de Roberto.

—Confía en mí —le dijo a Marta antes de que le saltara a la yugular.

—No se merece ni un segundo más de tu tiempo. Lo sabes, ¿verdad? —Tessa afirmó con la cabeza—. El cabrón insensible ha regresado y no pienso dejar que te haga más daño.

Un amago de sonrisa se dibujó en el rostro de Tessa.

—Marta, lo hago por mí. Necesito verlo por mí.

Su amiga asintió poco convencida.

Tessa sabía lo que tenía que hacer, ya pensaría más tarde en las consecuencias.

Al bajar del taxi, toda la determinación de la que había hecho acopio en el recorrido en coche la abandonó de una forma tan rápida y vertiginosa que tuvo que agarrarse a Marta para no caerse.

Se acercó hasta ellos, respiró hondo y se fijó en Maggie, que apoyaba la cabeza en el frío mármol de la portería.

¡Dios! ¡Cualquiera creería que las coleccionaba!

Tragó saliva con sumo esfuerzo y, esbozando una media sonrisa, se dirigió a ella:

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. Por suerte todo ha quedado en un susto. —Se acarició la barriga en un signo evidente de cansancio—. Aunque ahora tengo que guardar reposo absoluto. Otra vez —dijo apenada—. Siento haberos estropeado la escapada.

—No te preocupes. Eso ya no tiene importancia.

Miró a Roberto, sin saber muy bien lo que esperaba encontrar, y se estremeció: su piel blanca tenía un aspecto fúnebre, y unas profundas ojeras dejaban claro que no había descansado en horas. Tenía el pelo revuelto y llevaba la misma ropa que cuando se fue de Sitges, pero arrugada y sucia. La barba lo envejecía, y sus ojos no es que no fueran verdes, es que apenas se podía distinguir algún color en ellos de lo apagados que estaban.

¡Mierda! ¡Qué estúpida era! Se acababa de dar cuenta de que si Roberto se hubiese preocupado por cómo se encontraba, hubiese buscado cobijo en sus brazos. ¡Imbécil!

—Tenemos que hablar —balbuceó.

—Lo sé. Deja que la instale arriba y bajo enseguida. —Roberto cogió las llaves que Mark le tendía y abrió la puerta seguido de Maggie.

—Será mejor que os dejemos a solas —propuso Mark, y tiró de Marta para que no traspasara el umbral.

—De eso nada, yo voy con ella. —Marta fulminó a su novio con la mirada.

Tessa vio cómo Roberto empezaba a subir las escaleras. Se giró hacia sus amigos y les pidió:

—Por favor, quedaos. No tardaremos mucho. Y no quiero regresar sola a casa.

Esperaron en el rellano hasta que Roberto bajó y abrió la puerta. Todos entraron, y, cohibidos por la situación, Mark y Marta con una excusa que apenas había escuchado desaparecieron en la cocina.

—*Corner* está en mi piso. He cogido un poco de su comida en casa de tu

padre, así que, si te parece bien, que esta noche duerma conmigo y mañana Marta te lo trae. —Se había desplazado hasta la habitación de Roberto y, tras coger su bolsa de deporte, empezó a introducir algunas de sus prendas—. Ahora me llevaré lo que tengo más a mano. Cuando tengas un rato, avisa a Marta y ella recogerá el resto.

Roberto permanecía inmóvil en el vano de la puerta. Su mirada, distante y fría, seguía cada uno de sus movimientos, pero no decía nada y, a cada segundo que pasaba, a Tessa le costaba más controlar las ganas que tenía de llorar, de gritarle, de preguntarle cómo era posible que no se cuestionara tan siquiera su estado de salud.

—No podía dejarla sola en el hospital, ni en el hotel. Necesita que alguien cuide de ella y, si no lo hago yo, regresará a Londres y no podré estar presente cuando nazca el bebé. —Apoyó un hombro en el marco de la puerta y cruzó los brazos. Su rostro no mostraba sentimiento alguno, y el tono de su voz no estaba para nada afectado. ¿Cómo podía ser tan inaccesible cuando se lo proponía?

—Lo entiendo. Tenías que escoger. —Roberto entrecerró los ojos y caminó hasta ella, poco a poco. Tessa se mantuvo callada, hasta que lo tuvo enfrente —: Solo te pedí que, si llegaba el momento, me lo dijeras. Que si no veías claro lo nuestro, lo pudiéramos hablar. Eres un cobarde. Me estás echando de tu lado de malas maneras, y es lo único que te rogué que no hicieras. — Roberto levantó una mano y le recorrió el puente de la nariz con la yema de sus dedos. Tessa se apartó y sus pulmones dejaron de obedecerla. ¡Dios! ¡Lo amaba tanto! Y la había destrozado. Él no respondió, y una idea absurda cruzó su mente—: ¿O pretendes que vivamos todos aquí? Seguro que no. Pero ni tan siquiera te has planteado la opción de hablarlo conmigo, de incluirme dentro de tu vida. Al final, si me quieres, en unos meses esto acabará y luego, ¿esperas que volvamos a intentarlo?

Los ojos de Roberto le dieron la respuesta, y ahogó un grito mientras la primera lágrima rodaba por sus mejillas.

Era el fin.

—Cualquier cosa que decida no es justa para ti. —Por fin un veredicto, el motivo, la conclusión que lo había llevado a comportarse como un cabrón insensible una vez más. Roberto se pasó las manos por el pelo y dio un paso al frente. Tessa se llevó una mano al pecho, y se apartó con rapidez. Tenía que protegerse. Si la tocaba de nuevo..., no sabía qué ocurriría, y necesitaba tiempo para aclararse.

Cerró los ojos y, en contra de lo que más deseaba, las imágenes que le vinieron a la mente no fueron las que ella hubiese escogido: su sonrisa cuando la levantó del suelo, su incredulidad en la pescadería, la primera cena en su casa, la forma de permanecer a su lado cuando murió Laura; y explotó:

—¡Eso lo has decidido tú solo! ¡Vamos a superar esto juntos, ¡juntos! ¿Recuerdas? —Pasó por su lado y se colgó la bolsa de deporte en el hombro.

—Cielo, yo... —Tessa, que ya estaba cerca de la puerta, se giró de golpe y, con tan solo una mirada, le dejó claro que no se atreviera a llamarla de ese modo.

—Dejo la empresa —declaró en aparente calma, aunque le rechinaban los dientes—. Te agradecería que me hicieras llegar los papeles del finiquito a mi casa. Sabes que María se puede encargar de todo, así que no será un problema que no aparezca más por allí. —Roberto iba a hablar, pero ella levantó la mano para que la dejase continuar—: No quiero volver a verte.

Una opresión en el pecho estuvo a punto de dejarla sin habla. ¿Pero qué le había dicho? En realidad no sabía si eso era lo que quería. ¡Dios! No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. ¿Y si luego se arrepentía? Era muy probable, pero, aunque le fuese la vida en ello, no podía seguir con él. ¿Verdad?

—¡No! Me niego a que renuncies a tu trabajo. A que lo dejes todo por mí.

—Roberto se le acercó y la agarró por la cintura—. No lo hagas. Podemos... No sé, alguna solución encontraremos. —Su boca estaba desencajada, la desesperación se reflejaba en ella, y el sentimiento de culpa se delataba en sus ojos. Por fin la persona a la que amaba se dejaba ver.

Sentir su mano sobre su ropa fue demasiado y, por un instante, Tessa estuvo a punto de sucumbir; de explicarle lo que le habían dicho en el hospital, de no dejarlo solo, a la deriva, con su conciencia hecha añicos. Lo conocía bien, y sabía que ya se arrepentía de lo que había provocado, pero aun así, tenía que centrarse, reflexionar sobre lo que de verdad importaba. ¡Estaba hecha un lío! Pero si algo sabía era que no podía irse de allí sin contestar a su negativa con la única cosa que tenía clara:

—¿Te das cuenta? Siempre lo decides tú. Cuando me quieres a tu lado y cuando te alejas de mí, lo decides tú. Acabas de echarme de tu vida con tus actos, pero quieres que nos veamos cada día en la oficina como si nada hubiese ocurrido. Lo siento, pero no. Yo no soy capaz. Y, en realidad, tú tampoco.

Roberto dejó caer sus manos a los lados, derrotado. Y Tessa salió de la habitación con la cara llena de lágrimas y el corazón destrozado.

«¡Joder! Esto no lo superaré», pensó al llegar a la cocina y encontrar a Marta llorando y a Mark sin saber qué hacer.

—Mark, quizá él no quiera, pero quédate aquí. Creo que lo necesita.

Su amigo asintió, mientras Marta cogía su bolsa de deporte.

—Vámonos. Tienes que descansar.

Echó a andar junto a su amiga. De repente se sintió exhausta, incapaz de articular una sola palabra, sin ser capaz de regresar a su casa, demasiado cansada ni tan siquiera para recordar el camino. Miró a Marta cuando salieron de la portería, y lo último que recordó de aquella noche fue a su amiga diciéndole que no se preocupase, que ella se encargaría de todo.

Capítulo 19

Catorce días.

Ese sábado se cumplían dos semanas sin Roberto, y Tessa se sentía... ¿cómo coño se sentía? No lo sabía. Y eso era lo que más le preocupaba. ¿Podía, de verdad, dejar de emocionarse? En algunos momentos del día estaba convencida de que sí. En cambio, en otros, el vacío que la acompañaba le gritaba que no le diera más vueltas, que él estaba ahí para recordarle exactamente qué era lo que le estaba ocurriendo, aunque aún no le hubiese puesto nombre, porque, con seguridad, aceptarlo le daba demasiado miedo.

Salió de la ducha y, sin molestarse en secarse con una toalla, se miró en el espejo. No estaba del todo mal: las ojeras habían desaparecido, su tez había dejado atrás el color blanquecino del último mes y medio, y, poco a poco, había recuperado el apetito. Sonrió de medio lado; el descanso le sentaba bien, todo iba genial.

Y una mierda.

La primera semana fue la peor. En realidad, las cuarenta y ocho horas siguientes a dejar a Roberto, o a que Roberto la dejase a ella —aún no había tomado una decisión al respecto— no las recordaba. A partir de ahí, si se esforzaba, podía ubicar cada suceso en su día correspondiente. Sabía que, si se había alimentado, era porque Marta se encargaba de todo. También tenía claro el día en que Mark llegó con un sobre bajo el brazo, con los documentos del finiquito y una carta, más que generosa, de recomendación. Por una vez, Roberto le había hecho caso y se lo había puesto fácil. Y, aunque en un principio sintió alivio por ello, después no dejó de preguntarse por qué se

había conformado tan rápido. ¿De verdad podría vivir sin ella? ¿Así, sin más? A Tessa la estaba matando no correr a su lado, por mucho que supiese que era lo peor que podía hacer en esos momentos. Y, por si no tuviese bastante con todo aquello, una serie de mensajes de compañeros de trabajo que se interesaban por ella, y que le deseaban suerte en su nueva etapa, acabaron por desbordarla cuando se cumplía el séptimo día de la peor semana de su vida.

Agarró el cepillo que se encontraba sobre el mármol del mueble y empezó a pasárselo de forma mecánica por el pelo. El agua, que no se había molestado en escurrir, le recorrió la piel transformada en cientos de gotas que fueron a morir al suelo. «Qué fácil sería —pensó mientras observaba una y otra vez la escena— si supieses cómo se acaban las cosas antes de empezarlas». ¿Cuánto sufrimiento te ahorrarías? Es más, ¿seguirías tu camino si conocieras el final? No quiso engañarse y admitió que sí. Que por nada del mundo renunciaría a esos momentos de felicidad.

¡Seguía siendo tan ridícula!

A medida que transcurría la segunda semana, la tristeza, la rabia, la impotencia y, lo que era peor, la sensación de pérdida desaparecieron, dando paso a un inmenso vacío que se apoderaba no solo de ella, sino también de todo aquel que la rodeaba. Marta cada vez estaba más apagada, su voz y sus consejos optimistas fueron perdiendo fuelle, y Tessa, que se dio cuenta más tarde que pronto, decidió que había llegado el momento de, como mínimo, aparentar que quería retomar su vida.

—Creo que ha llegado el día de dejar el papel de mártir para otra. ¿Por qué no invitas a Mark a comer mañana? Después podemos ir al cine. Es más, os doy la noche libre. Yo me compraré un libro y me apalancaré en el sofá hasta que mis ojos digan basta —le dijo a su amiga el viernes durante la cena, mientras la otra, con cada palabra, se asombraba más y más.

Marta le había dedicado todo su tiempo, y no era justo. Acababa de iniciar

una relación con Mark, y Tessa no se perdonaría que su situación le diese problemas.

—¡Sería genial! Pero ¿de verdad te apetece? No lo harás por mí... — Achicó los ojos para estudiarle el gesto—. Estaré a tu lado todo el tiempo que haga falta. No te preocupes por Mark.

Tessa sonrió por primera vez en muchos días y agarró la mano de su amiga.

—Me preocupo por ti, igual que tú lo haces por mí. Así que no hay más que hablar.

Llamaron al timbre y Tessa supo que llegaba el caballero andante de Marta. Dejó el cepillo, cogió la toalla y se secó lo más rápido que pudo. Recogió su pelo en una coleta y, tras abrir la puerta del baño, de un salto se metió en su habitación. Se vistió en menos de un par de minutos, mientras su amiga gritaba su nombre como una loca.

—¿Crees que es normal que me llames de esa forma? —Tessa entró en el comedor y se quedó petrificada al ver a las tres personas que permanecían de pie.

—¡Hola, cariño! —gritó Sara, emocionada, mientras se acercaba a ella para plantarle dos sonoros besos.

Juan y Amanda permanecieron en su sitio, sin moverse, pero con una sonrisa en los labios y un no nos mates por presentarnos sin avisar en el rostro.

Tessa reaccionó a la defensiva:

—¿Qué hacéis aquí? —Las sonrisas desaparecieron, dando paso a un gesto de tristeza que hasta para ella fue demasiado—. Bueno, no quiero parecer descortés, pero... ¿no os enseñaron a llamar antes de presentaros en casas ajenas?

—¡Claro que sí! A eso lo llamo yo ser hospitalaria —bromeó Amanda, acercándose a ella para darle un abrazo, tan cálido que la hizo bajar la

guardia.

—No creerás que puedes dejar la empresa y desaparecer de nuestras vidas así como así, ¿verdad? —Juan se aproximó hasta ella y le dio un achuchón. Después, sin que nadie lo invitara, se sentó en el sofá. Las otras dos mujeres lo imitaron.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó Marta, sonriente—. ¿Cerveza?

Tessa cerró los ojos al escuchar a su amiga. ¿Acaso no tenían nada más?

Todos le pidieron agua y, cuando Marta llegó con los vasos y la botella de nuevo al comedor, Tessa seguía mirándolos sin decir nada.

—¿Por qué no te sientas? Nos gustaría hablar contigo. No te vayas a creer que teníamos sed y nos hemos parado en tu casa por un simple tema de avituallamiento. —Si no fuese porque no tenía ganas de hablar con ellos, el comentario de Amanda le habría hecho gracia. ¿Qué les iba a decir? No estaba preparada para contestar preguntas.

Cogió una de las sillas del comedor, la acercó al sofá y se sentó manteniendo las distancias. Mierda. Quería a esa gente, y se acababa de dar cuenta de que no solo había perdido a Roberto; también ellos, tarde o temprano, desaparecerían de su vida.

Llegados a ese punto, mejor cortar por lo sano desde el principio. Dolería menos.

—Bueno, pues ya que estáis aquí, aprovecharé para deciros que no podré ir a la prueba del *catering* de la próxima semana y, como entenderéis, tampoco creo correcto asistir a la boda. —Se felicitó en silencio. Las palabras le salieron fluidas, el tono correcto, nadie juraría que al decirlas le habían acuchillado la garganta.

Las sonrisas se apagaron.

—Mi hermano es un capullo, en eso estoy de acuerdo contigo, pero no puedes hacernos pagar a nosotros sus errores. No sería justo. Y lo sabes. —

Amanda la examinaba como si quisiera entrar en su cabeza, conocer lo que pasaba por su mente. Joder. Le recordaba tanto a Roberto que le empezaron a escocer los ojos.

—Ro... Él... Es cierto que es un capullo, pero es un capullo adorable. No hablaré mal de él. Ha sido breve, pero he sido feliz a su lado, y creo que la situación no ha sido fácil para nadie. —A medida que escuchaba sus palabras se daba cuenta de que era eso lo que pensaba—. Además, los dos somos adultos y sabíamos, en teoría, a lo que nos exponíamos.

El silencio se adueñó del espacio. Esa declaración, muy probablemente, no se la esperaba nadie.

—Tessa, mírame —pidió Juan en voz baja—. No me gustaría que te alejases de nosotros porque lo vuestro no ha funcionado. Sabes que te quiero como a una hija. —El hombre, que se había acodado sobre sus rodillas, le recordó tanto a Roberto que no pudo evitar empezar a llorar. Y eso que, físicamente, no se parecían en nada.

—Cariño, no llores. —Sara acercó con rapidez una silla a la de Tessa y empezó a acariciarle el pelo—. Todo en esta vida tiene arreglo. Y, piénsalo, no será lo mismo para nosotros si la persona que nos unió no está presente en nuestro día.

Lejos de calmarla, las palabras de Sara convirtieron sus lágrimas en un sollozo desolador.

—No puedo. Por mucho que quiera, es imposible —se lamentó mientras subía las piernas sobre la silla y ocultaba su cabeza entre ellas.

—Tessa, no es que crea que por el solo hecho de que el niño de Maggie no sea de Roberto las cosas se arreglarán, pero creo que esa chica se acostaba con más hombres cuando se veía con mi hermano. Quizá no sea suyo. Tampoco sería tan raro.

A Tessa, la voz de Amanda se le antojó lejana. Algo tan irrelevante como

efímero.

—Hija, no seas así. Roberto actuaba igual que Maggie en esa época. Estamos de acuerdo en que tu hermano está pagando un precio muy alto por hacer lo que cree que es correcto. Pero no olvides que, en un embarazo, los responsables son ambos.

—Ya, pero ¿cómo es posible que ella pueda asegurar que el hijo es de él?

Más calmada, levantó la vista y no tardó en darse cuenta de la incomodidad que las palabras de Amanda creaban en Juan.

—Basta. No hemos venido aquí para eso. —Miró a Sara y, por primera vez, la vio molesta.

—Entiendo, aunque no me guste, que dejes la empresa. Pedirte que lo veas a diario sería cruel, y por eso no lo haré. Pero, Tessa, por favor, ven a la boda —suplicó Juan.

Tessa desdobló las piernas y negó con la cabeza, se levantó y empezó a moverse por el comedor.

—¿Cómo está Roberto? —Quiso saber Marta para sorpresa de todos.

Tessa la miró mal. Ella debía saber cómo estaba por Mark. ¿A qué venía esa pregunta?

—Fatal. Jamás lo he visto así. Ni tan siquiera cuando murió nuestra madre se encerró tanto en sí mismo. —La afirmación de Amanda dañó el corazón de Tessa y se estremeció. Sentía. Aunque fuera angustia. Sentía de nuevo—. Ese capullo está enamorado de ti, ¿sabes? Te podría contar muchas historias por las que sé que es así, pero solo te contaré una: desde el día en que te acusó de estar con Mark, me ha llamado. Todas y cada una de las noches hablábamos de ti, me explicaba lo mucho que le gustaba verte sonreír, qué haces cuando estás nerviosa, la forma en que miras al suelo en busca de una escapatoria y, sobre todo, solía decirme lo vulnerable que se sentía al ver que las cosas no iban bien entre vosotros. —Tessa, que había dejado de ir de un lado a otro, absorta

en sus palabras, se sobresaltó con la última frase—. Sí, vulnerable. Sabía que no podía perderte, pero el miedo de que eso ocurriera, lo único que provocaba era que se equivocase contigo una otra vez, y, por fin, cuando todo parecía estar bien, su castillo de naipes se ha venido abajo. Es así de simple. Así se siente Roberto. Entre la espada y la pared, entre su amor hacia ti y la responsabilidad que supone tener un hijo.

La tristeza se instaló en el comedor. Nadie dijo nada, y mucho menos se movieron; hasta que sonó el timbre del portero automático y Marta contestó.

Cuando Mark entró en el piso y observó la cara de todos, asustado, preguntó:

—¿Ha ocurrido algo?

—No. Solo queríamos ver cómo está Tessa. —Juan se desplazó para que Mark se sentara a su lado.

—Esto empieza a parecerse al camarote de los hermanos Marx —apuntó Marta encogiéndose de hombros. Todos las miraron sin comprender—. Alguien tiene que romper este momento, o empezaré a llorar. —Sara asintió.

Tessa se sentó de nuevo en la silla, agotada. El simple hecho de saber que cada una de las palabras de Amanda eran ciertas llenó el vacío que había sentido en los últimos días. Eso era lo que le pasaba. Saber que tampoco ella había luchado por su relación le dolía demasiado. Aunque estaba lo otro, que, siendo objetiva, tampoco la ayudaba a pensar con claridad.

—Yo no podía quedarme en esa casa. Escogió estar con ella por el embarazo. ¿Qué pintaba yo allí? La respuesta es: «Nada». —Tessa entrelazó sus manos y jugó con sus dedos. Un nudo se le instaló en la garganta, y unas ganas de hacerse entender brotaron de algún lugar desconocido—: Cuando se fue junto a Maggie, lo llamé y le escribí mensajes y no recibí respuesta. ¡Por Dios! ¿Sabéis lo que es esperar una respuesta durante horas para que después llame a su amigo cuando necesita que alguien le lleve ropa al hospital? ¿Quién

se supone que soy yo? Entiendo que su situación no es fácil. Pero ni tan siquiera se molestó en decirme que hablaríamos más tarde. Se olvidó de mí. Se centró en Maggie, en su relación con ella, y a mí me apartó sin importarle cómo podía afectarme lo que estaba ocurriendo. —Cada vez le costaba más respirar. Se levantó y deambuló de nuevo por el comedor, con la vista fija en el suelo—. Mark le dijo que estaba en el hospital y siguió con ella. No es que tuviese que venir conmigo, pero, por favor, ¿tanto le costaba llamarme? ¿Demostrar un poco de preocupación? Pues sí, por lo que se ve, era pedir demasiado. —Bajó el tono de voz y, con la intención de decírselo a sí misma, continuó—: Si hubiese venido, si yo no hubiese tenido tiempo para pensar, todo podría ser tan distinto... ¡Dios! ¿Por qué con él se complican tanto las cosas? —Miró a Amanda, que negó con la cabeza. Lógico, su hermana no tenía la respuesta—. Lo siento, pero él ha decidido por mí y, de momento, eso es lo que hay. No puedo ir a la boda. Es imposible. —Se paró en seco, de repente sabía lo que tenía que hacer—. Me iré lejos. Eso es lo único que me dará un poco de paz.

Empezó a temblar. Escuchar lo sucedido en voz alta la había trastocado más de lo que jamás hubiese creído. Por unos segundos, creyó que estaba sola; todo el mundo había desaparecido de su campo de visión, hasta que notó las manos de Marta aferrarse a las suyas y recordó quién la rodeaba.

—Tessa, mírame, tienes que descansar. Te has puesto demasiado nerviosa. Siéntate de nuevo, hazlo por mí. —Aturdida, obedeció a su amiga.

—Lo siento, creeréis que estoy loca. —No dejaba de entrelazar sus dedos y mirar el suelo.

—Perdónanos tú a nosotros, debimos llamar antes de venir. Fuimos unos necios al creer que tú estarías mejor que mi hijo. Con la visita solo queríamos pedirte que no desaparecieras, pero, si crees que es lo que debes hacer, lo entendemos. —Juan, que se había levantado, consoló a Sara, que empezaba a

llorar.

—Lo siento, cariño, somos unos tontos. Pero si nos necesitas, no dudes en ponerte en contacto con nosotros. Para lo que sea. —Sara se incorporó y caminó hacia la puerta.

—¿Qué pasó en el hospital? —preguntó Amanda, descolocando a todos.

—¡Hija!

—No me pienso ir de aquí hasta saberlo. Algo pasó en el hospital, ¿verdad?

—¿Estás enferma y no me lo has dicho? —Marta quizá era la más sorprendida; el resto no tardó en darse cuenta de que Amanda tenía razón—. ¿No estás bien? —Su amiga se dejó caer en el sofá y Tessa corrió a su lado. Se temía lo peor, y no podía dejarla con esa duda.

—No. No. No te preocupes, no me ocurre nada malo. Es solo que, solo... estoy embarazada. —Ya estaba, lo había soltado. Y el miedo que la acompañaba desde que lo sabía no se incrementó. Después de todo, y en contra de lo que creía, verbalizarlo no empeoraba la situación. Tampoco la mejoraba. Miró al resto mientras gesticulaba nerviosa, y unas lágrimas surcaron su rostro—. Cuando me lo dijeron, no me lo podía ni creer, ¿cómo era posible? No, por Dios, no respondáis. Me refiero, ¿dos mujeres a la vez? ¿En serio? Esto es de película. Y después, su frialdad, su indiferencia. ¿Cómo decírselo? ¡Sorpresa! ¡Yo también estoy embarazada! No. No podía. Tenía que dejar pasar unos días, tranquilizarme, poner en orden mis prioridades. Se lo diré, os juro que lo haré, pero necesito tiempo.

Mark, que seguía sentado, no dijo nada, pero esbozó una sonrisa; Sara se sentó de nuevo con un gesto tranquilo en el rostro; Amanda parecía satisfecha; los labios de Juan le llegaban a las orejas, y Marta la abrazó entusiasmada.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—El destino os quiere juntos. ¿Acaso no lo ves? —dijo Juan, como si

fuese lo más obvio del mundo.

—¡Ja! El destino, dice. Más bien un puñetero espermatozoide que quiso saber lo que había al final del túnel. —Y, tras un breve silencio, todos, incluida Tessa, empezaron a reír—. Prometedme que no se lo diréis. Que esperaréis a que yo lo haga. —Los miró y aguardó a que cada uno de ellos asintiera. Hasta que llegó a Amanda y vio que no tenía intención de hacerlo—. ¿Se lo vas a decir?

—No. Pero te vas a venir conmigo a Londres. Quieres tiempo y distancia, te lo daremos, pero a nuestro lado. Ya se enfadará lo suficiente cuando se entere de que se lo hemos ocultado, como para que encima nos pueda acusar de que no nos hemos preocupado por ti.

Tessa asintió y notó cómo parte del gran vacío que la acompañaba desaparecía. Se iría con Amanda, decidiría qué tipo de relación mantendría con Roberto a partir de entonces y regresaría para contárselo. Era un buen plan. Podía funcionar. O al menos, eso esperaba.

Tessa entró en el Mercedes todoterreno que conducía Amanda y se arrebujó en el asiento. Hacía una semana de la visita de esta a su piso, y ya se encontraba en suelo británico desde hacía poco menos de una hora.

—Se te ve agotada. Aún tardaremos una hora en llegar a casa, así que descansa, que en cuanto Agatha salga del colegio te será imposible. —Amanda apretó un botón y reclinó un poco el respaldo de Tessa.

—Gracias. La verdad es que lo necesito. Los tres días que he pasado en Menorca con mis padres me han ido genial para desconectar, pero los dos vuelos para venir a Londres me han dejado hecha polvo.

Amanda, que en ese momento había parado el vehículo en un *stop*, la miró

preocupada.

—¿Cómo se han tomado tus padres la noticia?

—¿Cuál de ellas? —bromeó Tessa, torciendo el rostro a un lado. Al ver que Amanda volvía a fijar la vista en la carretera, prosiguió—: Lo de ser abuelos les ha entusiasmado; lo del trabajo no les importa.

—¿Entonces? —la interrumpió Amanda cuando se quedó pensativa.

—Tu hermano les cae bien. Lo conocieron no hace mucho, cuando Laura, una de mis amigas, falleció junto a su pareja en un accidente de tráfico. Roberto permaneció a mi lado en todo momento y... en fin, que no entienden que le esté ocultando que vaya a ser padre.

—Todo se arreglará. El tiempo pone cada cosa en su sitio.

—Supongo.

—Duerme un rato, te irá bien.

Tessa se arrellanó aún más contra el cuero y cerró los ojos, dispuesta a obedecer el consejo de su amiga, pero los motivos que la habían llevado hasta allí asaltaron su mente: el primero, que acababa de cumplir, era poner tierra de por medio entre Roberto y ella. Si algo había aprendido en las últimas tres semanas —el tiempo que hacía que no lo veía—, era que no podía fiarse de sí misma. En contra de lo que creyó en un principio, verbalizar que estaba embarazada sí que había tenido efectos positivos. Después del arranque de sinceridad, —o minutos de enajenación mental, según se mirase, teniendo en cuenta a las personas a las que les había dado la noticia—, todo pareció asentarse un poco. Empezó a creerse, de verdad, que su vida había cambiado para siempre. Iba a ser madre, Roberto había decidido apartarla de su vida y ella había dejado su trabajo. Su mundo se había desintegrado. Pero podría con ello, estaba convencida, porque solo tuvo que ver a la pequeña cosita que crecía en su interior para obtener una razón y seguir adelante sin mirar atrás; más de lo que su corazón podía soportar.

Pero esa seguridad aún era frágil, por lo que le daba miedo encontrarse un día cualquiera con Roberto en el parque, en la pescadería o en el bar de Lucas. Además, un tiempo en Londres le iría bien para aclarar su segundo propósito: ¿qué tipo de relación quería mantener con el padre de su hijo? El estómago le dio un vuelco, como todas las veces en que se había hecho esa pregunta. ¡Dios! Estaba de diez semanas y no tenía ni la más remota idea de cómo hacer frente al momento de decírselo. ¡Joder! Estaba convencida de que si no lo amase, todo sería más sencillo. Porque, por mucho que lo intentaba, aún había momentos en los que el vacío se la comía por dentro. Por eso, tener claro qué esperaba de él como padre —y nada más— se había convertido para ella en algo vital. No quería que se sintiese obligado a nada, y sabía que eso era exactamente lo que ocurriría en cuanto se enterase. Tenía que ser fuerte. No soportaría su compasión, ni mucho menos, verse inmersa en una nueva intentona de acercamiento por parte de Roberto. Estaba más que demostrado que, si algo se les daba bien, era hacerse daño. Y no podía permitirse volver a confiar en él, ya no estaba sola.

No sabía el rato que llevaba con los ojos cerrados cuando los abrió y bajó la ventanilla del coche. Apoyó el codo en la puerta, sacó la cabeza lo justo para dejar caer la barbilla sobre el brazo y bajó los párpados mientras el viento mecía su pelo. Los veinte grados de temperatura, el cielo despejado y los rayos del sol en su rostro la hicieron sentir viva, relajada, feliz. ¿Quién dice que en Londres siempre llueve?

—No te hagas ilusiones, esta tarde aparecerán las nubes. —Escuchó a Amanda y esbozó una sonrisa. La había ido a recoger al aeropuerto y, después de abrazarla, se había agachado a la altura de su vientre y saludado a su futuro sobrino. ¡Le caía genial! Aunque fuese una manipuladora nata, hasta con el tiempo—. Pero en casa tenemos piscina climatizada.

Tessa se irguió de golpe, la miró con los ojos muy abiertos, y la comisura

de los labios se le curvó hacia arriba.

—Aún no la he visto y ya la estoy disfrutando.

Amanda rio, señaló un muro de piedra y, tras poner el intermitente y girar a la izquierda, una cancela de hierro se abrió, permitiéndoles la entrada en la finca.

Después de aparcar el coche, Amanda la ayudó a transportar una de sus dos maletas hasta la casa, que a Tessa se le antojó de ensueño. No por su tamaño, ya que, aunque era grande, no era ostentación lo que desprendía.

—Es como tú —señaló Tessa a una Amanda sonriente—. Supongo que no soy la primera que te lo dice.

—Solo Sara. Pero espera, el interior es mejor.

Una vez dentro, el hecho de sentirse en su propio hogar, arropada, con la seguridad de que Amanda cuidaría de ella aunque las cosas con Roberto no saliesen bien, fue tan voraz que, por un instante, tuvo que cerrar los ojos mientras se sujetaba en el borde de la mesa del comedor para no perder el equilibrio.

Aquella casa, la decoración, el aire que se respiraba, todo evocaba una única cosa: su dueña se preocupaba por los suyos, resolvía problemas, mantenía a la familia unida por grande que fuese la distancia que los separase o el dolor que anidase en sus corazones.

Abrió los ojos con la intención de examinar la estancia con tranquilidad, deteniéndose en los detalles sin sufrir por ello. Mala idea. Sus pupilas se quedaron clavadas en un retrato familiar en el que Roberto y Agatha achuchaban a un pequeño *Corner*. La sonrisa de él y la felicidad que veía en sus ojos le hicieron daño. ¿Por qué para Roberto todo tenía que ser blanco o negro?

Ella era una mujer de matices.

Quizá ese siempre sería su gran escollo.

Aturullada por los recuerdos, aferrándose a la imperiosa necesidad de mostrarse optimista, decidió postergar su segundo objetivo y centrarse en el tercero.

—Amanda, ¿hay por aquí cerca una oficina de turismo?

Capítulo 20

Era lunes. Solo lunes. Roberto desvió la vista al borde inferior derecho de la pantalla y chasqueó la lengua. Era tarde. Pero no lo suficiente. Sabía lo que le esperaba en casa; ese momento, después de llegar a la oficina y ver la mesa de Tessa repleta de fotografías de los sobrinos de María, y ningún vaso de café con leche en uno de los bordes todas las mañanas, era el peor del día.

Convencer a Maggie de que se quedase a vivir con él hasta el día del parto no le había resultado difícil: ella necesitaba ayuda, él era el padre. Que regresase a Londres no era algo que fuese a permitir. Hasta que naciese el bebé compartirían techo; después buscarían un piso para ella en el barrio. No había más qué decir. Pero la práctica había resultado mucho más compleja. Ella estaba sola todo el día y, cuando él regresaba a casa, esperaba a su amigo, compartir tiempo juntos. Pero él no podía, ni tan siquiera, asumir ese papel.

No se arrepentía de lo sucedido. La convicción de que había tomado la decisión correcta seguía intacta. Aunque su respiración siguiese sin ser regular, la opresión en el pecho no cesara y echase de menos a Tessa y su futuro juntos cada segundo de su existencia; no cambiaba de opinión. Seguir adelante con su relación hubiese sido un calvario para ella. Aquel fin de semana, sin saberlo, sus actos lo condujeron a provocarle tanto daño que sabía que jamás se perdonaría a sí mismo todo el dolor que emanaba de ella la última vez que sus miradas se encontraron. Que ahora se estuviese consumiendo por dentro le parecía la menor de las penitencias.

Escuchó unos pasos y cogió el primer documento que tuvo a mano para

aparentar estar ocupado.

—Son más de las siete, deberías ir a descansar. Últimamente trabajas demasiado —le aconsejó Mark tras abrir la puerta y sentarse frente a él.

—Aún tengo cosas que hacer —aclaró sin levantar la vista del papel—. Tú vete ya. Seguro que estás deseando ver a Marta. Por cierto, dale recuerdos. — Sabía que su amigo se había instalado en el piso de Tessa.

—Eres un capullo.

—¿Perdona? —Roberto lo miró a los ojos por primera vez en todo el día.

—Te escondes hasta de mí. Y sabes de sobra que ese no es el camino para sentirte mejor.

—No pretendo sentirme mejor.

—¡Ah! Está bien saberlo —le soltó con cinismo mientras cruzaba las piernas sobre la mesa—. Pues entonces, felicidades, lo estás haciendo de puta madre.

Roberto soltó el documento, dejó caer la espalda sobre el respaldo de la silla y, con furia en los ojos, las manos entrelazadas y voz calmada, le espetó:

—Me alegro por vosotros, ¿vale? Pero no pretendas que esté feliz cuando mi vida se ha ido a la mierda. Llevo tres semanas sin saber nada de ella. Ni tan siquiera me atrevo a preguntarte cómo está por miedo. Sé que hice lo correcto. Pero si Tessa no lo supera, jamás me lo perdonaré. —Joder. Decirlo en voz alta lo acuchillaba por dentro—. ¿Eso es lo que quieres? ¿Que te diga que no soporto la idea de que no sea feliz nunca más por mi culpa? ¿De que no pueda llegar a confiar en nadie después de lo nuestro? Pues ya lo he dicho. Así que hasta mañana. —Cogió de nuevo el documento y perdió la vista en él.

—Tú la excluiste. Será un arduo trabajo recuperarla.

—¿Quién dice que quiero recuperarla? Estoy seguro de lo que he hecho, aunque las consecuencias para mí sean nefastas —gritó, fuera de sí, incorporándose y echando hacia atrás la silla, con tanta rabia que golpeó

contra la pared.

—¡Y una mierda! —Mark rodeó la mesa y se le enfrentó—. ¡Joder! ¡¿Pero no lo ves?! No serás feliz sin ella. Y dudo que Tessa lo sea sin ti, por muy cabrón que hayas sido, por no decir otra cosa.

Roberto se llevó las manos a la cabeza y las dejó allí, apretándose el cráneo, pretendiendo parar el recuerdo de la última conversación que habían mantenido. Cerró los ojos y respiró todo lo hondo que sus maltrechos pulmones y el nudo en el pecho le permitieron. Se tenía que calmar. Mark era su amigo. Intentaba ayudarlo. Aunque se equivocase en pensar que, tarde o temprano, querría recuperarla.

No. Eso jamás. Ya la había destrozado lo suficiente.

—Lo que tú digas, Mark. Ahora, déjame solo. Por favor.

Roberto se dio media vuelta, arrastró la silla hasta su sitio y dejó caer el peso de su cuerpo sobre ella.

—Vale. —Mark giró sobre sus talones y se encaminó hacia la salida. Antes de cruzar la puerta, se giró—. No hablaremos más de esto si tú no quieres, pero debes saber algo: por muy mal que hagas las cosas, por mucho que te avergüences de ello, siempre podrás contar conmigo.

Un sudor frío recorrió la columna vertebral de Roberto en cuanto su amigo desapareció. Sí. Era eso. Mark le acababa de poner nombre a la única de las muchas emociones que batallaban dentro de él que no había conseguido identificar: vergüenza. Pura y dura. Porque, después de todo, llegar cada tarde a su casa y sentirse un extraño por el mero hecho de no encontrarla a ella, no toparse con esos ojos marrones que seguía viendo cada vez que cerraba los suyos, o no dormir con Tessa sobre su pecho y dejarse envolver por su olor a coco lo rompía en tres. Pero encontrar a Maggie era mucho peor. Comportarse como un autómata, indiferente, arisco en las pocas palabras que se dignaba a cruzar con ella y, en ocasiones, hasta insensible, lo avergonzaba de una forma

inusitada. Él quería hacerlo bien, responsabilizarse de sus actos. Aunque lo que estaba consiguiendo daba verdadera pena.

Sí. Había hecho lo correcto. Pero, por mucho que lo deseara, se veía incapaz de vivir con las consecuencias sin perder la cordura, el alma, y la vida, en el intento.

La semana había sido un auténtico asco. Por mucho que pusiese de su parte, las conversaciones con Maggie seguían siendo casi nulas. Los intentos de ella por mantener una relación cordial se evaporaban con cada bufido por su parte. Hasta *Corner*, triste desde que Tessa había desaparecido de su mundo, se limitaba a tumbarse a su lado sin ganas de nada. Como si la simple compañía mutua sirviese para aplacar la soledad que los embargaba por no tenerla junto a ellos.

Eran las nueve de la mañana. Cualquiera otro sábado ya habría salido a correr con *Corner* por el parque, pero no podía. Su apatía había llegado a un extremo en el que apenas conseguía reunir fuerzas para levantarse de la cama. Se giró de lado. Contempló el espacio vacío que debería ocupar Tessa y deslizó su mano sobre la sábana fría.

Mierda de vida.

Si tan solo se atreviese a preguntar por ella. A asegurarse de que las cosas le iban bien. Seguro que el concepto de sí mismo mejoraría. Chasqueó la lengua. Aunque reuniese el valor para hacerlo, estaba convencido de que Marta jamás le contestaría. Y con Mark, mejor no volver a sacar el tema.

Escuchó trastear en la cocina y cerró los ojos.

Maggie desayunaba temprano, veía un rato la televisión, leía algún libro en el jardín y, sobre las doce, encargaba la comida a un restaurante cercano que

ofrecía servicio a domicilio. Joder. Si es que no podía quejarse. Y no lo hacía. No por ella. No por su hijo. Se llevó las manos a la cara y se la frotó. Seguía costándole no solo pronunciar esa palabra, también hacerse a la idea.

Decidió regodearse un poco más en su mísera existencia dando vueltas sobre el colchón, mientras *Corner* parecía hacer lo mismo cuatro palmos más abajo.

Hacia las diez de la mañana, escuchó el sonido del interfono y se levantó a cámara lenta. Cuando llegó al comedor, Maggie estaba a punto de agarrar el telefonillo.

—Ya lo hago yo. Tú descansa.

Ella lo miró entre resignada y con lo que le parecieron unas ganas muy reales de darle una patada en los huevos.

Roberto descolgó el aparato y maldijo. Escuchar la voz risueña de su padre al otro lado era lo último que esperaba.

—Me visto y salgo —les dijo por todo saludo a Juan y a Sara, que, perpleja, miró hacia otro lado al verlo en calzoncillos cuando les abrió la puerta.

Aún no había llegado a la habitación cuando oyó cómo Juan hacía las presentaciones entre las dos mujeres —Maggie y él se conocían desde hacía tiempo—. Dejó la puerta abierta y, con una mueca de fastidio, se puso la ropa de ir a correr. Quizá así se darían por aludidos y no tardarían en desaparecer.

—Lo lamento, últimamente siempre está así. No sé por qué la echó de su vida. Yo no pretendía algo semejante. —Las palabras de Maggie lo frenaron en seco. No solo por la desesperación que su voz desprendía. También por la verdad que ya ni tan siquiera se atrevía a disimular. Estaba deshecho. Completamente hundido. Se preguntó qué imagen daría cuando, en menos de cinco minutos, su padre y Sara habían logrado tal confesión por parte de Maggie.

Se llevó las manos al pelo, que revolvió con vigor, e hizo notar su presencia:

—¿Un café?

—No, hijo, gracias. —Juan se acercó y le dio un fuerte abrazo, que no se molestó en corresponder—. Tenemos entradas para una obra de teatro esta tarde. Antes de ir a comer, solo queríamos pasar a verte. Hace días que no sé nada de ti.

—¿Y no se te ocurrió avisar? A mí me enseñaste a llamar antes de presentarme en casa de los demás —gruñó Roberto, molesto porque su padre evidenciara ante Maggie que no solo se negaba a hablar con ella.

—Tal para cual —pronunció Juan girándose hacia Sara con una amplia sonrisa.

—¿De qué hablas? —Estaba al borde de la crispación.

—Nada, cosas nuestras.

Roberto vio a Sara reír por lo bajo.

No le hizo ninguna gracia.

—Yo mejor salgo a leer un rato al jardín. Encantada de conocerte, Sara. Hasta pronto, Juan. —Maggie se despidió de ellos con un gesto de la mano mientras los otros asintieron agradecidos.

Roberto resopló.

Sara se acercó hasta él y le dio un abrazo que, por ser ella, sí devolvió.

—Estamos preocupados por ti. Tienes que entenderlo. No puedes dejar de hablar con nosotros. Encerrarse en uno mismo no es bueno —le recordó Sara al separarse de él.

—Estoy bien. —Su padre enarcó las cejas y se vio obligado a rectificar—: Es lo que tenía que hacer.

Roberto abrió uno de los armarios de la cocina, de espaldas a ellos, para alcanzar una taza y prepararse el dichoso café.

—¿Por qué no le haces una visita a tu hermana? Seguro que un fin de semana con ella y con la niña te sentará bien.

Se giró justo para ver cómo su padre miraba, alucinado, a Sara.

—¿Ha ocurrido algo? Yo hablo cada noche con Amanda y no me ha dicho nada.

Desde que perdió a Tessa, había retomado esa antigua costumbre. En ocasiones solo hablaba ella —sobre todo al principio, cuando le era más fácil dedicarse a escuchar las rocambolescas historias del colegio de la niña y sus familias que sumergirse en la suya propia—; en otras, tan solo se decidía a explicarle cómo le había ido el día. Y, en muy pocas, le había dicho lo mucho que añoraba a Tessa y el miedo que tenía de haberle destrozado la vida.

—No, ¡por Dios! Era solo una idea. —La actitud de Sara no le acababa de parecer del todo normal, pero ya tenía suficiente con sus líos como para preocuparse de los tejemanejes de su hermana. Seguro que ya estaba planeando cómo sacarlo a flote de nuevo.

—Ya veré. Quizá en un par de semanas, si veo que Maggie se puede apañar más o menos sola, me decida a ir un fin de semana.

Mentira.

Ver a su hermana no le haría ningún bien. Demasiadas horas expuesto. Lo conocía mejor que nadie. Y ya tenía suficientes cosas en la cabeza. Porque así era Amanda. Te podía decir lo que necesitabas oír, dándote tiempo a que te recuperaras, para después escupirte la verdad sin miramientos. Pero su mirada era otra cosa. En un momento de descuido por parte de Amanda, él era capaz de saber lo que pensaba en realidad. Y no. No se arriesgaría a ahondar en sus ojos y descubrir que ni tan siquiera ella estaba de acuerdo con sus actos.

En los últimos catorce días, el estado de ánimo de Roberto había sufrido algunos cambios. A mejor. Por suerte. Y cuando se enteró por su amigo de que ese viernes viajaría a Londres con Marta, no dudó en apuntarse —volar acompañado le iría bien para no darle vueltas a la cabeza durante todo el trayecto, además, podría hablar con ella—. Sería la primera vez que la vería en seis semanas. Desde..., bueno, desde entonces. Y no porque ella lo hubiese evitado. Así que tendría que ser muy amable con Marta, si quería conseguir información. Hacía días que estaba preparado para eso. O, al menos, eso esperaba.

Roberto se giró para barrer de un vistazo el pasillo que tenía tras de sí. Ni rastro de ellos. Apretó la mandíbula y se juró que los mataría en cuanto estuviesen en el aire. Se volvió de nuevo hacia la azafata, que hacía un rato había dejado de mostrarle una sonrisa forzada para sustituirla por una línea fina y tensa, y le imploró una vez más:

—Solo dos minutos, por favor. —Curvó los labios hacia arriba, a sabiendas de que no surtiría efecto—. Mi amigo y su novia van a conocer a la familia de él. Sería una lástima que perdiesen el vuelo por el caos que hay montado para cruzar el control de seguridad. ¿No crees?

—Si tiene razón, pero...

—¡Ya estamos aquí! —La voz de Mark se escuchó a lo lejos. Se dio media vuelta y los vio correr como locos hacia la puerta de embarque.

Menos mal.

Tras las comprobaciones de rigor, recorrieron la pasarela de acceso al avión a toda prisa para ser aplaudidos y vitoreados por el resto de pasajeros cuando hicieron su entrada triunfal. Al ocupar sus asientos, vio a Marta sonrojada hasta las orejas.

Cuando el avión empezó a rodar por la pista, se fijó en que Marta no apartaba la vista de la ventanilla, mientras agarraba con fuerza la mano de

Mark, que se sentaba entre ellos y que ponía cara de circunstancias.

—Si te da miedo, quizá deberías mirar hacia otro lado —le aconsejó Roberto.

—No es eso. Me gusta esta sensación. Me encanta ver cómo despegamos y que el paisaje se amplíe a medida que vas ascendiendo hasta convertirse en un punto indefinido —le contestó sin apartar la mirada del exterior.

—¿Entonces? —Mark miró a Roberto enarcando las cejas.

—Después del aterrizaje, el despegue es la maniobra más peligrosa de un vuelo. Solo me aseguro de que todo va bien— aseguró Marta.

Roberto, que se había inclinado ligeramente para escuchar a Marta, dejó caer la espalda hacia atrás y emitió una sonora carcajada que provocó que no solo sus amigos lo miraran extrañados.

—¿Qué me he perdido? —Mark fue el que habló, aunque la cara de Marta expresaba la misma inquietud.

—Eso es cosa de Tessa. Yo ahora me dedico a buscar extintores y salidas de emergencia cada vez que entro en un local.

Sus amigos sonrieron. Marta dejó de retorcer la mano de Mark para acariciarla y, en lugar de seguir con la vista clavada en el paisaje, la perdió en los ojos de su novio.

—Sí. Es una jodida tarada. Pero lo peor de todo es que, para cada cuando te quieres dar cuenta, te ha pegado sus manías.

Los tres se quedaron callados con cierta melancolía en sus rostros. Roberto supuso que sus amigos no sabían cómo cambiar de tema. Él tampoco. Para qué intentarlo. No llevaban juntos más de veinte minutos y la evidencia de que faltaba el nexo de unión entre ellos se hacía evidente con el transcurso de cada maldito segundo.

Se pasó las manos por el pelo, resopló y empezó a darle vueltas a cómo sacar la conversación.

Joder.

Desde que había comprado el billete de avión el día anterior, buscaba las palabras exactas. Si más tarde Marta le contaba a Tessa que él había preguntado por ella, no quería hacerla sentir incómoda.

Aún no las había encontrado.

—¿Preparada para conocer a tus suegros? —se atrevió a pronunciar al cabo de un rato. La veía nerviosa—. Son buena gente. Les encantarás, estoy convencido.

Y era cierto. Marta, aunque un poco alocada, era la compañera perfecta para su amigo.

Cansado de esperar una respuesta que no llegaba, miró a Mark. Le pareció ver un destello de tristeza en sus ojos. Solo duró unos segundos. Pero juraría que no habían sido imaginaciones suyas.

Ladeó la cabeza y achicó los ojos. Algo se le escapaba.

Marta lo miró y, más seria que nunca, empezó a hablar:

—Los dos primeros días fueron los peores. Después, poco a poco, y estando muy pendiente de ella, la cosa fue mejorando. A las dos semanas su estado de ánimo había dado un vuelco. Cada día que pasaba, aunque con altibajos, se la veía más entera. Más ella. —Roberto asintió con la cabeza, agradecido por que Marta se lo pusiera tan fácil—. No ha sido un camino de rosas, créeme. Pero ahora podría asegurar que, dentro de lo que cabe, está más o menos bien. Con ganas de seguir adelante. —Marta se calló de golpe, lo miró mordiéndose el labio inferior y arrugó la frente, como si sopesara sus próximas palabras—. Aunque, claro, hasta hace un instante, hubiese jurado lo mismo de ti. Y sería una gran mentira.

—Yo solo quiero que siga con su vida. Lo demás no importa.

Esbozó algo semejante a una sonrisa. Miró al frente y cerró los ojos. El resto del trayecto permaneció en esa postura, liberándose de gran parte de la

opresión en el pecho que lo invadía desde aquella noche. Inspirando sin que sus pulmones se quejasen en exceso. Con un sentimiento parecido al alivio recorriendo sus venas.

Capítulo 21

Estás impresionante. —Tessa repasó, por segunda vez, la imagen de su amiga—. Espectacular, en serio.

—No es... ¿demasiado?

El vestido de noche plateado que había escogido Marta para conocer a sus suegros se ceñía a todas sus curvas dejando poco a la imaginación. El pelo suelto, con las puntas onduladas, unos labios rojo pasión y unos tacones de catorce centímetros la convertían en el objeto del deseo de cualquier ser humano. No sabía qué opinarían los padres de Mark al respecto, no los conocía. Si eran una de esas familias un tanto estiradas, quizá no estarían preparados para su amiga. Aunque, siendo los padres de Mark, ¿qué podían esperar de él? ¿Una santa? Seguro que no. Y Marta, arreglada, se convertía en un arma de destrucción masiva.

—Es posible. —Torció el gesto en una mueca un tanto obscena—. Conociendo a Mark, quizá llegues sin bragas a casa de tus suegros.

—¡Serás cerda! —gritó Marta entre risas, tirándole a la cara el tejano que había usado esa misma tarde.

—Sí, sí, la marrana soy yo. Pero seguro que tú en ningún momento has pensado en las porquerías que se le pasarán a tu novio por la cabeza en cuanto te vea con eso puesto, ¿verdad?

—Cállate, que si no fuera por tu culpa, no estaría a punto de entrar, oficialmente, en su familia.

Ese sentimiento invadió a Tessa. Su amiga tenía razón. Cuando Mark le había comentado a Roberto que ese fin de semana iría con Marta a Londres y

el otro le preguntó el motivo, solo se le ocurrió decirle que quería que conociese a sus padres. ¡Ay, Dios! Ella y su mentira habían precipitado las presentaciones familiares. En realidad, Marta se iba a alojar con ella en casa de Amanda; pasarían un fin de semanas de chicas, con Mark revoloteando por allí, pero de chicas al fin y al cabo. Pero Roberto se apuntó al viaje y, desde el viernes a mediodía, Tessa estaba en la casa de Juan. Escondida, a la espera de que Roberto regresara a Barcelona.

—Lo siento, ya lo sabes.

Marta se sentó junto a ella, le retiró un mechón de pelo que se le había escapado de la cola para ponérselo tras la oreja y le cogió la mano. Mierda. Se acababa de poner intensa. Había estado evitando ese instante desde que, hacía algo más de veinticuatro horas, se habían encontrado. Y ahí lo tenía, a punto de estallarle en la cara.

—Llevamos todo el día callejeando por Londres, tengo la mandíbula destrozada de tanto reír, los labios doloridos por los besos de Mark y el corazón en una puñetera nube. Y aun así, yo, que se supone que estoy de tu lado, que sé que no se merece ni tan siquiera estar en la misma habitación contigo para no tener que compartir el aire que respiráis, lo he echado de menos. —Marta levantó una mano para acariciarle una mejilla—. Está destrozado. Ayer me confesó que solo le preocupa saber que sigues adelante, que no te dañó lo suficiente como para que no seas capaz de levantarte y continuar. Te ama, Tessa. Aunque no se merezca a alguien como tú, lo hará toda la vida.

—Yo... no... —Movi6 la cabeza a los lados, aturdida por esas palabras.

—Shhh... Ya sé que no has decidido nada. —La abrazó—. Pero necesitas saberlo: sigue aferrándose a lo que fuisteis, creo que siempre lo hará. Y cuando sepa que estás embarazada, enloquecerá. La culpa devorará la poca cordura que le queda.

—Tampoco me quiere a su lado —respondió insegura. Agarrándose a lo único que le había demostrado, protegiéndose de todo con ello.

—Todos tenemos derecho a equivocarnos. En este caso, te toca a ti decidir qué camino seguir. Yo solo te explico cómo están las cosas en el otro lado.

Tessa se incorporó, apartándose de su amiga de golpe.

—¿Va en serio? ¿Defiendes su forma de hacer las cosas?

Marta se encogió de hombros.

—Dime que no lo has perdonado y me callaré.

—Me conoces demasiado —rio sin fuerza—. ¿Sabes lo que me apetece?

—Salir a buscarlo.

—¡Sí! —gritó con vehemencia, agitando los brazos—. Está aquí, a menos de quince minutos en coche. Y yo, en lugar de estar nerviosa por si le da por venir a casa de su padre a buscar yo qué sé qué; o de si nos encontramos por casualidad en alguno de esos lugares que Mark se ha empeñado hoy en visitar, me muero por que eso ocurra. ¿Estoy desquiciada? Es posible. Porque he hecho que su familia le mienta, que su mejor amigo le oculte algo que yo no tardaría ni diez minutos en decirte si fuese al revés. Y aun así, sigo sin saber qué quiero de él, qué parte de mí soy capaz de darle sin exponerme otra vez. Después de veinte días en Londres, continúo sin tener respuestas. Dios..., lo extraño tanto que me es imposible centrarme en nada más.

Marta se levantó, la abrazó de nuevo y, con una gran sonrisa, le aconsejó:

—Déjate llevar. Cuando menos te lo esperes, obtendrás la respuesta.

—No sé yo... —respondió escéptica.

—¡Va en serio! Seguro que no sabes cuándo lo perdonaste. —Tessa negó con la cabeza—. ¡Ves! Lo dicho: un día te levantarás, y todo habrá cambiado. Tú solo intenta ser feliz, llenar tu día con cosas que te hagan sentir bien. Al final, los nudos que te impiden respirar, pensar, vivir, mirar hacia el futuro se desharán, y tendrás la respuesta ante ti.

—¡Joder! Eso es tan zen que parece mío.

—Ya ves. Una, que está madurando. —Y después del trago amargo, rompieron a reír.

—Eres una payasa. Te quiero, y por muy bien que esté aquí, nadie me cuida como tú.

—Lo sé, cariño. Yo también te echo de menos.

El móvil de Tessa sonó rompiendo el instante.

¿Puedes bajar a la cocina? Necesito cinco minutos contigo antes de irnos.

19:30

—¿Te apetece beber algo antes de irte? Que no se diga que yo no te cuido.

—Una cervecita estaría bien —sonrió Marta con picardía.

—Voy a por ella. Tú mientras repásate el maquillaje, que con tanto abrazo necesita un retoque.

Descendió las escaleras que conducían a la planta baja a toda prisa. Marta no era una mujer que esperase por una cerveza; si en lugar de cinco, Mark necesitaba diez minutos, su amiga los sorprendería.

—¡Joder! —espetó Tessa al entrar en la cocina.

—¿Qué excusa le has dado?

—Cerveza. —Mark sonrió—. No tenemos mucho tiempo, ¿qué ocurre?

—No vamos a cenar con mis padres a ningún hotel.

—¿No? —Tessa lo observó con tal descaro que acabó sonrojándose cuando se dio cuenta de cómo la miraba.

—Encanto, recuerdas que soy el novio de tu amiga, ¿verdad? —le soltó divertido, dejando atrás la cara de preocupación de hacía unos segundos.

—Cierto. Pero ese esmoquin azul te queda de muerte.

—Gracias, pero a lo que vamos.

—Vale, sí, mejor nos centramos. Cuéntame.

—Bien. Verás, no es que haya pensado mucho en esto. No porque no sea

importante, es solo que no tengo ninguna duda al respecto. Y quizá parezca precipitado, pero... si yo lo tengo claro, y creo que ella también, ¿qué más da? No sé si entiendes algo de lo que te digo. —Tessa negó con la cabeza—. No soy un hombre paciente, Tessa, cuando quiero algo, lo quiero ya. Tú eres su mejor amiga, y no es que esté inseguro, pero... como es una camionera romántica, estoy un poco liado. ¿Me entiendes?

—En absoluto.

Mark se frotó las manos en las perneras y, con una timidez adorable que Tessa desconocía, sacó una cajita de uno de los bolsillos del pantalón y se la mostró.

—Es de Tiffany's. Lo compré en Barcelona hace unos días, pero me apetecía pedírselo aquí, en mi ciudad. —Mark abrió el estuche y le enseñó un anillo de diamantes sencillo, radiante, precioso—. Tengo un amigo que en menos de una hora pondrá en marcha el London Eye para nosotros: una cabina, una cena, música y una proposición. Me he pasado, ¿verdad?

Tessa levantó la vista del anillo para perderse en los ojos de Mark: se le veía nervioso, ilusionado. Feliz.

—¿Y tus padres?

—Bueno, si la cosa sale bien, esta noche no cuentas con nosotros para dormir aquí, y mañana por la mañana me gustaría desayunar con ellos. Si sale mal, pues no sé —sonó temeroso. ¡Increíble!

—¿Dudas de que diga que sí?

—Marta es... Marta. Me aterra que le parezca excesivo, aunque si lo hago de una manera más normal, quizá crea que sea poco.

—Te diría que sí aunque se lo propusieras en medio de una cena cualquiera en casa, en pijama, y después de un día de resaca.

—Por eso lo digo. —Mark guardó el anillo en el bolsillo.

—Pues, justo por eso, le va a encantar.

—Aún estoy a tiempo de cambiar de planes. ¿Estás segura?

—¿De qué planes hablas? —indagó Marta al entrar en la cocina, justo antes de quedarse paralizada.

—¡Creo que sois la pareja más sexi que he visto en mi vida! —aseguró Tessa entre aplausos.

La sonrisa canalla de Mark hizo acto de presencia, se acercó hasta Marta cual cazador a su presa y, acariciándole un brazo con el índice, sentenció:

—*Honey*, pienso ser tu esclavo de aquí a la eternidad.

—No será tanto —murmuró Marta acercándose hasta rozarle los labios.

—¡Vale ya! Que me corroe la envidia. ¿Estáis preparados? —Los dos asintieron—. Pues que os lo paséis muy bien. Y Marta, no hagas nada que me avergüence.

—¿Pero de qué hablas? —se quejó con el ceño fruncido.

—Que nos conocemos: no bebas demasiado, que mañana no te aguantarás de pie.

—¿Por eso me has dejado sin cerveza?

Mark rio entre dientes.

—Bueno, eso ha sido culpa mía. No querrás llegar a casa de mis padres oliendo a camionero.

—¿En serio te importo? Porque esas perlas no se las dices a otras.

—No te compares con nadie, *honey*. No es justo para el resto.

Tessa acompañó a sus amigos hasta el exterior de la casa, esperó a que se subieran al coche de Mark, se abriera la cancela y desaparecieran tras ella.

Después de todo, que Roberto irrumpiera en su vida también había aportado cosas buenas.

Roberto pasó el fin de semana en casa de Amanda.

El domingo, después de recibir la noticia de la boda de Mark y Marta gracias a una llamada de su amigo, Roberto se acercó a su cuñado, que estaba recogiendo la cocina después de comer, y le pidió que lo dejara a solas con su hermana. Necesitaba aclarar un tema con ella. Guy, tras dudar un instante, asintió y le deseó suerte.

Suerte, se repitió a sí mismo. Eso tendría que decírselo a su mujer. Le había estado dando vueltas toda la noche sin sacar nada en claro. Pero pondría la mano en el fuego por la conclusión a la que había llegado y no se quemaría. Aunque seguía sin comprenderlo; no tenía sentido. Además, se sorprendió con que la sola idea de que no fuese un error lo desequilibraba incluso más que la confirmación de que fuese cierto.

—Estaremos fuera. Si me necesitas, no tienes más que gritar —se ofreció Guy justo antes de perderse en el jardín con Agatha cogida de la mano.

Respiró hondo.

Si a esas alturas le quedaba algún resquicio de dudas, la actitud de Guy se las había llevado por delante.

Su hermana y sus maquinaciones.

—¿Guy no tomará café? —quiso saber Amanda, extrañada, al comprobar que la bandeja que Roberto dejaba sobre la mesa del comedor tan solo contenía dos tazas. Estaba confundida. Punto a su favor. Cogerla con la guardia baja siempre era una buena baza.

—No. Ha salido con Agatha a jugar al jardín. —Su hermana frunció los labios—. Le he dicho que necesitaba un rato contigo a solas.

—¡Ah! Yo... Sé que no te has desahogado mucho este fin de semana. Pero creí que te iría bien distraerte un poco en lugar de hurgar todavía más en la herida. Quizá me he equivocado. ¿Estás mejor? ¿Ha ocurrido algo?

Roberto sonrió y apretó con suavidad la mano de su hermana.

—Verás. Llevo aquí casi dos días. En menos de dos horas me tengo que ir al aeropuerto, y aún no me has contado nada.

—¿De qué hablas? —Se removió en la silla, inquieta.

—¿Cómo está? Y no me mientas. Sé que está aquí o, como mínimo, lo ha estado hasta hace muy poco.

Amanda, perpleja, se llevó las manos al pecho y dio un largo suspiro. Le tembló el mentón y se arrebujaó en la silla.

—¿Cómo lo has sabido? No lo entiendo. Estoy convencida de que Agatha no te ha dicho nada. Es su primer gran secreto.

Roberto miró hacia al jardín. Guy y la niña jugaban con un *Corner* que corría como un loco tras una pelota. Lo señaló.

—A veces pienso que si *Corner* fuera humano, habría tenido un serio competidor. Además de alguien que me hubiese retorcido las pelotas por haberle hecho tanto daño a Tessa.

—¿Perdona?

Roberto rio sin ganas. Sabía que aquella reflexión demostraba lo jodido que estaba.

—Ayer, cuando fuiste con Guy a comprar, dejé la puerta corredera de la cocina entreabierta. *Corner* se las ingenió para abrirla con el morro y, para cuando quisimos darnos cuenta, corría escaleras arriba hasta llegar a la última habitación que hay en el pasillo. —Amanda lo miró con los ojos muy abiertos, como si no acabase de creerse su historia—. Empezó a rascar la puerta de una forma frenética, llorando por no conseguir abrirla. Intenté hacerlo yo, pero me sorprendí al ver que estaba cerrada con llave. Y lo entendí. Desde que llegamos el viernes, *Corner* ha intentado entrar en varias ocasiones en la casa, cuando sabe que no le está permitido. Y su cola, que lleva semanas sin moverse erguida y hacia los lados, lo estuvo los primeros segundos que permaneció frente a la puerta.

—Joderrr.

—Pues sí.

—¿Estás cabreado conmigo?

—Aún no lo sé. —Se encogió de hombros—. Estoy descolocado. — Roberto, incapaz de permanecer más tiempo sin moverse, se levantó y dio vueltas por el salón, pasándose las manos entre los mechones de forma reiterada—. ¿Sigue aquí?

Miró a su hermana, que había subido los pies sobre la silla y, en ese instante, se abrazaba las piernas.

—Hace un mes que papá, Sara y yo nos presentamos en su piso. —Roberto se sentó de nuevo en la silla—. Estaba fatal. Empezó a decir que no vendría a la boda, que lo lamentaba, pero que no podía seguir viéndonos. Nosotros insistimos. Y estalló. Dijo que necesitaba distancia, estar lejos, pensar. Y le ofrecí mi casa. Hace tres semanas que vive con nosotros, y está mucho mejor. —Amanda alargó una mano para posarla sobre la pierna de su hermano—. Pero sigue sin ser ella. Ha dejado de limitarse a respirar y a alimentarse para intentar con todas sus fuerzas seguir adelante. Centrándose en la parte positiva de la vida y aparcando, juraría que de momento, lo que más le duele. Así que está como siempre cuando se evade de todo, y menos hundida cada día que pasa cuando piensa en lo ocurrido. Es fuerte, y sé que lo conseguirá, pero el tiempo que pueda tardar lo desconozco. Deberás tener paciencia.

—No puedo pedirle nada. No me digas que tenga paciencia. Porque solo quiero que esté bien. ¡Joder! ¿Tan difícil es de entender? Mark hizo lo mismo hace unas semanas. ¡No quiero volver con ella!

Roberto se llevó las manos a la cara y se la frotó con rabia.

Amanda se incorporó y caminó de un lado a otro.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué? ¿No crees que ya le he hecho suficiente daño?

—Porque os queréis. Así de fácil. Por mucho tiempo que pase, por muchas cosas que ocurran, eso no cambiará.

—¿Cómo estás tan segura? ¡Jamás me perdonará! Ni pretendo que lo haga.

—Escúchame. —Se puso frente a él y lo sujetó por los hombros—. Vivo con ella, hablo contigo todas las noches. Tengo las dos versiones. Y, te guste o no, lo aceptes o no, eres incapaz hasta de respirar sin pensar en ella. Y Tessa, cuando supere todo lo ocurrido, se dará cuenta de que, sin ti, siempre le faltará la razón que le da sentido a su mundo.

—No sé cómo te atreves a decirme eso. Sabes que no puedo. ¡Ni tan siquiera debí intentarlo cuando la conocí!

—¡Joder! —Amanda golpeó la mesa con el puño cerrado—. No me vengas ahora con esa mierda. Os queréis, y tendréis que asumirlo y hacer algo al respecto. ¡Y punto!

Por primera vez en su vida, Roberto tuvo miedo de su hermana. Su piel se había encendido, sus ojos centelleaban con indignación, y su boca torcida le indicaba que responder a sus últimas palabras no era una buena idea.

Un largo silencio se interpuso entre ellos como un alto muro.

—¿Dónde está ahora?

—En casa de papá. La dejé allí el viernes por la mañana y pasaré a recogerla en cuanto te vayas. Por cierto, la próxima vez que vengas, avisa con más tiempo para que no nos dé un colapso.

—Vale.

Su hermana, más calmada, se sentó en la silla, le echó azúcar al café y lo removi6 con la cucharilla.

—No pienso decirle que sabes que está aquí. Se iría. Y no quiero que eso ocurra.

—Vale.

—Y no sufras. Sabe que hablamos todos los días, pero jamás me ha

preguntado. Todo lo contrario. Si alguna vez llamas y está conmigo, se va para dejarnos intimidad. Nunca le contaría nada de lo que me dices.

—Eso ya lo sé.

—Vale.

—Amanda.

—¿Qué?

—No estoy enfadado contigo.

—Solo faltaría.

—¿Un abrazo?

Y su hermana se lanzó sobre él con una sonrisa en los labios y lágrimas en los ojos.

Roberto no tenía ni puñetera idea de por qué había sido tan cruel con Maggie. Aquella mañana, le había pedido que le hiciera la prueba de paternidad al bebé ahora, dentro de su vientre. Obviando el riesgo que suponía, anteponiendo todo a la vida de su hijo. Como si ese próximo nacimiento fuese lo único que había apartado a Tessa de su lado. Cuando en el fondo, sabía que él era el único responsable. Quizá era por el compromiso de sus amigos, que en el trayecto de regreso a Barcelona le pareció que tenían una actitud demasiado empalagosa; o por las palabras de Amanda, que le habían dado alas a unos sueños a los que había renunciado y que ahora no solo anhelaba, sino que se creía con derecho a ellos.

Imbécil.

Egoísta.

Se miró en el espejo del ascensor y, asqueado, comprobó que la imagen que le devolvía era la misma de siempre. ¡Qué gran farsa! Ya nada era, ni

sería, como antes. Todo por su culpa.

Salió del cubículo y ni se molestó en responder a María. Llegaba tarde, y la pobre quería ponerlo al corriente de las primeras llamadas del día. Sin un ápice de remordimiento, le cerró la puerta en las narices cuando intentó acompañarlo hasta su despacho.

Ese lunes se había levantado con ganas de arreglar las cosas. Magnífica idea. No podía seguir sintiéndose un animal enjaulado en su propia casa. Pero las formas... Encendió el ordenador y le dio por mirar si el trasplante de cerebro ya era un hecho.

Gilipollas.

Lo peor de todo era que Maggie tenía razón. No por tacharlo de cerdo egocentrista, que, después de su proposición, era de lo más lógico. Sino por las palabras que le habían seguido: «Piensa qué quieres hacer con tu vida. ¿No quieres hacerte cargo de tu hijo? No lo hagas. ¿Me quieres lejos de tu vida? Solo tienes que decirlo. ¿Quieres que Tessa regrese a tu lado? Lucha por ella. Pero haznos un favor a todos: deja de lamentarte y empieza a tomar decisiones».

Se acodó en la mesa y hundió la cabeza entre las manos. Más perdido que nunca. Sin fuerzas ni ganas de llamar a Amanda, o a Mark. Estaba solo y asustado de sí mismo, de la persona en la que se estaba convirtiendo. Harto de que todos a su alrededor creyesen conocer las respuestas a sus problemas. Las acciones mágicas que le devolverían la felicidad. De lo fácil que les parecía, por mucho que acompañasen sus palabras de: arduo trabajo, paciencia, os queréis, no podrás vivir sin ella.

Estupideces, al fin y al cabo. Porque lo que no debía ser, jamás sería.

El chasquido de la puerta lo alertó, y levantó la cabeza, con los labios convertidos en una fina línea y los ojos clavados en esa dirección. Dispuesto a amedrentar a quien osase interrumpir su desdicha.

La sonrisa de Mark desapareció al instante; se quedó inmóvil durante unos segundos. Silencioso, cerró la puerta tras él; caminó hasta sentarse en la silla que Roberto tenía enfrente, para indagar asustado:

—¿Qué ha ocurrido?

Roberto, incapaz de seguir mirándolo a los ojos, enterró la cabeza de nuevo entre sus manos.

—Soy un tipo horrible, Mark. Un ser repulsivo que no merece que nadie lo quiera ni se preocupe por él —y le explicó a su amigo lo que le había dicho a Maggie.

Fue consciente de sus lágrimas en el instante en el que Mark lo obligó a alzar la cabeza, posando las manos en sus mejillas y tirando de ellas hacia arriba.

—¿Y si admites que sí quieres recuperarla? ¿Que aunque te lleve toda la vida, lo intentarás día tras día sin descanso? Sé que te pido demasiado. Nunca lo hemos hablado, pero no soy tonto, y tu plan de vida era estar solo, pero, por lo visto, el destino tenía otros planes. Y, qué quieres, a mí me parecen magníficos. —Roberto se irguió y Mark se sentó en el borde de la mesa, junto a él. Tan tranquilo como siempre—. Vas a ser padre. Maggie es una magnífica compañera, dada la situación. Empieza por eso, decide cómo os relacionaréis de ahora en adelante. Después, ve a por Tessa. Recuerda: no íbamos a renunciar a ellas, y te has dado por vencido.

—Me repatea que os parezca tan sencillo. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, cabreado.

—Solo te mostramos lo que vemos desde fuera.

—Pero falta conseguirlo.

—Sí. Pero es como todo. Primero un paso, y luego otro. Como una jodida planificación anual. Llámalo *Mi proyecto personal*, o alguna chorrada de esas espirituales que tanto le gustan a Tessa: *Siguiendo mi camino*, pero ponte a

ello.

Roberto, que seguía sintiéndose un desecho humano, apagó el ordenador y se levantó.

—Me voy.

—¿A dónde?

—A pedirle perdón a Maggie. A echarle una mano con la búsqueda de un piso, de alguien que cuide de ella. Lo que sea.

—¿Así? ¿De repente? —Mark alzó las cejas, sonriente—. Soy el puto amo.

—No. Solo el blanco perfecto para cuando todo esto acabe mal.

Roberto se obligó a sonreír y palmeó a su amigo en la espalda antes de caminar hacia la puerta.

Capítulo 22

Tessa no entendía nada de lo que se suponía que había ocurrido. Sentada en la cama a las diez de la noche, después de un día lluvioso, gris y deprimente, el pesimismo que auguraba el clima se manifestó en una llamada de Marta: lloros, gritos, palabras ininteligibles e insultos —muchos insultos— que se entendían a la perfección entre tanto arrastre de palabras y berreos.

—Cariño, no me he enterado. Habla más despacio, y vocaliza.

—*Le he tirado a ese cabrón el anillo a la cara* —soltó con frialdad, esta vez sin trabarse ni sollozar.

Mierda.

—Vaaale. ¿Por qué?

Cerró los ojos a la espera de la bronca de su amiga. Pero es que era cierto, no había descifrado el mensaje. Además, ¡si hacía poco más de un día que se habían despedido de ella en la casa de Juan la mar de felices! El domingo se comían, literalmente, a bocados delante de ella; eufóricos por la decisión tomada. Y apenas unas horas más tarde, Marta le lanzaba la sortija. ¿Qué podía ser tan grave?

—*¿Quieres hacer el favor de escucharme?!* —la reprendió.

Tessa miró al techo, inhaló paciencia e intentó apaciguar el momento:

—Claro.

—*¡Quiere que vayamos a vivir a Londres! Y me lo dice hoy, cenando, como si fuese algo que hubiésemos hablado. Que a finales de septiembre finaliza su trabajo en Barcelona, me suelta.* —Por fin Tessa reaccionó. Se incorporó y anduvo por la habitación deseando estar junto a ella—. *¡Y se*

queda tan pancho! Menudo gilipollas está hecho.

—Marta, escucha...

—*¡Que no! Que se ha pasado. Llevamos viviendo juntos desde que te fuiste del piso, me pide que me case con él el sábado, y ese pequeño detallito se le pasa por alto. Pretende que renuncie a mi carrera, a estar cerca de ti, de tu bebé. ¡No tiene ni puta idea de lo que me propone!*

—Cariño...

—*¡No! Que ni tan siquiera ha hecho eso, solo me ha informado.* —Su voz cada vez se distorsionaba más, a punto de quebrarse por la contención del llanto—. *¡Imbécil prepotente! Si ya me dijiste que no me fiase de él.*

Tessa supo que recordarle que no era eso lo que le había dicho no serviría de nada. Sí, tenía miedo de que Mark le hiciese daño, pero aunque todo apuntaba a que no se había equivocado, seguía convencida de que él jamás lo haría a sabiendas.

Se frenó en seco.

—A ver, te lo voy a resumir para estar segura de que lo he entendido, ¿de acuerdo? —Un resoplido de Marta por respuesta—. Después de un día en el que aún os dura el subidón del fin de semana, os sentáis a cenar. Cuando sacas el tema de buscar un piso donde ir a vivir, Mark te comenta que en septiembre finaliza su trabajo en Barcelona y que debería regresar a Londres, ¿correcto? —Un gruñido al otro lado —. Te levantas, le dices que lo vuestro se ha acabado, le arrojas el anillo a la cara y le dices que se largue. Él te pide una explicación que le niegas y te encierras en el baño hasta que escuchas la puerta cerrarse y a él gritándote hasta nunca.

—*Exacto.*

Dios, era mucho peor de lo que pensaba. Marta no tenía motivos para reaccionar así. Bueno, sí que los tenía, pero Mark jamás llegaría a comprenderlos si no se sentaban de nuevo y lo hablaban o, más bien, la

convencía de que confiar en él no había sido un error. Que compartir con él sus miedos era necesario.

Joder. Puñetero Dani y sus fantasmas.

—¿Y ya está? ¿No quieres saber nada más de él? Quizá, y digo solo quizá, echarle sin darle ninguna explicación o sin dejarle exponer sus planes haya sido algo precipitado.

—¡Joder! ¿Pero no me oyes?

—Marta, tienes que hablar con Mark, cuéntale lo que ocurre. Seguro que...

—*¡Que no, joder! Se ha acabado, ese hombre ha desaparecido de mi vida. Y punto.*

—Creo que no va a ser tan sencillo, porque...

—*Es posible* —la cortó tan dolida que supo que la conversación llegaba a su fin—. *Pero cuanto antes deje de estar en mi vida, antes encontraré a alguien que me acepte tal y como soy.*

Inseguridad, otra vez. Después de tanto tiempo, resurgía en el peor momento, en el más débil, y en el que le podía hacer más daño. Cerró los ojos, se sentó en la cama y recordó aquella época. Un escalofrío la avisó de que no podía darse por vencida; su amiga la necesitaba más que nunca y, por desgracia, sabía que solo la paciencia la estabilizaría. Solo esperaba que, para cuando abriese los ojos, Mark no se hubiese cansado de darse contra el muro que Marta acababa de levantar, con todas sus pesadillas dispuestas a presentarle batalla.

El domingo, Tessa escuchaba despotricar a su amiga por séptimo día consecutivo. Por mucho que había intentado que recapacitase, recomendándole que como mínimo le diese a Mark la oportunidad de explicarse, no servía de

nada. Marta seguía en sus trece, convencida de que «ese hombre» era como todos los demás, pero peor. Porque había trazado un plan para estar con ella mientras se había terciado, para, más tarde, dejarla tirada con la primera excusa que se le había pasado por la cabeza. ¡Si había sido ella! Y hasta la petición de matrimonio se le antojaba una artimaña para que «ese hombre» consiguiera la mejor noche de sexo de su rastrera vida.

Tessa resopló, miró al techo y pidió paciencia.

No hacía falta ser psicóloga para darse cuenta de que si desde el lunes Marta se refería a Mark como a «ese hombre» era porque le dolía demasiado pronunciar su nombre. Y que cuando aseguraba que era «como todos», quería decir igual que Dani.

Se despidió de ella media hora más tarde, mordiéndose la lengua para no exponerle los hechos tal cual eran, a la espera de que, pasados unos días, fuese más receptiva y pudiese atacar el tema con un mínimo de garantías.

—¿Cómo está? —quiso saber Amanda, que estaba al corriente de todo, cuando Tessa entró en la cocina.

—Fatal. Pero es tan cabezota... Tiene un pronto muy fuerte. Se cierra en banda y, hasta que no se calma, no hay quién hable con ella. Seguro que, en algún momento, Mark será capaz de abordarla y aclarar las cosas. O eso espero. ¡Si hasta me ha prohibido regresar para estar a su lado!

—Encontrarán una solución, estoy convencida. —Amanda cogió un paño y se secó las manos—. ¿Buscamos algo que ver en la tele y nos apalancamos en el sofá?

Agatha no hacía mucho que dormía, Guy trabajaría en el restaurante hasta tarde; era un buen momento para tener una noche de chicas, pero no le apetecía en absoluto.

Estaba preocupada.

¿Por qué Roberto no había llamado a Amanda en toda la semana? Llevaba

dos días dándole vueltas a lo mismo. ¿Y si le había ocurrido algo y ellas estaban tan tranquilas? Si las cosas entre Marta y Mark fuesen distintas, le hubiese preguntado a ella por Roberto. Por otro lado, llamar a Mark no era viable. No quería meterse en medio de los dos —al menos de momento—; si se ponía en contacto con él, no tendría más remedio que acabar dándole su opinión, y su amiga se enfadaría.

Respiró hondo.

Le daba demasiadas vueltas a las cosas. Lo lógico era pensar que si Roberto estuviese mal, Mark habría avisado a Amanda, ¿verdad? ¡Ais! No lo sabía. Mark también estaría pasando lo suyo con todo el jaleo con Marta.

Miró a Amanda y frunció el ceño; estaba como siempre, pero algo callaba. Lo intuía. Era mucha casualidad que, desde la visita de Roberto, las llamadas hubiesen cesado.

—Tessa, ¿en qué piensas? —Mierda. ¿Y si eso quería decir que se había olvidado de ella? Porque aunque no los había escuchado, que Roberto se desahogaba con su hermana cada noche era evidente. ¿Y si había pasado página? ¿Con Maggie? Un escalofrío recorrió su columna vertebral y tembló de pies a cabeza—. Suéltalo. ¡Ya!

—¿El qué? —La miró confusa.

—Lo que sea que te tiene así. Y no me digas que es Marta, que sé que no es eso. —Tessa la miró sonrojada. ¿Pero qué coño hacía ella intranquila por él? Amanda se cruzó de brazos—. Vale. Es Roberto.

—Sí. ¡Pero no! —contestó acelerada. Su amiga levantó las cejas, descruzó los brazos y apoyó las manos en las caderas—. Solo me extraña que no te haya llamado en toda la semana. Porque no lo ha hecho, ¿verdad?

—He hablado con él desde el trabajo. Por el tema de Mark.

—Ah. —Aquello tenía sentido—. Vale.

—¿Estás preocupada por él?

—No. Un poco. —Amanda la observaba con fijeza, sin pestañear. Mierda —. Hasta hace nada te ha llamado cada noche. Me parece raro que haya dejado de hacerlo de golpe y..., pues eso, que quizá tiene algún problema y tú aquí, tan tranquila.

—¿Yo?

Los labios de su amiga se curvaron hacia arriba hasta esbozar una sonrisa demoniaca.

—Eres su hermana. —¿Pero qué mal se había explicado!

Amanda agarró el móvil, que descansaba sobre la encimera, buscó el contacto y, tras seleccionarlo, dejó el aparato de nuevo sobre la superficie y conectó el altavoz.

—*Hola, hermanita.* —Cuando escuchó su voz, los ojos de Tessa se encharcaron y se llevó las manos a la boca.

—Hola, solo quería saber si aún respiras —bromeó.

—*¿Por qué...?*

—Espera un segundo —lo cortó.

Tessa vio cómo Amanda cogía el teléfono, desactivaba el altavoz y se lo ofrecía. Tessa negó levemente con la cabeza mientras su brazo se elevaba, con voluntad propia, y su mano se aferraba al aparato con el corazón desbocado.

Uno, no sería capaz.

Dos, escuchar su voz no le había dolido.

Tres, lo había perdonado.

Cuatro, quería saber cómo estaba.

Cinco, era valiente.

—Hola —balbuceó.

—*Hola.* —Silencio salpicado de sorpresa—. *¿Qué tal?*

Amanda le hizo una señal y desapareció.

—Bien. Aunque soy un poco tonta. Tu hermana me ha preparado una

encerrona y he caído de cuatro patas.

—*¿Y eso?*

El corazón le latía tan fuerte que casi silenciaba las palabras de Roberto.

—No la has llamado ni una sola noche de esta semana. Se lo he comentado y, ya ves, aquí estoy, sentándome en estos momentos en una silla de la cocina, contigo.

—*Es que...* —Lo sintió dudar y se lo imaginó pasándose las manos por el pelo. Subió los pies a la silla y se abrazó las piernas—. *Corner se dio cuenta de que estabas allí. Te echa mucho de menos, y tu olor lo volvió un poco loco.*

—Pobre.

—*El domingo le pregunté a Amanda y me explicó que vivirás con ella una temporada.*

—Esa es la intención.

Silencio.

—*Ahora la llamo durante el día.*

—Vale.

Más silencio. Solo eso. No había incomodidad, ni frialdad. Tessa esbozó una sonrisa al imaginárselo en su piso, sentado en el sofá, junto a *Corner*, y con la misma curva que ella en los labios. Quizá había sido por lo ocurrido con Mark y Marta —que le había removido su historia con Roberto hasta los cimientos—, o porque ya había llegado el momento, pero se sentía cómoda hablando con él. Más ligera.

—*Y en cuanto a mi hermana, como ya te he dicho alguna vez, es una bruja manipuladora. Mide tus palabras ante ella para tu propia seguridad.*

Tessa rio a carcajadas. ¿Por qué era tan fácil sentirse conectada a él?

—¡Sí! Te juro que empiezo a entenderte.

—*Y dime, ¿te gusta mi ciudad?*

—Bueno, no he visto demasiado. Agatha me tiene esclavizada de parque en parque. ¡Eh! Que son impresionantes. Pero tanta ardilla cansa un poco.

—*Su obsesión por coger una le llevará un disgusto. Ya lo verás. A mí me tuvo toda la tarde del sábado tras unas cuantas.*

—¡No me digas! Si yo he ido tres días seguidos porque, según ella, tu visita le chafó los planes de caza del fin de semana. ¡Será bruja!

—*Pues como la madre* —sentenció Roberto entre risas.

—Vas a tener razón.

—*Bueno, si te apetece y tienes tiempo, date una vuelta por el Canal Regent. Está precioso en esta época del año.*

—Un canal ¿navegable?

—*¡Por supuesto! El recorrido de Victoria Park a Haggerston es muy bonito y tranquilo. Te gustará.*

Era como siempre. Como si nada hubiese ocurrido. Joder. ¿A quién pretendía engañar? Tendrían que estar hablando de otras cosas. ¿Pero cómo? Para eso sí que no tenía palabras.

—Bueno. —Su voz sonó apagada, sin energía. Tras unos segundos en los que ninguno dijo nada y una espesa niebla parecía interponerse entre ellos con mucha más consistencia que los miles de kilómetros que los separaban, Tessa decidió dar por concluida la experiencia—. Adiós, Roberto.

Uno, que se despida rápido.

Dos, por favor.

Tres, maldito silencio.

Cuatro, lo echaba tanto de menos.

Cinco, ojalá todo fuese distinto.

—*Adiós, Tessa.*

Roberto estaba perdido.

Mark se limitaba a trabajar: llegaba temprano, se iba tarde y no bromeaba. El último intento de su amigo por comprender la reacción de Marta —esperándola en la portería de la casa de Tessa la tarde anterior—, lo había desequilibrado por completo. Roberto solo tuvo que mirarlo a los ojos durante dos segundos para palpar esa mezcla de dolor e ira que desprendía a cada paso.

—¿No crees que le puede haber pasado algo? —Mark arqueó las cejas, escéptico—. Te lo digo en serio. No es una reacción normal.

—Es Marta. Cualquier cosa que haga puede entrar en su lógica. Es así de imprevisible —sentenció Mark, hastiado, dejándose caer en su silla.

Roberto se sentó sobre el borde de la mesa del despacho de su amigo y lo miró con fijeza.

—No. Tiene salidas inesperadas, pero es sensata. Son cosas distintas. Además, no le tengas en cuenta lo que te dijo ayer. No tomes decisiones por una conversación en la que desconoces el porqué de su comportamiento.

—Roberto, ¡no me jodas! —le espetó muy serio—. Le puse un puto anillo en el dedo. Le pedí que se casara conmigo hace catorce días. Y ayer va y me acusa de utilizarla como a una muñeca hinchable. ¡Pues claro que se lo tengo en cuenta!

Roberto se levantó y paseó de un lado a otro en busca de las palabras que lograsen que Mark lo escuchara.

—Entonces, ¿se acabó? —Se paró frente a él—. ¿Volverás a salir con todas las chicas que te atraigan y estén dispuestas? ¿Podrás estar con cualquier otra sin pensar que debería ser Marta? ¿Sin compararlas siempre con ella? O lo que es peor, ¿sin arrepentirte?

—¿De qué? —Mark se acodó en la mesa. Parecía vencido, pero furioso—.

¡Me ha dejado! Intenté explicarle que debía regresar a Londres y me echó de su vida. Sin más. ¡Ni me dejó acabar!

—Pues por eso. Tiene que haber un motivo.

—Sí. Que está loca y no me había dado cuenta.

—Creo que no es momento para el cinismo.

—Roberto, ¿podemos trabajar? No me apetece darle más vueltas a este tema.

—Muy maduro por tu parte.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando Mark le aseguró:

—Hace diez días que hablaste con Tessa y no la has llamado por miedo a que no te responda. No me hables de madurez.

En su despacho, Roberto revisó, por tercera vez consecutiva, la hoja de cálculo que tenía delante y seguía sin enterarse de nada.

Mark tenía razón.

Escuchar la voz de Tessa lo había sorprendido. Jamás hubiese creído que ella fuese la primera en dar el paso. Saber que se preocupaba por él era una buena señal. Egoísta. Pero fantástica. Y cuando notó cómo cada célula de su cuerpo se activaba de nuevo, creyó que explotaría de felicidad. Que sería posible arrinconar el pasado, centrarse en el futuro. Le pareció tan alcanzable tenerla de nuevo a su lado que, durante unos minutos, hasta lo visualizó. Pero la realidad se impuso. Y el vacío lo devoró por dentro, dando paso a la inseguridad más acuciante que había sufrido en toda su vida.

Miró el reloj. Poco más de las diez. Era muy temprano para llamarla.

Fijó la vista en la pantalla.

Vaya mierda de excusa.

Cogió el móvil y tecleó su número.

—*Hola.* —Al tercer tono. Buena señal.

—Buenos días, ¿te cojo en mal momento? —Un nudo se le formó en el

estómago.

—*Para nada. Sigo levantándome temprano. Además, no te hubiese cogido el teléfono de estar ocupada.* —Parecía de buen humor.

—Lógico. ¿Qué haces? —Silencio. Menuda pregunta. Más personal, imposible. Piensa. Rápido—. Verás, es que estoy liado con un Excel y me ha venido a la mente la conversación del otro día. Y, bueno, supongo que mi padre o Amanda ya te lo habrán ofrecido, pero si vas a estar una temporada en Londres y necesitas trabajo, solo tienes que decirlo. —Cerró los ojos. Mierda. No se lo creía ni él.

—*Gracias, pero me voy a tomar un año sabático. Lo necesito.* —De repente, sonó tan lejana, triste y preocupada que quiso estar a su lado para consolarla entre sus brazos.

«No te engañes. No te lo permitiría».

—No tienes por qué.

Un año era mucho tiempo.

—*Además, vivir aquí es una pasada. Tener piscina climatizada es un chollo.* —Tessa recuperó su alegría habitual.

—Sí. Yo iba mucho en invierno. En lugar de ir a correr, me hacía unos largos.

—*Pues yo nado todas las mañanas, después desayuno y, más tarde, me doy un paseo por la finca. Vivo como una reina* —bromeó.

Roberto se acomodó en la silla. Se limitó a escuchar su voz. A imaginarla con una sonrisa en los labios, los ojos brillantes y el olor a coco envolviéndola.

—¿Ya te deja Agatha llevar a cabo tus planes?

—*¡Ah! La pequeña aprendiz de bruja se porta genial. Hemos hecho un pacto: yo nado por la mañana, y perseguimos ardillas por la tarde.*

Roberto rio.

—Tessa, te has dejado embaucar.

—*Lo sé, pero no me importa. La cara que pone cuando cree que se ha salido con la suya es adorable. ¿O acaso tú te resistes a ella?*

—No. Pero tampoco conozco a nadie capaz de hacerlo. Bueno, sí, a la bruja mayor.

La carcajada de Tessa calentó su corazón.

—*Como se entere de que la llamas así, te va a caer una buena.*

—Ya lo sabe. Y, de momento, no me ha convertido en sapo.

Podrían hablar de tonterías toda la vida y no se cansaría.

—*Dime, ¿cómo es que no estás reunido? Creo que tienes que dirigir una empresa o algo parecido.*

Roberto se retrepó en la silla. Miró a su alrededor, y el corazón se saltó un latido. Joder. Ya no estaba allí. Aunque la sintiese cerca, jamás la había tenido tan fuera de su alcance.

—Hemos pasado la reunión con los directores del miércoles al jueves. Además, cuento con el mejor subdirector del mundo. Puedo tomarme diez minutos para hablar contigo sin que sufran los activos del imperio.

Se hizo un largo silencio, y temió haber pronunciado alguna palabra inadecuada.

—*Roberto, ¿cómo está Mark? Yo... no lo he llamado por no meterme en medio, y me siento mal por ello.*

Las comisuras de los labios de Roberto se curvaron hacia arriba en una triste sonrisa cómplice. Él también deseaba llamar a Marta, pero se contenía por lo mismo.

—Abatido. Irreconocible. Dolido. —No podía entrar en más detalles—. Solo espero que, cuando pasen unos días, sean capaces de sentarse y aclarar lo sucedido.

—*Marta sigue en ese estado en el que no le puedes llevar la contraria.*

Cuando se venga abajo, Mark podrá acercarse a ella. Si es que, para entonces, no es demasiado tarde.

Roberto se pasó una mano por el pelo, la dejó en la nuca y se la frotó. Sabía que era muy arriesgado, pero ahí estaba la oportunidad. Si no lo hacía, si la dejaba pasar, más tarde se arrepentiría.

Cerró los ojos. Respiró hondo. Y fue a por ella.

—Tessa, podría viajar a Londres este fin de semana. Para vernos. Hablar un rato.

—*Ya lo hacemos.*

Fría. Cortante. Así la sintió Roberto.

—Yo creo que no es lo mismo.

—*Es demasiado pronto, demasiado...* —Escuchó cómo la respiración de Tessa se aceleraba y se sintió culpable—. *No me importa hablar contigo. Si fuera así, no hubiese respondido la llamada. Pero, Roberto, no ha cambiado nada.*

Nada, decía. Para él había cambiado todo. Era la esperanza.

Que se preocupara por él, que le cogiera el teléfono, que consiguieran hablar durante un par de minutos sin el dolor invadiendo cada palabra, le daba alas; unas enormes y fuertes, que deseaban encontrar el camino para que Tessa lo perdonara y regresara a su lado.

—Está bien.

—*Si quieres visitar a tu familia, solo tienes que decírmelo, y me iré a pasar el fin de semana fuera. No quiero convertirme en una carga para nadie.*

—Tessa, no te preocupes. Ya le dije a Amanda que, cuando vaya a verlos, avisaré con tiempo para que puedas ir a casa de mi padre.

—*Bien. Gracias* —balbuceó Tessa, y a Roberto le pareció que estaba al borde del llanto.

—Hasta otro día, Tessa.

—*Adiós, Roberto.*

Se había precipitado.

Capítulo 23

El domingo por la tarde, en St. James' Park, Tessa vio a Agatha caminar de puntillas para intentar atrapar a una ardilla que acababa de meterse dentro de una papelería a inspeccionar su contenido.

—Creo que tu hermano tiene razón: cualquier día la atacará una por querer cogerla.

Amanda la miró risueña. Era la primera vez que Tessa hablaba abiertamente de alguna de las conversaciones que había mantenido con Roberto, y eso pareció divertir a su amiga.

—Estas ardillas grises están acostumbradas a los humanos. Hasta se les puede dar de comer. —Hurgó en su bolso y sacó una bolsa de frutos secos—. De pequeños veníamos siempre que podíamos con mis padres, y jamás nos ocurrió nada.

—Ya. Pero una cosa es que se acerquen a ti por voluntad propia a por comida y otra muy distinta es atraparla para pedirle un deseo. ¿Cómo se te ocurrió tal cosa?

—Es que así la tengo entretenida. —Tessa esbozó una sonrisa y la miró ladeando la cabeza—. ¿Qué?

—Nada.

—No. ¡Ahora mismo me lo cuentas!

—Que un poco bruja sí que eres —le soltó Tessa entre risas.

—Vaya. Otra vez Roberto. ¿El viernes te llamó?

—Sí. Y el miércoles también. Cada vez es más fácil y, no sé, más difícil a la vez. —Tessa se puso seria y miró a su amiga en busca de comprensión—.

¿Crees que es normal?

—Quizá sí. Al fin y al cabo, dicen que es más fácil cuando no miras a la persona a la cara. —Tessa arqueó las cejas—. Decir ciertas cosas, ya sabes. —Amanda le señaló el vientre, que, con quince semanas de embarazo, empezaba a despuntar.

Tessa se mordió el labio inferior, buscó sus pies y balanceó sus brazos.

Su amiga desconocía hasta qué punto tenía razón. El miércoles, cuando Roberto le había propuesto verse el fin de semana, había entrado en modo pánico con la sola idea de estar delante de él, con su secreto a la vista.

—No se lo he dicho. Ni tan siquiera sacamos temas personales. Bueno, él lo ha intentado, pero yo no estoy preparada. Aún no puedo.

Amanda se paró en seco y la abrazó con fuerza.

—Me da igual de lo que habléis. Es un primer paso. Ya vendrá el resto — le dijo al soltarla para retomar el paseo.

—Pero me pesa la mentira cada vez más.

Agatha, vencida por la escurridiza ardilla, que, al oírla llegar, corrió veloz hasta la copa de un árbol, se aproximó a ellas.

—¿Es para mí? —Señaló entusiasmada la bolsa que su madre sostenía en una mano.

—Claro. Pero recuerda: te sientas y dejas la palma de la mano bien abierta. Nada de cerrarla ni de intentar atraparlas mientras comen.

—¡Gracias! —gritó la niña, que abrazó a su madre, y se sentó bajo el tronco en el que se había subido su presa un par de minutos antes.

—No te comas tanto la cabeza. Cuando llegue el momento, surgirá sin más. Como casi todo en la vida.

—Estás muy filosófica.

—No es eso. Es que no creo que tengas que forzar las cosas. Al fin y al cabo, cada uno de vosotros está haciendo lo posible para recuperar la

estabilidad que habéis perdido. Hasta que no estéis en el mismo punto, que uno de los dos se adelante no servirá de nada. —Tessa asintió mientras perdía la vista en el lago—. Desde el fin de semana pasado Maggie ya no vive en su casa.

A cámara lenta, Tessa movió la cabeza hasta encontrarse con la sonrisa de Amanda. ¡Pero menuda vendedora de humo estaba hecha! Le decía que no era buena idea forzar nada, pero luego le soltaba esa bomba.

—No lo sabía. —La miró achinando los ojos.

—Desconozco los motivos. Pero no me mires así, que no pretendo nada, solo creo que es algo que debes saber. Él también lo está intentando.

—¿El qué? —Ahora se había perdido.

—Hacer todo lo posible para recuperarte.

—Amanda...

—Y tú también. Aunque no te des cuenta, no lo admitas y no te apetezca escucharlo. El solo hecho de aceptar sus llamadas lo demuestra.

Seguida de Amanda, Tessa se sentó en la hierba, cerró los ojos y dejó que los rayos del sol la relajasen. Dobló las piernas, se acodó sobre las rodillas y, mirando a su amiga, le confesó:

—Negar que lo amo sería una tontería. —Amanda asintió en silencio—. Pero de ahí a pretender que sea algo más que el padre de mi hija, va un abismo.

Justo esa semana le habían practicado una ecografía y, aparte de comprobar que el embarazo evolucionaba a la perfección, también le confirmaron el sexo del bebé.

—Después de todo lo ocurrido, es normal que no quieras ver que vuestra vida por separado será incompleta. Pero con el tiempo, acabarás dándome la razón. —Amanda pronunció cada palabra con tranquilidad, casi en un susurro, como si le confesase su mayor secreto—. Quiero que sepas que, pase lo que

pase con Roberto, para mí eres como una hermana. Así que cuenta conmigo para lo que sea, no solo ahora, sino el resto de tu vida.

Ahora fue Tessa la que se lanzó a abrazar a Amanda.

—Muchas gracias, bruja manipuladora.

Y las dos arrancaron a reír con los ojos vidriosos.

La semana había pasado en un suspiro. Era viernes y, empujada por la promesa en el cielo de un día sin lluvia, Tessa decidió ir a ver ese rincón de Londres que Roberto le había sugerido.

Hacía un par de horas que callejeaba por Regent's Canal como una turista más —entre los muchos que había a mediados de julio—, absorta en el paisaje sin reprimirse en curiosear, de forma poco disimulada, el interior de algunas de las embarcaciones que eran auténticas casas flotantes, acercándose a ellas hasta rozar la mala educación. ¡Pero es que eran increíbles! Tenían de todo, pero en pequeño, o eso creyó ver: se topó con familias jugando en su interior, una señora mayor preparando té, y hasta un par de personas parecían entregadas a su trabajo sentadas frente a sus portátiles. ¡Era una ciudad dentro de otra! Pero mucho mejor, porque era de colores vivos, cosa que, según ella, no le pegaba en absoluto a los serios británicos.

Siguió su escrutinio, sin perder un solo detalle, hasta que un olor a canela y chocolate inundó sus sentidos y le abrió un agujero en el estómago. ¡No podía ser! Una de las barcas, más grande que las anteriores, era una crepería, y justo la de al lado, ¡una librería!

El móvil empezó a sonar y, sin saber por qué, antes de mirar la pantalla, supo que era Roberto.

Una sonrisa tonta se dibujó en su rostro. Habían hablado el miércoles.

Nada, menos de un minuto. Él había llamado a su hermana y, como esta estaba ocupada pagando a la cajera del supermercado, le pidió que respondiera por ella mientras acababa con la tarea. Así, sin más. Tan manipuladora como siempre.

Admitió que esperaba que se pusiese en contacto con ella desde entonces.

—Tenías razón. ¡Esto es increíble!

La carcajada de Roberto no se hizo esperar.

—*Sabía que te gustaría.* —Y allí estaban, separados por miles de kilómetros, pero sin necesidad de más palabras para entenderse—. *¿Dónde estás?*

Tessa miró a los lados en busca de algo que le indicase en qué tramo del canal se encontraba.

—No tengo ni la menor idea. —Se le escapó una risa entre los dientes—. Lo de la orientación nunca ha sido lo mío. Pero lo que te puedo decir es que me encuentro frente a una embarcación que es una crepería, ¿te lo puedes creer?

—*Sí.*

—Y justo al lado —caminó unos pasos— hay una que es una librería y, ¿sabes qué? ¡Hay un señor tocando el violín sobre una de las tarimas de la barca! O como sea que se llame esa parte.

—*¿Cubierta?*

—¡Eso! Vaya, ahora me siento un poco estúpida. —Se tenía que relajar un poco o tanta efusividad acabaría por dejarla sin palabras del todo.

Las risas de Roberto emergieron de nuevo, y no pudo más que sonreír a su vez.

—*Me alegro de que disfrutes del paseo. Hay tramos en los que apenas hay turistas y podrás disfrutar más del encanto del lugar. Pero no me adelanto, dejaré que lo descubras por ti misma.*

Tessa, envuelta en la voz de Roberto, que le pareció más un susurro que otra cosa, siguió su camino olvidándose por completo del crêpe de chocolate con canela y de la tienda de libros.

—Y a ti, ¿qué rincón te gusta más?

—*No, de eso nada. No te quiero influenciar. Aunque te puedo revelar que, de adolescente, cuando quería ligar con alguna chica que se me resistía un poco, la llevaba a pasear por esa parte del canal y solía funcionar.*

Sonrió, divertida.

—¿Eso es lo que intentas conmigo? —Se paró en seco. Cerró los ojos. Y se maldijo a sí misma. En el otro lado: silencio—. ¿Puedes olvidar lo que he dicho? —suplicó al abrir los ojos y sentir que el mundo se paralizaba por unos segundos.

Tras un momento que se le hizo eterno, Roberto tomó la palabra:

—*Ayer por la noche estuve en Sitges. Les expliqué a mi padre y a Sara que hablamos por teléfono. Se alegraron, ya sabes cómo son, y me dieron recuerdos para ti.* —Tessa retomó la marcha, aunque su cuerpo hubiese duplicado su peso y la voz de él se le antojase forzada—. *Sara me pidió que te dijese que, si te replanteas lo de asistir a la boda, aún estás a tiempo para que le hagan los últimos retoques al vestido.*

Vestido. Gorda. Embarazada.

—Roberto, yo...

—*A mí me gustaría que vinieses. No creo que sea justo que...*

—Roberto —lo cortó—. Ya.

Silencio. Denso. Intimidante.

—*¿Por qué no me mandas una foto del canal? Quizá reconozca el trecho y te pueda decir si estás cerca de mis preferidos.*

A Tessa se le empañaron los ojos. ¡Joder! Él ponía de su parte, ella rehuía de la suya.

—Hecho.

—*Hasta otro día, Tessa.*

—Adiós, Roberto.

Hizo la foto y se la mandó.

Roberto no tardó en enviarle un mensaje:

¿Sabes? Estás muy alejada de mis lugares de juventud. Y eso me encanta. ¿Por qué? Pues porque aunque vivamos en países distintos, este ha sido nuestro trocito de canal. 12:45

Y su peso se aligeró.

Capítulo 24

Tessa no daba crédito a las palabras de Amanda. Mark tiraba la toalla, optaba por desaparecer.

Era sábado; el viernes por la noche, ella y su marido habían salido a cenar fuera. Por eso, la noticia le llegaba con un día de retraso.

—Ha pasado casi un mes. Es normal que, si a Marta no le ha interesado mover un solo dedo por su relación en todo este tiempo, escoja adelantar su regreso a Londres. Al fin y al cabo, el trabajo que le queda por hacer lo puede realizar desde aquí. —Amanda le agarró una mano—. Lo lamento.

—Con eso solo conseguirá darle la razón. Ella creerá que jamás le importó. Si es para que ella reaccione...

—No creo que busque llamar su atención. Tessa, tú no has hablado con él, está irreconocible.

Una semana.

Ese era el tiempo que tenía para conseguir que esos dos se sentasen y se abrieran en canal. Si llegaba el mes de agosto y, con él, las vacaciones de Mark, todo habría acabado. Marta se convencería de sus palabras, que, por suerte, empezaban a chirriarle. Y él... Mark se pasaría la vida sin entender qué era aquello tan terrible que le había hecho a Marta para que lo echase de esa forma de su vida.

—Tengo que hablar con él.

Desapareció escaleras arriba, se encerró en su habitación y, con miedo a que Mark se negase a contestar su llamada, seleccionó el contacto.

—¿*Qué quieres?* —Pues sí que era cierto, ese no era Mark.

—Explicarte algo.

—*Mira, ahora soy yo el que pasa de escuchar nada.* —Y colgó.

¡Joder! ¡Si eran tal para cual!

Volvió a llamarlo.

No contestó.

¡Mierda!

Le envió un mensaje:

Llámame ahora mismo. Es importante. 10:12

Doble *check azul*.

Cero llamadas cinco minutos después.

Tessa se sentó en la cama, cruzó las piernas a lo indio y se dispuso a echar mano de toda su artillería. Solo esperaba que Marta no se lo tuviese en cuenta al enterarse.

Mark, te he decepcionado. Tú has permanecido a mi lado, me has protegido, le ocultas a tu amigo mi estado, y yo no soy capaz de llamarte para saber cómo estás. Lo sé, soy lo peor. Pero, después de lo que te voy a explicar, espero que lo entiendas: Marta tuvo un novio, Dani. Estuvieron juntos los dos últimos años de la carrera, aunque tontearon casi desde el primer curso. Cuando nos licenciamos, a Dani le ofrecieron un puesto en Alemania que no podía rechazar. En un principio le planteó a Marta que se fueran juntos; total, ella no tenía nada en Barcelona que la retuviese y, como él podía enchufarla en un bufete de unos conocidos de su familia, dio por hecho que ella aceptaría. Marta se lo pensó mucho; estaba colgada por Dani, pero también tenía planeado asociarse con Laura, cumplir su sueño juntas. El puesto de Dani era para un año, así que tampoco era descabellado intentar una relación a distancia. Él, que hasta ese momento había sido un encanto de tío, le dijo que tampoco valía tanto, que ella y Laura no saldrían adelante, que no tenían unos

apellidos detrás que las avalasen y, en realidad, tampoco mucho dinero. Creerás que es mentira, porque la Marta que tú has conocido no te cuadrará con lo que te diré ahora, pero la anuló. La convirtió en un ser tan inseguro que hizo suyos esos miedos. Acabó aceptando irse con él en la última semana. Momento en el que, el muy cabrón, le soltó que se había dado cuenta de lo débil que era, que ya no le importaba, que mejor que cada uno siguiese su camino por separado. Tardamos más de un año en recuperar a la Marta de la que te has enamorado.
10:32

Mensaje enviado.

Doble *check* y silencio por respuesta.

El lunes por la mañana, Tessa estaba caminando por el jardín cuando el teléfono empezó a sonar.

—*¿Se puede saber por qué coño no me lo habías dicho antes?* —le recriminó Mark al contestar.

—Le correspondía a ella —balbuceó, sorprendida por la rabia que destilaban sus palabras.

—*¿Y ahora?*

—Aunque las cosas no han salido bien, me dijiste que tuviese paciencia con Roberto. Ahora te pido yo lo mismo, pero con Marta. No puedes regresar a Londres. No sin antes hablar con ella. Tiene miedo, ¡joder! Eso es todo lo que le ocurre. Y si a eso le sumas lo cabezona que llega a ser...

Tessa cerró los ojos, con el pulso acelerado y el corazón desbocado. Por favor, por favor, que el Mark adorable que conocía hiciese acto de presencia.

—*Lo arreglaré. Solo tenía que procesar lo que me contestaste.*

—*¿Qué?!*

—Tenía un piso mirado en el barrio: ciento diez metros; muy grande, ya lo sé. Pero tenía ganas de llenarlo de momentos inolvidables, e hijos, en eso también había pensado. Una buena terraza y, lo más importante, a solo dos calles de tu casa. Solo intentaba decirle que, si ella quería, podíamos ir a verlo y, si le gustaba, lo compraríamos al día siguiente. —Tessa se llevó la mano libre a la boca y contuvo un sollozo mientras las lágrimas le rodaban mejilla abajo—. *Que mis planes de regresar a Londres los cancelaba de por vida, aunque tuviese que buscarme otro trabajo. Tessa, Roberto es mi hermano; ella, la tuya, y vais a tener un hijo, ¿en serio habías creído por un solo instante que os iba a dejar solos por voluntad propia? Esa criatura necesitará a sus tíos cerca.*

—Gracias, gracias, gracias. ¡Joder! Gracias por querernos tanto — murmuró cuando consiguió deshacerse del nudo que se aferraba a su garganta.

—*Encanto, no llores, que aún me falta convencer a la camionera.*

Una risa tonta de auténtica felicidad se le escapó de entre los labios.

—Cierto. ¿Y qué planes tienes?

—*Para empezar, llamar a la inmobiliaria; si el piso sigue disponible, concertaré una cita. Después tú llamarás a tu amiga, te inventas lo que sea, pero a la hora que te diga la quiero en la dirección que te pasaré. A partir de ahí, según responda, me tocará improvisar.*

—Inglesito, sabes que eres el mejor, ¿verdad? —La carcajada de Mark le provocó una sonrisa.

Dos horas después Tessa seguía en el jardín, incapaz de pensar en otra cosa. Lo había recorrido infinidad de veces, y se había sentado, tumbado y levantado de una de las tumbonas otras tantas.

¿Marta escucharía a Mark? Quizá se diese media vuelta en cuanto lo viese.

No. Mejor ser positiva. Que esa mañana no estuviese en el juzgado ya era una buena señal, y que hubiese aceptado ir a la dirección que le había dado sin

preguntar demasiado, una gran suerte.

Su amiga empezaba a desfallecer. Ser consciente de que Mark ya no formaba parte de su vida abría un hueco en su alma que, aunque se negase a reconocer, Tessa detectaba en cada una de sus conversaciones.

Sí. Lo superarían. No podía ser de otra forma.

Un par de horas después, y con Tessa sentada en la cocina a punto de comer, recibió un mensaje de Marta con una prueba visual de su reconciliación: una habitación de matrimonio con la que supuso, la ropa de sus amigos en el suelo con una nota al pie:

Gracias por el mejor polvo de reconciliación de mi vida. Mañana te explico los detalles. 13:45

Una carcajada inundó el espacio. Marta, su Marta, estaba de vuelta.

Capítulo 25

En la última semana, Roberto la había llamado casi a diario con excusas que le provocaban unas ganas de reír que no disimulaba: Hola, ¿está mi hermana por ahí? No la localizo en su móvil; Hola, me han dicho que estás con Agatha en el parque, ¿puedo hablar con ella?; ¡Perdona! Me he equivocado, he apretado el botón de rellamada sin querer. No hablaban de nada en concreto y los primeros minutos siempre eran fáciles, como si los dos meses que hacía que no se veían no hubiesen transcurrido. Hasta que de repente, el silencio entre frases que ella misma provocaba sin poder evitarlo le recordaba que sí, que nada era como antes, que solo tenía que bajar la vista y observar su vientre para darse cuenta de que le estaba mintiendo. Y se rompía la magia, porque le pesaba demasiado, porque no tenía ni idea de cómo salir de esa mentira piadosa que ella misma había construido y que, quizá, jamás le perdonaría.

Eran casi las doce de la noche y seguía sin poder dormir. Ese viernes no la había llamado y echaba de menos escuchar su voz. Se había pasado el día de arriba para abajo preparando maletas junto a Amanda; esta y su familia se irían al día siguiente de vacaciones y Tessa se quedaría sola en la casa. Amanda le sugirió que se aprovechara de la situación, que cuando la niña naciera, no estaría sola en mucho tiempo. Estaba convencida de que la muy bruja se lo dejó caer con segundas intenciones y, sin duda, cumplió con su objetivo. Por fin se había decidido. No quería estar sola, sabía con quién quería compartir su vida, pero al mismo tiempo, estaba asustada. ¿Podía confiar en él? Esa era la eterna pregunta que no lograba contestar.

Un estruendo la sobresaltó. Hacía rato que llovía a mares y el viento azotaba las copas de los árboles. El recuerdo de una noche parecida consiguió que reaccionara: se incorporó, apoyó la espalda en el cabecero de la cama y, tras coger el móvil de la mesita, lo llamó por primera vez desde que retomaron el contacto.

—*¿Ha ocurrido algo? ¿Estás bien?* —Fantástico, acababa de preocuparlo.

—Tranquilo, yo solo... —¡Genial! Ahora le fallaban las palabras.

Silencio.

—*¿No puedes dormir?*—preguntó más tranquilo.

—Exacto. —Tessa cruzó las piernas y se acodó en ellas. Se llevó la mano libre a la frente y se preguntó por qué tenía tantas ganas de llorar. Era fácil, solo tenía que decirle que sin él la vida no tenía sentido. ¿Por qué no lo hacía?

—*Yo tampoco.* —Por un segundo creyó que le diría algo importante y contuvo la respiración—. *He pasado la tarde con Mark y Marta en el bar de Lucas, hacía una eternidad que no quedábamos allí. Han intentado que me fuera a cenar con ellos. Les he dicho que no, necesitan su espacio. Ahora estaba leyendo una documentación del trabajo. ¿Qué tal tu día? Veo que has sobrevivido a los preparativos del viaje de mi hermana. Seguro que Guy no ha aparecido hasta última hora. Se vuelve loca cuando se va de vacaciones. Dime, ¿cuántas maletas habéis preparado? ¿Cinco, seis?* —Su voz sonaba tan desenfada como en las últimas semanas.

—Siete —respondió más relajada.

—*¡Siete! Se supera con los años. Deja que te dé un consejo: si en invierno sigues por ahí, búscate algo que hacer cuando prepare las maletas para ir a esquiar. El año pasado se llevó seis para tan solo cinco días.*

—En invierno ya no estaré aquí —contestó entre risas.

—*¿Piensas volver?* —Notó el miedo en su voz—. *¿O te irás a algún otro*

sitio?

Miró de nuevo por la ventana. Lluvia, viento eran lo único que veía. ¿Pero es que no habían aprendido nada?

—Hoy no me has llamado, y lo he echado de menos.

Roberto suspiró, se tomó su tiempo, y contestó:

—*Créeme, me ha resultado difícil no hacerlo. Pero no sé en qué punto estamos. Hasta dónde quieres que llegue todo esto.* —Le tembló la voz—. *Nos hemos vuelto especialistas en no hablar de lo que sentimos, ni en lo que ha ocurrido, y ya no puedo más.* —Se lo imaginó pasándose las manos por el pelo y sonrió con nostalgia—. *Lo correcto sería que me dijese que me echas de menos a mí, no a mis llamadas. Y aunque sé que cuando dices lo segundo, sientes lo primero, necesito escucharlo. Cualquiera te dirá que no me lo merezco. Hasta yo estoy de acuerdo con eso. Pero te amo, eso no ha cambiado. Ni cambiará. Y este juego me está matando.* —Tessa se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. *Jamás he querido ser tu amigo, siempre he esperado más. Y ahora que sé lo feliz que puedo ser a tu lado, no puedo conformarme con menos. Y tú, ¿qué es lo que quieres?*

Esa pregunta la desmontó. Sintió cómo el pecho se le encogía y el corazón se aceleraba.

—Jamás querré a nadie como te amo a ti —contestó entre sollozos.

—*¿Y eso que significa, Tessa? ¿De verdad estás dispuesta a olvidarte de mí? Yo, aunque por un motivo equivocado, intenté dejar a un lado lo nuestro y me fue imposible. ¿Tú puedes hacerlo? No me lo creo. No estarías en casa de mi hermana ni tendrías que haber puesto tierra de por medio de ser así. No. No me digas que es eso lo que quieres, porque es imposible. Dame una oportunidad. La última. Te aseguré que esta vez no te fallaré.* —Silencio—. *Te amo, cielo. Te amo tanto que no sabes lo mucho que me duele lo que nos he hecho. Pero no puedo deshacerlo, tan solo puedo prometerte que no*

volverá a ocurrir.

—Ya me hiciste una promesa y la rompiste.

—*Esta vez la cumpliré.*

—¿Por qué?

—*Porque no hay nada peor que vivir sin ti.*

—Me da mucho miedo que los errores se repitan. —Se sentó en la cama y dobló las piernas—. A veces creo que no me puedo permitir volver a intentarlo; otras, la desesperación por no estar a tu lado es tan grande que estoy convencida de que no tengo más remedio que jugármela y cruzar los dedos para que todo vaya bien.

—*Juégatela. No te defraudaré. Lo juro.* —El ruego de Roberto la hizo estremecer. Los dos estaban desesperados, los dos se amaban, los dos querían intentarlo.

Se llevó la mano al vientre y decidió ser valiente:

—Estoy embarazada —soltó de prisa, como si así lo fuese a asimilar antes—. De diecisiete semanas. Es una niña. —Esperó a que reaccionara, pero al no escuchar su voz, prosiguió—: Me lo dijeron en el hospital aquel sábado y, no sé, necesitaba tiempo. Tú habías desaparecido, me habías apartado de nuevo. Yo apenas podía creérmelo. Pensé que te lo diría cuando estuviese más calmada; además, necesitaba tener claro qué tipo de relación quería que tuviéramos. No quería ser una Maggie dos. Que te quedaras a mi lado solo porque estaba embarazada. Entiéndelo. —La línea en el otro lado seguía en silencio. Ella continuó hablando—: Después se presentó tu familia en mi casa y estallé, les dije a todos lo que ocurría, y Amanda me ofreció su casa. Yo quería huir lejos, poner distancia, y no me pareció una mala idea. —Silencio—. ¿Sigues ahí?

—*Sí.*

Tessa respiró hondo y, al intuir que no le diría nada más, creyó que lo

mejor era contárselo todo:

—Lamento haber involucrado a tu familia, pero creo que es lo único que he hecho bien. Ellos me han ayudado, sobre todo tu hermana. Luego empezamos a hablar por teléfono. ¡Dios! No sabes la de veces que he querido contártelo, pero, con cada día que pasaba, con cada llamada, se hacía más y más difícil. Lo siento. Te lo tendría que haber dicho antes.

—*¿Estáis bien?* —Al fin una pregunta.

—Sí. —Sonrió entre lágrimas—. Estamos bien.

—*No llores. No te sientas mal por no habérmelo contado.*

—Es demasiado tarde para eso.

Un silencio incómodo se apoderó de la conversación, hasta que Roberto dijo sus últimas palabras:

—*Hablamos mañana.*

—¿Qué?

—*Mañana.* —Y Colgó.

Tessa se quedó mirando el móvil. ¿Qué acababa de ocurrir? ¡Mierda! ¡Lo había vuelto a hacer! La volvía a dejar en la estacada. ¿Pero qué coño le pasaba a ese hombre? Dejó el teléfono en la mesita, se estiró en la cama y se hizo un ovillo. Intentaría dormir y, al día siguiente, ya pensaría en algo. Al menos, ya sabía que no podía contar con él.

El piloto que indicaba que debía abrocharse el cinturón de seguridad se encendió.

Embarazada.

Lo primero que hizo en cuanto colgó fue llamar a Mark y pedirle que se ocupase de *Corner* mientras no estuviese. No le preguntó que a dónde iba, ni

cuando regresaría, aunque más tarde, cuando fue a recoger al perro, no le pareció que su amigo tuviese dudas al respecto. Después, compró el primer billete de avión disponible a Londres e intentó dormir.

Dos hijos en menos de un año.

Aterrizó en Heathrow y corrió como nunca por la terminal.

Cuando supo que Maggie estaba embarazada, se colapsó. Y aunque ahora las cosas hubiesen cambiado, en ese momento, deseó que todo aquello no fuese más que un error. En cambio, escuchar lo mismo por boca de Tessa fue revelador. Justo el empuje que le faltaba para poner su vida en orden, por incongruente que pareciera. Y no era por la situación en sí, tan solo era porque ya no había motivos para seguir separados. Por fin, los dos se habían sincerado.

Una niña.

Cogió el metro. En una hora estaría junto a Tessa. Demasiado tiempo. Descendió del vagón justo antes de que se cerrasen las puertas y corrió escaleras arriba en busca de un taxi. Por experiencia, sabía que no ganaría más de quince minutos. Y eso con suerte. Pero en ese instante era un tiempo que no podía desperdiciar. A saber qué se le estaría pasando a Tessa por la cabeza.

Todos lo sabían.

Cuando el coche arrancó, se empezó a poner nervioso. Quizás, en otra época de su vida, estaría enfadado con todos por habérselo ocultado. Pero, transcurridas las primeras horas, lo cierto es que los entendía. Él tenía que librar su propia guerra, aprender que no se puede controlar todo. Admitir hasta dónde llegaba su responsabilidad con Maggie. Y mientras eso ocurría, Tessa estaba perdida. Él la había destrozado, otra vez, y estaba embarazada. Demasiada carga para una sola persona. Se juró que no finalizaría el día sin agradecerles a todos lo que habían hecho por ella. Acabase como acabase. Porque no estaba convencido de que lo fuese a perdonar.

Diez minutos y llegaría a casa de su hermana.

Amanda. Algún día encontraría la forma de devolverle todo lo que hacía por él.

Abrió la puerta de la cancela de hierro con su propia llave y atravesó el jardín. Frente a la puerta, Guy y un taxista colocaban el equipaje en el maletero.

—Buenos días.

—¡Tito! —gritó Agatha nada más verlo, y corrió a sus brazos.

—¿Qué haces aquí? —Amanda miró hacia el interior de la vivienda con preocupación, después lo miró a él de nuevo y, con una sonrisa forzada, le dijo —: Nosotros nos vamos. ¿No lo recuerdas?

Roberto sonrió; su hermana era una persona fiel. Si Tessa no le había dicho que lo sabía, haría todo lo posible por deshacerse de él.

—Creo que no viene a verte a ti. —Guy se acercó a Roberto y, cuando soltó a la niña, su cuñado le dio un abrazo—. Lo sabes, ¿verdad? —le susurró al oído. Roberto asintió—. Hazme un favor: hazla sufrir un poco, llevamos siete maletas.

Amanda cerró la puerta de la casa y se aproximó a Roberto.

—¿Te acercamos a tu apartamento? —Siempre tan sutil.

Roberto miró a Guy y negó con la cabeza. Abrazó a su hermana con todas sus fuerzas y le dio un beso en la mejilla.

—Anoche me lo dijo. Vengo a llevármela a casa. Si quiere.

—No nos lo ha contado. —Miró a Guy—. Por eso estaba tan rara esta mañana. ¡Yo que creía que era porque me echaría de menos! —Le dio un puñetazo en el hombro a su hermano con una sonrisa en los labios y lo amenazó—: Como la vuelvas a cagar, te las tendrás que ver conmigo.

Roberto asintió y se pasó las manos por el pelo.

—Aún no me ha perdonado.

—Eso lo hizo hace mucho. Ahora solo debes conseguir que confíe en ti.
Roberto asintió y volvió a abrazarla.

—Gracias por cuidar de ella.

Amanda se separó con los ojos llorosos.

—Eso es lo que hace la familia.

Él asintió y, antes de que todos se metiesen en el taxi, le dijo lo mismo a Guy.

En cuanto el coche desapareció y la cancela se cerró, Roberto entró en la casa. Ya en el vestíbulo, solo tuvo que seguir la voz de Stacey Kent para encontrar a Tessa. Estaba sentada en la mesa de la cocina, con una taza en una mano y el móvil en la otra. Apoyó un hombro en el marco de la puerta y, en un tono muy bajo, para no asustarla, le dio los buenos días.

Acababa de despedirse de sus amigos y ya los añoraba. Se sentía sola. Aunque si lo pensaba bien, con la casa llena de gente, la sensación sería la misma. No había dormido en toda la noche y, al levantarse, no tuvo fuerzas para explicarle nada a Amanda. Total, ¿de qué serviría?

Sentada en la cocina, con un café con leche en una mano y el móvil en la otra, se lo quedó mirando como si fuese una especie de oráculo. Él le había dicho que mañana. Eran poco más de las once y no había llamado. ¿Sería muy ridículo que lo hiciese ella? Pues claro que sí.

Anoche le había explicado la situación, ahora le tocaba reaccionar a él.

Eso era lo correcto.

No estaba segura.

El suave murmullo de la voz de Roberto llegó hasta sus oídos y se estremeció. ¡Genial! Empezaba a perder la poca cordura que le quedaba.

Golpeó con el móvil en la mesa un par de veces, se mordió el labio inferior y cerró los ojos un segundo. Tenía que salir de dudas o acabaría loca. Buscó la última llamada y la seleccionó.

Rudebox, de Robbie Williams, empezó a sonar en la cocina y Tessa levantó la vista poco a poco, como si la voz que se mezclaba con la de Stacey Kent fuese fruto de su imaginación.

—Roberto. —Estaba en la cocina, junto a la puerta, con una sonrisa de infarto y la seguridad que vio en él el día en que lo conoció.

Se quedó en blanco.

—Me ha sido imposible llegar antes.

Se llevó las manos a la boca para amortiguar un sollozo.

—Que... ¿Qué haces aquí? —Sus ojos se llenaron de lágrimas y Roberto se le acercó.

—Creo que me toca hablar a mí.

—Anoche... yo creí... Joder. Estaba convencida que me volvías a dar de lado.

—No. No. No. —Roberto se sentó junto a ella y le secó las lágrimas con sus manos—. No llores más, por favor.

—Me colgaste.

—Tenía que dejar a *Corner* con Mark y reservar un vuelo. —Tessa lo miró sin comprender—. No podía perder tiempo, necesitaba verte lo antes posible.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y arriesgarme a que te negaras? Eso nunca.

Ya no lloraba, pero las manos de Roberto seguían sobre su rostro, acariciándolo, paseando la yema de sus dedos por sus pecas.

—No hagas eso. —Roberto sonrió y siguió a lo suyo—. Jamás me ha dejado pensar. Por lo de la burbuja, ya sabes.

—Sigue ahí, ¿verdad?

—Jamás ha desaparecido. ¿Piensas bajar las manos?

Negó con la cabeza.

—Prefiero no arriesgarme. Vengo dispuesto a conseguir que confíes en mí. Necesito toda mi artillería para lograrlo.

A Tessa se le escapó la risa.

—Eres un tramposo.

—Puede ser. Pero esta vez no he huido. Ni me niego a hablar. Estoy aquí para discutir todo lo que haga falta. Te daré mil motivos por los que debemos estar juntos. Y aun así, si me dices que no, seguiré insistiendo. No pienso renunciar a ti. No sin luchar. Estoy aquí, Tessa. A tu lado. Y no te desharás de mí, a no ser que me digas que no me amas o que estás convencida de que lo mejor para ti es que me mantenga alejado.

Se había perdido en sus ojos. Levantó una mano y enroscó los dedos en su pelo. Roberto había dejado de acariciarla para enmarcar su cara y ella se aproximó a su boca.

—Yo tampoco puedo vivir sin ti, por eso te llamaba —confesó rozándole los labios.

—Soy un cabrón con mucha suerte.

—Eso parece. —Y le dio un suave beso para después romper a reír—. Estoy nerviosa. Y feliz.

—Esta vez no te fallaré. —Roberto posó la mano en su vientre y, en un susurró, le aseguró—: No os fallaré.

—Lo sé. No tengo ni idea de por qué, pero lo sé.

Epílogo

Llevaba un par de horas sin verlo y ya lo echaba de menos. ¿Por qué había aceptado esa tontería que propuso Amanda? De acuerdo que los novios no podían vestirse juntos —aunque fuese algo irracional, lo podía entender, era una tradición—, ¿pero ellos? ¿Qué más daba? Eso sí que no lo comprendía. Aunque vio a su cuñada tan emocionada con la idea de que hombres y mujeres no se vieran hasta el último momento que no se atrevió a llevarle la contraria. Y ahora tenía unas ganas terribles de salir al pasillo y correr hasta la habitación de Roberto para perderse en sus brazos.

Desde que regresaron a Barcelona —dos días después de que él se presentara en Londres—, no se habían separado ni un mísero minuto. Durante el día no cesaban de explicarse historias de su vida que querían compartir con el otro; rieron, lloraron y se conocieron mejor; pasaron algunas horas con Mark y Marta en el bar de Lucas; pasearon por el parque, subieron a un bote en el lago, corrieron y jugaron con *Corner* hasta extenuarlo. Incluso, una semana atrás, Roberto le entregó una carpeta con varios planos de su piso:

—A mí me gusta la tercera opción. —Dejó caer los papeles con un gesto misterioso sobre la cama y se sentó frente a ella.

Tessa se incorporó, abrió la carpeta y empezó a pasar uno a uno los folios. Levantó la vista, incrédula, y tuvo que esperar unos segundos a que la voz le saliera para poder preguntar a Roberto:

—¿Cuatro? ¿Cuatro habitaciones individuales? —Roberto asintió con los labios apretados; se aguantaba la risa.

Tessa hizo por levantarse, pero Roberto fue más rápido y, cuando quiso

darse cuenta, estaba tirada en la cama con él encima.

—La planta de arriba es ideal tal y como está. Pero quiero que los niños disfruten del jardín, así que no queda otra que reformar de nuevo toda esta zona.

—No pensarás tener cuatro hijos, ¿verdad? —Su voz le dio pena hasta a ella.

—Cielo, no lo sé. Pero partimos con dos. —Roberto buscó sus labios y los mordisqueó—. Además, un lugar donde puedan hacer los deberes no nos irá mal.

—Joder, me has asustado. Vale, tres —murmuró Tessa, y Roberto la miró sorprendido—. ¡No! Quiero decir la opción tres, ¡no tres hijos!

Pero en cuanto caía la noche, todo aquello se evaporaba. El mundo dejaba de dar vueltas sobre su eje para hacerlo sobre sí mismos. Porque nada era más importante que colmarse de las caricias del ser amado. Y aunque Tessa reconoció que el sexo con Roberto era fantástico; despertar a su lado, abrir los ojos y tenerlo allí, desnudo, con el pelo revuelto y una sonrisa radiante en el rostro, era sublime.

Una idea cruzó su mente y un mohín travieso se reflejó en su cara. Se mordió el labio inferior y se puso manos a la obra: agarró el móvil, que descansaba sobre la mesilla de noche de la habitación de Juan y Sara, y se fotografió un codo semidesnudo dejando entrever parte del vestido blanco que llevaba puesto desde hacía un rato y, junto a la frase «Un pedacito de mí», se la envió a Roberto.

La respuesta no se hizo esperar, y la imagen de unos apetitosos labios que esbozaban una sonrisa casi perfecta, un cuello que se moría por besar y una corbata de un blanco inmaculado anudada a la perfección le contrajeron el estómago. Después, otro mensaje: «Cielo, aunque es muy tentador, a ti te quiero entera».

La carcajada de Tessa retumbó en la habitación, llamando la atención de las otras dos mujeres.

—¿Qué te ha dicho ya mi hermano?

Tessa se llevó el móvil a la espalda y, con falsa inocencia, le respondió:

—¿Cómo sabes que es él?

—Tus ojos solo brillan así cuando hablas con Roberto —aseguró Sara mientras la peluquera llevaba a cabo los últimos retoques.

Sonrió como una tonta porque, aunque no se veía, supo que tenía razón. Se encogió de hombros y se aproximó hasta Sara para examinar el peinado.

—Estás guapísima. Juan se caerá de espaldas en cuanto te vea.

Media hora después estaban preparadas, y se acercó a una de las ventanas para ver cómo iba todo por el jardín: el treinta de agosto había llegado mucho más rápido de lo que jamás imaginó. Recordó el día en que Juan y Sara le dieron la noticia: la misma tarde en la que conoció al hombre que había convertido su vida en la mejor versión imaginable. Sonrió nostálgica, y el pecho se le encogió al acordarse de Laura y Álex —tan solo hacía tres meses que no estaban con ellos, pero le parecía una eternidad—. ¡Todo había cambiado tanto!

Las notas de un saxo llamaron su atención, y clavó la vista en el pequeño escenario ubicado en el jardín. Hacía un rato que los músicos amenizaban la espera de los pocos invitados a la boda; el juez de paz conversaba con Mark mientras Marta lo hacía con Maggie. Todo parecía tranquilo. Incluso el tiempo, que había rozado los cuarenta grados buena parte de la semana, se había mantenido en una temperatura agradable durante las últimas horas.

Se giró y fijó la vista en Sara, que lucía un vestido azul años cincuenta y le sentaba como un guante. Bajó la vista, y sus ojos se perdieron en la tela blanca que la cubría. Como acordaron en la tienda, Amanda y ella llevaban el mismo modelo que la novia, pero en blanco, aunque Tessa, y gracias a la modista, con

una patrón de premamá que le iba a la perfección.

—¡No llores! —escuchó que suplicaba Amanda, y dejó de examinarse para ver qué ocurría.

Su rostro se tensó.

Amanda le secaba las lágrimas con un pañuelo de papel a una Sara descompuesta.

—¿Qué ocurre? —Se aproximó hasta ellas—. ¿Te encuentras mal?

—Nooo. Estoy emocionada. Jamás creí que todo esto —dijo señalando primero su ropa, la de las chicas y después el exterior— me hiciese tan feliz.

Ellas sonrieron y la abrazaron a la vez, y el llanto fue a más.

Típico.

—Tranquila. Es normal que estés así. No se casa una todos los días con un hombre tan atractivo como mi padre.

El comentario de Amanda provocó las risas de las tres mujeres.

—¿Se puede? —La puerta se abrió un palmo y la voz de Roberto se escuchó tras ella.

—¡Claro! —gritó Sara más animada, pero con la cara aún mojada.

La hoja de madera acabó de abrirse y Tessa se aferró al brazo de Amanda para no caerse. Roberto vestía un esmoquin de color blanco; el pelo, aún mojado, le caía sobre la nuca; el chaleco era de color marfil y sus ojos... Sus ojos la repasaron de arriba abajo con un deseo que vició el aire de la habitación en un instante. Joder, era la segunda vez que lo veía con ese tipo de ropa y no acababa de acostumbrarse. ¡Malditas hormonas! La habían dejado muda. Y él esbozó una sonrisa de satisfacción que tan solo sirvió para empeorar las cosas.

Por suerte, Amanda carraspeó y Roberto dejó de mirarla. En cuanto vio el estado de la novia, en tres zancadas, llegó a su lado.

—No me digas que ya te arrepientes —bromeó dándole un abrazo.

—¡Oh! ¡No seas bobo!

La cogió de las manos y la miró a conciencia.

—Estás preciosa. Y déjame que te diga que hay un hombre allí abajo que si no te ve llegar en cinco minutos es capaz de subir a buscarte.

Sara asintió y contuvo las ganas de llorar de nuevo.

—¿Vamos? —le preguntó a las chicas.

La novia y Roberto recorrieron el improvisado camino iluminado con velas azules hasta llegar al altar. Justo en el instante en que una suave brisa mecía las flores que adornaban la pequeña carpa, Juan cogió de la mano a su futura esposa.

—Estás espectacular, cariño —escucharon todos que le decía antes de que el juez de paz empezara con su labor.

Cuando sonaron las mágicas palabras, Agatha y *Corner* hicieron entrega de los anillos, y, con el beso, llegaron los vítores y los aplausos.

La orquesta empezó a tocar y las voces de los invitados se apagaron al escuchar al cantante, un antiguo amigo de Juan, cantar *Make it last*, de Nicole Henry.

Los novios se giraron y miraron con los ojos brillantes a Amanda, que sonreía de oreja a oreja con una mano tapándose la boca.

—Pero... ¿cómo lo sabías?

—Papá, no hacías más que escucharla una y otra vez cuando conociste a Sara. Fue fácil deducirlo.

En la boda había más asistentes de lo previsto. Aparte de la hermana de Sara, su esposo, y cuatro parejas de amigos de los novios, se sumaron también Alejandro y Marisa; Marta, que acompañaba a Mark, y Maggie, que bajo permiso médico, aceptó la invitación encantada aunque solo le faltase una semana para salir de cuentas —tanto ella como Roberto estaban ilusionados y bastante nerviosos—.

Dos camareros aparecieron de la nada y empezaron a servir copas de cava, y Tessa aprovechó para acercarse a la zona de *catering* y confirmar que todo estuviese perfecto.

—Deberías disfrutar de la boda. Todo está bajo control. —Roberto la abrazó por detrás y, tras ponerle un mechón de pelo tras la oreja, le susurró al oído—: Eres la mujer más hermosa de todo el planeta.

—¡Bah! —Se giró e hizo un ademán—. Seguro que eso se lo dices a todas.

—No. Solo a una a la que mi perro decidió tirar al suelo.

—Chico listo.

Roberto hizo aquello que tanto le gustaba: levantó una mano y paseó la yema de sus dedos por el puente de su nariz, hipnotizándola como siempre.

—¿Has pensado alguna vez en casarte?

A Tessa, que se había perdido en el verde de sus ojos, se le escapó una risita nerviosa.

—Yo no soy de esas.

—Pues es una pena.

Roberto hincó una rodilla en el suelo mientras, con una mano, sacaba una pequeña caja de uno de los bolsillos del pantalón. Tessa se tapó la cara y, con las lágrimas recorriéndole el rostro, empezó a negar con la cabeza. Él abrió el estuche y cogió el anillo.

—Cielo, mírame. —Ella seguía negando con la cabeza—. Por favor.

Tessa escuchó cómo se levantaba, y un escalofrío recorrió su cuerpo cuando le retiró las manos de la cara y lo obligó a mirarlo.

—Estás loco —balbuceó.

—Cásate conmigo. Juégatela del todo. Prometo no soltarte. Además, llevamos un mes viviendo juntos sin que ninguno de los haya huido. ¿No te parece un buen motivo?

Levantó la mano y enroscó un dedo en un mechón pelirrojo. Aquel hombre

acabaría con ella.

—Joder, al final va a resultar que sí soy de esas. ¿En otoño?

—Cielo, por mí, mañana mismo.

Fin

Nota de la autora

¿Y si le pongo letras a las historias que se me ocurren? ¿A esos personajes y escenarios que me invento cada noche para combatir el insomnio? Se me ocurrió una mañana de tantas, en la que estaba más aburrída que una ostra. Y se lo comenté a J. que, como siempre, me respondió que era capaz de hacer cualquier cosa. Así, que dicho y hecho: tras algo más de tres años, muchos talleres, nuevas amistades por el camino, y una infinidad de historias compartidas, llega mi primera novela.

Nada que no deseas, me ha aportado más de lo imaginable: he aprendido mucho, es más, soy consciente del camino que aún me queda por recorrer — eso me encanta y me aterra por partes iguales—. He reído sola delante de la pantalla, he llorado, me he ofuscado en más de una ocasión pero, sobre todo, he tenido subidones increíbles cuando las palabras han fluido y, la escena, ha quedado tal cual me la imaginaba.

Pero claro, no lo he hecho sola: Leticia, gracias por ese «me ha gustado bastante» que fue muy revelador; Débora, tenías razón, en el primer borrador, a Roberto le faltaban argumentos para ser tan esquivo; Olga, sin tu visión, Maggie sería odiosa; Ceci, eres implacable, sigue así; Patricia, compañera de letras y amiga, sin tus primeras correcciones no hubiese seguido con esto, mil gracias; Betsie, no hay nadie tan entusiasta como tú, gracias por estar en mi vida; Sara, mi hermana y compañera de fatigas, no puedes creer que todo lo que escribo es aceptable; Érika Gael, gracias, muchas gracias por zambullirte conmigo en este mundo ficticio que tan real es para mí; por buscar planes B para mis semanas opacas, por enseñarme, por estar ahí en todo momento y,

sobre todo, como ya dije en una ocasión, por conocer a mis personajes mejor que yo misma. Y no me olvido de J., que me ha ofrecido lo más valioso para poder escribir: tiempo. Y a ti, que estás leyendo estas palabras, que has llegado hasta la última página, muchísimas gracias por darme una oportunidad; por escoger mi historia entre cientos, deseo que te haya gustado y, ya que estamos, si pasas por Amazon y das tú opinión, te estaré eternamente agradecida.